

HUELLAS DE ANTIGUOS POBLADORES
DEL VALLE DEL RÍO ABURRÁ
PIEDRAS, ARCILLA, ORO, SAL Y CAMINOS



© Sofía Botero Páez
©Editorial Universidad de Antioquia®
Primera edición: febrero de 2013
ISBN: 978-958-5157-67-5 Segunda edición mayo de 2021

Corrección de texto: Juan Fernando Saldarriaga Restrepo
Diseño y diagramación: Andrés Monsalve Escobar

El contenido de la obra corresponde al derecho de expresión de la autora y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad de Antioquia ni desata su responsabilidad frente a terceros. La autora asume la responsabilidad por los derechos de autor y conexos contenidos en la obra, así como por la eventual información sensible publicada.

Las imágenes incluidas en esta obra se reproducen con fines educativos y académicos, de conformidad con lo dispuesto en los artículos 31-43 del capítulo III de la Ley 23 de 1982 sobre derechos de autor. Se agradece la autorización de las instituciones para su reproducción, en especial al Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Botero Páez, Sofía

Huellas de antiguos pobladores del Valle del Río Aburrá. Piedras, arcilla, oro, sal y caminos

Medellín : Editorial Universidad de Antioquia, 2013.

Arqueología - Historia - Aburrá (Río, Antioquia, Colombia)

2. Descubrimiento y exploraciones, conquista

3. Caminos indígenas, Red vial prehispánica

4. Patrones funerarios, estilos cerámicos, cronología, instrumentos líticos

Catalogación: Sistema de Bibliotecas Universidad de Antioquia

Esta obra está licenciada bajo la Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-SinDerivadas 3.0 Unported. Para ver una copia de esta licencia, visitar el sitio <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/>



Huellas de antiguos pobladores del valle del río Aburrá.
Piedras, arcilla, oro, sal y caminos

Sofía Botero Páez

Departamento de Antropología
Universidad de Antioquia

Editorial Universidad de Antioquia®
Centro de Investigaciones Sociales y Humanas CISH



**UNIVERSIDAD
DE ANTIOQUIA**

1 8 0 3

La idea de realizar una segunda edición del libro Huellas de antiguos pobladores del valle del río Aburrá. Piedras, arcilla, oro, sal y caminos surge en un contexto completamente ajeno a la idea de actualizar o corregir, se trata de poner a disposición de los estudiantes información que “antes de la pandemia” ofrecía el Sistema de Bibliotecas universitario. De inmediato, un elemento adicional tampoco podía ser soslayado: presentar un documento con todo el color que permite la tecnología y que tienen las huellas que se propone seguir.

Actualizar la información con la misma certeza mostrada en 2013 exige leer decenas de nuevos informes de investigación que, desafortunadamente, aún son de acceso restringido. Algunos hallazgos han aparecido en titulares de noticieros y periódicos, ellos confirman la existencia de las tradiciones estilísticas conocidas; no pocos evidencian el auge de la urbanización republicana, otros, importantes trabajos de investigación básica sobre lo micro, en las escalas temáticas y geográficas que aquí se abordan, paradójicamente, no tienen cabida. En esta edición se incluyen, sobre todo, nuevas referencias bibliográficas para enriquecer la lectura de quienes recién se interesan por estos temas y posibilitar la crítica de los especialistas; se incluyen detalles que amplían descripciones ya hechas, se precisan algunos datos y se presenta un hallazgo (un vaso silbante) que obligó a revisar las muy distintas temáticas a las que condujo la búsqueda de su música.

La síntesis documental, la propuesta gráfica y conceptual que articula este trabajo es la misma; se espera ofrecer a todo tipo de lectores la información necesaria para servir de referente a partir del cual observar nuestro entorno geográfico, pensar y recomponer nuestra noción de patrimonio y descubrir la fuerza que conservan los objetos y —a través de ellos— los artífices que se niegan a desaparecer.

Contenido

Introducción o claves para leer este texto 06

1. El río es como una columna 14

2. De guacas y otros recintos 27

Casas para los muertos 29

Vasijas como casas para los muertos 45

3. Rastros de un orden a lo largo del tiempo 51

Un cementerio muy antiguo 51

La vida y la muerte en el cerro El Volador 54

El entierro de una persona excepcional 56

El entierro de una bella mujer 61

Una mujer, un entierro y un sitio extraordinario 65

Una tumba estrecha y profunda 73

4. Huellas de recolectores y artistas 84

Piedras usadas, piedras transformadas 84

Piedras blancas, piedras transparentes 91

Sal 95

Arcilla 103

Oro 127

Piedras grabadas 138

5. Huellas de ingenieros y agricultores 149

Caminos 149

Vallados y huertas en el valle 160 “aldea” y un vaso silbante 172

Epílogo o claves para releer y reescribir este texto 200

Referencias bibliográficas 207

Introducción o claves para leer este texto

Ni por un instante, naturalmente, pretendo que la pala sea más importante que la pluma; son instrumentos gemelos pero en este punto de excavar, la mente directiva debe tener, en un grado desarrollado, esa vigorosa calidad en tres dimensiones que es menos inmediatamente esencial a algún otro tipo de investigación. En forma muy simple y directa, la arqueología es una ciencia que debe ser vivida, “sazonada con sentido humano”. La arqueología muerta es el polvo más seco que puede soplar.
Sir Mortimer Wheeler, *Arqueología de Campo* ([1952] 1981: 7).

Este es un libro de arqueología, específicamente de la que se ha hecho y podría hacerse en la región que forma el valle del río Aburrá, escrito con la pretensión de que sea útil para los estudiantes y pueda ser leído por quienes, de una u otra manera, se interesan en el mundo precolombino.

Tomé la decisión de escribir un texto que permitiera redimensionar la arqueología del valle del río Aburrá, durante la conversación sostenida con el arqueólogo Jorge Acevedo Zapata el día 17 de septiembre del año 2005, mientras nos mostraba las huellas de un trazado geométrico formado a manera de colmena por puntos oscuros y gruesos, entre los cuales se distinguían con facilidad hexágonos continuos, rastros de lo que parecía ser un gran poblado prehispánico, mientras dos retroexcavadoras destruían esas mismas huellas justo frente a nuestros ojos.

El trazado geométrico al que me refiero estaba localizado en parte de los predios que pertenecieron a la hacienda El Ranchito, de propiedad del expresidente Mariano Ospina. Sobre un terreno de aproximadamente 29.000 m² se construyó lo que hoy es la Ciudadela Suramérica, proyecto urbanístico que desde el año 2002 comprendió la construcción de nueve conjuntos residenciales. Se trataba de un terreno con grandes aterrazamientos y suave pendiente, localizado en límites de los municipios de Itagüí y La Estrella, sobre la margen sur occidental del río Aburrá, a una altura promedio de 1.614 msnm.

Paradójicamente, el acelerado proceso urbanístico del valle del Aburrá, la mayor parte del tiempo errático y descontrolado, ha puesto de presente la existencia de gran cantidad de objetos que remiten a eventos ocurridos en el remoto pasado. Si bien la inmensa

mayoría se ha perdido irremediablemente, algunos han sido referidos, guardados e incluso investigados, de tal manera que en el momento contamos con vestigios físicos y documentales que nos permiten acercarnos a los antiguos pobladores de este valle. El reto es, entonces, evidenciar, describir, analizar e interpretar esas huellas, desde sus propias particularidades y contextos.

Lo que aquí se presenta es la síntesis de la información producto de los hallazgos fortuitos reportados y de la investigación arqueológica realizada en el valle del Aburrá hasta el año 2017. Durante más de cinco años se consultaron y analizaron centenares de documentos y objetos diseminados en museos, centros de documentación, oficinas y archivos personales. La labor que nos propusimos realizar se ratifica y justifica en el hecho de que muy poca de la información contenida en este gran corpus documental está publicada o disponible para consulta; además, porque aquella derivada de investigaciones se concreta en informes escritos para especialistas, en contextos de investigación muy variables, en general difíciles de percibir y evaluar.

Un primer ordenamiento de la información se realizó en el marco de un proyecto de investigación titulado: “Tradición y cambio en el poblamiento antiguo del Valle de Aburra”, inscrita en el Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH) de la Universidad de Antioquia, bajo la modalidad de año sabático. Este ejercicio hizo plenamente evidente dificultad de explicitar el trabajo de gran cantidad de instituciones e investigadores. Aunque no deja de ser injusto, la solución la proporcionaron las exigencias del rigor académico; por ello, debe quedar claro que, independiente de la citación directa que aquí se dé, fue el análisis del conjunto lo que nos permitió elaborar este texto. Quienes no están citados deben verse en la contundencia de las afirmaciones o en el llamado a pensar en otras posibilidades.

Se busca entonces, en primera instancia, dar a conocer los resultados de las investigaciones realizadas y de vestigios hasta el momento solo conocidos por sus investigadores o tenedores. Interesa, además, mostrar la información con la que trabajamos los arqueólogos, posibilitar otras maneras de ver, ordenar, clasificar e interpretar; pero, sobre todo, proporcionar elementos para construir una relación consciente con las huellas físicas de un pasado con el que nos encontramos a diario, pero no sabemos reconocer.

Los lectores deben tener en cuenta, desde el primer instante, que lo que se está ofreciendo en este texto es un punto de vista desde el cual se busca, observa y analiza, para hacer una síntesis que si bien se pretende comprehensiva e involucra la mayoría de los aspectos

conocidos, es igualmente una mirada parcial, personal, subjetiva, apasionada y, aunque actualizada, retoma propuestas que a unos les parecen obsoletas, a la vez que critica ideas que a otros les resultan verdades reveladas.

Deliberadamente, la información no se articula siguiendo el orden evolutivo propuesto por los investigadores. Tener como punto de referencia la ausencia o la presencia de cerámica en el registro arqueológico ha permitido proponer una secuencia temporal que va desde antes de su utilización: período precerámico hasta la identificación de los estilos denominados *Cancana*, *Ferrería*, *Marrón Inciso* y *Tardío*, cada uno de ellos correspondiente a un momento más o menos definido del poblamiento en el departamento de Antioquia (Bermúdez, 1997; Castillo, 1995, Castillo et al., 2002; Santos Vecino, 1993, 1995, 1998, 2003). El detalle argumental de las razones que llevaron a esta decisión se presentó en el artículo “Anotaciones al margen de la teoría y la práctica de una arqueología marginal y marginada, realizada sobre espacios geográficos invisibles. Estudio de caso: Antioquia, Colombia” (Botero, 2008a); en suma, se considera que no se cuenta con la información necesaria para llevar a cabo este tipo de ejercicio, y que en el afán de presentar un orden que se supone histórico y científico, se ignora la existencia de gran cantidad de vestigios e información que contradice el derrotero histórico que se ha pretendido construir.

Aquí, se pretende evidenciar que es posible y válido hacer un esfuerzo de imaginación razonada para tratar de establecer cómo vestigios ajenos a nuestra cultura, fragmentados y descontextualizados, se crearon, construyeron, y circularon; cómo pudieron ser, qué significaron y representaron antes de perder vigencia. Intuimos en ellos las claves de un universo que nos llama poderosamente la atención y queremos conocer, pese a no tener la suficiente información ni claridad para ver el detalle de cada una de las partes que forma este esplendido y abigarrado conjunto.

Es necesario reconocer que son las ausencias, más que las presencias, las que afectan y determinan nuestra pretensión de síntesis y conocimiento. Es imposible sustituir la información destruida o no colectada en campo. Además, se requiere un esfuerzo permanente para no pasar por alto la ausencia de instrumentos y estructuras elaborados con materiales perecederos: vegetales, madera, hueso, pieles, plumas, etc., que sin lugar a dudas fueron soporte, formaron parte de los materiales y espacios investigados.

De las casas apenas quedan rastros en la coloración de los suelos. Fragmentos de hueso, espinas, escamas e incluso pequeños pedazos de caparazones, nos señalan un universo al que escasamente tenemos acceso. Algunos de estos fragmentos bien pueden corresponder a botones, agujas, anzuelos, alfileres, perforadores, pulidores y recipientes; sin embargo,

la información es excesivamente exigua y carecemos de los contextos necesarios para su conocimiento e interpretación (Botero y Gómez, 2010; Botero et al., 2009).

En la construcción de las viviendas se debieron utilizar especies vegetales existentes en la zona: maderas finas como el guayacán, el zapote, el cedro, la guadua, la macana etc., para los estantillos y vigas principales. Para las paredes debieron emplear esteras finas de guadua, caña lata, caña brava, bejucos etc., y en la elaboración de los techos debieron usar maderas livianas, para los travesaños, bejucos para los amarres y hojas de palma o paja para la cubierta del techo (Ángel, Hincapié y Yepes, 1997: 84).

Gran parte del material cerámico analizado se encuentra fragmentado; no obstante, por tratarse de materiales resguardados en las Colecciones del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia, fue posible, gracias a la colaboración de los curadores Hernán Pimienta y Santiago Ortiz, fotografiar las vasijas completas, revisar una y otra vez los materiales y elaborar dibujos reconstructivos en escala uno a uno. Esta labor permitió recuperar información sobre centenares de recipientes, que de otra manera no hubieran podido ser considerados en este trabajo (véanse figuras 0.1 y 0.2).



Figura 0.1. Vasija localizada en El Morro, sector de Guayabal, en la ciudad de Medellín. Reportada por Arcila (1977) como parte de un ajuar funerario, el cuerpo de esta pequeña vasija está formado por dos caras humanas opuestas, dornadas con una nariguera. Las tres líneas de puntos que decoran sus mejillas podrían estar representando pintura facial. Sobre el borde de la vasija se presentan dos aplicaciones a manera de "botones" y dos perforaciones realizadas posiblemente para llevar o mantener colgado el recipiente.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 001793.

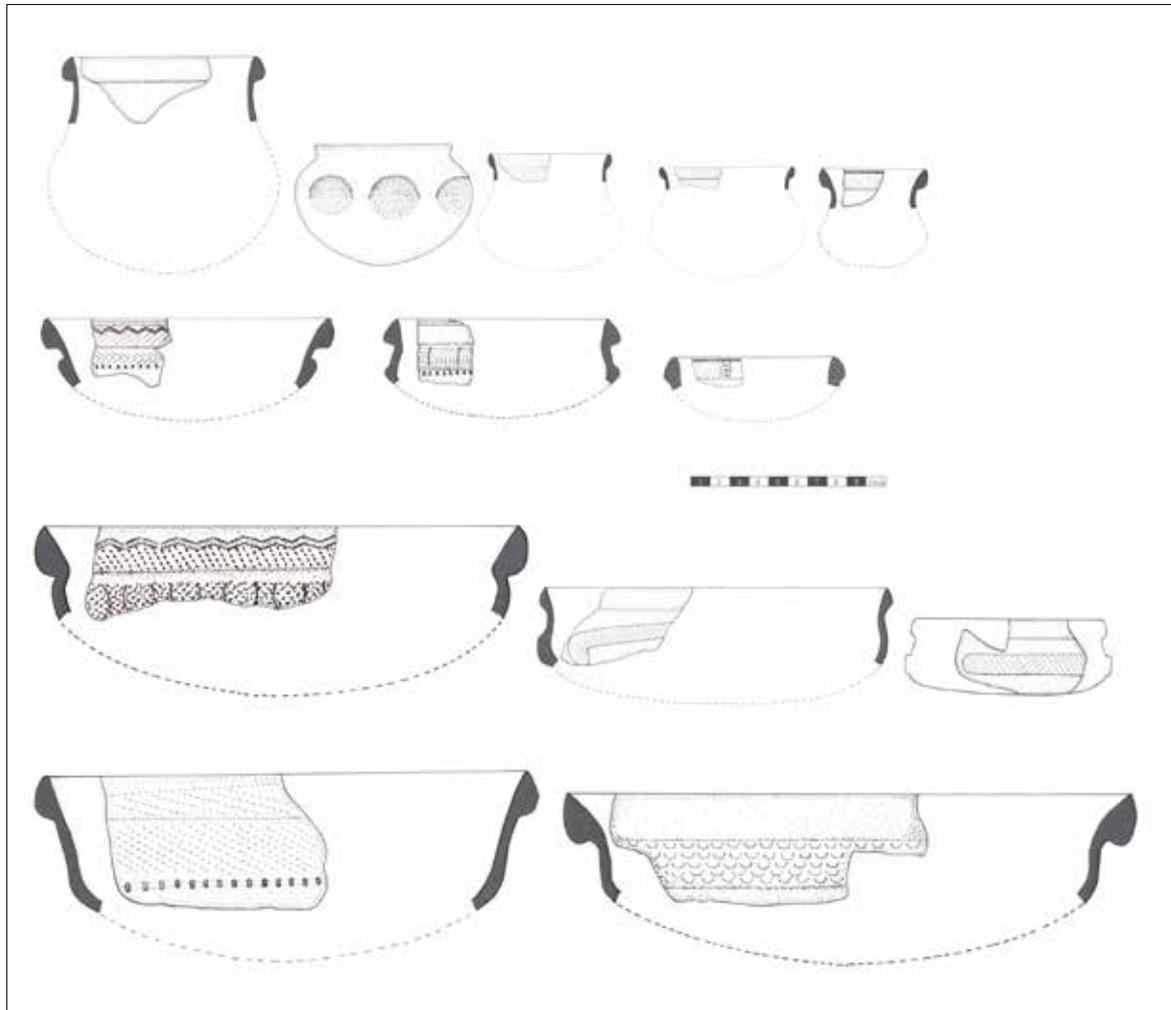


Figura 0.2 Reconstrucción gráfica de vasijas a partir de fragmentos cerámicos localizados en predios de la antigua hacienda El Ranchito, en límites de los municipios de La Estrella e Itagüí.
Fuente: Acevedo (2003, 2007). Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).

A no ser que se indique lo contrario, las fotografías son mías y solo fueron retocadas las tomadas del texto *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* de Ernesto Restrepo Tirado ([1892] 1929). El diseñador gráfico Andrés Monsalve las limpió y recuperó información que valoramos como indispensable; los dibujos de las vasijas fueron realizados por la antropóloga Liliana Gómez, aguda interlocutora quien me acompañó, pacientemente, en los ires y venires por la cerámica y los ceramistas de los que aquí se trata.

La idea de incluir, como parte del registro arqueológico, la existencia de las montañas, el recorrido de ríos y quebradas, los ciclos de las plantas y los animales, el detalle de sus formas micro y macroscópicas, fue apenas una pretensión que resultó a todas luces demasiado ambiciosa; se chocó todo el tiempo con la inexistencia de este tipo de referencias, y cuando se encontraron, resultaron ser estudios especializados, increíblemente puntuales o generales, escritos en lenguajes en ocasiones indescifrables o con escalas de tiempo imposibles de relacionar con las acciones del poblamiento humano, y ello aún es cierto pese a que en el momento contamos con guías profusamente ilustradas que permiten identificar 135 especies de anfibios y reptiles, 454 especies de aves, 117 especies de mamíferos; 700 especies vegetales y, distintos ordenes y familias de peces que habitan el cañón del río Porce (EPM et al., 2015) e información importante sobre los Bosques Andinos del departamento (Quintero, Benavides, Moreno y González, 2018); ello no resulta suficiente para cambiar la desalentadora conclusión de que carecemos del conocimiento del entorno en que vivimos.

Lo que evidencia la documentación es la incapacidad de pensar la naturaleza como el entorno físico terrestre y celeste en que nos movemos los seres humanos, y su observación como fuente primordial de conocimiento. Así, lo que nos separa de los antiguos habitantes de este valle no es solo lo abismal del tiempo transcurrido, sino que nos resulta ajeno el conocimiento, los sentimientos de empatía con la naturaleza a la que remiten los objetos, las formas de hacer y los mitos.

Los indios catíos han grabado en sus artefactos de barro verdaderas filigranas, más los antiguos que los actuales. Las indias copian en las esteras que hacen, cambiando las pajas de estera o congo, los rasgos llamativos que observan en la naturaleza. Así imitan las pieles del león, tigre y distintas clases de culebra, con tal perfección que los civilizados no son capaces de ejecutarlo. También dibujan planchas de cerámica y de madera en relieve y rodillos de los mismos materiales, para imprimir en sus cuerpos los dibujos grabados [...].

Con los abalorios hacen combinaciones muy artísticas mezclando todos los colores, a lo cual llaman ocamá, con que adornan sus pechos aparentando un verdadero encaje. Así mismo hacen preciosos adornos de plumas vistosas con que se coronan sus grandes festividades. A veces se ven cubiertas las cabecitas de los niños con gorros hechos con las plumas de la pechuga de pájaros de distintos colores (fray Severino de Santa Teresa, *Los indios catíos, los indios cunas. Ensayo etnográfico de dos razas de indios de la América española* 1959: 127).

En la medida en que no conocemos cómo las sociedades antiguas definieron cultural y políticamente sus territorios en los distintos momentos de su historia, la delimitación geográfica de la que partimos es el valle del río Aburrá, desde su nacimiento hasta su desembocadura y sus vertientes visibles desde las partes más altas. La dispersión del registro arqueológico señala un territorio mucho mayor, y si bien pudiera tratarse de los vestigios de antiguas redes comerciales, articuladas por núcleos de población políticamente diferenciados, diversos e incluso antagónicos, lo que nos resulta claro es que sus gentes compartían el mismo conocimiento técnico e ideas relacionadas con la vida y la muerte.

Este gran espacio, además, debió ser poblado de manera paulatina, y sus fronteras, en caso de que hayan existido, debieron ser como las nuestras: difusas, cambiantes y, aunque muy fuertes, en la gran mayoría de los casos, invisibles. La investigación arqueológica ha permitido establecer que incluso en los lugares de mayor pendiente se realizaron cortes en la ladera para adecuar espacios propicios para el establecimiento de viviendas. Aún hoy son fácilmente observables, en el paisaje, aterrazamientos escalonados que dan cuenta de la intensidad del poblamiento (Cardona y Montoya, 2008). Los caminos, por lo menos un centenar de dataciones y hallazgos en muy distintas partes del valle, corroboran no solo la unidad cultural de sus pobladores, sino también la amplitud de un territorio en expansión (Botero, 2003, 2004).

Lo que se estimó indispensable fue salir de los huecos, conceptuales y físicos, en que se mueve la arqueología. Lo que sería deseable hacer en el futuro es investigar en detalle cada uno de los puntos y las localidades sin olvidar que son, sin duda, parte de un todo, y que, sin más, por el mero hecho de compartir el mismo territorio, nos incluye. Estos vestigios los consideramos un legado, parte sustancial de nuestra propia historia, por lo cual deberíamos conocerlos con la misma pretensión con que nos interesa la música o la poesía.

[...] un indio y su niño atravesaban el puente cuyas fuertes oscilaciones habrían inquietado vivamente a un europeo; un puente de bejuco es en realidad una hamaca suspendida por sus extremidades a los árboles de lado y lado; los dos indios eran de magnífica apariencia y estaban completamente desnudos, el padre guiaba a su hijo llevándolo de la mano, se veía que iban a pescar porque llevaban anzuelos de oro artísticamente colocados en su negra cabellera y me pareció encantador ese extraño modelo de peinado; el hombre de piel cobriza pasó a nuestro lado sin dignarse mirar.

Jean Batiste Boussingault, *Recorrido por los Llanos, cordilleras andinas, Antioquia, Valle y Chocó* ([1829] 1985: 113).



Figura 0.3 Armadillo. Talla en madera realizada en el año 1984 por un joven emberá; sin duda heredero de una antigua tradición escultórica, para hacerla utilizó un pedazo de machete. El tamaño habla bien de su destreza (7 cm de cola a hocico y 3 de patas a lomo).

Fuente: tenencia personal.

1. El río es como una columna

El río al que nos referimos de aquí en adelante, en la actualidad lo llamamos Medellín, fue denominado Nechí durante los primeros siglos de la Colonia y luego Paree, pero los documentos relacionados con la Conquista nos informan que los indígenas lo nombraban Aburrá. Por supuesto, es este el nombre que se prefiere y se utiliza en este texto tanto como es posible. Hace millones de años, este río rompió en dos la Cordillera Central de los Andes. Nace a una altura aproximada de 2.660 msnm, por más de 30 km corre en dirección sur-norte, para luego girar hacia el noroeste, y se encañona, y se abre, hasta bajar a una altura de 30 msnm al encontrarse con el río Cauca, luego de más de 360 km de serpenteante recorrido (véanse figuras 1 1-1.10).



Figura 1.1 Visual del valle desde “Cuatro Esquinas”, en el municipio de Girardota; el nombre del lugar hace referencia a los caminos que allí confluyen. Obsérvese en el centro de la fotografía los meandros que forma el río .

Fuente: fotografía Julián Pérez (2009).



Figura 1.2 Quebrada Piedras Blancas. Localizada en el eje geográfico que divide las cuencas de los ríos Cauca y Magdalena, atraviesa un territorio marcado por construcciones y vestigios que todavía deben ser investigados, porque, sin duda, contienen parte de las claves para entender la forma en que la gente antigua pobló y transformó el valle. Fuente: fotografía tomada en 2005.



Figura 1.3 El cañón de la quebrada Caracolí, poco antes de caer al río Porce. Fuente: fotografía Carlos Mario Herrera (2008).



Figura 1.4 Panorámica de la ciudad de Medellín mirando desde occidente sobre la calle 80, a la izquierda en el plano medio, se ven las estribaciones de los cerros El Volador y Nutibara. Fuente: fotografía tomada en 2008.



Figura 1.5 Cerro Pan de Azúcar visual sobre la ladera oriental del valle, forma parte del paisaje de la ciudad de Medellín. Fuente: fotografía tomada en 2005.



Figura 1.6 La Blanquita. El sitio resaltado con color blanco fue habitado hace más de siete mil años. Se localiza en la vereda Manzanillo, al suroccidente de la ciudad de Medellín, sobre la divisoria de aguas de las quebradas La Guayabala y Altavista (municipio de Itagüí), a una altura de 2.030 msnm. Fuente: fotografía tomada de Martínez, Botero y Acevedo (1999: 22).



Figura 1.7 Visual sobre el altiplano de Santa Elena, vereda Mazo. Fuente: fotografía Sofia Botero (2004).



Figura 1.8 El río actualmente embalsado en el tramo denominado Porce II. Desde la confluencia con el Río Grande y a lo largo del cañón, la investigación arqueológica ha logrado evidenciar un poblamiento que se remonta a más de diez mil años antes del presente.
Fuente: fotografía tomada de Carlos Mario Herrera (2008).



Figura 1.9 "Chorro del Indio", municipio de Amalfi
Fuente: fotografía tomada de Herrera (2008, anexo fotográfico).



Figura 1.10 Situada justo en el límite neto que marca el altiplano de Santa Elena al descender hacia el centro de la ciudad de Medellín. Conformada en realidad por tres cuerpos de agua que se llenan o desecan de acuerdo al régimen de lluvias, se la considera como un “rasgo reliquia dentro de geomorfología de la región”. Su importancia arqueológica está señalada por el *camino antiguo muy grande* mencionado por el cronista Pedro Cieza de León que la bordea (Botero y Vélez, 1997; A. Restrepo, 1998; fotografía tomada en 2006).

Acerca del río, las únicas referencias históricas extensas que tenemos fueron realizadas hace siglos. La primera la hizo un administrador colonial, el gobernador de la provincia de Antioquia durante los años 1776-1777 y 1782-1785, Francisco Silvestre, quien interesado en el desarrollo económico de la provincia, enfatiza en sus posibilidades de navegación:

Nechí. Este Río nace cerca de la Villa de Medellín de esta Provincia: La atraviesa, hasta que pasando por Zaragoza, desagua en Cauca en la Boca que llaman de Nechí. Tiene tres nombres que son: 1° o el de la Villa; 2° el del Porce; 3° el de Nechí.

Es navegable desde el Cauca hasta la ciudad de Zaragoza; porque aunque pasan de allí hasta el Charcón, que es un poco más arriba, es con riesgo, y trabajo: este río pudiera hacerse navegable hasta el mismo Medellín, aunque mientras se va aproximando a sus cabeceras, serían menores las embarcaciones; bien que podrían formarse diques y esclusas. Costaría mucho menos hacerle navegable que al Cauca. Para la Provincia sería tan útil como aquél, o más; porque desembocan en Nechí otros muchos ríos, al paso, que pudieran navegarse en embarcaciones menores hasta los mismos minerales de oro corrido, que se trabajan con mayor fuerza en el día, y que se van descubriendo más faltando el dinero, se repite lo dicho en cuanto a Cauca y lo mismo deberá entenderse de los demás (Silvestre, 1988 [1782-1786]: 112).

La otra referencia sobre el río se presentó un siglo después, cuando el erudito Manuel Uribe Ángel, en el año 1885, publicó la que hasta hoy es la más importante y completa geografía del departamento de Antioquia:

El Porce. Vierte del alto de San Miguel, y con el nombre de río Medellín baja resueltamente al Norte; primero por el vallecito de Caldas y luego por el de Aburrá o Medellín. Cuando baja a Bello cambia en Nordeste esta primera dirección, hasta dar en su punto de confluencia con el Cauca en Nechí. Después de dejar a Bello, pasa cerca de Copacabana, Girardota, Barbosa, Amalfi y Zaragoza, recibiendo tanto por la derecha como por la izquierda, ríos y arroyos que circunstanciamos un poco de Sur a Norte [...] Por la banda Oriental recibe los riachuelos Miel de Caldas, Doctora, Ayurá, Bocaná, Copacabana, Ovejas, Riachón, Trinitacita, Mata (formado por el del mismo nombre, el Maní, el Pocoró, y el Tinitá); Bagre (otro), formado por el Tigüi que viene de Guamocó, Cañaverál, Puná el de su nombre y el de Pocuné, más abajo del río Bagre, caen al Porce el Hevilla, Lallana, y el riachuelo Santa Lucía, límite nordeste de la frontera.

Por la banda occidental tributan sus aguas al Porce los ríos y riachuelos Salada, Valeria, Doña María, Iguaná, García y el Grande, cuyo principal afluente es el río Chico. Además Quebradota y Guadalupe; y el Nechí, que tomando los primeros manantiales al Norte de Santa Rosa, está constituido por el Tenche, San Alejandro, Pajarito, Cañaverál, San Julián, Soledad, Medialuna, Tamí, Anorí, Tenchebravo, la Cruz de Cáceres y San Juan. Más delante de la boca del Nechí o Dos Bocas, se unen con el Porce el riachuelo San Andrés, el Jobo y el Cacerí [...] bastará agregar, como complemento y como ratificación, que las aguas de este río

como todas las del Estado de Antioquia corren con una rapidez espantosa; que un poco más debajo de Barbosa y en el puente entre Carolina y Amalfi, tiene dos cataratas de alguna consideración; que su cauce y sus orillas son eminentemente auríferas, así como también el lecho y las riberas de los riachuelos que se le reúnen en su camino. Este río es el gran depósito aurífero de Antioquia (Uribe Ángel, [1885] 1985: 34-35).

La topografía del valle determinó los lugares en que se asentaron sus antiguos habitantes. Los numerosos valles transversales, formados por las corrientes de las quebradas afluentes, crean espacios amplios y alargados, propicios para el asentamiento humano. No es casual que sea en ellos donde se ha concentrado el poblamiento en los distintos momentos de su historia.

La información con que contamos nos permite afirmar que hace más de diez mil años, grupos de personas hicieron el recorrido en sentido contrario al de la descripción: desde el Magdalena incursionaron por los ríos Cauca y Nechí, y remontaron el Porce, hasta llegar a lo que hoy conocemos como área metropolitana. Así, el territorio más amplio que aquí consideramos es el valle geográfico, cruzado y articulado por las aguas del río Aburrá, y aunque se funde en otros, a lo largo de recorrido separa, pero también une, las cuencas de los ríos más largos y caudalosos de esta parte del territorio, atravesando y enriqueciendo los más disímiles paisajes a lo largo de los cuales, durante milenios, se asentaron gentes muy posiblemente distintas, quizás hasta enemigas, pero igual, sin duda, emparentadas y comunicadas por estos ríos.

No es posible descartar la idea de que los más tempranos pobladores del valle hubieran llegado desde distintas partes, remontando una y otra vez los ríos. Pudo suceder que algunas de estas gentes vinieran desde el Magdalena y siguieran al Cauca, y que se encontraran con gentes que seguían otros ríos, quizás el Atrato. Pero tal vez fue al contrario, que viniendo del norte por el Atrato, llegaran hasta aquí. Lo que sí sabemos es que siete mil años después, este inmenso territorio ya no estaba solamente cruzado por ríos y quebradas, una muy intrincada red de caminos alcanzaba montañas y valles en todas direcciones que, como manos y pies, comunicaban con facilidad los tres grandes ríos y las gentes asentadas en sus cuencas.

En la actualidad, los ríos y las quebradas no forman parte de nuestra vida diaria. Ellos no nos proporcionan comida, ni nos orientan; nuestros niños no saben que tomamos sus aguas y no nos interesa conocerlos, lo que se nota con creces en la manera como nos relacionamos con ellos y en los libros.

Actualmente nos cuesta trabajo imaginar y estudiar como una misma unidad el recorrido que hace el río Aburrá hasta encontrarse con el Nechí. En atención a las más visibles particularidades geomorfológicas de las zonas por las que atraviesa, lo pensamos y lo nombramos como si se tratara de dos ríos distintos: el río Aburrá (o río Medellín) y el río Porce. Incluso estas dos partes parecen muy grandes: los estudios hallados se refieren a él en tramos, al punto que resulta difícil establecer sus distancias y nunca es claro si se calculan en línea recta o considerando sus meandros.

Para realizar este trabajo, se buscaron los reportes de vestigios arqueológicos desde el nacimiento del río hasta su encuentro con el Nechí, cerca de 258 km. Esta distancia —muy seguramente también imprecisa— se obtuvo siguiendo el detalle proporcionado por la cartografía disponible en escala 1 :500.000; sin embargo, es lo que se considera más aproximado a lo que pudieron haber enfrentado los primeros pobladores, al querer conocer, seguir, pasar o alimentarse del río, sin más medios que su inteligencia, pericia y aguda capacidad de observación.

En los primeros 70 km de recorrido el río atraviesa lo que grosso modo hoy conocemos en términos político-administrativos como Valle de Aburrá o área metropolitana, y alcanza, en sus partes más anchas, hasta los 10 km, y es donde se concentran los núcleos poblados más importantes del departamento. Los hilos de agua que comienzan a formar su cauce nacen en un nudo montañoso localizado entre el Alto de Minas y el Alto de San Miguel, en el municipio de Caldas. Su cuenca está delimitada por las dos grandes cadenas montañosas en las que se divide la Cordillera Central: el ramal occidental, que lo separa del Cauca, y el ramal oriental, que lo separa del Rionegro. Más precisamente, el Alto de Tres Puertas, en el altiplano de Santa Elena, marca el punto de división de las grandes cuencas del Cauca y el Magdalena (Pérez Figueroa, 1996: 26).

La parte inicial del valle geográfico está definida en ambos márgenes por las cuchillas de los altiplanos de Santa Rosa de Osos y Rionegro; se observa como una profunda incisión con vertientes que se deslizan formando paisajes colinados, de pendientes muy variadas (l. 800 y 1.100 msnm, en promedio). Presenta, además, elevaciones montañosas que sobrepasan los 3.000 m: el Alto de San Miguel al sureste, los cerros del Padre Amaya y de Boquerón al oeste; en la parte central se localizan los cerros Nutibara, El Volador, El Picacho y el Pan de Azúcar (Espinal, 1992; Hermelin, 1993; Pérez Figueroa, 1996).

Las fuertes pendientes que dan al valle determinan que la mayoría de sus afluentes tengan recorridos cortos, excepto los de los ríos Grande, Chico y Guadalupe, cuyas cuencas se extienden de manera considerable en el altiplano de Santa Rosa de Osos, y las cuencas de las

quebradas Santa Elena y Piedras Blancas. La posibilidad de observar grandes extensiones del territorio desde cualquier punto medianamente elevado, es una característica muy estimada, incluso por nosotros, y ha sido plasmada en gran cantidad de referencias de viajeros y poetas:

A cuatro leguas de Rionegro está el punto culminante de la Cordillera Oriental, llamado Santa Elena, desde donde se domina una vasta extensión de montañas. En la parte baja, a una profundidad de ochocientos metros, se abre el valle de Medellín, completamente bañado de luz.[...] El panorama de Santa Elena es sin disputa uno de los más imponentes que se puedan ver: el viajero se detiene mudo de sorpresa, y después de algunos minutos de admiración, se apresura a bajar por las tortuosas pendientes que conducen a Medellín (Charles Saffray, *La provincia de Antioquia*. 1876] 1970: 173).

Los primeros 70 km del valle se ubican a los 6° 25' Norte, por lo cual presenta una temperatura media de 22 °C, que varía muy poco durante el año, con temperaturas máximas de 29 oc y mínimas de 16 en promedio. La precipitación media anual es de 1.500 mm, con máximos en la época de abril a junio y de septiembre a noviembre. La precipitación varía en el valle, con un mínimo en la zona de Bello y un máximo en la de Caldas, donde las masas de aire húmedo son acumuladas por los vientos alisios dominantes, los cuales, desde el nordeste, son desviados por las montañas y soplan siguiendo el valle hacia el sur (Hermelin, 1996: 9). “La temperatura entonces es agradablemente fresca y un cielo sin nubes y un profundo color azul predomina en el ambiente, y en la atmósfera limpia y transparente se distinguen los detalles de las montañas lejanas” (Schenck, 1953: 28).

El cauce del río es estrecho entre el nacimiento y el Ancón Sur (cerca a La Estrella), desde donde se abre a un valle relativamente plano que se extiende hasta el municipio de Barbosa, donde se abre aún más, para cerrarse de manera paulatina hasta obtener una forma de “V” profunda. Su parte plana presenta algunos estrechamientos, en especial en los sectores Tricentenario-Acevedo, y en Ancón Norte (en Copacabana) (Espinal, 1992; Hermelin, 1993; Pérez Figueroa, 1993, 1996).

Entre la desembocadura del Río Grande (límites de Santa Rosa, Donmatías y Santo Domingo) y la quebrada Cancana (límite de Arnalfi, Gómez Plata y Yolombó), a lo largo de una distancia aproximada de 35 km, el río divaga sobre una llanura de inundación cuya amplitud sobrepasa los 700 m. Esta inmensa planicie presenta notables vestigios del antiguo poblamiento que, sin embargo, se opacan ante la desmesurada cantidad de oro que deja el

río y guardan sus vegas en este punto. A partir de allí, el río se precipita y se mete en un cañón profundo de más de 180 km de largo. Es lo que llamamos cañón del río Porce, que cae y se abre paso lentamente hasta encontrarse con el río que hoy reconocemos como el Nechí.

En Santa Rosa conocí un minero del Porce que estaba de viaje con la producción de varios meses, y entre los excepcionales grandes pedazos de oro, tenía uno del tamaño de un huevo de paloma. En el río Porce, debajo de la desembocadura del Guadalupe, según se me contó trabajan muchos mineros, y encuentros de esta magnitud no son raros (Friedrich Schenck, *Viajes por Antioquia en el año de 1880* 1953: 33).

Es importante tener en cuenta que a las áreas más bajas y planas del valle llegan multitud de corrientes de agua, muchas de ellas torrentosas, formando zonas de humedales y de vegas inundables que configuran ecosistemas lacustres, cotos de caza y refugios de aves migratorias. En el pasado constituían fuentes muy importantes de recursos alimenticios: peces, aves, anfibios, plantas, algas, insectos y sal, y de materias primas: juncos, cañas, arcillas, arenas, sedimentos para nutrir los suelos y oro, hasta donde sabemos.

Es significativo el hecho de que la confluencia de las quebradas esté marcada de distintas maneras. Allí no solo se han identificado evidencias de uso cotidiano, grandes cantidades de cerámica e instrumentos líticos, sino también elementos que señalan espacios excepcionales: muros, tumbas, etc. Los estudiosos (Pérez Figueroa, 1996; Hermelin, 1993; Espinal, 1992) consideran que las características físicas y ambientales con que contaron los pobladores del valle fue básicamente la misma durante los últimos diez mil años, hasta la llegada de los conquistadores. En la actualidad, el entorno natural del valle se encuentra completamente modificado por efectos directos e indirectos de la intensa actividad humana, y es tan drástico el cambio que resulta muy difícil reconocerlo.

[...] se halló mucha infinidad de comida, así de maíz como de frísoles que casi son como alverjas e muchos cories que son como conejos salvo que son más chiquytos e tienen muy lindo comer muchos perros medianos como los de Castilla salvo que son mudos, esta provincia se llama en nombre de yndios Aburrá y le pusimos por nombre el valle de San Bartolomé, aquí estovimos quinze días [...] Juan Bautista Sardela, *Relación de lo que subcedió al Magnífico Señor Capitán Jorge Robledo* ([1541] 1993: 288).

La llegada de los europeos significó, en el valle del Aburrá, hasta donde sabemos, el exterminio físico de la población indígena. Las crónicas de la conquista (1541) y tempranas visitas (1615) lo evidencian con claridad:

Cuando entramos en el valle de Aburrá fue tanto el aborrecimiento que nos tomaron los naturales del que ellos y sus mujeres se ahorcaban con sus cabellos o de los maures de los árboles y aullando con gemidos lastimeros dejaban allí sus cuerpos (Pedro Cieza de León (1984 [1541]: 120).

La ciudad de Zaragoza está fundada a la ribera del río Nicho, cinco leguas más debajo de donde este río se junta con el Porce; antiguamente esta tierra estaba poblada por indios Yamicies que después que los conquistaron los españoles se han consumido y acabado totalmente, así porque ellos voluntariamente, por no estar sujetos a los españoles, se deseaban la muerte y se desangraban por las narices [...] (Vásquez de Espinosa, [1628-1629] 1969: 238).

En el dicho Valle de Aburrá, nombrado de San Lorenzo de Aburrá, donde mando reducir y se redujeron efectivamente los indios de las parcialidades de peques y bexicos que estaban catorce leguas de esta ciudad de Antiochia por cuanto cobino apartarlos mas della y sitios antiguos suyos, donde se entendía no estaban con la seguridad que convenía, respecto de estar lejos de la dicha ciudad de Antiochia y ellos tan vezinos de los yndios cuaçuces y urabaes de guerra con quien se comunicaban, por lo cual y por la poca seguridad que como dicho es se tenía de los dichos peques y vexicos, se sacaron de sus tierras y asientos antiguos para lo cual envió el dicho señor oydor caudillo y soldados, pertrechos, armas y municiónes necesarias, y habiéndolos sacado mando talar sus buhíos, casas y arboledas fueron pasados de la otra vanda del río Cauca y se redujeron y poblaron en el dicho valle y población de San Lorenzo de Aburrá con los demás naturales del, así por ser el sitio y tierras de aquel valle sano, de buen temple y de mucha fertilidad y comidas para los dichos yndios, como por la importancia que se sigue de que se sustentasen con una población de yndios el mesmo valle y hatos de ganados vacunos y porcunos de la gobernación de Popayán y para su sustento y proveymiento de las ciudades de remedios, Zaragoza y Guamocó que las dos dellas son de la dicha gobernación de Antiochia y todas de la grosedad y riqueza de oro que se saca, que es notorio, y que ella se sustentan de los dichos ganados del valle de Aburrá, y de lo que por él traen de las ciudades de Buga, Pasto, Popayán,

Arma y otras de aquella gobernación de Popayán” (Visitador Francisco de Herrera y Campuzano, *Visitas a Antioquia*, 1615, AGI, Santa Fe, 19, ramo 5, 50ª, citado por Jaramillo, 1996: 110).

El poblamiento de los conquistadores se realizó aprovechando los espacios físicos ya plenamente humanizados y transformados, pero introdujeron formas de relacionarse, de trabajar e instrumentos por completo distintos. Los nuevos sistemas productivos determinados por la propiedad privada sobre la tierra y por la circulación de mercancías provenientes de mercados externos, llevó al abandono de algunos productos y a la introducción de otros. Resulta evidente que el mantenimiento y la explotación extensiva de vacas, cerdos, caballos y mulas cambió en forma radical el uso y la calidad del suelo, al igual que el uso y la oferta de los productos nativos.

Sin embargo, ha sido durante los últimos 70 años que un muy acelerado proceso de densificación demográfica y urbana llevó a modificar, canalizar y represar parte del río; no pocos de sus afluentes han desaparecido; sus terrazas ya no son notorias, las colinas se han aplanado o destruido durante el proceso de urbanización, al igual que prácticamente ha desaparecido la fauna y la cobertura vegetal original.

Me impulsó a escribir esta historia el desconcierto ante un problema contemporáneo: la privación sensorial que parece caer como una maldición sobre la mayoría de los edificios modernos; el embotamiento, la monotonía y la esterilidad táctil que aflige al entorno urbano. Esta privación resulta aún más asombrosa por cuanto los tiempos modernos han otorgado un tratamiento privilegiado a las sensaciones corporales y a la libertad de la vida física. Cuando comencé a explorar la privación sensorial del espacio tuve la sensación de que el fracaso se limitaba a un fracaso profesional: los arquitectos y urbanistas contemporáneos de alguna manera habían sido incapaces de establecer una conexión activa entre el cuerpo humano y sus creaciones. Con el paso del tiempo me di cuenta de que el problema de la privación sensorial en el espacio tiene una causa más amplia y orígenes históricos más profundos

Richard Sennett, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental* (2003: 17-18).

2. De guacas y otros recintos

guaca. (Del quechua waca, dios de la casa). f. Sepulcro de los antiguos indios, principalmente de Bolivia y el Perú, en que se encuentran a menudo objetos de valor / 2. En América Central y gran parte de la del Sur, sepulcro antiguo indio en general. / 3. *A m. Me1: y Hond.* Tesoro escondido o enterrado. / 4. C. Rica y Nic. Conjunto de objetos escondidos o guardados. / 5. C. Rica, Cu.ba, Hond. y Nic. Hoyo donde se depositan frutas verdes para que maduren. / 6. C. Rica y Cu.ba. Hucha o alcancía. / 7. coloq. Cu.ba. Dinero ahorrado que se guarda en casa. 11 8. El Salv. y Pan. En las sepulturas indígenas, vasija, generalmente de barro cocido, donde aparecen depositados joyas y objetos artísticos. / 9. Nic. escondite (lugar para esconder o esconderse)

Diccionario de la Lengua Española, 22.a ed.

El lector debe tener en cuenta que tal y como lo registra el diccionario, en la actualidad, para la mayoría de las personas, "guaca" es sinónimo de tumba, riqueza y antigüedad. Sin embargo, también debe saber que, para la gran mayoría de los arqueólogos, las palabras "guaca", "guaquero" y "guaqueado" son sinónimos de destrucción y saqueo. Desde la llegada de los conquistadores y hasta la fecha, se han identificado los filos de las montañas y las colinas como lugares relacionados con las actividades de "los indios" y con la existencia de "guacas" repletas de oro, las cuales agitan la imaginación de las personas y de incontables buscadores de tesoros. No obstante, a pesar de las múltiples y reiteradas referencias de tumbas fabulosas, que por doquier se escuchan, apenas si se tienen reportes específicos o se conocen los objetos obtenidos por aquellos que se dedican a buscarlos; lo que sí ha quedado es la huella de su febril actividad.

Al respecto, una de las crónicas cuenta que un guaquero Pedro Vélez Palacio, llegaba a la tienda diciendo: "vengo por un mercadito para la semana y otras cositas, pero le pago con estos cacharritos", y de un costal sacaba: brazaletes, pectorales, yelmosde oro. El tendero los ponía en la balanza usando de contrapeso como "garantía [...] una libra, o media de chocolate" y luego le despachaba el pedido. Algunas veces, según otros relatos, "se sorteaban al borde de la guaca que acababan de abrir las alhajas, entre los socios, con dados, hasta que alguno se quedaba con todo". Sistema de intercambio característico de tiempos de guaquería, donde el fondero fue el primer intermediario entre la orfebrería indígena y las casas de fundición sobre todo de Medellín (Gamboa, 2002: 65).

En la actualidad es muy difícil encontrar lugares y tumbas que no hayan sido gaaqueados", es decir, intervenidos en forma destructiva, algunos de manera masiva y dramática, de tal modo que ello se constituye en un elemento insoslayable e incluso determinante para la investigación arqueológica (véase figura 2.1).



Figura 2.1 *Monumento de los Tres Dulces Nombres* (Itagüí). A una altura de 1.780 msnm, muy cerca de este lugar se encuentra el Alto de Las Sepulturas, nombre con el que se señalan los lugares en los que se considera fueron enterrados los indígenas. Las depresiones sobre la cima son características de los sitios gaaqueados; Díez (2009) reporta la existencia de 13 orificios de gaaquería, cada uno con diámetro promedio de 10 m. Fuente: fotografía Juan Pablo Díez (2009).

Casas para los muertos

Si bien las tumbas son apenas una manifestación de la vida y el pensamiento de las personas, en ellas se sintetizan, concentran y evidencian elementos de la cultura y de la historia, que de otra manera sería muy difícil de conocer. Las tumbas fueron antiguamente en el valle, lugares en los que se enterraron gentes y animales; muy importantes y apreciados —de la misma forma que lo son hoy para nosotros—, por lo que se realizaron esfuerzos para preservar su integridad, lo cual explica que algunas de ellas hayan logrado llegar hasta nosotros.

Hay guacas o sepulturas de tambor, que es una circunferencia de ocho metros de profundidad. En el centro de la circunferencia hay una piedra redonda que sirve de cabecera a los cadáveres, que parten en línea recta desde el centro del círculo, como otros tantos radios. Los cadáveres están separados unos de otros por losas de piedra labradas y cubiertos cada cual con su respectivo tablón de piedra. Esta clase de sepulturas parece ser como mausoleo de una familia. En una que descubrió, en estos días un sarcófago romano, había quince cráneos. (Fray Severino de Santa Teresa, *Los indios catíos, los indios cunas. Ensayo etnográfico de dos razas de indios de la América española*, 1959: 124).

En los años noventa, investigadores de la Universidad de Antioquia lograron determinar que en las cimas del cerro El Volador, en pleno corazón de la ciudad de Medellín, se construyeron por lo menos 80 tumbas de pozo con cámara lateral, de las cuales solo una no estaba guaqueada. Por tener la cámara repleta de tierra, en ella se conservaron los restos óseos de 22 individuos, posiblemente enterrados hacia los años 1400 y 1500 después de Cristo, es decir justo antes de la llegada de los españoles. Existen evidencias de que los españoles saquearon las tumbas del Volador, y de que enterraron en las antiguas tumbas caballos y vacas.

A pesar del alto grado de destrucción en que se encontraron las tumbas de El Volador se realizaron excavaciones controladas que permitieron establecer que las cámaras donde se colocaron los cadáveres serían representaciones muy explícitas de las viviendas indígenas.

Así lo señalan las líneas marcadas en las paredes o techos de algunos de estos espacios (Santos Vecino, 1995; Santos y Otero, 1996 (véase figura 2.2); Marín, Hincapié y Yepes, 1997), costumbre que corrobora el registro realizado por Tabares (2009) en predios que hoy corresponden a la Universidad Adventista (véanse figuras 2.3 y 2.3). La tradición oral señala que tumbas profundas con cámara lateral fueron construidas también en el cerro Nutibara y, contamos con reportes ciertos en otras partes del valle (véase figura 2.4-216).

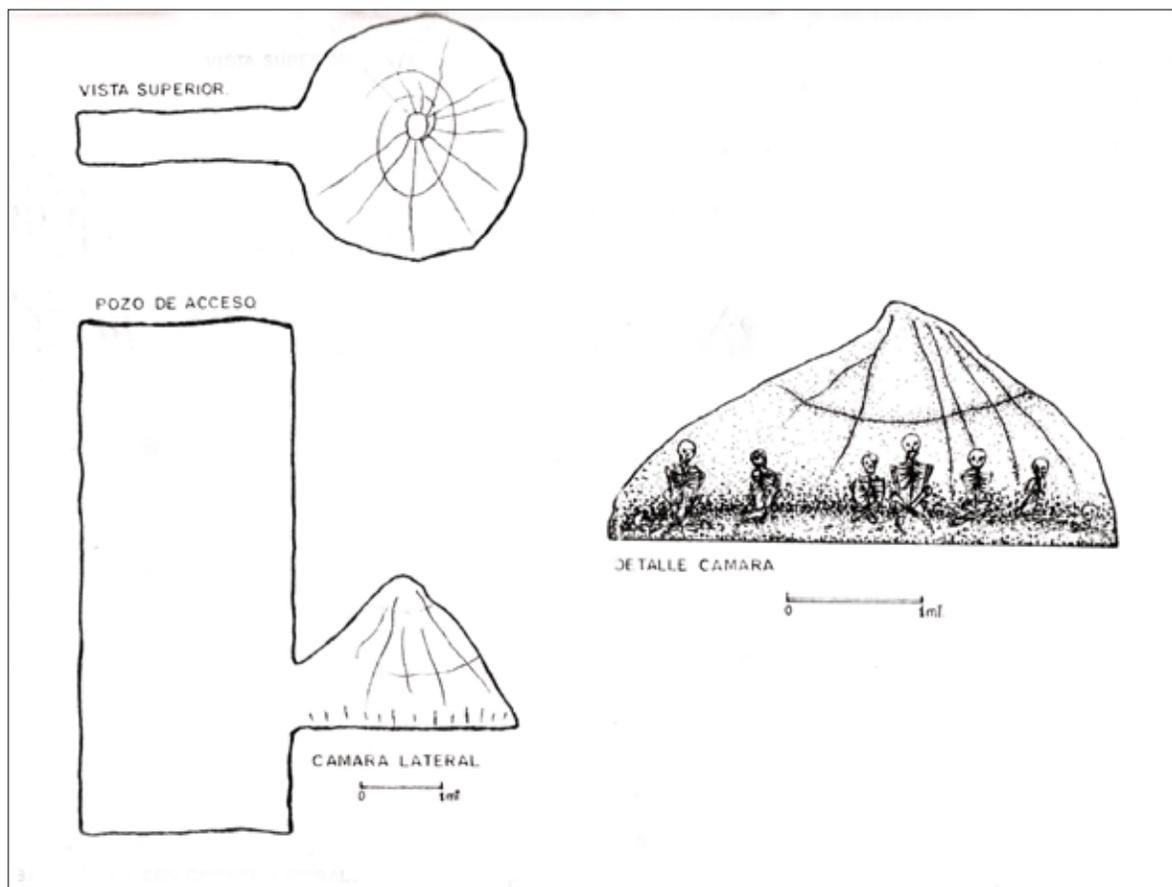


Figura 2.2 Reconstrucción gráfica de una de las tumbas localizadas en la cima del cerro El Volador.
Fuente: ilustración tomada de Marín, Hincapié y Yepes (1997: 19).

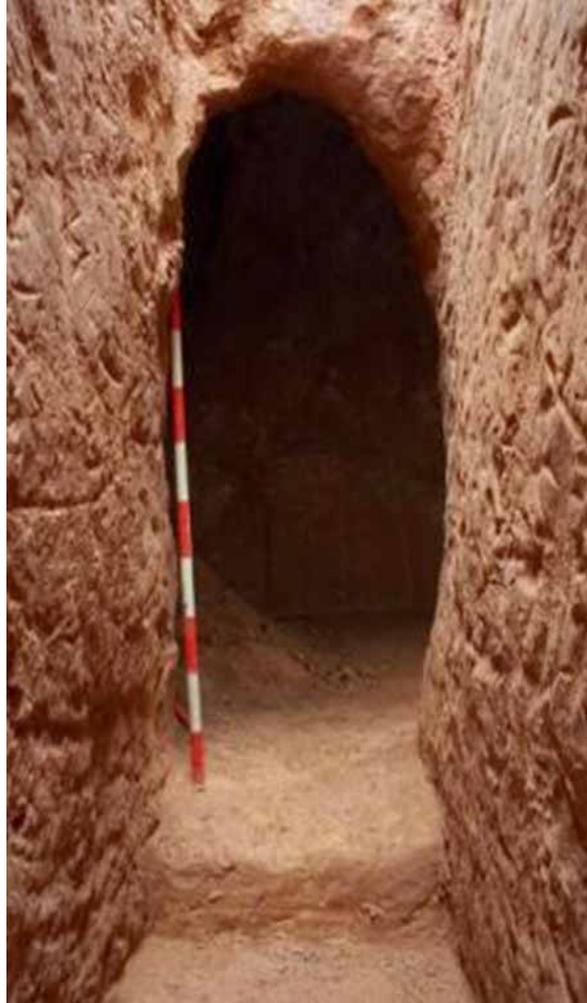
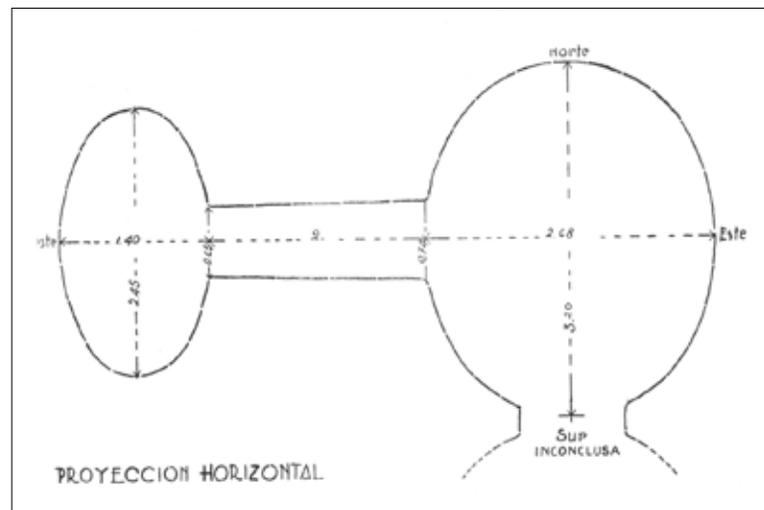
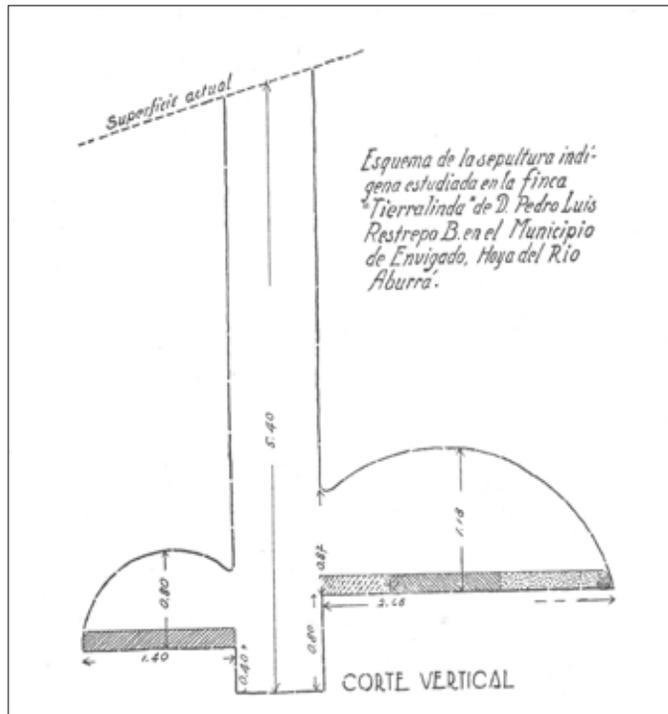


Figura 2.3 Acceso a una de las tumbas localizadas en el corregimiento de Altavista, en predios de lo que hoy corresponde a la Universidad Adventista, en la ciudad de Medellín.
Fuente: fotografía tomada de Tabares (2009: 48).



Figuras 2.4. Corte vertical y proyección horizontal de la tumba reportada por Alonso Restrepo en el año 1944.

En la Loma de Envigado desde donde se visualiza integro el valle de Medellín, fue localizada una tumba de pozo (5.40 metros) con doble cámara lateral [...] labradas en limonita densa y compacta; se trata de un entierro primario colectivo de al parecer 18 individuos. En la cámara mayor se hallaron 15 individuos sentados, colocados en círculo y mirando hacia el centro en la pequeña bóveda de la izquierda identificamos los restos de tres muertos que también fueron sentados en triángulo y que por ello, más por haber encontrado tres de las cuatro chaguales [...] hacen pensar que se trataba de tres jefes muertos acaso en combate y sepultados con sus compañeros de armas caídos en la lucha. [...]

Los demás objetos hallados fueron: una piedra para moler de granito, un bloque de roca ferruginosa (hematites roja) muy pesado; a la derecha un canto de diabasa con los filos sin usar y debajo de éste, otros mellados por el uso. [...] un bloque de cuarzo manchado por el óxido de hierro que debieron llevarlo del llano por no existir en la región [...]

Mas lo más extraordinario de esta guaca, era que el techo, cóncavo de la cámara mayor, parecía cruzado por dos trazos profundos y netos perfectamente orientados de norte a sur y de oriente a occidente (Alonso Restrepo, *Meditaciones biológicas sobre la muerte* (1944: 284-285).

En julio de 1953 se reportó en los medios de comunicación el encuentro fortuito y el saqueo de tumbas, localizadas a 5 km del centro de Medellín, en el sitio denominado El Morro, o Alto de La Calabacera (sector de Guayabal, sobre una pequeña colina al occidente del templo de Cristo Rey). A pesar de que habían sido saqueadas y destruidas varias de ellas, el registro de lo que quedó le permitió al arqueólogo Graciliano Arcila Vélez realizar importantes observaciones y rescatar información y objetos hasta el momento desconocidos:

[...] A cinco metros de profundidad con la forma de las llamadas tumbas de tambor y sombra de aproximadamente 1.50 metros de altura y dos metros de diámetro. A su interior se encontraron cuatro piezas de cerámica, cinco narigueras de oro y 213 volantes de huso de arcilla cosida, cinco elementos líticos como implementos para acabar y pulir cerámica, cuatro pendientes de piedra, Tres nódulos naturales del mismo mineral, un nódulo de cuarzo y un asa zoomorfa de arcilla cosida. Igualmente se encontraron restos humanos totalmente desechos, entre los que figuraban huesos largos y restos de cráneos correspondientes a lo que parecen ser cuatro personas,

no se encontraron urnas funerarias ni rastros de entierros secundarios (Graciliano Arcila, *Introducción a la arqueología del Valle de Aburrá*, 1977: 35; véanse figuras 2.5-2.7).

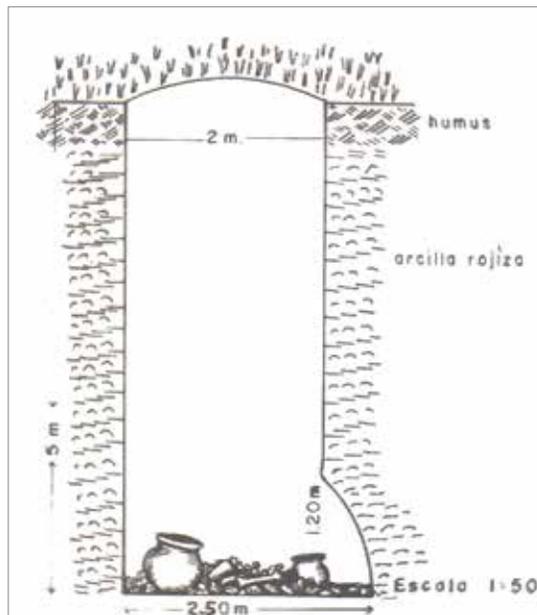


Figura 2.5 Reconstrucción gráfica de la sepultura localizada en Guayabal, Alto de la Calabacera en la ciudad de Medellín.

Fuente: ilustración tomada de Arcila (1977: 37).



Figura 2.6 Vasijas que formaban parte del ajuar funerario de la tumba del Alto de la Calabacera.
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 001677 y 001678.



Figura 2.7 Dos de los cuatro pendientes (dijes) de piedra enterrados como parte del rico ajuar funerario en una de las tumbas localizados en La Calabacerra (Arcila, 1977: 98). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

En su momento, Arcila analizó cada uno de los 213 volantes de huso depositados en esta tumba, diferenciando grupos por forma y decoración. Por forma encontró que el 63% de la muestra correspondía a lo que él definió como "piramoides" (véase figura 2.9a); el 22% correspondía a discoidales (véanse figuras 2.8, 2.9b-2.9d) y el resto correspondía a formas "hemiesferoides" y cilíndricas (véase figura 2.9e) (Arcila, 1977: 35-36, 84).

Como decoración, el arqueólogo identificó incisiones angostas y anchas, punteados verticales anchos y finos, punteados excisos finos y punteado tabular en bajorrelieve que forman espirales de varios tipos: empalmadas de dos en dos, enlazadas en un círculo cerrado con los cuatro empalmes hacia la base recta sobre el diámetro mayor, cuatro espirales enlazadas en círculo cerrado, etc. Para el investigador, las espirales fueron realizadas en triple línea y tienen punteado alargado en los espacios intermedios; los canales de la incisión alcanzan aproximadamente los 2 mm. Arcila reportó, además, que volantes de huso con motivos idénticos se habían localizado en los municipios de Jericó, Ituango y Pueblo Rico (Arcila, 1977: 53-102; véanse figuras 2.8-2.10).



Figura 2.8 Los volantes son pesas sostenidas por una varilla (huso), que impulsadas rotan y tensan las fibras para formar hilos lo suficientemente largos y finos para ser tejidos (Arcila, 1977: 35-36, 84; Lema, 1993, 1996). Fuente: ilustración Santiago Isaza Velázquez (2010).



Figura 2.9 Volantes de huso hallados en la tumba del Alto de la Calabacera (Guayabal). a. forma "piramoide"; b-d. formas discoidales; e. figura "hemiesferoide". La gran mayoría de estos volantes de huso presenta incisiones con formas en espiral (sigmas o volutas en forma de **S**), muchas de las cuales fueron llenadas y resaltadas con pasta de caolín. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.



Figura 2.10 Volantes de huso localizados en los municipios de: a. Pueblo Rico; b. Jericó; c. Titiribí, y d. Sopetrán

Fuente: Colección del Museo Universitario Universidad de Antioquia.

El hallazgo fortuito de dos tumbas de pozo con cámara lateral reportadas en el segundo semestre de 2013 y registradas por los arqueólogos Gustavo Santos y Juan Pablo Aristizábal, corrobora, al tiempo que amplía con detalles importantes la información ya presentada.

Del primer hallazgo fortuito alertaron trabajadores que sembraban árboles en el barrio *Loma del Barro*, para proteger el talud bordea la urbanización *Alto de las Flores Corazón de Envigado* por el nordeste (calle 49 D sur). De acuerdo al registro realizado por Santos (2014 y 2015) de la tierra que sacaron los trabajadores se recuperaron siete piezas dentales muy deterioradas y fragmentos de hueso en avanzado estado de descomposición, asociados a un individuo varón y, partículas de carbón de las que se obtuvo una fecha asociada a los siglos XVII y XVIII (1665-1780 después de Cristo). Pese a lo incierto de estos datos, la estructura llama la atención por el detalle y cantidad de las marcas que se trazaron para finalizar la construcción de la cámara mortuoria: “líneas de 4 a 10 cm de largo y 1,5 a 0,5 cm de profundidad que se disponen en distintas direcciones, simulando la trama del tejido del techo de un bohío”. El remate del techo estaba demarcado por una elipse de 15 x 60 cm y sobre los gravados se aplicó una capa de arcilla líquida (“engobe”) con el fin de suavizar y homogenizar la superficie (Santos, 2013, 2015, y 2017; véase figura 2.11 y 2.12).

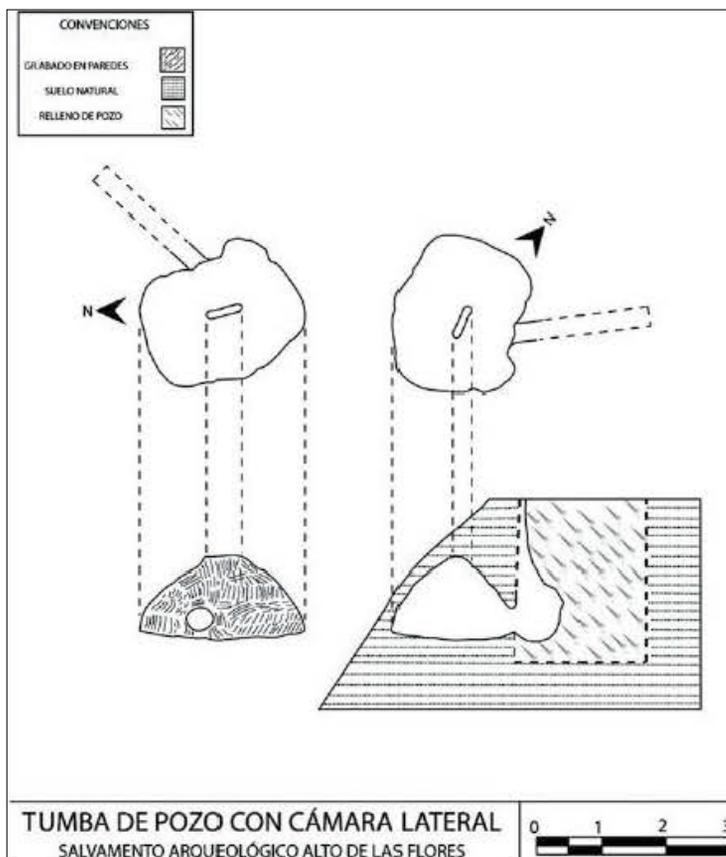


Figura 2.11 Reconstrucción gráfica de la sepultura localizada en la parte alta de uno de los parqueaderos de la Urbanización *Alto de las Flores* construida en el pie de monte del Alto de las Palmas que hoy forma parte del casco urbano del municipio de Envigado.

El orificio marcado en el dibujo en planta, señala el lugar que se derrumbó al momento de realizar la siembra. El pozo de acceso no fue excavado para no afectar la estabilidad de la vía.

Fuente: gráfico tomado de Santos (2015, s.p.).

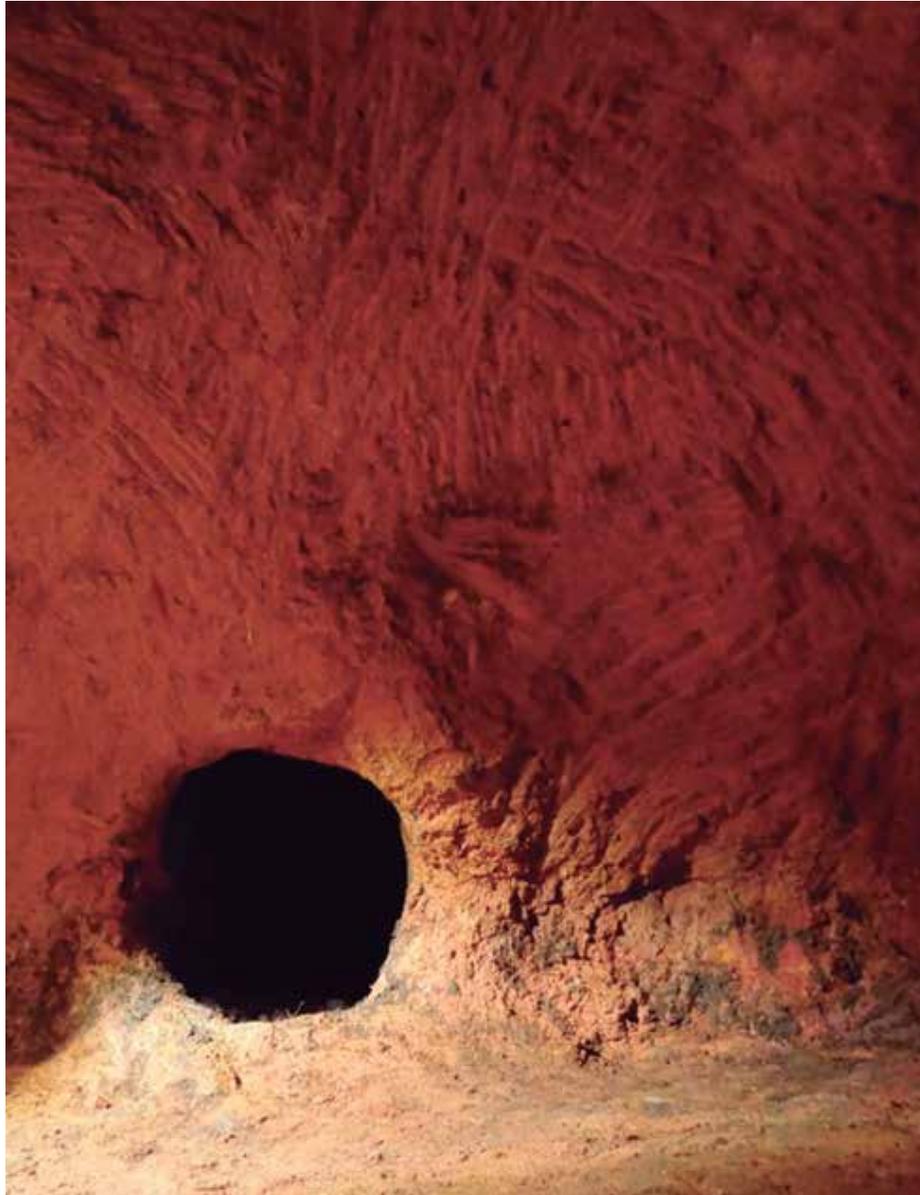
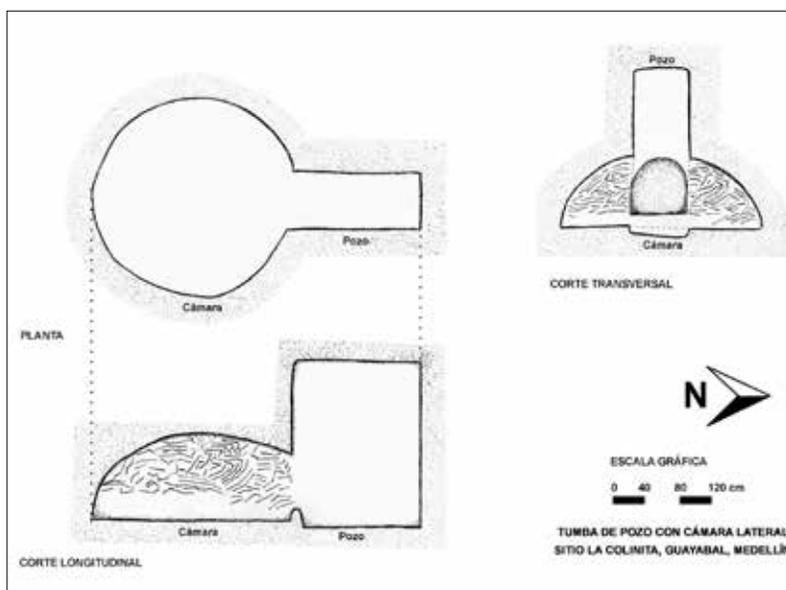


Figura 2.12 Entrada a la cámara mortuoria de la tumba localizada en el municipio de Envigado Urbanización Alto de las Flores. Obsérvese las marcas que dejó el instrumento que se utilizó para realizar el acabado final de la estructura. Fuente: fotografía tomada de Santos (2015 s.p.).

En un sector ya conocido por su importancia arqueológica, causó revuelo en los medios de comunicación, el hallazgo fortuito de una tumba localizada bajo la capa asfáltica y bajo los cimientos de una casa aledaña a la vía (calle 10 sur con carrera 54) del barrio Guayabal. Identificada y parcialmente excavada en noviembre de 2013 por trabajadores encargados de la reparación de las redes de servicios públicos, se reportó el hallazgo de volantes de huso, un cincel de piedra, dientes humanos y de animales, carbón y 4 narigueras de oro muy delgadas. Se trataba de una tumba de pozo con cámara lateral (véase figura 2.13).

Figura 2.13 Reconstrucción gráfica y detalle de la cámara de la sepultura localizada en el pie de monte de una colina actualmente conocida como El Morro, Alto de la Calabacera o La Colinita, delimitada por las quebradas La Calabacera y la Guayabala, al nororiente de la ciudad de Medellín; reportada en 2013.

Fuente: fotografías tomadas de Aristizábal (2015: 71, 75).



De un total de 189 elementos arqueológicos analizados, 162 fueron localizados en lo que los arqueólogos consideraron las capas de tierra con que fue cubierta la tumba: 23 volantes de huso similares a los registrados y clasificados por Graciliano Arcila (véase figura 2.14); 31 cuentas de collar realizadas con hueso y un dije de cuarzo blanco (vease figura 2.15), 4 narigueras con pesos entre 3, 3 y 0,73 gramos (véase figura 2.16); 1 fragmento de borde de recipiente cerámico, 78 fragmentos de dientes molares e incisivos asociadas a 9 individuos adultos y jóvenes. Los arqueólogos encargados de registrar el hallazgo concluyeron que 17 elementos arqueológicos se habrían mezclado con la tierra con que se rellenó el pozo que sirvió de entrada a la camara funeraria propiamente dicha: 9 fragmentos cerámicos y un lítico (Aristizábal, 2014, 132-170).



Figura 2.14 Conjunto completo de los volantes de huso localizados en la que se denominó en 2013, “la tumba de La Colinita”. Se destaca la conservación del empaste de caolín que presentaton algunas de las piezas; la representación (motivo) de lo que parece una estrella de 4 puntas también fue registrada por Arcila en 1977, por lo cual es importante anotar que el arqueólogo Juan David Ruiz Pérez (2017) lo describe como una “X o cruz con borde”, recurrente en los petroglifos del valle del río Nus (municipio de Yolombo), asociado por distintos autores al glifo maya que representa al planeta Venus y que “se encuentra documentada y representada en el arte rupestre a lo largo de América, en países como México, Estados Unidos Cuba, Venezuela, Perú, Chile y norte de Argentina” (Ruíz, 2017: 72-83).
Fuente: fotografías tomadas de Aristizábal (2015: 76- 82).





Figura 2.15 Cuentas de collar talladas en hueso, expertos consultados consideran que se puede tratarse de costillas de mamífero, las dos cuentas que se presentan separadas permiten precisar que en su lugar podría tratarse de costillas de ñeque o guagua. El dije de cuarzo blanco mide aproximadamente 2 x 1 cm, Fuente: fotografías tomadas de Aristizábal (2015: 86, 92).



Figura 2.16 Narigueras con aleaciones de plata y cobre recuperadas en la tumba de La Colinita, registrada en 2013. Fuente: fotografías tomadas de Aristizábal (2015: 90).

El rango de las dataciones realizadas con el carbón asociado a esta tumba, también resultó desconcertante; desde 10.170 años antes del presente, “hasta el periodo reciente” corroborado por un fragmento de loza. Para efectos de divulgación se consideró pertinente relacionar la secuencia temporal con la registrada en el cerro El Volador y proponer la fecha de construcción en 880 ± 30 años.

Desafortunadamente aún no contamos con información sobre la manera en que se depositaron los cuerpos y los objetos en este tipo de tumbas. Sin embargo, la observación de los objetos, pero sobre todo del conjunto de que forman los volantes de huso hallados en la cuenca de la Guayabala, permiten pensar que quizás, en aquella época, en la que se construyeron estas tumbas, cada una de las personas que hilaba hacía sus propios artefactos.

Los ejemplares de líneas titubeantes e imprecisas pudieran haber sido elaborados por artífices poco entrenados, tal vez muy jóvenes. Igualmente, al menos uno de los cadáveres pudo corresponder a una tejedora reconocida, amada por otros tejedores; así, los volantes de huso depositados en la tumba serían la ofrenda dada por muchas personas de manera simultánea. No se tiene reporte, para ninguna parte del valle, de cultivos de algodón; el clima no lo permite, Sin embargo, aunque no tenemos certeza de dónde traían y cómo se conseguía el algodón o las fibras que hilaban, la dispersión de la iconografía de los volantes señala con claridad relaciones con gentes asentadas en el cañón del río Cauca, este sí con suelos y clima por demás propicios para su cultivo. Documentos de archivo relacionados con el gran resguardo indígena de Cañasgordas, informan que a principios del Siglo XX, el algodón utilizado en la fábrica de Bello (Fabricato) era traído desde Dabeiba, en ellos también es posible encontrar la persistente importancia de sus mantas (AHA, Impresos, tomo i1418, *Memorias del secretario de gobierno al Gobernador Pedro José Berrío*, 1916; véase también Pérez Ríos, 2012).

[...] e el capitán mandó levantar el real e nos fuimos dos leguas, el río abajo a donde se halló otra poblazó(n) donde estovimos algunos días, en los cuales el capitá(n) tuvo noticia de un pueblo que se dice Tahami q(ue) (e)stá de la otra vanda del río y enbió allí ciertos españoles nadadores y como los naturales tenían algún aviso estaban alzados aunque todavía se prendieron algunos yndios y se tomó mucha cantidad de ropa de algodón muy pintada e galana de que avía gran nesciedad en el real pa(ra) hazer de vestir [...]

Juan Bautista Sardela, *Relación de lo que subcedió al Magnífico Señor Capitán Jorge Robledo* (Tovar, 1993 [1541]: 291).

Vasijas como casas para los muertos

Cientos de reportes de hallazgos fortuitos y la investigación arqueológica realizada han permitido establecer que a lo largo de más de mil años (las fechas se concentran entre los años 500 a. C. a 500 d. C.) no se construyeron tumbas propiamente dichas; lo que los arqueólogos encuentran son los huesos quemados de los difuntos enterrados en vasijas (véanse figuras 2.11 a 2.19).

[...] parece que los indios tenían la costumbre de depositar en algunos lugares los restos de sus antepasados en cántaros y ollas, como hemos tenido ocasión de observarlo en los Bermejales, frente a la parroquia de Hato Viejo, en donde hemos visto, excavando un sepulcro, centenares de dientes molares, fuera de otros huesos contenidos en varias vasijas [...] (Restrepo, 1944: 276-277).

En el Valle de Aburrá, la cerámica Marrón Inciso se encuentra asociada a tumbas de pozo con grandes piedras aplanadas (Arcila, 1977). En ellas, los entierros se efectuaron en urnas y al parecer se trata de inhumaciones secundarias. Al Norte del valle, en la localidad de Barbosa, las tumbas asociadas a la misma tradición, están formadas por cinco piedras alargadas, dispuestas a manera de sarcófago en el que se halla el cadáver en posición extendida [...] (Castillo, 1988: 33).

En el mes de julio de 1954, durante las excavaciones realizadas para la construcción del Centro de Salud de Manrique Oriental, sobre la margen derecha de la quebrada El Ahorcado, se localizó un número indeterminado de enterramientos, la mayoría de los cuales fueron saqueados antes de la llegada de los arqueólogos. Entre los menos afectados estaba una sepultura cubierta con lajas de piedra y, en el fondo, dos grandes urnas (véase figura 2.16).

La sepultura tenía la forma de tambor, con solo 1,50 m de profundidad, por O, 70 m de diámetro. Estaba cubierta con lajas de piedra serpentina y en el fondo dos grandes ollas como la gráfica lo muestra, que desempeñaban el oficio de urnas funerarias con huesos fragmentados sin cremación. Las lozas o lajas de piedra cubrían el recinto a 0,50 m de profundidad. Parece que en otras épocas el terreno había cedido y rompió por consiguiente una de las vasijas [...] la urna contenía en el fondo dos huesos largos y varios fragmentos medio destruidos

por la acción de la humedad, no contenía la sepultura otra clase de objetos. Las lajas que cubrían la sepultura no habían sido labradas a propósito sino conseguidas ocasionalmente para cubrir la entrada[...] Enterramientos como éste son frecuentes en las colinas que rodean el Valle de Aburrá, como el encontrado en el barrio Simón Bolívar de esta misma ciudad, en Villa Tina, en San Cristóbal, municipio cercano a Medellín, en el cerro Nutibara, en Aranjuez y en El Poblado para no citar sino los más principales (Arcila, 1975: 203, 205).



Figura 2.11 Urna funeraria localizada a 2 m de profundidad en el declive del morro que cae sobre el Centro Comercial San Diego (Medellín). Contenía huesos humanos fragmentados, una pequeña barra de oro de 5 cm de largo y un castellano de peso. La urna propiamente dicha, de paredes lisas y brillantes, presenta pequeñas incisiones que forman líneas radiales punteadas, oblicuas y horizontales, que salen desde la base del cuello hacia la base. En la tapa se realizaron pequeñas incisiones intermitentes paralelas, alrededor de todo el recipiente. (Arcila, 1977: 114-116 y 119).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 009918 y 009919.

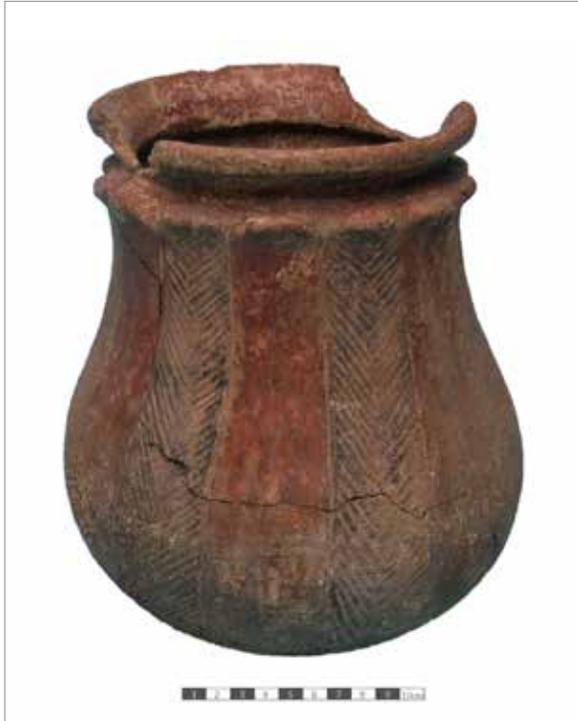


Figura 2.13 Urna funeraria localizada con otras vasijas en predios de la Escuela Alfonso López, barrio Villa Hermosa, Medellín y reportada por Graciliano Arcila.

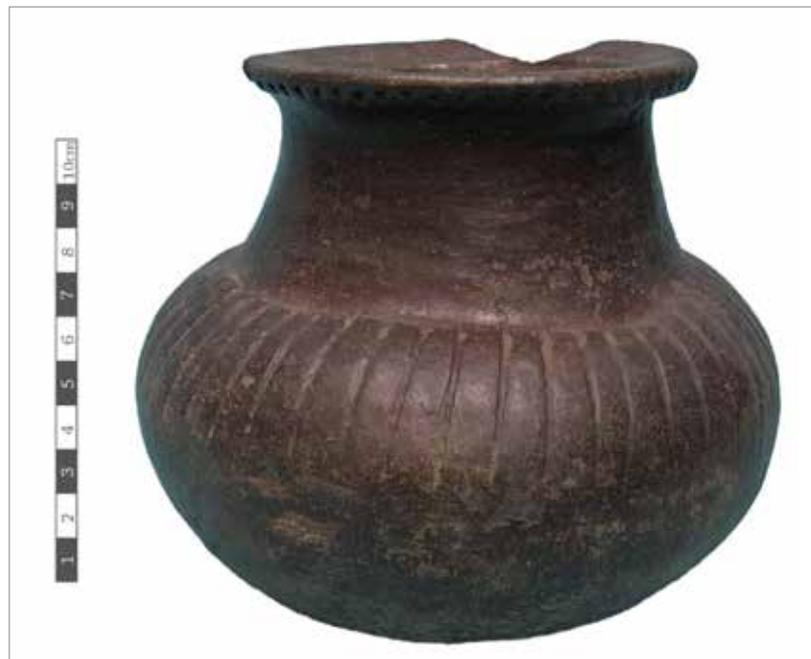
De color marrón brillante, presenta finas líneas radiales que se desplazan desde la base del cuello, para terminar en la mitad del cuerpo, y un punteado triangular alrededor del borde.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 002687.



Figura 2.12 Urna cineraria y su tapa. Localizada en el cerro Nutibara. Fue considerada por Graciliano Arcila como representante del complejo antioqueño y por posteriores investigadores como típica del estilo Marrón Inciso. Un rasgo característico de este estilo son las bandas incisas en forma de "espina de pescado" (Arcila, 1977: 126, 128).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 006245 y 006246.



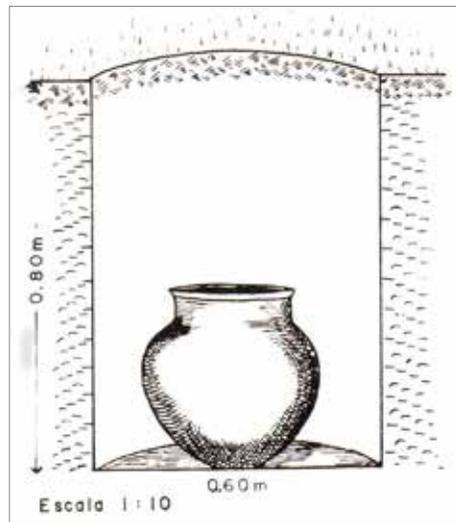


Figura 2.14 Reconstrucción gráfica de un enterramiento localizado en el barrio Villa Tina, en la ciudad de Medellín
Fuente: tomada de Arcila (1977: 37).

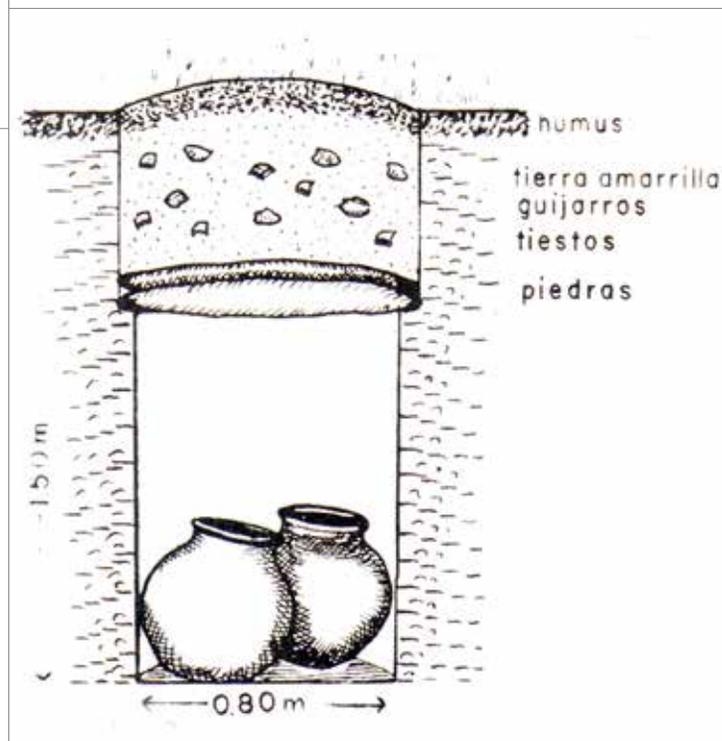


Figura 2.15 Reconstrucción gráfica del enterramiento localizado en el barrio Simón Bolívar, en la ciudad de Medellín. Cubiertas con dos lajas de piedras granítica, a 50 cm de profundidad, se enterraron dos vasijas "gemelas" y un cuenco acorazonado. El recipiente que presentaba mejor acabado contenía los huesos fragmentados de un individuo.
Fuente: Arcila (1977: 37).

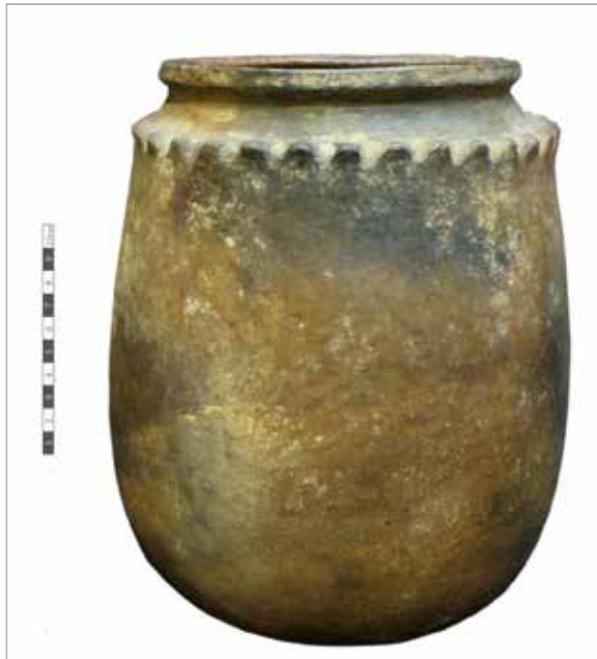


Figura 2.16 Urna cineraria reportada como localizada en el municipio de Medellín
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 009829.

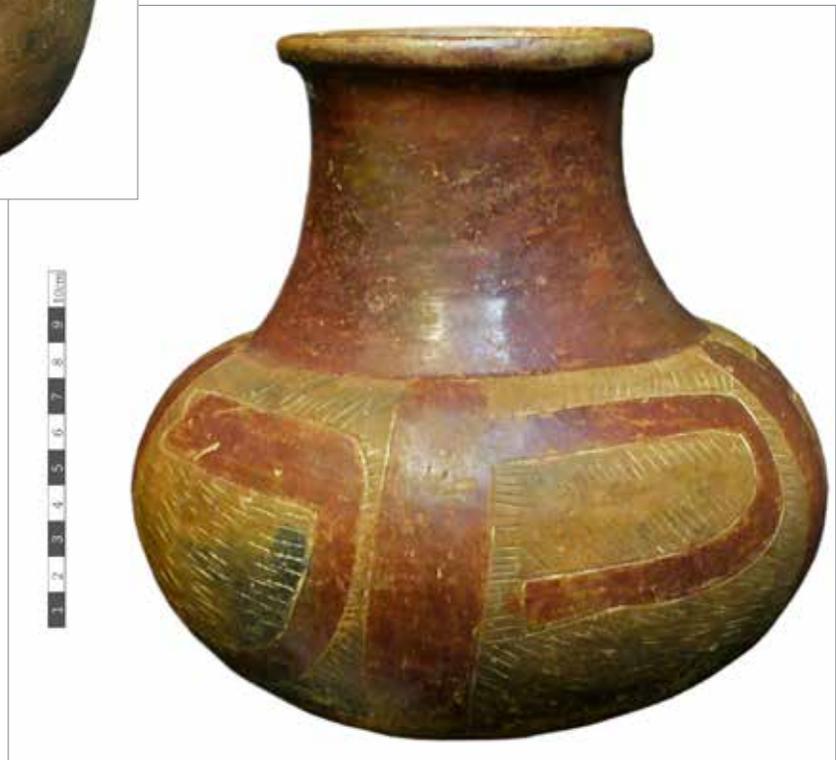


Figura 2.17 Urna funeraria localizada en el morro El Salvador, barrio El Salvador (Medellín). Al parecer contenía los restos de un niño, que fueron parcialmente quemados; a su lado se localizó una taza pequeña, que pudo haber servido de tapa. Los motivos pintados e incisos en el cuerpo de este recipiente lo hacen único en el registro arqueológico del valle del Aburrá (Arcila, 1977: 112, 117).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 009849.

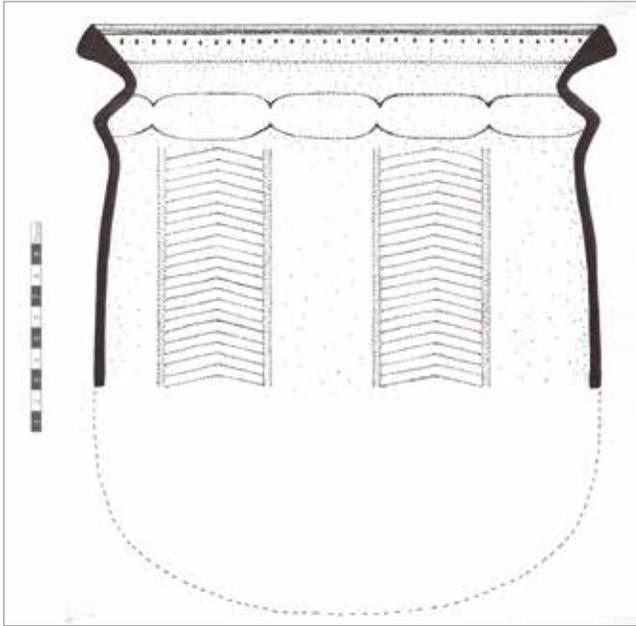
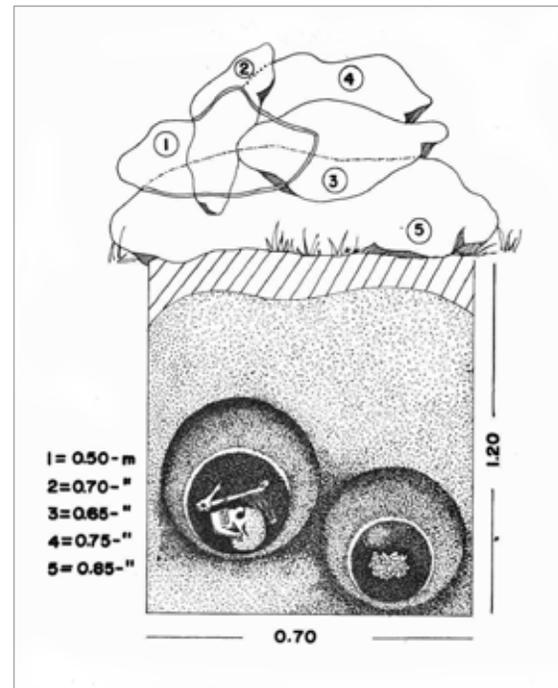


Figura 2.18 Reconstrucción gráfica de una de las dos urnas localizadas en el Alto del Oro, vereda El Rosario, corregimiento de Santa Elena, del municipio de Medellín. Relacionada con una fecha de 1700 ± 50 años antes del presente; contenía fragmentos correspondientes a tres recipientes cerámicos, algunos fragmentos de huesos calcinados, diecinueve cuentas de collar pequeñas (3 mm en promedio) y dos microesferas elaboradas con aleaciones de oro y cobre. Corresponde a un recipiente característico del estilo Marrón Inciso. Fuente: tomada de Obregón, Cardona y Gómez (2004: 73-76).

Figura 2.19 Reconstrucción gráfica del enterramiento localizado en el barrio Alfonso López (Manrique Oriental), en la ciudad de Medellín. Fuente: Arcila (1975: 203).



3. Rastros de un orden a lo largo del tiempo

La cultura material tampoco obedece a los ritmos de la vida biológica. Los objetos no se desintegran inevitablemente desde dentro, como un cuerpo humano. Las historias de las cosas siguen un curso diferente, en el que la importancia del papel de la metamorfosis y la adaptación crece a través de generaciones humanas (Richard Sennett, *El Artesano* (2009: 28).

La investigación realizada en el cerro El Volador (Santos y Otero, 1996) permitió establecer la existencia de tres distintos tipos de enterramiento, correspondientes, a su vez, con lo que los investigadores consideraron ocupaciones distintas. La más temprana está asociada con el estilo cerámico Ferrería (con enterramientos primarios directos); la segunda, con el estilo cerámico Marrón Inciso (con enterramientos secundarios en urnas) y la tercera, con el Tardío, vinculado con enterramientos en tumbas profundas con cámara lateral. La construcción de este tipo de tumbas con un pozo directo, o con pozos indirectos y escalonados, con una o varias cámaras laterales, localizadas en los filos o en lugares de amplia visibilidad y en las que se depositaron los cuerpos de uno o varios individuos- comenzaría a ser recurrente en el valle hace aproximadamente 1.500 años (Santos y Otero, 1996; Bermúdez, 1997; Cardona y Montoya, 2008). En el valle del Cauca la situación es similar (Castillo, 1984, 2006).

Paralelamente, la investigación arqueológica realizada en el área de influencia de los embalses construidos por las Empresas Públicas de Medellín, sobre la cuenca del río Páez (Páez II y III), permitió no solo ampliar el rango temporal del poblamiento del valle, sino aumentar, corroborar y precisar la información acerca de las costumbres funerarias de las que ya se tenía noticia (Castillo y Martínez, 1992; Castillo y Múnera, 1994; Castillo et al., 2002; Castillo, 1998; Ardila et al., 1998; Pino y Forero, 2003; Otero y Santos, 2006, y Cardona et al., 2007).

Un cementerio muy antiguo

Hace miles de años, los primeros pobladores seguramente eran pocos y aunque las técnicas y los instrumentos con que se transformaba la naturaleza eran incipientes, los frutos y animales del bosque (húmedo tropical) resultaban suficientes para mantenerse. Era una época en la que la búsqueda de materias primas y los cambios del clima determinaban la movilidad de las personas. Sin embargo, hace alrededor de 8.500 años, se escogió un lugar

específico para enterrar a los muertos y se aseguró su mantenimiento y protección a lo largo de 1.500 años.

Durante los años 1990 y 1992, en la etapa previa a la construcción de las obras del embalse del río Paree (Paree II), se realizó un intensivo trabajo de investigación con el fin de conocer y mitigar el impacto que causaría la desviación y embalse del río. Entre los numerosos hallazgos, la investigación arqueológica reveló la existencia de un cementerio, que resultó ser, desde todo punto de vista, un hallazgo sin precedentes en la región.

Localizado sobre una terraza aluvial aproximada de 1.200 m² en la margen occidental del río, más precisamente en la confluencia con la quebrada El Morro a 875 msnm, el lugar fue denominado por los investigadores *Yacimiento 021* y llamó su atención no solo por sus condiciones óptimas como lugar para el asentamiento humano, sino también porque sobresalía, elevada hasta 80 cm, un área aproximada de 640 m² por encima del nivel natural de la terraza. La investigación demostró que se trataba de un montículo artificial, formado con la acumulación de rocas y tierra, colocada para proteger los cuerpos y los restos óseos allí sepultados. La secuencia temporal establecida reveló que el sitio fue utilizado desde los 8890 ± 80 años antes del presente, hasta los 5670 ± 70 años antes del presente (Castillo, 1998: 44-48; Aceituno, 2017).

Aunque el montículo se encontró parcialmente destruido por la acción de los mineros que durante los últimos trescientos años han trabajado de manera intensa en las riveras del río, se calcula que el lugar podría haber contenido por lo menos cien enterramientos, correspondientes a individuos depositados allí tras haber fallecido, pero también conjuntos de huesos quemados, concernientes a distintas personas. Haciendo parte de los entierros, los investigadores hallaron, además, artefactos líticos usados, desechos de talla, restos de carbón, semillas calcinadas y gran cantidad de huesos de animales de diferentes especies acuáticas y terrestres (Castillo y Martínez, 1992; Castillo, 1998; Castillo y Aceituno, 2006).

Asimismo, identificaron cuatro tipos de enterramiento: entierros primarios de un solo individuo; primarios dobles; primarios con paquetes de huesos, y paquetes de huesos desarticulados de uno o más individuos. Dado que no se identificaron fosas o pozos, cada individuo o paquete de huesos fue allí transportado y colocado directamente sobre una superficie natural o una preparada mediante el agregado de tierra y rocas de diferentes tamaños; algunas de estas rocas correspondía a placas de moler (Castillo et al., 2002: 533-537).

En los paquetes de huesos de distintos individuos, aunque al parecer se enterraron ya quemados, la cantidad de carbón que se localizó en el sitio podría indicar que algunos pudieron haberse quemado allí mismo; los huesos de los animales y semillas también aparecen calcinados. Los investigadores no informan si las piedras fueron quemadas; los cuarzos, al parecer, no. Muchas de las placas de moler, las cuales pudieran marcar la presencia femenina en los entierros (2002), fueron enterradas bocabajo y algunos de los paquetes de huesos fueron colocados junto a individuos sepultados completos. En el lugar se localizaron ocho individuos enterrados inmediatamente después de su fallecimiento, completos, en posición fetal; uno correspondía a un infante.

En algunos casos, para mantener la posición, los cuerpos fueron amarrados. Tres parejas fueron inhumadas en este cementerio. Se dispusieron opuestas entre sí, una de ellas apoyándose en sus espaldas, las otras dos como mirándose los pies. Sobre uno de los esqueletos se colocaron cinco piedras muy grandes: una sobre la pelvis, dos sobre los miembros inferiores y dos sobre los superiores.

Dos de los entierros reportados suministran información que nos permite acercarnos a su cosmogonía: el denominado *Entierro 21* correspondió a un esqueleto localizado a 105 cm de profundidad, ubicado en posición decúbito lateral izquierdo, con las piernas parcialmente dobladas y los brazos también doblados a la altura de la cara; el cuerpo lo orientaron hacia el noreste-suroeste y la cara hacia el este. A su alrededor se localizaron huesos de animal, semillas, piedras gruesas y pequeñas, abundante lascas en cuarzo y una concentración de carbón. La mayoría de las rocas gruesas y cuarzo se acomodó hacia la parte ventral del cuerpo; sobre los huesos, a 100 cm de profundidad y hasta los 90 cm, se observan numerosas rocas grandes y pequeños cantos rodados, al parecer colocadas a manera de piso, para depositar el cadáver. Una fecha obtenida de carbón de este entierro dio una edad de 7.040 ± 60 años, siendo la fecha más antigua asociada a enterramientos humanos en el valle.

El denominado *Entierro 2* corresponde a huesos largos muy fragmentados y erosionados que no pudieron ser identificados. Se encontraron debajo de la superficie de una placa de moler cubierta por abundantes piedras y cuarzos; a su alrededor había carbón y huesos de animal. Los restos fueron colocados sobre piedras gruesas y cantos rodados fragmentados.

El amplio lapso de tiempo durante el cual fue utilizado este sitio, con respecto al número de individuos allí localizados (calculado en cien), hace pensar que debieron existir otros lugares de enterramiento y que aquí solo fueron ubicados personajes reconocidos,

importantes, entre los que se incluían niños y jóvenes. No parece descabellado pensar que, durante cientos de años, en este lugar se depositaron los restos de quienes pudieron considerarse como los ancestros, las primeras gentes, y, con ellos, muy seguramente, se marcó un espacio de referencia, articulador del territorio, el cual se pensaba, se explicaba y al que se retornaba continuamente y que, con seguridad, fue conocido y respetado por los demás pobladores de esta parte del valle.

La vida y la muerte en el cerro El Volador

El cerro El Volador, en pleno centro de lo que hoy es la ciudad de Medellín, sobresale 175 m sobre el área plana del valle, hasta alcanzar los 1.625 msnm. Con un área de 106 ha, es bordeado por las quebradas La Iguaná y La Malpaso, redefiniendo permanentemente sus límites.

Pese al intenso saqueo al que ha sido sometido, luego de varios años de investigación se logró determinar que sus terrenos fueron intensa y constantemente utilizados por lo menos durante dos mil años (Santos Vecino, 1995; Santos y Otero, 1996). La recuperación de restos óseos, veinte urnas funerarias completas, seis vasijas fragmentadas, dos narigueras de tumbaga, una cuenta de collar de oro, dos volantes de huso, cantos rodados, lascas de piedra de diferentes materiales, pequeños guijarros de cuarzo, fragmentos de hachas y varias manos de moler, hizo posible verificar que los antiguos habitantes aprovecharon las suaves pendientes para acondicionarlas como terrazas, para construir sus viviendas, cultivar y enterrar a sus muertos (Santos y Otero, 1996: 52; véanse figuras 3.1 y 3.2). Dos de las dieciséis terrazas investigadas en El Volador, las denominadas 10 y 11, contiguas, relativamente pequeñas y poco disturbadas, proporcionaron algunas claves para entender cómo las antiguas gentes asumieron la muerte de sus parientes y personas por distintas razones, importantes, no es difícil pensar que amadas.

Figura 3.1 Urna localizada en el cerro El Volador, terraza 6, entierro 3, en proceso de excavación. Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Fuente: fotografía tomada de Santos y Otero (1996, anexo fotográfico).



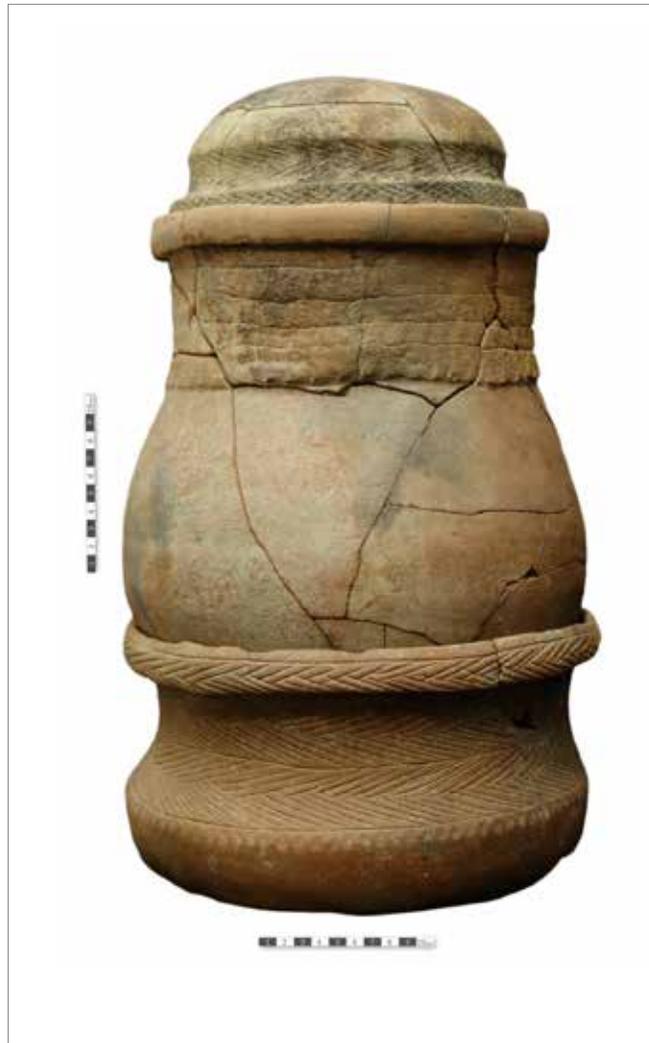


Figura 3.2 Urna localizada en el cerro El Volador, terraza 6, entierro 3.

A una profundidad de 108 cm, el entierro fue cubierto con cuatro bloques de piedra, dos de los cuales resultaron ser manos de moler. La vasija que hace de soporte de la urna propiamente dicha no tenía fondo y la rotura parece haberse hecho, para lograr mayor estabilidad del conjunto. En la urna, además de restos óseos calcinados, se halló una pequeña nariguera formada por un alambre de oro (Santos y Otero, 1996: 35).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

El entierro de una persona excepcional

La terraza 10, con 149 m², evidenció la existencia de cuatro entierros y numerosos huecos de poste, correspondientes a dos viviendas, una en el interior de la otra. Ambas fueron interpretadas por los investigadores como de diferentes temporalidades. La más grande, de forma elíptica, presentaría un diámetro de aproximadamente 12 m, mientras la otra, más redondeada, un diámetro de 6 m. Entre los múltiples elementos excavados resaltamos la abundante presencia de material cerámico fragmentado, un mocasín vasija —poco común en la región—, con protuberancias aplicadas hacia el hombro, colocado en un pequeño fogón; dos pequeños fragmentos de cuarzo, cantos rodados, y dos volantes de huso irregulares y poco pulidos (Santos y Otero, 1996: 37-39).

Sin embargo, un enterramiento es el que llama poderosamente nuestra atención y cuestiona nuestras ideas sobre lo que es bello e importante. El denominado *Entierro 1*, lo conforman dos vasijas subglobulares grandes; una de ellas fue recortada y utilizada como tapa. Las vasijas, que se recubrieron con tres capas de tierra, contenían los restos óseos de un individuo con anomalías congénitas; los análisis de dentición mostraron que correspondían a un adulto, aunque por el tamaño de los huesos parecían los de un niño de ocho años. Además, se logró establecer que a este individuo se le deformó el cráneo de manera tabular oblicua. La fosa donde se enterraron las vasijas resultó ser más profunda de lo esperado, cuadrada en la parte superior y cilíndrica en la inferior; tenía las paredes rectas y bien definidas. La datación asociada a este entierro fue 150 ± 140 años después de Cristo. (véase figura 3, 3 y 3.4).

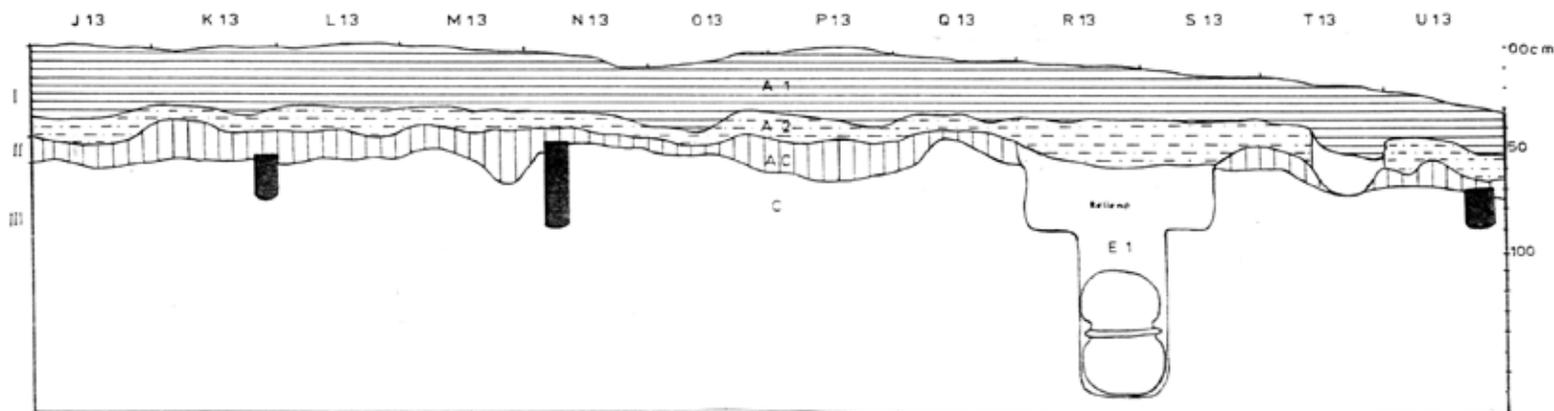


Figura 3.3 Reconstrucción gráfica del perfil de la terraza 10 entierro 1, en el Cerro El Volador. Los espacios resaltados con negro señalan la localización de postes de vivienda. Fuente: Santos y Otero (1996: 37),

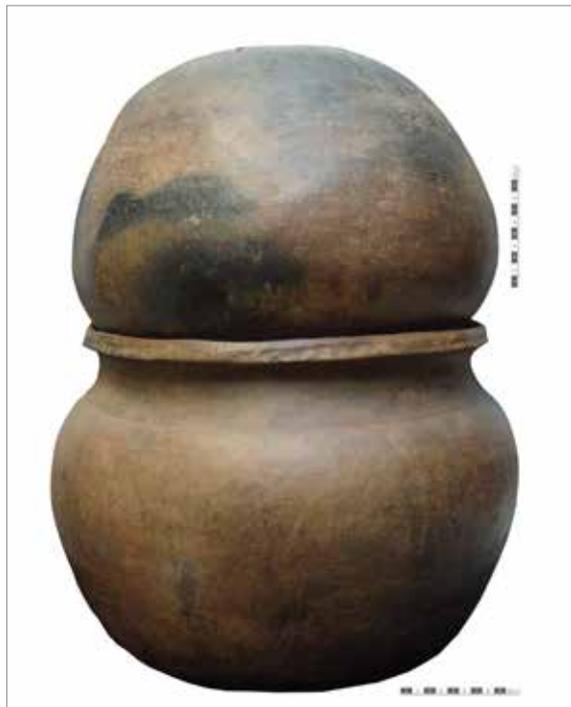


Figura 3.4 Urna funeraria hallada en el entierro 1, terraza 10, en el cerro El Volador.
A la vasija que hace de tapa se le recortó el borde, con el fin ajustarla a la urna propiamente dicha.
Altura total aproximada 65 cm.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

El entierro 2 de la terraza 10 corresponde a tres vasijas depositadas a 43 cm de profundidad. En una fosa irregular excavada sobre una base rocosa se enterró una urna que contenía, además de los restos óseos, un cuenco repujado colocado bocabajo. La tercera vasija era la tapa. Para realizar el enterramiento denominado 3, se excavó una fosa hasta 80 cm de profundidad, justo al comenzar la ladera de la terraza 11 (localizada en términos topográficos arriba de la terraza 10). Contenía un cuenco subglobular tapado con otro cuenco, y contenía coronas dentales calcinadas de un individuo adulto. Los entierros 2 y 3 se realizaron en vasijas consideradas típicas del estilo Marrón Inciso (véanse figuras 3.5).

El entierro 4, a 30 cm de profundidad, correspondió a una vasija acostada, completamente fragmentada e identificada como típica del estilo Ferrería (bordes muy evertidos con incisiones circulares); contenía coronas dentales calcinadas de dos individuos adultos. En la terraza 11, contigua a la anterior, pero mucho más pequeña (35 m²), se hallaron 6 entierros. Dos de ellos corresponden a vasijas colocadas en fosas irregulares, excavadas a partir del estrato rocoso, hasta alcanzar una profundidad de 60 cm (véanse figuras 3.6 y 3.7).

Figura 3.5 Cuenco en forma de totuma con dos orificios, registrado como procedente del cerro El Volador. Obsérvese que presenta el color y el brillo típicos del estilo Marrón Inciso. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 011308.

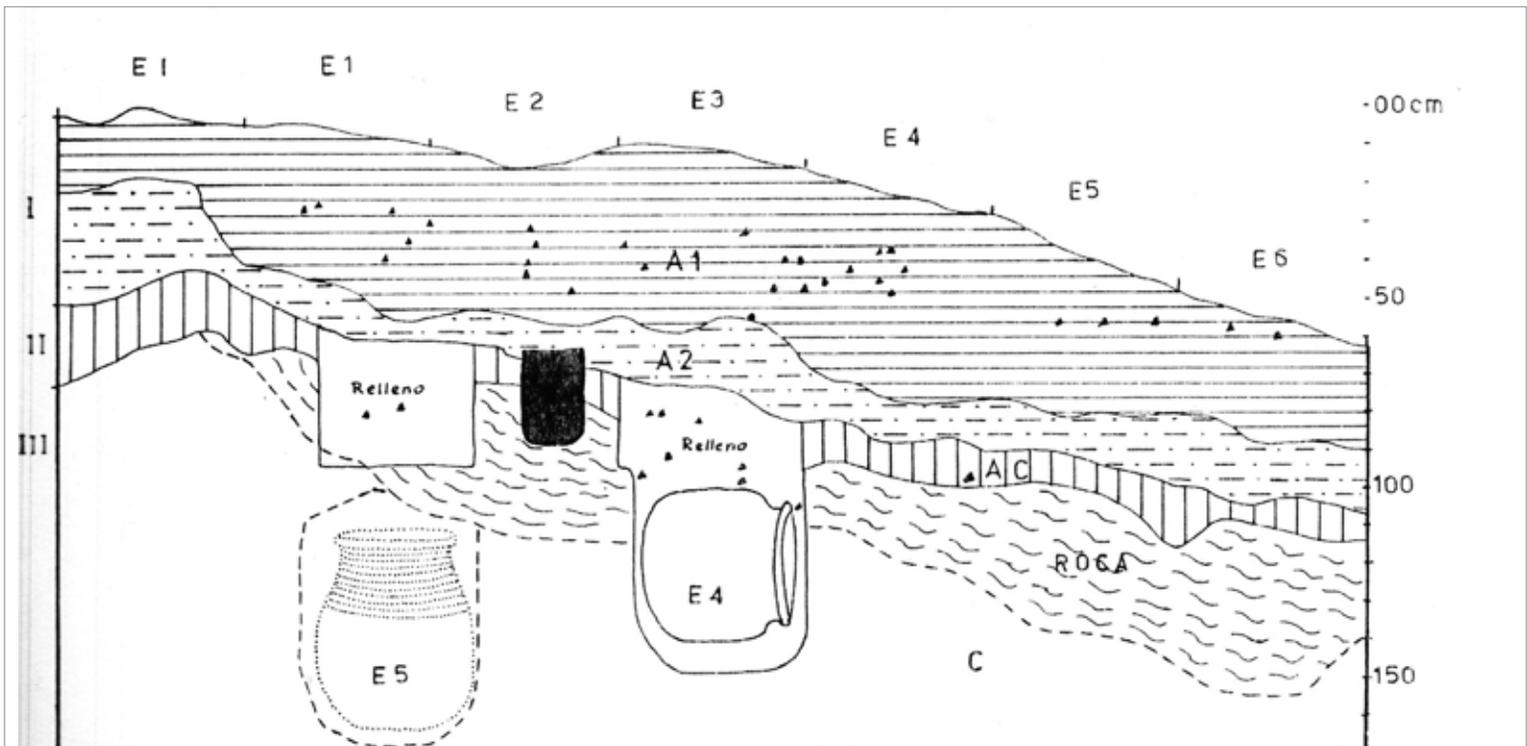


Figura 3.6 Reconstrucción gráfica del perfil de la terraza 11 localizada en el Cerro El Volador. Obsérvese la relación entre los enterramientos 4 y 5. El espacio resaltado en negro señala la existencia de un poste de vivienda. Fuente: Santos y Otero (1996: 35).

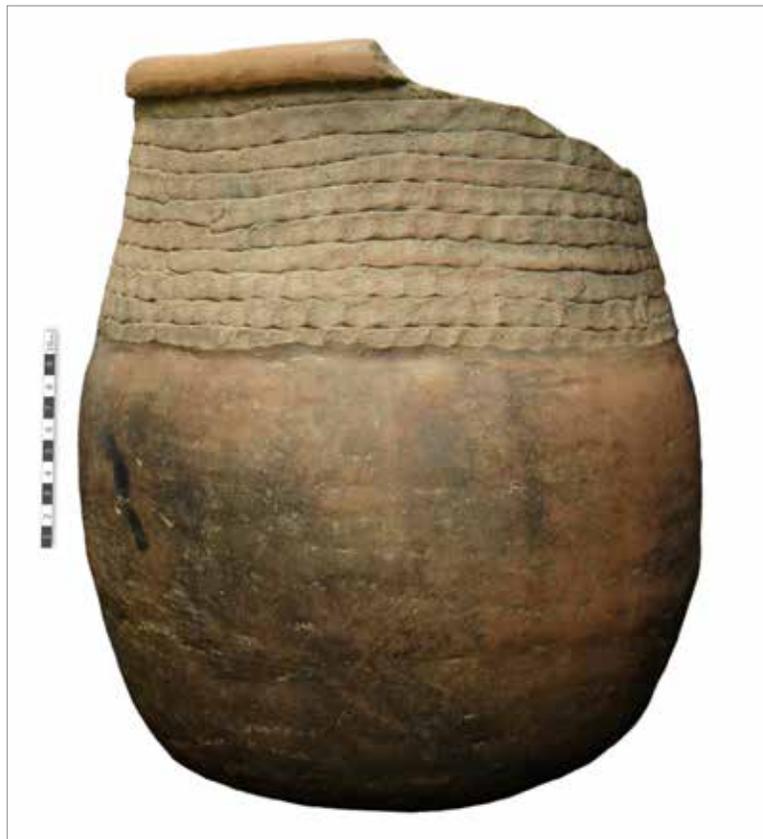


Figura 3.7 Urna proveniente del cerro El Volador, terraza 11, entierro 5
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

La urna del entierro 4 contenía coronas dentales humanas calcinadas, pertenecientes a un adulto y un joven. El entierro 5 corresponde a una urna con anillos sin alisar en el cuello; se colocó justo en el punto donde la roca fue cortada para nivelar el lugar. Esta urna contenía coronas dentales calcinadas de dos individuos adultos y una pequeña pieza zoomorfa de oro, que parece representar un insecto (*Mantis Religiosa*, véase figura 4.62).

En estrecha relación espacial con estos entierros, a muy poca profundidad, se hallaron tres vasijas con tapa, ompletamente fragmentadas y aplastadas, y aunque podrían corresponder a urnas funerarias, no se encontraron restos óseos humanos asociables a ellas. No obstante, lo que resultó sorprendente, por no tenerse noticia de hallazgos similares, fue un entierro primario y directo, es decir, el cuerpo se colocó intacto en este lugar. Este entierro se interpretó como anterior al entierro en urnas y correspondiente con el estilo cerámico Ferrería (Santos y Otero, 1996: 41-42; véase figura 3.8); Santos. 2017).



Figura 3.8 Vasija considerada como típica del estilo cerámico Ferrería. Localizada en el cerro El Volador, terraza 11. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

[...] También llaman huaca a cualquier templo grande o chico y a las sepulturas que tenían en los campos y a los rincones de las casas donde el demonio hablaba a los sacerdotes y a otros particulares que trataban con él familiarmente, los cuales rincones tenían por lugares santos y así los respetaban como a un adoratorio o santuario. También dan el mismo nombre a todas aquellas cosas que en su hermosura o excelencia se aventaja a las otras de su especie: como una rosa, manzana o camuesa o cualquier otra fruta que sea mayor y más hermosa que todas las de su árbol [...] Por el contrario llaman huaca a las cosas muy feas y monstruosas que causan horror y asombro [...] también llaman huaca a todas las cosas que salen de su curso natural [...] y el mismo nombre dan a los niños que nacen de pies o doblados o con seis dedos en pies y manos. O nace corcovado o con cualquier defecto mayor o menor en el cuerpo o en el rostro [...].

Inca Garcilaso de la Vega, *capítulo IV: De muchos dioses que los historiadores españoles impropriadamente aplican a los indios* ([1609] 1985: 85 - 86)..

El entierro de una bella mujer

El cadáver, una mujer de 18 a 24 años de edad, fue depositado con la cabeza en dirección al oriente, directamente sobre el piso de una fosa rectangular (180 cm de largo, 50 de ancho y 130 de profundidad), parcialmente excavada sobre la roca. El cráneo presentaba deformación tabular, y sobre el maxilar se localizó una pequeña nariguera de tumbaga, formada por una lámina doblada. Pese a que hoy consideremos lo contrario, la deformación corporal se realizaba con el fin de resaltar y embellecer y, sin duda, repercutía en la importancia de quien se transforma. El proceso para deformar el cráneo debió comenzar desde la infancia y aunque el registro cerámico localizado en las vertientes más cercanas al Magdalena y al Cauca señala que transformar el cuerpo sería una práctica común, para el valle del Aburrá no se tenían reportes de este tipo.

Los investigadores lograron establecer que este entierro se realizó por los años 240 ± 60 después de Cristo. Muy cerca, pareciera que a la entrada de la fosa, se excavaron dos concentraciones de carbón y restos óseos calcinados relativamente grandes (90 y 130 cm de diámetro, y 20 y 35 de espesor). En una de estas concentraciones se hallaron coronas dentales pertenecientes a cuatro individuos adultos y uno joven; se encontró, además, una pequeña vasija de borde muy evertido (véase figura 3.2). El análisis del carbón de una de ellas dio como resultado una fecha de 330 ± 70 años después de Cristo (Santos y Otero, 1996).

La información proporcionada por este gran conjunto de vestigios, su concentración, disposición y dataciones, llama la atención sobre la diversidad de formas de enterramiento, a nuestro juicio, no posibles de atribuir a sociedades distintas o a ocupaciones de gentes enemigas o invasoras. Al contrario, su distribución, cercanía y el hecho de que no se registra superposición entre los diferentes enterramientos, permite suponer que las personas allí sepultadas eran parientes, que entre ellos sin duda se destacaron un hombre y una joven mtBer a los que se consideró necesario deformarles el cráneo, y más aún, que el lugar donde fueron enterrados fue conocido y respetado, hasta donde sabemos, durante más de 300 años.

Este hecho permite pensar que el sitio fue en realidad un cementerio, parte del conjunto total, un lugar particularmente importante, con un arriba y un abajo (la terraza 11 está topográficamente arriba de la 10). De ser así, las viviendas (una adentro y otra afuera), su tamaño, la disposición de los objetos, etc. pudieran interrogarse e interpretarse distinto. Nos preguntamos si las concentraciones de huesos y carbón evidencian el sitio mismo donde fueron quemados; de ser así, ¿se dejaron a la intemperie? ¿se cubrieron con tierra? Es importante destacar que este tipo de contextos no serían escasos en el valle. En algunos

casos infortunadamente no se hizo ningún registro de ellos; en otros, los arqueólogos hemos llegado tarde y apenas si se ha logrado recuperar información, como sucedió con el hallazgo fortuito y el saqueo realizado en el municipio de Bello, sector La Primavera (véanse figuras 3.9 y 3.10). En un sitio que debió ser una terraza de vivienda prehispánica, se encontraron cinco entierros en vasijas, urnas ubicadas en fosas irregulares, algunas de ellas formando nichos en la roca, y tres entierros en los que se colocó el cuerpo completo en pozos rectangulares con semicámaras. Uno de estos entierros se halló inmediatamente debajo las urnas identificadas como Marrón Inciso, lo cual para los investigadores, confirma la secuencia temporal Ferrería-Marrón Inciso, establecida en El Volador y en el municipio de Jericó (Otero, 1992; Santos y Otero, 1996: 14-15).

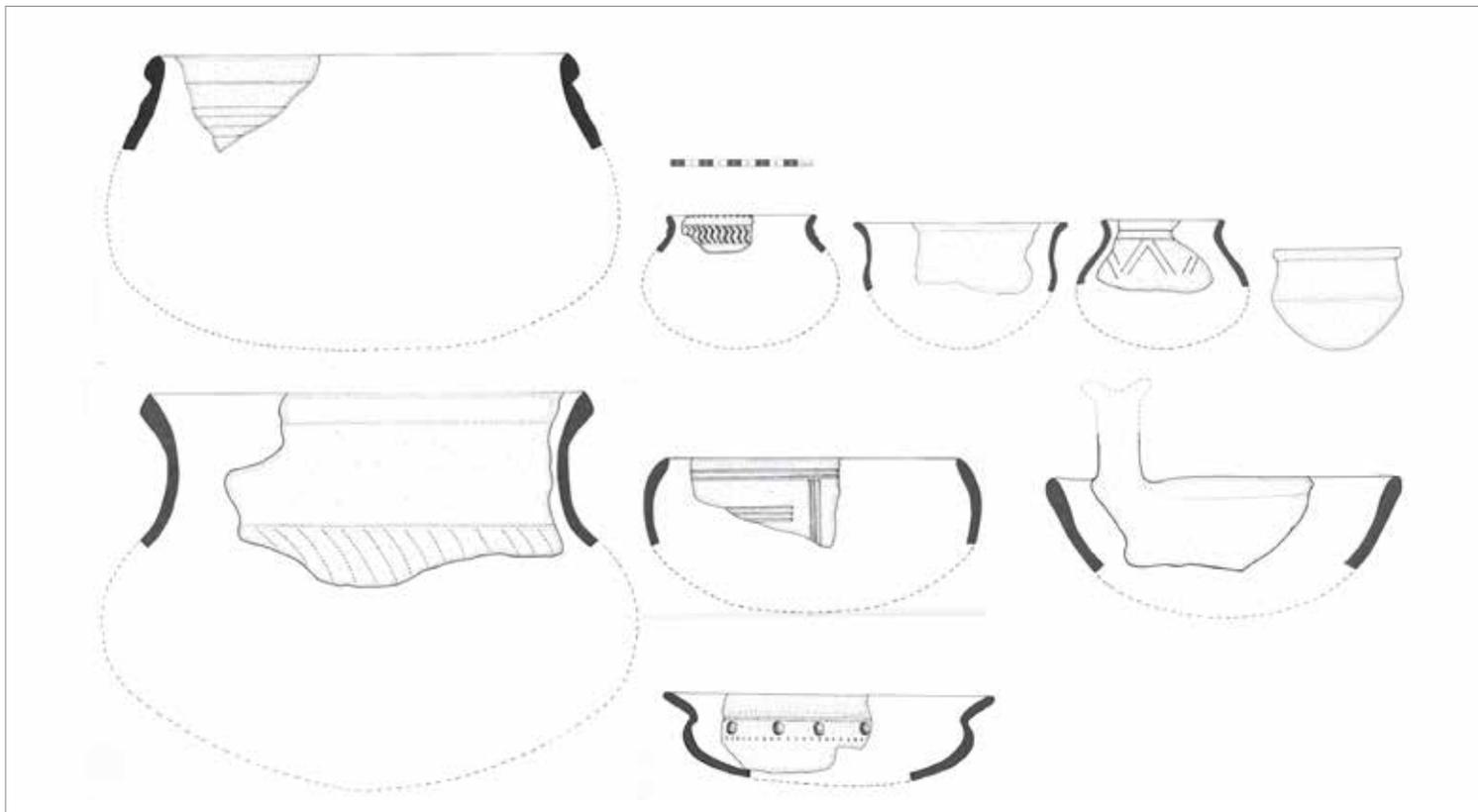


Figura 3.9 Reconstrucción gráfica de algunas de las vasijas localizadas de manera fortuita en la parte alta del municipio de Bello, sector La Primavera.

Fuente: Colecciones de Referencia Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).



Figura 3.10 Urnas localizadas en la parte alta del municipio de Bello, sector La Primavera. Recuperadas al paso de una retroexcavadora durante la construcción de una urbanización. La urna alargada y tapa (a), contenía restos óseos, ceniza y carbón. Fue colocada en una fosa irregular y relativamente superficial. Obsérvese que si bien los acabados de los recipientes son muy distintos entre sí, ambos remiten a formas de frutos (fitomorfas). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

En otros casos, la información recuperada por los arqueólogos resulta invaluable. En el mes de marzo de 2006, los medios de comunicación divulgaron casi simultáneamente, con gran despliegue y sensacionalismo, el hallazgo de enterramientos prehispánicos en el Valle de Aburrá. El primer entierro fue descubierto durante la construcción de la urbanización Álamos del Escobero, en el municipio de Envigado, en donde una retroexcavadora desenterró algunas vasijas con ceniza y restos óseos quemados. Ignorando el hecho, el trabajo de la retroexcavadora continuó, pero se vio forzado a parar al aparecer un esqueleto humano recubierto por lajas de piedra. “Cuando vi la calaverita o el indiecito metido en un cofre de piedra, llamé al antropólogo que estaba esperando a que algo apareciera porque días antes ya habíamos encontrado unas ollitas con huesos” (encargado de la retroexcavadora, en Ramírez, 2006: 1 y 4B).

Según el periódico, para los expertos se trata de una “tumba de cancel”, hasta ahora no reportada para el Valle de Aburrá, que correspondería a la “cultura Nutabe”. El esqueleto sería de un anciano y tendría algo más de mil años. El material cerámico removido por la acción de la retroexcavadora había sido rescatado por el antropólogo Jorge Restrepo, encargado del monitoreo de la obra. En las fotografías que aparecen en el periódico se registra una piedra de moler asociada a un canto rodado pequeño, fragmentos cerámicos de muy diverso grosor y dos vasijas completas.

El segundo reporte, al que también se le dio despliegue periodístico, está asociado con la construcción de la doble calzada Bello-Hatillo, en el sector conocido como la Loma de Los Ochoa, en el municipio de Girardota. En el periódico se anuncia y refiere el hallazgo realizado por las arqueólogas Inés Correa y Luz Elena Martínez:

Llamó la atención un cambio en el color de la tierra el cual formaba un rectángulo perfecto en el talud que se acababa de crear. Muy abajo después de sacar toda la tierra que no estaba compacta, los expertos encontraron el cadáver. Tenía el cráneo boca abajo con su cuerpo flexionado y orientado al sur, faltaban parte de sus huesos. En el lugar en que pudieron estar sus manos había una herramienta de piedra y a su alrededor no encontraron nada más. No se registraron collares ni narigueras ni vasijas cerámicas como era tradicional en estos casos (Santos Gómez, 2006).

Una mujer, un entierro y un sitio extraordinario

Pasado el impacto mediático producido por el hallazgo en la Loma del Escobero, las autoridades del municipio de Envigado encargaron al arqueólogo Gustavo Santos corroborar la importancia del sitio y de los materiales. Resultó claro que era necesario suspender las obras y realizar un plan de manejo, con el fin de verificar la existencia de otras evidencias relacionadas con la tumba ya descubierta; posteriormente, se llevó a cabo una evaluación del potencial arqueológico de todo el municipio (Santos Vecino, 2006; Otero, 2007).

La investigación realizada en los predios de la urbanización *Álamos del Escobero* permitió establecer que no se trataba de un "anciano", como pensaron los periodistas, sino de una mujer, quien murió a una edad aproximada de 45 años, y que fue enterrada protegida por once lajas de piedra, las cuales formaban una estructura reforzada con pequeños bloques de roca, cantos rodados e incluso manos de moler, que fueron utilizados a manera de cuñas, y que soportaban la carga de las paredes y el techo, a la vez que evitaban que se movieran y colapsara el conjunto. Para impedir la filtración del agua y para recubrir el interior de la estructura se utilizó arcilla amarilla, que a manera de "pañete", cerraba las ranuras de las juntas, al tiempo que suavizaba las irregularidades del interior del sarcófago (véanse figuras 3.11 a 3.13).



Figura 3.11 Tumba localizada en la Loma del Escobero, municipio de Envigado.

Obsérvese el estado de conservación en que fue descubierta y la destrucción de las áreas aledañas de donde fueron removidas las vasijas.

Fuente: fotografía Jorge Restrepo (2006).

Al ser levantado el sarcófago, se descubrió que, previo al entierro propiamente dicho, habían sido enterradas, al revés, cuatro placas de moler, dispuestas en forma oblicua unas sobre otras, y que se estableció un piso de piedra en el que se depositó el cadáver, el cual se protegió también con lajas de piedra. Justo al frente del sarcófago, se dispuso una hilera de seis lajas, alineadas, niveladas y acuñadas por dos piedras más pequeñas, interpretada por los investigadores como los restos de otro sepulcro, esta vez de "semicancel" (Santos Vecino, 2006: 25, 33). Sobre esta línea de piedras se observó una mancha formada por la descomposición de fibras vegetales muy delgadas. Las dataciones obtenidas están en un rango que va de 1740 a 1520 +/- 60 años antes del presente. Una concentración de carbón, localizada en el relleno en el que se encontraban las placas de moler, permitió obtener una fecha que hace pensar que el entierro se realizó hace 1.640 ± 50 años (Santos Vecino, 2006: 7; 2008a y 2008b).



Figura 3.12 Tumba de cancel localizada en la Loma del Escobero, municipio de Envigado. Detalles sobre la forma en que se encontró el entierro. Tamaño: 177 cm de largo x 47 de ancho y alto. Ancho interno promedio: 23 cm. Fuente: fotografías de Jorge Restrepo (2006).

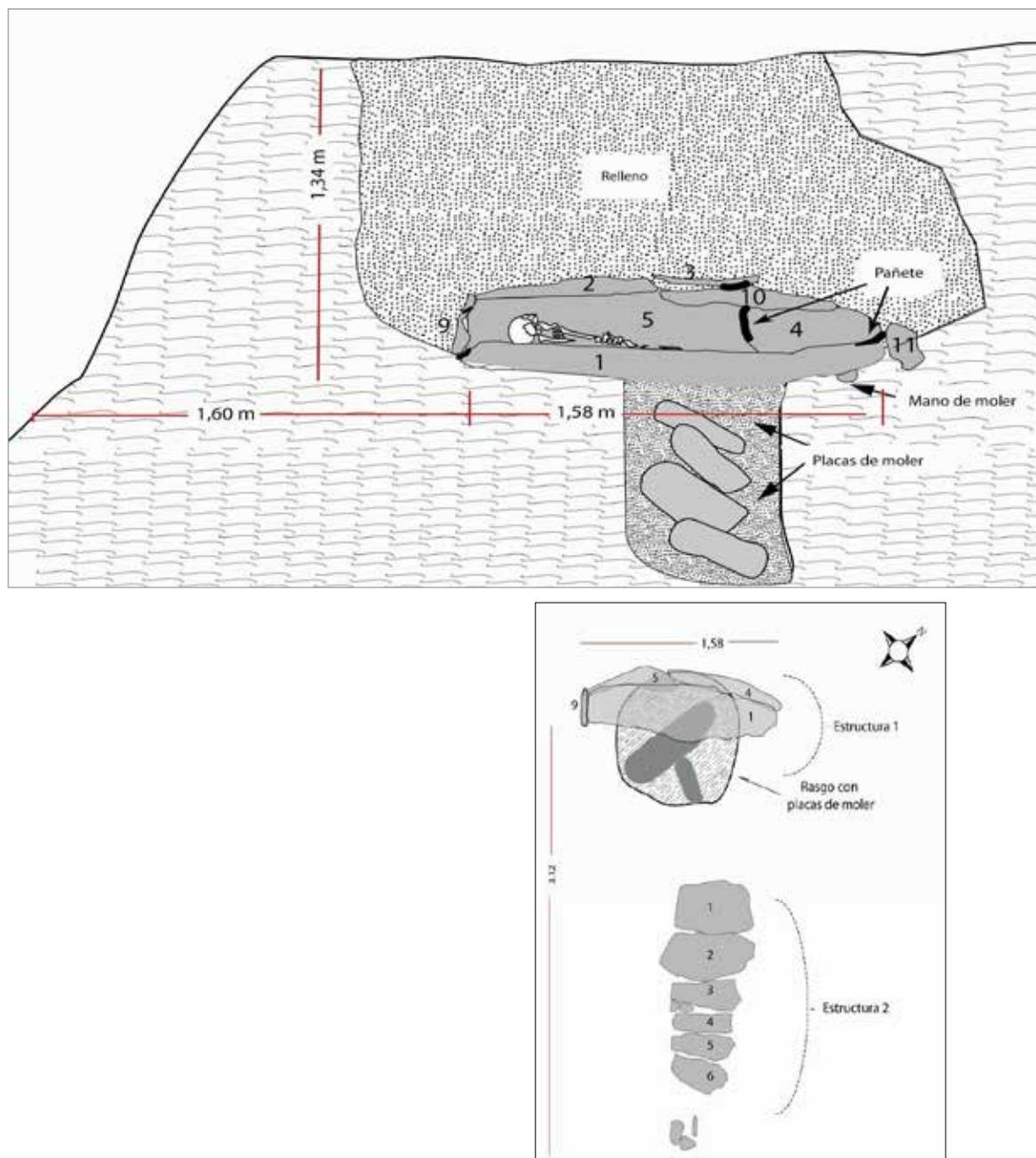


Figura 3.13 Reconstrucción gráfica de la tumba localizada en la Loma del Escobero, vista de perfil en planta.
Fuente: Santos Vecino (2006: 26, 34).

Es importante anotar que las placas grandes solo se hallaron en la tumba de cancel, mientras que en el resto de la terraza se hallaron placas pequeñas y metates (bases con desgastes más profundos, característicos de la molienda de maíz). En las placas depositadas como ofrendas se hallaron, además de almidón de yuca, abundantes restos de fibras vegetales, fitolitos de pastos y juncos, y, en dos placas y una mano, se hallaron restos de una resina de color rojo oscuro que coloreó las fibras vegetales. Todo esto sugiere que las placas pudieron estar asociadas a actividades femeninas, posiblemente relacionadas con el procesamiento de sustancias vegetales para prácticas chamanísticas o curativas (Santos Vecino, 2006: 128).

Alrededor de este gran conjunto funerario fueron extraídas, por la retroexcavadora, siete vasijas que contenían carbón, huesos (algunos de ellos recubiertos con arcilla azul) y objetos únicos, provenientes de lugares muy distantes: un fragmento de obsidiana obtenida posiblemente en las partes altas de los nevados del Ruiz y Tolima; una concha de un bivalvo marino, y un fragmento de pintadera que remite al noroccidente del departamento. Se localizaron, además, tres fragmentos de cerámica dos hachas de piedra tallada, muy similares a las encontradas en el cañón del río Porce, asociadas a dataciones que remiten a más de cinco mil años atrás (Santos Vecino, 2006: 119-122; véanse figuras 3.14-3.18).

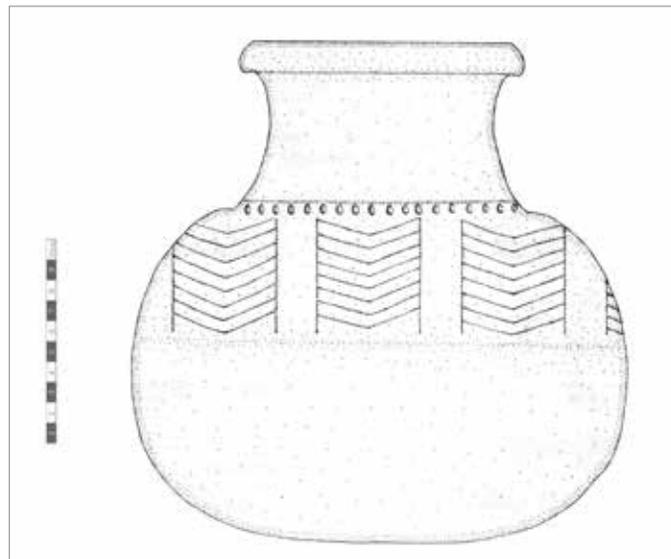


Figura 3.14 Urna localizada en Loma del Escobero. Reconstrucción gráfica de la urna en la que se encontraron los restos óseos quemados de un adulto y un fragmento de concha de origen marino. La costra carbonizada en la superficie externa de la base indica que fue expuesta al fuego, posiblemente en el mismo lugar en donde fue enterrada. Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado (Santos Vecino 2006: 62).

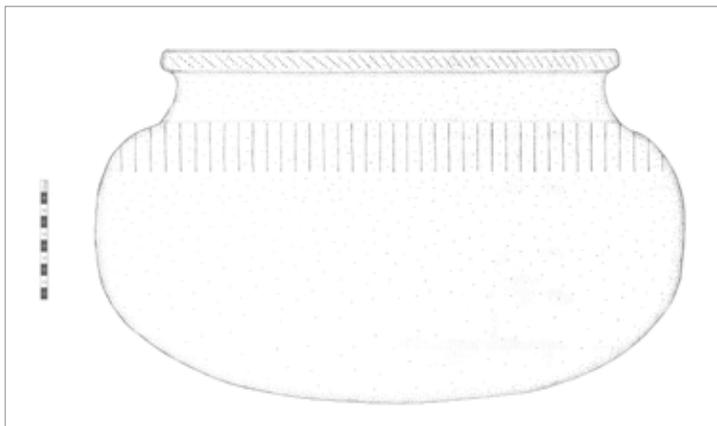


Figura 3.15 Reconstrucción gráfica de olla subglobular, con incisiones y engobe marrón en el borde y el cuello, localizada en la Loma del Escobero. Se trata de uno de los recipientes más grandes hallados en los alrededores de la tumba de cancel y si bien no es posible afirmar que en este lugar se utilizó como urna funeraria, es un tipo de urna común en el registro arqueológico del valle. Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado (Santos Vecino (2006: 34).

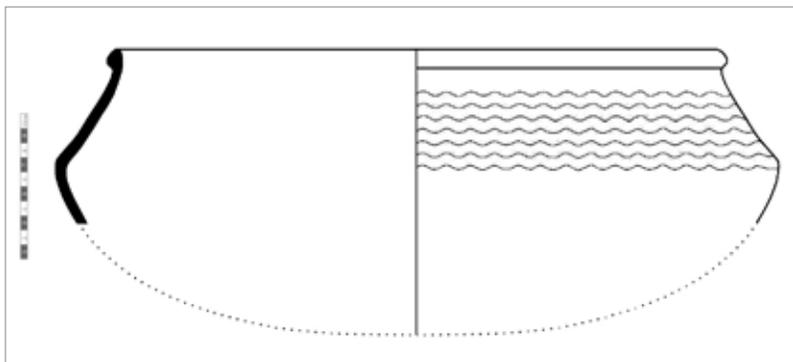


Figura 3.16 Cuenco realizado con rollos sin alisar. Este tipo de acabado ha sido recurrentemente reportado para "ollas" utilizadas como urnas funerarias, pero no había sido reportado para esta clase de recipientes. Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado. Santos Vecino (2006: 90).

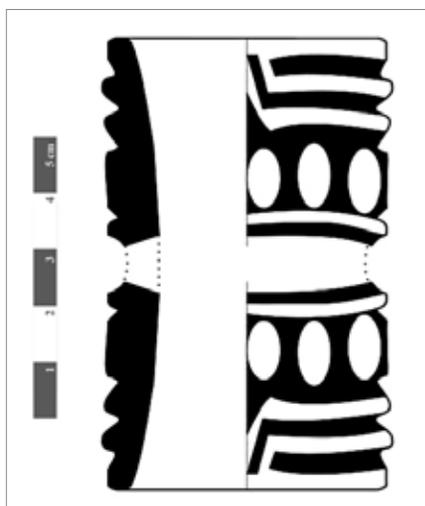


Figura 3.17 Reconstrucción gráfica de un rodillo localizado en la Loma del Escobero. Identificado como pintaderas, se trata de un instrumento hueco que se impulsa con un palo o varill para marcar o decorar muy distintas superficies planas o imprimir sobre materiales blandos (telas, arcilla, madera, cera, etc.). Estos artefactos son corrientes en el registro arqueológico del noroccidente del departamento, pero muy escaso en el valle del Aburrá. Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado. Santos Vecino (2006: 94).



Figura 3.18 Fragmentos de alcarrazas localizados en las terrazas 1 y 12; entre fragmentos claramente distintivos de los estilos ferrería y Marrón Inciso, estos fueron clasificados como “indefinidos”.

Fuente: fotografía tomada de Santos (2006, 93).

La terraza en que se localizó la tumba empedrada se encontraba a la altura de 1.840 msnm, mirando al valle hacia el noroccidente. Tenía un área aproximada de 1.150 m², y fue no solamente recortada y nivelada, sino también agrandada mediante rellenos de suelos y gran cantidad de fragmentos cerámicos. Su estratigrafía reveló, además, un suelo negro sepultado, el cual fue también acondicionado y aprovechado, señales evidentes de una larga e intensa ocupación del sitio.

En esta misma terraza se logró identificar un semicírculo, formado por seis grandes piedras, cuatro de ellas sin duda traídas desde una quebrada y las otras dos provenientes del lugar. Allí fueron acomodadas, quizás, para formar un círculo de aproximadamente 10 m de diámetro, el cual si bien fue afectado por el corte que se hizo para la vía de acceso a la urbanización, permite suponer que tanto el cancel como las vasijas enterradas con restos óseos se encontraban justo por fuera de él.

La importancia de un lugar así demarcado se ratificaría no solo por su cercanía a los entierros, sino también por dos concentraciones de cerámica, una de las cuales estaba formada por cinco vasijas fragmentadas, numerosos nódulos de arcilla quemada y dieciséis piedras que, alineadas, delimitaban el costado norte de la concentración de fragmentos, en los cuales se diferenciaron hasta siete capas superpuestas de tiestos. Se trataría de vasijas fracturadas intencionalmente y depositadas en fosas rectangulares. Para sus investigadores es claro que eran “estructuras ceremoniales” (Santos, 2006: 52).

En los predios de la urbanización se logró constatar, además, la antigua utilización de un conjunto de terrazas, algunas de las cuales no solo se nivelaron, sino que fueron agrandadas de manera artificial, muy seguramente con el fin de construir viviendas. A lo largo de la loma se identificaron canales (surcos sepultados) y un camellón central con ramificaciones, interpretados por los investigadores como “restos de caminos” que conducían hacia las terrazas. En la parte baja del camellón central (de 200 m de largo), formado por la acumulación de suelos removidos, se localizó, casi en la superficie del suelo, una vasija con tapa que no parece corresponder a un entierro humano, sino a una ofrenda (véase figura 3.19).

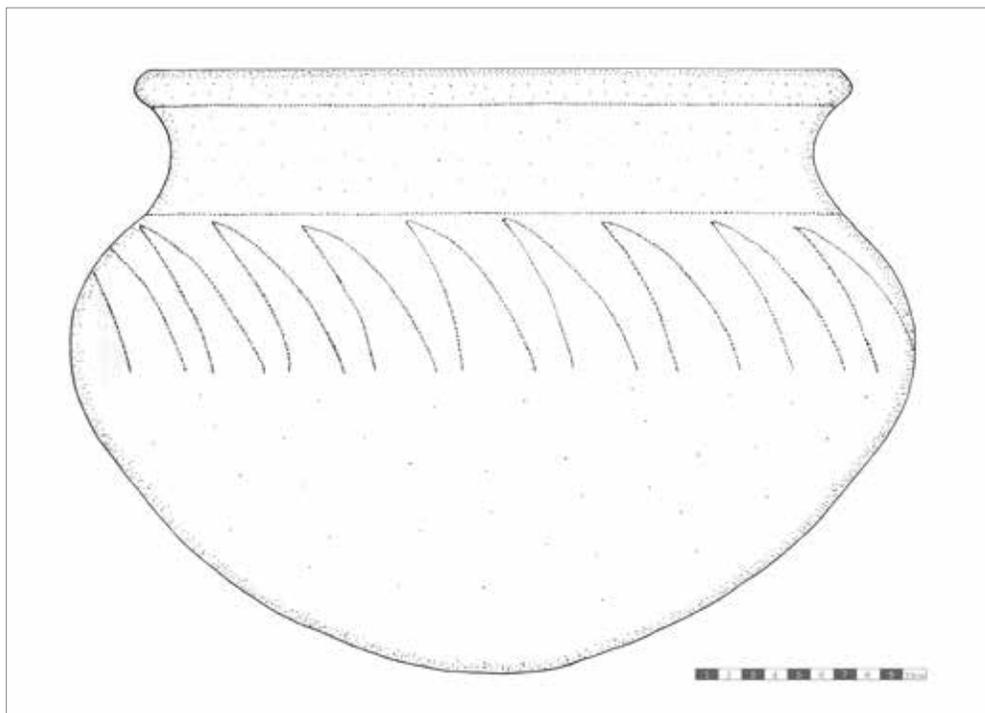


Figura 3.19 Reconstrucción gráfica de vasija frecuentemente reportada como urna funeraria hallada en la parte baja de un camellón que atravesaba varias de las terrazas en la Loma del Escobero. De tratarse de una vía de acceso, esta ofrenda podría relacionarse con gente que, más de 100 años antes (1790 ± 40 años antes del presente), colocó, sobre carbones, una vasija a la que se recortó el borde, bajo las piedras de un camino, en el cerro Pan de Azúcar (Cardona, 2002: 68). Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado (Santos Vecino, 2006: 92).

De los entierros en urnas afectados por la retroexcavadora, solo se recuperó una vasija casi completa; las demás estaban tan fragmentadas que solo fue posible reconstruirlas parcialmente. Todas fueron identificadas como del estilo Marrón Inciso. De hallazgos similares solo se tenía noticia por relatos de gUAQUEROS, durante las oleadas de búsqueda de tesoros desatada a principios del siglo xx:

Hay otras guacas secundarias que corresponden al primer orden; en estos cajones hacían unas cajas de piedra ordinarias (las piedras más pesadas pesaban unos dos quintales, más o menos); el tendido y los cuatro costados son de piedra; luego acostaban el indio en la caja, generalmente lo acuñaban con tierra (carmín), luego lo tapaban con piedras grandes. Después le cubrían la caja con tierra vegetal generalmente de medio metro de grueso. De estas guacas casi todas han sido pobres en oro [...] El carmín que hay en estas cajas de piedra lo llevaron los indios de las cañadas. Cuando cateamos en un pueblo de gUAQUERÍA y encontramos un terrón de este carmín, por pequeño que sea, tan pequeño que apenas lo podamos distinguir, ya sabemos con seguridad que en este pueblo hay cajas de piedra (canceles); las guacas de esta especie son escasas (Luis, Arango Cano, *Recuerdos de la gUAQUERÍA en el Quindío*, 1924, tomo 1: 78).

Luego de revisar una y otra vez los datos, es dable pensar que en la Loma del Escobero, hace casi dos mil años, vivió y enterraron una gran dama y a sus parientes, quienes salieron del valle en muy distintas direcciones y regresaron, trayendo materiales que les resultaron de formas que nos ocurre pensar preciosos.

Nos resulta claro que las rocas con las que se cubrió el cuerpo y todas las que se colocaron a su alrededor, forman un gran conjunto. No se trataría de dos sarcófagos, como sugiere la interpretación de los investigadores. La hilera de piedras tomada como “semicancel” pudiera ser un camino por el que se conduciría hacia la otra vida y el conjunto de placas de moler sobre las que se depositó el cuerpo tal vez sean las que la gran señora utilizó a lo largo de su vida. Se trataría, entonces, de una mujer de alguna manera muy especial, capaz de transformar los elementos; por ello se consideró necesario proteger su cuerpo, tomando todas las precauciones posibles para mantenerlo intacto, e igualmente, habría sido necesario y prudente enterrarla con las materias primas indispensables para realizar sus oficios: piedras, arcilla y fibras vegetales. Quizás los conjuntos de fragmentos cerámicos localizados en el sitio sean parte de las vasijas que ella misma hizo, quizás no; lo que resulta evidente es que la arcilla y la cerámica también fueron tratados con dignidad y respeto.

Una tumba estrecha y profunda

En el otro extremo del valle, en la Loma de los Ochoa, municipio de Girardota, como resultado de las excavaciones realizadas para la construcción de la doble calzada Bello-Hatillo, fue posible establecer que, aproximadamente 900 años después del entierro de la gran señora (760 ± 40 años antes del presente) fueron sepultados un adulto y un niño, a quienes se les procuró un entierro que también se nos antoja excepcional. Para hacerlo se excavó una fosa de 6 m de profundidad, formando en la base un rectángulo que medía 170 cm de largo x 50 cm de ancho. La tierra roja y deleznable no presentó mayor dificultad al excavar; las paredes, rectas, conservaron las huellas del instrumento con que se realizó este trabajo, y para bajar y subir mientras se excavaba, se hicieron a modo de peldaños, pequeñas excavaciones paralelas redondeadas -9 sobre la pared norte y 6 sobre la pared sur- (Martínez et al., 2006: 76; Martínez, 1997, 1999 véase figura 3.20).

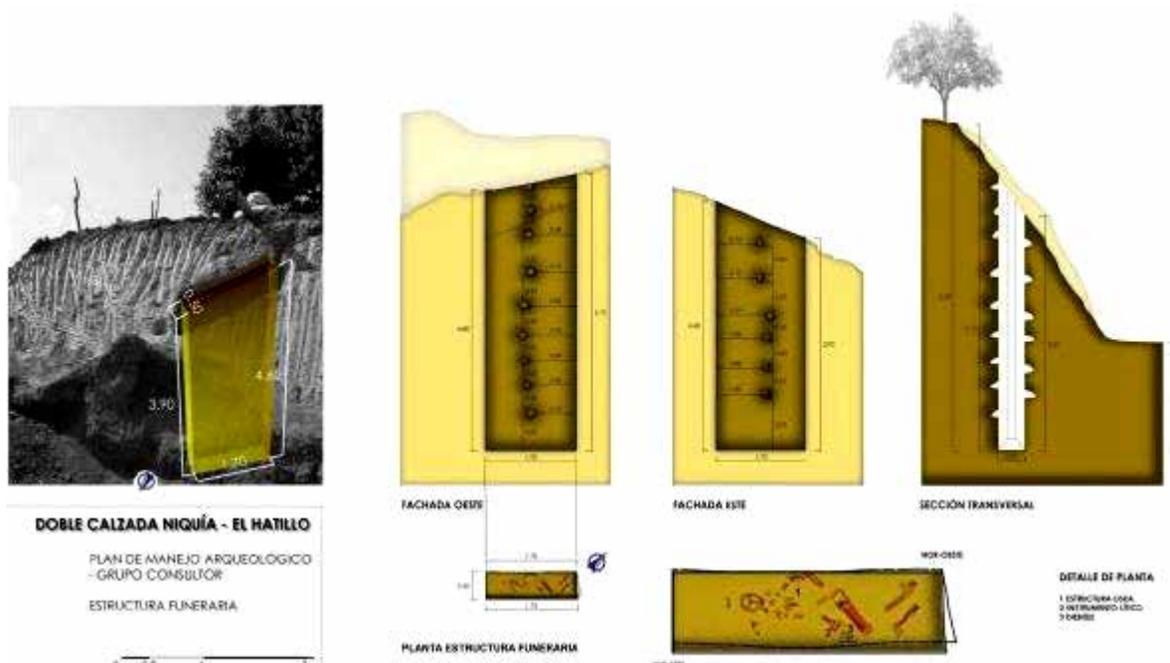


Figura 3.20 Vistas en perfil y en planta de la tumba localizada en La Loma de los Ochoa, municipio de Girardota. Obsérvese la disposición de los peldaños excavados a distancia de 20 y 45 cm con el fin de facilitar el tránsito de constructores y dolientes. La topografía que muestra la gráfica está afectada por la remoción que hizo la retroexcavadora, posiblemente originalmente la boca de la tumba era visible.

Fuente: Diagramas tomados de Martínez *et al.*, (2008: 78).

Lo estrecho de este recinto nos obliga a pensar que quizás los difuntos fueron bajados con cuerdas, y que la piedra que colocaron en la mano de la persona adulta pudo haber sido amarrada antes de enterrarlo. Los cuerpos fueron depositados en el piso. El adulto permaneció boca abajo, ligeramente flexionado y orientado hacia el sur. Al niño fue posible identificarlo por los dientes que se hallaron a un lado del cuerpo del adulto, a la altura de sus piernas. Los huesos y dientes que se conservaron no permitieron determinar el sexo, pero revelan que los cuerpos fueron parcialmente quemados, y se cubrieron con tres distintas capas de tierra (Martínez *et al.*, 2006: 76-78 y 152-163).

No fue posible identificar, en el entorno otra información que permitiera conocer la importancia de los difuntos o del sitio; sin embargo, además del cuidado con que se realizó la excavación, el hecho de que el instrumento con que fueron sepultados se elaboró con una roca traída de lejos: chert, que aflora en sitios cercanos al río Magdalena, a unos 120 km al noroeste, o de la cuenca del río Cauca, a unos 35 km al occidente, nos indica la importancia de este artefacto, no solo necesario para la vida sobre la superficie, sino también, luego, en la vida que sigue después de la muerte (véase figura 3.21).



Figura 3.21 Artefacto enterrado como ajuar en la tumba localizada en la Loma de los Ochoa, municipio de Girardota.

Fuente: Colección Corporación GAIA, Medellín.

[...] se trata de un canto en chert amarillo desbastado por una sola cara (desbaste unifacial); los desbastes se hicieron sobre el eje longitudinal del canto y desde el centro hacia la periferia, confiriéndole una forma piramidal marcada por una nervadura central; en cada uno de los extremos de esta nervadura se encuentran los bordes activos. La cara opuesta es plana y conserva la superficie original que es brillante y suave al tacto (Martínez et al., 2006: 31).

El hecho de que las tumbas de pozo con cámara lateral sean “casas”, tal y como explícitamente lo señalan las tumbas investigadas en El Volador y en otros lugares del valle, evidencia una relación directa con la antigua costumbre de guardar los restos de los difuntos en los lugares de vivienda o muy cerca de ellos. La forma y el número de enterramientos bajo las plantas de las viviendas permiten pensar que se trataba de personas de una misma familia, cuyo contenido se acumuló a lo largo de su permanencia en el lugar.

La construcción de tumbas en sí, más que un cambio en la cosmogonía o costumbres podría señalar la necesidad de liberar espacios para el cultivo de alimentos, lo cual resulta lógico si se piensa que la tasa demográfica es creciente en condiciones de vida estables. Sin embargo, el que este tipo de tumbas pudieran ser utilizadas una y otra vez, permite pensarlas más como “cementerios” que como tumbas propiamente dichas. Así lo indica la cantidad de cuerpos que se encuentran en ellas; y aunque cabe la posibilidad de que por razones ideológicas, por conflicto o epidemias, se realizarán entierros simultáneos, no se cuenta con datos que así lo indiquen.

Dado que las fechas señalan que distintas maneras de enterramiento se mantienen simultáneamente, pudiera ser que con este tipo de construcciones, que demandan mucho más trabajo, se enfatice la importancia de los difuntos y la estrecha relación que se mantenía con ellos. Ya no se trataría solo del entierro de familiares, sino también de personajes importantes, a los que se considera necesario rendir mayor homenaje, o de personas que, después de muertas, resultaría indispensable mantener de alguna manera activas, acompañando las labores de los vivos.

Tampoco se tiene mayor información de cómo era tratado el cadáver inmediatamente después del fallecimiento, ni es claro en qué momento era cremado.

La putrefacción constituye el signo más tardío y a la vez más evidente de la muerte [...]. Tres meses aproximadamente dura el proceso de descomposición de un cuerpo, todo depende de las condiciones climáticas, del lugar y la forma en que esté enterrado; a los tres años, en caso de que se den, los procesos de secamiento y momificación están completos (Restrepo, 1944: 141).

El reporte de hallazgos de urnas colocadas sobre gran cantidad de carbón, además del hecho de localizarse en el mismo lugar los tres tipos de enterramiento (directo, secundario y en urnas cinerarias), sugiere que lo que se quemaba eran los huesos y se hacía en el mismo sitio en que se sepultaba la urna (Cardona y Montoya, 2008). No obstante, en algunos casos las urnas contenían restos óseos no incinerados.

La información indica, en todo caso, que durante un lapso de tiempo muy largo, el cuerpo del difunto fue, en primera instancia, enterrado y, luego, desenterrado. Los restos de este primer entierro fueron quemados en una ceremonia que implicó, además, la presencia de animales (pájaros) y semillas, y después, las cenizas, y lo que quedaba de esta quema, se depositaba en urnas, y en este recinto permanente volvían a enterrarse los difuntos. Este segundo entierro también se protegía, cubriéndolo con vasijas, a manera de tapas y con piedras.

Para depositar los restos quemados y las ofrendas se utilizó todo tipo de recipientes, incluso botellones de cuello estrecho. Considerando la información que tenemos, en estricto sentido, solo es posible asociar un tipo de vasija a un uso exclusivamente funerario. Se trata de urnas alargadas y relativamente pequeñas, estrechas, repujadas o incisas, de color marrón brillante, con superficies pulidas y suaves, en ocasiones con representaciones antropomorfas femeninas, de sexo muy marcado, asignadas corrientemente por los arqueólogos al estilo Marrón Inciso.

Si bien muchos de los recipientes utilizados para depositar las cenizas y los restos óseos de los difuntos no presentan huellas de haber sido usados antes del entierro y algunas formas de estas vasijas pueden considerarse únicas y difíciles de emplear para otros menesteres (véanse figuras 3.22 y 3.23), no es posible afirmar con certeza que hayan sido especialmente elaboradas para tal fin. La gran variedad de formas y acabados encontrados incluso en un mismo entierro, hace muy difícil establecer indicadores sobre la edad, el género o la jerarquía de los difuntos; en algunos casos, lo que el tamaño parece indicar es un mayor o menor número de restos de individuos humanos o animales allí guardados.

Lo que sí resulta importante subrayar es que, sean grandes o pequeñas, las urnas fueron cerradas, tapadas, con recipientes que muy bien pudieron haber servido como ollas o cuencos, antes de ser enterrados, y que solo excepcionalmente parecen haber sido hechas al mismo tiempo que las urnas propiamente dichas, al punto que en ocasiones parecen corresponder a estilos o épocas diferentes.



Figura 3.22 Urnas “ovoides” procedentes del orregimiento de San Cristóbal, sitio La Cruz. Contenían restos óseos calcinados. Su forma remite a la representación de frutos, tal y como se ha considerado para otros recipientes, pudieran ser calabazas o ahuyamas. Se trata de recipientes bien cocidos, de paredes muy delgadas y frágiles en relación a su tamaño, su superficies bien pulidas no presentan señales de haber sido expuestas al fuego; posiblemente solo fueron utilizados para depositar restos ya quemados. Graciliano Arcila (1977: 130, 132) las consideró “exóticas” en el registro arqueológico del valle. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 003739 y 004524.



Figura 3.23 Urna lobulada con seis patas, localizada en predios de la antigua hacienda El Ranchito, en límites de los municipios de La Estrella e Itagüí. Fue enterrada a una profundidad de 80 cm, en un nicho apenas excavado. Se acuñó con manos de moler y contenía restos óseos calcinados y ceniza (Acevedo, 2007: 65). Tanto por su forma como por su acabado, se trata de un recipiente único en el registro arqueológico del valle del Aburrá. El cuenco que hace de tapa presenta todas las características de un calabazo cortado por la mitad. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Un aspecto que debe comenzar a considerarse, es que muchos de los recipientes utilizados como urnas fueron modificados, mediante el recorte y pulido de los bordes, al parecer para acoplar los recipientes usados para cerrarlas, lo cual corrobora la idea de que al ser elaborados no fueron pensados como una unidad cerrada, y que al momento de hacer el enterramiento, cualquier recipiente podía servir para ello. Sin embargo, el tamaño, la forma y el acabado de algunos recipientes empleados como tapas también permiten pensar que pudieron haberse elaborado solo con este fin, señalando con claridad su importancia. Sin duda se trataba de proteger los restos de los difuntos, pero también podrían estar defendiendo el universo de los vivos (véanse figuras 3.24-3.26).



Figura 3.24 Cuenco lobulado utilizado como tapa de urna. Su color, forma y acabado en la actualidad se consideran típicos del estilo Marrón Inciso (Arcila, 1977: 123, 127).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 004249.



Figura 3.25 Reconstrucción gráfica de algunas de las urnas funerarias con tapa, localizadas en el valle del Aburra.
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.
Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).

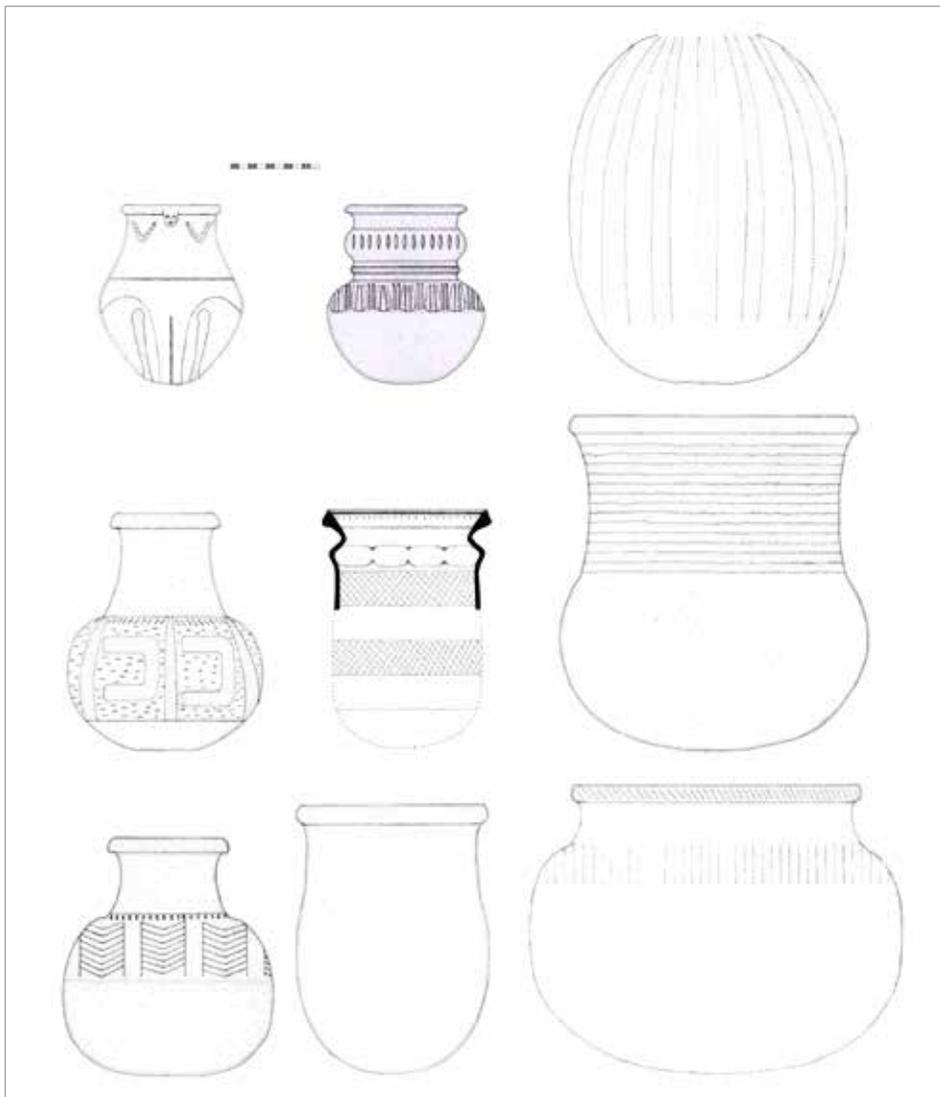


Figura 3.26 Reconstrucción gráfica de algunas de las urnas funerarias reportadas sin tapa.

Esta ausencia puede explicarse, en la mayoría de los casos, por haberse encontrado fragmentadas y porque al momento de ser excavadas no se identificó la función de estos recipientes.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).

El enterramiento de vasijas sin restos óseos parece haber sido una práctica común en el valle del Aburrá (Botero, Druc, Broks y Montoya 2017). Al igual que los enterramientos ya extensamente descritos, se hicieron en pozos de poca profundidad, dentro o cerca de los lugares de habitación, la mayoría de las veces al parecer solo con tierra, y en ocasiones con semillas y fragmentos de roca (Cardona et al., 2007: 571, 573; Acevedo, 2003, 2007). No es posible descartar que se trate del enterramiento de materiales orgánicos, plantas o líquidos sepultados como ofrendas, o de restos de neonatos o placentas (véase figura 3.27).



Figura 3.27 Recipientes enterrados en predios de la antigua hacienda El Ranchito. Sin asociación evidente a ritos funerarios, ambos recipientes fueron enterrados en fosas pequeñas, irregulares y poco profundas. La vasija más pequeña fue sepultada con tierra muy fina y un fragmento de roca de procedencia local. La vasija más grande se encontró llena de tierra y pequeños fragmentos de cuarzo. Por lo evertido del borde y las características de la pasta, esta pieza se asocia con el estilo cerámico ferrería y a una fecha de 1680 ± 50 años antes del presente (Castillo, 1995: 59-60; Acevedo, 2007).

Fuente: Museo Universitario Universidad de Antioquia, Colección de Referencia.

Considerar los contextos de estos hallazgos, permite pensar que también evidencian la importancia de las vasijas y de la cerámica, posiblemente la arcilla en sí misma; ello explicaría la reutilización de recipientes y el hecho de que en no pocos lugares, incluso en los entierros funerarios, se localicen fragmentos correspondientes a distintas vasijas, como si se tratara de parte del ajuar necesario a los difuntos. Intentar verificar esta idea obligaría, entre otras cosas, a mirar con mayor detenimiento los denominados “basureros” y la localización de lo que hemos interpretado como “desechos”. Y, ¿porqué no? tener en mente que es posible que cosas tan aparentemente insignificantes para nosotros, pudieron ser importantes para quienes hicieron, usaron y finalmente enterraron los recipientes, los fragmentos que encuentran quienes se dedican a la arqueología. Hoy ya se cuenta con suficiente documentación sobre la reparación de recipientes cerámicos en tiempos prehispánicos (Choperena, 2018).

No hay ceremonial tan complicado como el de nuestros indios en el velorio y funerales de sus difuntos. [...] Parece que no pueda sobrevenirles la muerte más que violentamente o por maleficio de algún jaibaná. Cuando ven que su Doctor, a pesar de sus soplidos en los pies, manos, cabeza y dedos del enfermo para retener su alma, desconfían, abandonan al enfermo. Todos se hacen a un extremo del bohío y se quitan sus adornos en señal de duelo. Si ven que se prolonga la agonía y los sufrimientos del moribundo, llaman al jaibaná, quien lo unta con un unguento misterioso, hecho con su saliva y al momento deja de existir. Tan pronto como haya expirado el enfermo, lloran todos los asistentes como media hora. Derraman sobre el cadáver agua templada en forma de lluvia. Lavan el cuerpo y lo pintan como para una gran fiesta con sus dos acostumbrados colores. Este último debe ser de incumbencia de algún pariente próximo.

Inmediatamente envuelven el cadáver en cuatro o más parumas nuevas quedando como una momia egipcia y no lo vuelven a descubrir más. Lo colocan en un extremo del bohío para el velorio. Ningún niño puede acercarse al cadáver aunque sea de su padre o su madre, so pena de abreviar mucho su vida. Alrededor del difunto colocan como centinelas los objetos de su uso, hasta los animales domésticos si eran de su propiedad. Se sienta la plañidera junto al cadáver después de haber pasado cuatro veces por encima de él, para llorar y hacer su oración fúnebre con alaridos semitonados. La plañidera junta su cara con la del difunto, y en lúgubre canto dice: ya no volveremos a ver esta cara que era tan dulce y amable [...]

Mientras tanto los hombres celebran el velorio bebiendo toda la noche y no pocas veces al son del tambor [...]

El cadáver lo sacan del bohío con los pies hacia atrás y por un lugar distinto de la escalera. [...]Acto seguido echan con estrépito cuatro piedras de río, que rodando por el tablado de la casa, han de salir necesariamente por el mismo lugar por el que salió el cadáver. La virtud de esta ceremonia consiste en que las piedras barren todos los males que aquejaron al difunto y los echan en pos de él, para que no se ceben en ningún otro miembro de la familia. Si alguna de estas piedras se quiebra al rodarlas es señal de que antes de un año muere alguno en el bohío [...]. Para levantar el duelo se dan un baño y se soban el cuerpo con una piedra.

Fray Severino de Santa Teresa, *Los indios catíos, los indios cunas. Ensayo etnográfico de dos razas de indios de la América española* 1959: 133-137).

4. Huellas de recolectores y artistas

Hace miles de años, el reconocimiento de los yacimientos de materias primas debió ser, como lo es hoy para nosotros, una actividad permanente, de singular importancia y en la que se debió involucrar todos los conocimientos y las técnicas de extracción disponibles. La identificación de materiales rocosos (incluida la arcilla) implica un tipo de observación completamente distinto al reconocimiento de plantas (comestibles y medicinales) y a la localización de ojos de agua salada, para la cual se cuenta con la guía del comportamiento de los animales. Sin embargo, las evidencias no dejan lugar a dudas: desde el inicio mismo de la ocupación del valle se identificaron los yacimientos de los distintos tipos de roca, y se experimentó con estos de tal manera que rápidamente se conocieron sus calidades y posibilidades de utilización, y sea por uso, talla o fricción, se lograron eficientes herramientas, algunas de gran belleza, con superficies finas, pulidas y brillantes.

Piedras usadas, piedras transformadas

A lo largo y ancho del valle, los arqueólogos han reconocido innumerables instrumentos, como puntas de proyectil, azadas, hachas, afladores, machacadores, maceradores, golpeadores, cortadores, metates y manos de moler, útiles para la producción y el procesamiento de alimentos, y herramientas como buriles, esmeriles, pulidores, yunques, cantos rodados, percutores, etc., evidentemente modificados por uso, talla o pulido (véanse figuras 4.1-4.4).

Figura 4.1 Placas y manos de moler, modificadas por uso, utilizadas hace por lo menos ocho mil años, se trata de piezas apropiadas para golpear granos o semillas y para macerar hojas y frutos (Otero y Santos, 2006: 182).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.



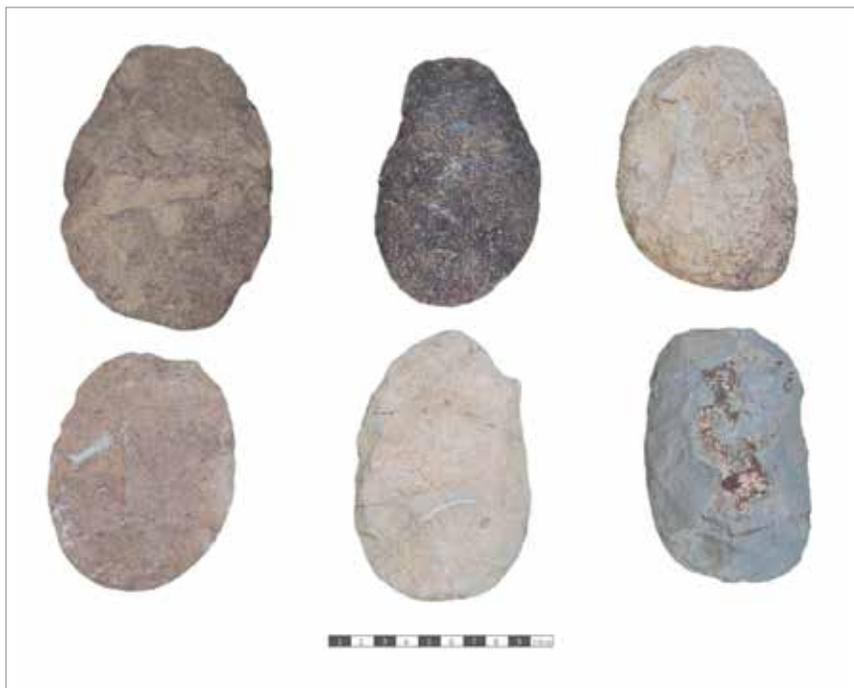


Figura 4.2 Hachas talladas procedentes del valle medio del río Porce, se trataría de los instrumentos más antiguos utilizados para intervenir los bosques. Instrumentos similares han sido localizados en el área metropolitana, sitio La Blanquita (2.020 msnm), asociadas a una fecha de 7720 ± 50 años antes del presente (Botero y Martínez, 2002; Martínez et al., 2000b), y en el municipio de Envigado, sitio La Morena (2140 msnm), asociados a una fecha de 10.060 ± 60 años antes del presente (Santos, 2010: 19).
Fuente: fotografía tomada de Otero y Santos (2006: 134).



Figura 4.3 Manos de moler.

Este tipo de artefactos se logra frotando las rocas con elementos más duros y abrasivos, hasta conseguir superficies suaves al tacto, lo cual facilita el deslizamiento de las manos de moler y evita la contaminación de los alimentos. Este tipo de instrumentos generalmente ha sido asociado al procesamiento del maíz.

Fuente: fotografía tomada Otero y Santos (2006: 182).



Figura 4.4 Metate y mano de moler procedentes del cerro El Volador. Se trata de artefactos pequeños, difícilmente asociables a la molienda de alimentos o materias primas (maíz, frijol, tubérculos, arcilla, cortezas, etc.). Comunes en el valle, pudieran haberse utilizado para obtener sustancias concentradas y específicas: ají, ceniza, ambil, medicinas, venenos, colorantes, etc.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Para realizar todos estos artefactos, no solo se utilizó profusamente la oferta local de rocas: anfibolitas, dunitas, serpentinitas, andesitas, cuarzos, etc.; también se elaboraron instrumentos con rocas traídas desde lugares tan lejanos como el cañón del río Cauca, o el valle medio del Magdalena, piedras de calidad inexistente en este valle, como el chert, popular por su dureza y forma de fractura, que permite confeccionar instrumentos filosos, o basaltos, cuya dureza las hacía apetecibles para la fabricación de instrumentos resistentes al trabajo pesado y más aptas para pulir redondear o afilar.

Las llamadas puntas de proyectil son una de las evidencias más antiguas del poblamiento, no solo en el valle del Aburrá, sino también en toda América, y son para los arqueólogos uno de los vestigios más apreciados y sobre los que se han tejido más interpretaciones y discusiones a lo largo de la historia de la disciplina. Estas puntas han permitido inferir, además del nivel tecnológico alcanzado en épocas muy tempranas, la manera en que pudieron sobrevivir grupos humanos en medios naturales hostiles helados, más o menos ricos en productos alimenticios. Un individuo capaz de elaborar una de estas puntas tenía a su disposición un eficaz instrumento para defenderse de los depredadores y cazar animales pequeños.

Asimismo, varias personas, trabajando de manera coordinada, podrían capturar muy distintos tipos de animales, incluso los más grandes, y abastecerse de carne durante largos períodos. En ocasiones, en el extremo opuesto a las puntas se marcaron especies de canales o pequeños pliegues, que permitieron amarrarlas a las varas con que eran lanzadas (véanse figuras 4.5 y 4.6).

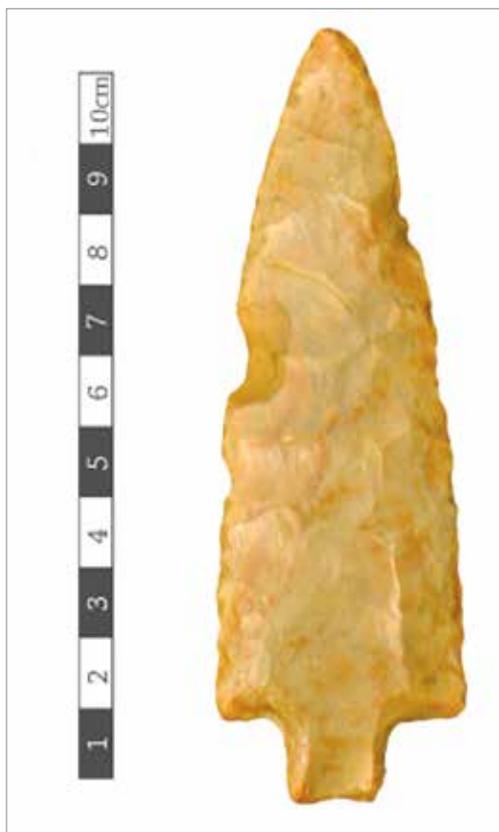


Figura 4.5 Punta de proyectil elaborada en chert, roca inexistente en el valle del Aburrá .

Localizada en Niquía, municipio de Bello, a 1 0 m de profundidad. Por tratarse de un hallazgo fortuito, no se conoce otra información (Mejía, 1938; Arcila, 1977). Obsérvese que si bien la superficie del instrumento es suave y lisa, presenta huellas como de concha; cada una de ellas corresponde a un golpe. Este tipo de fractura es denominada por los arqueólogos concoidal, y es la que permite mayor control sobre la forma que se le quiere imprimir al instrumento. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 002641.



Figura 4.6 Punta de proyectil elaborada en chert
Localizada recientemente en el valle medio del río Porce, se asocia a una fecha de 10.260 ± 70 años antes del presente (Otero y Santos, 2006: 166).

Fuente: Colección Museo Universitario
Universidad de Antioquia.

La constante presencia de rocas inexistentes en la cercanía de los distintos sitios reportados, e incluso en el valle, obliga a pensar que la labor más importante fue la selección de los materiales. No solo fue necesario identificar tipos específicos de roca, sino también del tamaño y las características necesarias al instrumento. Sistemáticas observaciones y experimentaciones realizadas en el marco del proyecto Parea III, evidenciaron que la oferta de rocas con las características de las que se han localizado en los sitios arqueológicos no es tan amplia e inmediata como tiende a pensarse, y se reduce si se considera el peso y la distancia a la que deben transportarse, asunto que ha obligado a pensar en las exigencias que implicaron los onstantes desplazamientos. Desde otra perspectiva, queda planteada la posibilidad de que, desde épocas muy remotas, se realizaran intercambios; los habitantes de este valle pudieron haber ofrecido o llevado, entre muchas otras cosas, sal, juncos, bejucos y, por supuesto, pescado, a cambio de las rocas más idóneas para realizar sus instrumentos.

Además de instrumentos para cazar, intervenir el bosque y procesar alimentos, en los contextos más tempranos identificados en el valle se ha localizado piezas para el adorno personal, realizadas con rocas de origen local (véanse figuras 4.7-4.9).



Figura 4.7 Dije procedente de la Reserva Ecológica La Morena, en el municipio de Envigado, margen oriental del río Aburrá. Está asociado a uno de los momentos más tempranos de la ocupación del valle, hace más de diez mil años (Santos, 2010). Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura municipio de Envigado.

Figura 4.8 Dije localizado en el sitio La Blanquita, vereda Manzanillo, al suroccidente de la ciudad de Medellín, margen occidental del río Aburrá. Fuente: Colección Corporación GAIA, Medellín.





Figura 4.9 Dijes de arcilla y piedra, localizados en la ciudad de Medellín Ubicados durante la construcción del puente de la calle 4 sur, en el barrio El Poblado; se encontraron asociados a una urna tapada con un plato, que contenía restos óseos y tierra.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Fotografía tomada de Aristizábal (2011: 209).

Con fechas que evidencian que cientos de años después, algunas cuentas de collar se encuentran asociadas a materiales inexistentes en el valle. Dado que se trata de elementos escasos, se consideran "exóticos" y "suntuosos", obtenidos a través de redes comerciales propiamente dichas; se interpretan como indicadores del prestigio y el poder de sus propietarios (véanse figuras 4.10-4.13).

Figura 4.10 Dije localizado en el sitio El Incendio, municipio de Girardota (Martínez *et al.*, 2006).
Fuente: Colección Corporación GALA, Medellín.





Figura 4.11 Dije localizado en predios de la hacienda El Ranchito (Acevedo, 2007).
Fuente: Colección Corporación GALA, Medellín.



Figura 4.12 Dije procedente del municipio de Girardota, Loma de los Ochoa (Martínez *et al.*, 2006).
Fuente: Colección Corporación GALA, Medellín.

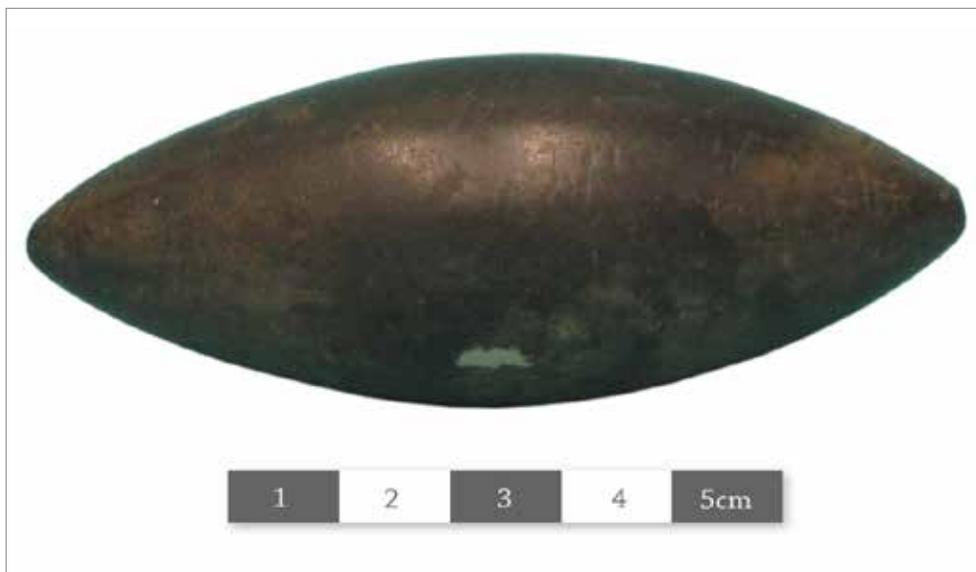


Figura 4.13 Instrumento de basalto El basalto es un tipo de roca muy dura y escasa en el valle. Posiblemente utilizado como pulidor de cerámica, formaba parte del ajuar de una tumba localizada en El Morro, sector de Guayabal, en la ciudad de Medellín (Archila, 1977). Un instrumento de similares características fue hallado en el valle medio del Porce, sobre el cuerpo de una de las personas enterradas en lo que se denominó Yacimiento 021, hace aproximadamente 7.500 años (véase Castillo, 1998: 45, foto 23). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003887.

Piedras blancas, piedras transparentes

Asociados a los vestigios arqueológicos, con frecuencia se ha reportado la presencia de cuarzos, es decir, piedras blancas, en ocasiones transparentes y brillantes, las cuales si bien son abundantes en los entornos locales y pueden ser usadas sin necesidad de transformación o talla, en todo caso fueron cuidadosamente escogidas y transportadas a los sitios de habitación y enterradas junto con los muertos, a lo largo de toda la secuencia de ocupación (Pino, 1998; Castillo et al., 2002).

El cuarzo en sus distintas variedades es tal vez el tipo de roca más abundante en el mundo. Se trata de piedras cristalinas, translúcidas -de múltiples caras hexagonales-, en general de color lechoso, blanco o incoloro; pueden tomar el color de las rocas e impurezas con las que con frecuencia se presentan. Una de las variedades del cuarzo, relativamente escasa, es llamada sílex o pedernal; es el material útil más antiguo que se conoce.

Del cuarzo se aprovecharon dos de sus principales características: su dureza y el tipo de fractura que produce cuando se rompe: cortes limpios y ligeramente cóncavos. En Europa, los llamados “hombres de las cavernas” lo utilizaron para encender el fuego, ya que al frotarlo fosforece y al golpearlo contra otra piedra o eslabón produce chispas. Asimismo, fabricaron armas aprovechando las puntas que se generan al fracturarlo (véase Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, s. f.).

En el valle del Aburrá se ha reportado el hallazgo de más de una docena de puntas de proyectil elaboradas con cuarzo. Es de tener en cuenta que de toda la oferta de rocas disponible y conocida, se prefirió un tipo de piedra relativamente escaso, frágil y de fractura irregular. A pesar de ello, resulta claro que los nódulos de cuarzo escogidos fueron golpeados con cuidado y presionados para lograr formas afiladas, suficientemente delgadas como para que pudieran atravesar la piel y la carne de los animales (véase figura 4.14).

Contamos también con el reporte de conjuntos de cuarzos, menos definidos en su forma, pero que pudieron ser útiles para cortar, raspar y agujerear pieles, perforar y romper frutos (véanse figuras 4.15-4.17). Sin embargo, al analizar estos instrumentos no deja de llamar la atención el tamaño de muchos de ellos, que de manera excepcional llegan a tener 5 cm, relativamente difíciles de sujetar y manipular, y poco eficientes al momento de trabajar con materiales medianamente gruesos, grandes o duros. ¿Por qué entonces insistir en usar este tipo de material?

Figura 4.14 Punta de proyectil elaborada en cuarzo. Formaba parte del ajuar funerario de uno de los cuarenta y dos entierros localizados en la margen occidental del río Porce, junto a la confluencia con la quebrada El Morro (Yacimiento 021). Obsérvense las huellas de los golpes y las fracturas concoideas que caracterizan este tipo de roca (Pino, 1998; Castillo et al., 2002: 288-301).

Fuente: Colección Museo Antioquia, código de registro A0102L.





Figura 4.15 Artefactos de cuarzo. Si bien el cuarzo frecuentemente toma diversos colores dependiendo de los materiales a los que esté asociado, para la fabricación de instrumentos se prefirió el uso de rocas blancas y translúcidas. Obsérvense las formas que adquieren los bordes retocados. Fuente: Otero y Santos (2006: 159).



Figura 4.16 Cuarzos cristalinos sin retocar. Excavados en el Yacimiento 021 (Porce II). El cristal de roca es considerado un cuarzo puro, su principal característica es la transparencia. Fuente: Colección Museo de Antioquia.



Figura 4.17 Rocas esféricas de cuarzo. Formaban parte del ajuar funerario de una tumba localizada en El Morro de la Calabacera, sector de Guayabal, en Medellín (Arcila, 1977: 92, 99). Reportes infortunadamente inciertos, señalan la presencia de este tipo de esferas en los afloramientos rocosos del cerro Pan de Azúcar.
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 001685-001689.

El hecho de que con maderas duras, palma o guadua es posible elaborar puntas de proyectil sumamente letales e instrumentos para labores de corte y raspado, filosos, fáciles de manipular y durables, obliga a pensar que quizás estas piedras pudieran tener otras funciones y significados, asociados más a su color, transparencia y brillo, posiblemente también a su lugar de origen, y servir no solo como instrumentos, sino también como amuletos. Esta idea se refuerza al tener en cuenta que, en distintos contextos, es recurrente la presencia de diferentes tipos de cuarzos, algunos rojizos, los cuales si bien no presentan retoques como los instrumentos, resulta claro el interés que ellos suscitaban en los antiguos habitantes.

Durante por lo menos seis mil años, los muertos en el valle del Aburrá fueron enterrados con diversos tipos de cuarzos. Podría ser que estas piedras estuvieran remitiendo a tiempos y eventos primordiales, al comienzo de la historia de aquellas gentes, los primeros pobladores, que vieron en ellas signos de una muy poderosa y quizás protectora naturaleza. Pudiera ser que tal y como lo son para otras comunidades indígenas, sean la forma que tomaron las gentes más antiguas, o formas de luz con poderes curativos; en cualquier caso, serían de trascendencia vital para quienes se empeñaron en mantener su relación con ellos.

Sal

A lo largo y ancho del valle del Aburrá aún hoy es posible verificar la existencia de un buen número de manantiales salinos, los cuales se multiplican en la memoria de viejos y campesinos. La mayoría de estos "saladeros" presentan claras evidencias de haber sido manejados y protegidos desde épocas prehispánicas, y algunos de ellos, los más ricos en minerales, continuaron explotándose por evaporación durante la Colonia, hasta que la escasez de maderas encareció de tal manera la producción, que resultó más barato traer la sal desde las salmueras de la costa Atlántica o desde las salinas de Zipaquirá, en Cundinamarca (Santos Vecino, 1986; Ortiz, 1989; Obregón, Agudelo y Hernández, 1998; Guingue, 1999; Castro, 1999; Correa, 2000 y 2006).

En la actualidad, ninguno de estos salados se utiliza para el consumo humano y muchos han desaparecido, debido a cambios en las condiciones hidrológicas locales; han sido taponados por derrumbes y por el avance de la malla urbana. A pesar de ello, algunos de estos lugares mantienen su importancia: pozos como El Caney, sobre la margen izquierda del río Porce (municipio de Santa Rosa); La Valeria, en Caldas; El Salado, de Envigado; El Salado, de San Antonio de Prado; El Salado, de San Cristóbal; El Salado, de Copacabana; La Marina, en Girardota; Las Lajas y El Hatillo, en Barbosa; los Salados de Mazo, en el corregimiento de Santa Elena, etc., son referentes geográficos importantes. A sus aguas y lodos se les atribuye propiedades curativas y los utilizan cazadores para atrapar los animales que habitualmente llegan a beber a estos lugares (Cadavid, 1997; Restrepo, 1997, 2004).

Es indiscutible la importancia de la sal como complemento alimenticio y fisiológico necesario para el metabolismo de los seres humanos y de los animales. Los salados son una de las fuentes de minerales naturales de donde la fauna se suple. Es así como se reconoce la asociación de ellos con torcazas, collarejas, guatines, guaguas y un sinnúmero de especies de animales silvestres, que van exclusivamente a beber de sus aguas y otras como el caso de algunos depredadores que aprovechan estos puntos de reunión para suplirse de proteína (Restrepo, 2004: 11).

Lo que comúnmente denominamos ojos de aguasal, salados, saladeros o fuentes salinas, son aguas subterráneas que fluyen, ricas en sodio, potasio, hierro, calcio, cloro y magnesio, entre otros minerales vitales para la vida de los animales y el hombre. Por ello, la existencia y el manejo de las fuentes salinas determinó, en gran medida, la historia y la organización de los pueblos, y su escasez, la relación entre ellos.

Estas aguas, cuyo origen es incierto, corren a través de los intersticios de las masas rocosas y logran emerger hasta la superficie, con muy distintos caudales y concentración de minerales. Dado que su ubicación depende de las fallas o fracturas de las rocas, en un mismo lugar pueden emerger distintos flujos de agua, formando manantiales, o apenas presentarse un goteo (Cadavid, 1997). Este tipo de agua es fácilmente reconocible por el olor y el color que toman los cauces por donde discurre el agua salada y por la vegetación, que crece nutrida por los minerales que quedan depositados en el suelo. Muy posiblemente, los indígenas en el pasado reconocieron la similitud que existe entre los cuarzos y los cristales de sal (véase figura 4.18).



Figura 4.18 Cristales de sal En épocas de sequía se forman luego de que las aguas que suben a la superficie, quedan expuestas al aire y al sol, o por evaporación intencional y controlada mediante cocción.

Fuente: tomada de Wikipedia (s. f.).

El agua salada puede utilizarse de manera directa, es decir, tomarse desde la misma fuente, secarse al aire libre o evaporarse mediante cocción para concentrar los minerales en forma de granos compactados o sueltos. La sal se puede almacenar y disponer de ella en cualquier momento y lugar, y usarla como complemento alimenticio, como conservante de otros alimentos y como medicina. La evaporación del agua salada mediante cocción tiene la ventaja de agilizar el proceso de concentración de minerales y controlarlo, incluso en la estación de lluvias, momento en el que las aguas saladas pierden en gran medida sus propiedades, al mezclarse con aguas “dulces”.

Lógicamente, será la cantidad de sal que se quiera obtener la que determinará las condiciones de transporte y acumulación de estas aguas, así como los recipientes y materiales combustibles indispensables para su cocción, la cual puede involucrar desde los recipientes y las condiciones más cotidianas, hasta extensos acueductos, estanques y hornos, además de la existencia de tupidos bosques y circuitos de distribución. Pero, a su vez, todo dependerá de la abundancia o escasez del producto en cuestión.

Un lugar para el que se tienen referencias confiables de por lo menos una veintena de manantiales de agua salada es el altiplano de Santa Elena. Las investigaciones realizadas hacen evidente el manejo intensivo de estas fuentes, con fechas que indican que por lo menos desde hace más de 1500 años, se protegieron las aguas no solo acondicionando pequeños pozos, sino también con la construcción de paredes, pisos de piedra y de madera, cortes de terreno y definición de muros de contención (véanse figuras 4.19 y 4.20).



Figura 4.19 Salado del Pozo Real Localizado sobre la margen derecha de la quebrada Piedras Blancas, sitio Chorro Clarín, se denomina así en el “Plano de la Mina de Piedras Blancas y sus vertientes”, fechado en 1781 y conservado en el Archivo General de la Nación (Sección Mapas y Planos 4-579). Las aguas de este manantial fueron dirigidas mediante la construcción de un piso, barreras para apozar el agua e incluso con el revestimiento del cauce de la quebrada con bloques rectangulares de piedra, que a manera de caja, todavía, aísla y protege el salado de las crecientes (Botero y Vélez, 1997; Castro, 1998).

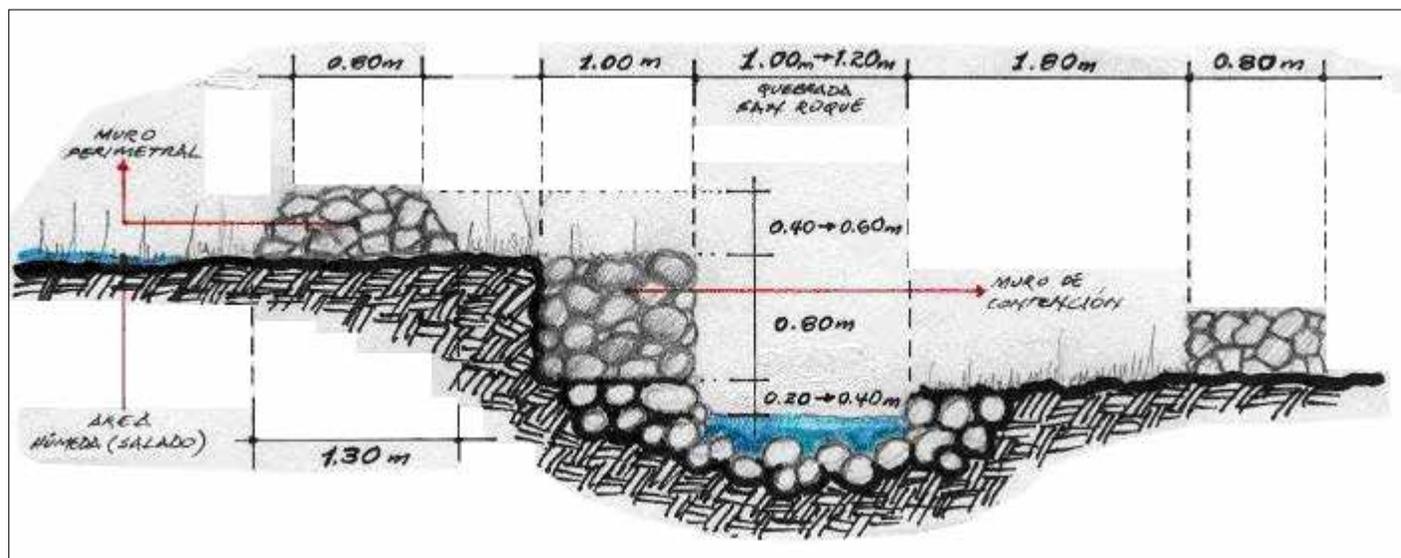


Figura 4.20 Reconstrucción gráfica de las obras en piedra realizadas en los Salados de Mazo corregimiento de Santa Elena.

Fuente: tomada de Corantioquia (2001).

El lugar denominado los Salados de Mazo corresponde a dos afluentes localizados en las inmediaciones a la confluencia de las quebradas El Salado, San Roque y Piedras Blancas. Alrededor de ellos es posible observar abundante material cerámico de clara filiación prehispánica. Llamados por los lugareños tiesteros, en uno de ellos se estableció una secuencia temporal de acumulación que iría de 1.640 ± 60 hasta 1430 ± 60 años antes del presente (Botero y Vélez, 1995; Ochoa, 1998). A no más de 80 m de los Salados de Mazo se localizan los salados El Barnizal y El Chiflón, compuestos por hilos de agua que afloran entre rocas que han sido recortadas para empozar el agua (Botero y Vélez, 1995; J. C. Resrepo, 1997; Corantioquia, 2001).

Dada la abundancia de fragmentos cerámicos localizados en los alrededores de estos salados, algunos investigadores han propuesto que la explotación salina se realizó de manera intensiva y con fines comerciales o de intercambio (Santos, 1986; Ochoa, 1998; Obregón, Agudelo y Hernández, 1998; Obregón, Cardona y Gómez, 2003). Los antiguos habitantes de la zona habrían cambiado sal por productos allí inexistentes o escasos: carne, algodón, tabaco, frutas, etc. Para apoyar esta idea se ha relacionado la explotación de sal con un tipo específico de recipientes; se trataría de vasijas propicias para evaporar agua salada y sin necesidad de romperlas, obtener sal en trozos o en grano: son cuencos grandes, elipsoides de boca ancha, poco profundos, con paredes internas pulidas, pero con bordes y paredes externas irregulares y ásperas, muy contrastantes con las vasijas, pulidas, bruñidas y engobadas con las que generalmente se encuentran asociados (véanse figuras 4.21 y 4.22).

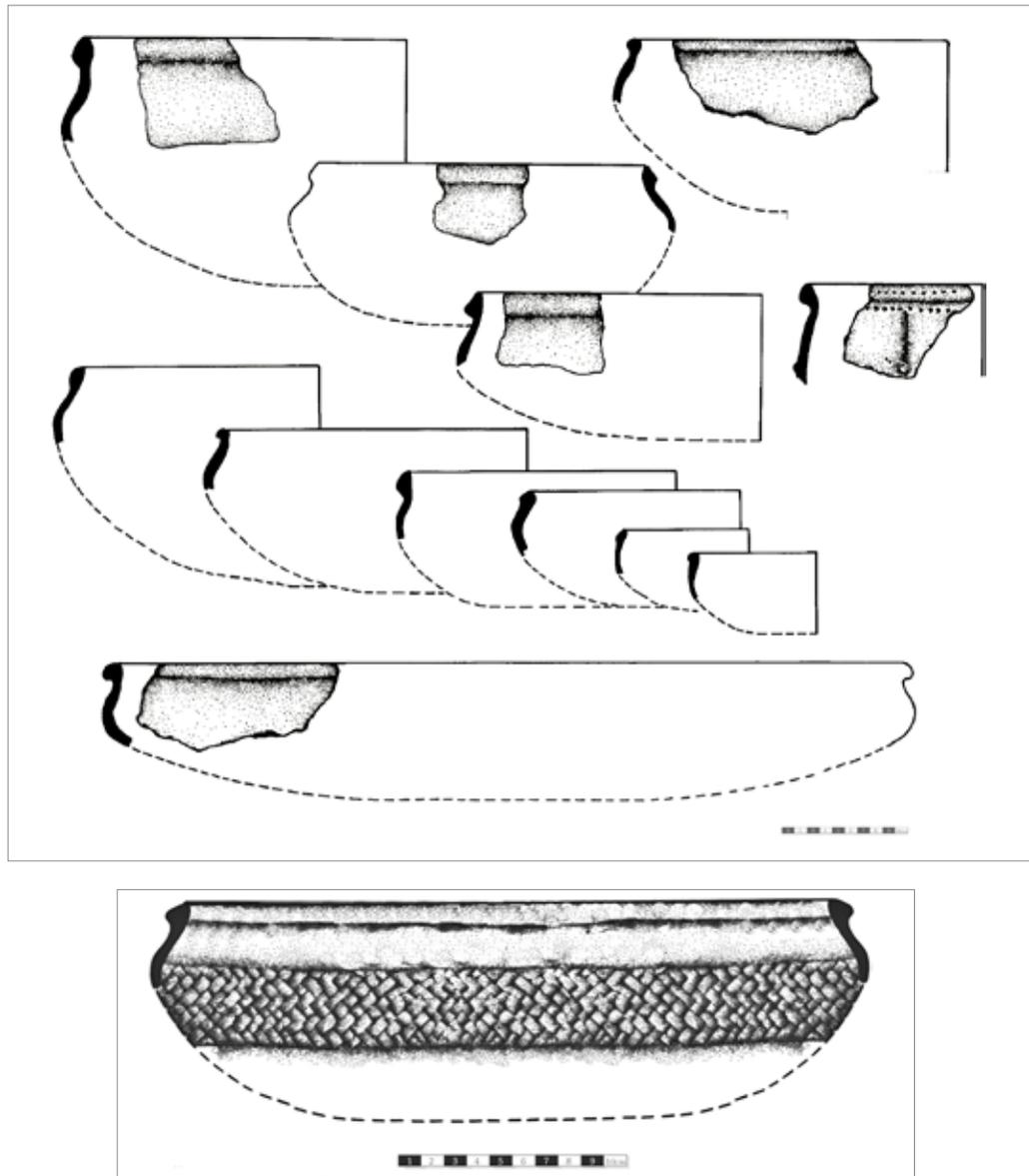


Figura 4.21 Reconstrucción gráfica de cuencos considerados como apropiados para la evaporación del agua salada. Localizados en el denominado fiestero, en la vereda Mazo, corregimiento de Santa Elena, Medellín (Botero y Vélez, 1995). Obsérvese que se trata de cuencos relativamente grandes, cuya amplitud de boca y profundidad harían más eficientes la evaporación del agua y la extracción de la sal. Las huellas de textiles o cestería son comunes en este tipo de recipientes.

Fuente: Museo Universitario Universidad de Antioquia, colección de Referencia.

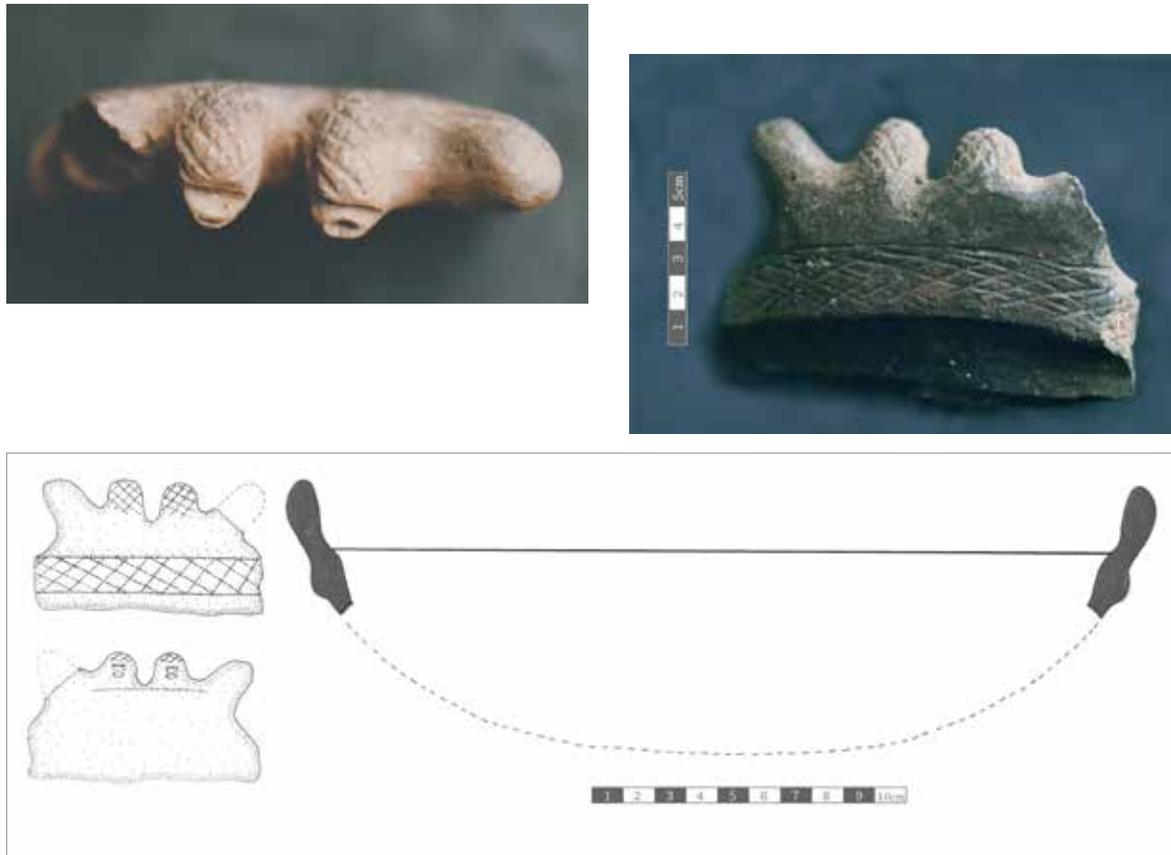


Figura 4.22 Bandeja con asas representando osos perezosos Localizada en el fiestero, en la vereda Mazo, corregimiento de Santa Elena (Botero y Vélez, 1995). Según información ofrecida por los habitantes de la zona, eran comunes los fragmentos de figuras zoomorfas y antropomorfas en este lugar.
Fuentes: Museo Universitario Universidad de Antioquia, Colección de Referencia. Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).

Aunque no parece ser una asociación exclusiva, algunos de estos recipientes presentan impresiones textiles y de cestería. Los textiles utilizados para envolver las vasijas tienden a ser ralos, de hilos muy finos —gasas—, en tanto que los juncos y bejucos son relativamente anchos (Botero y Vélez, 1995; Ochoa, 1998; Acevedo, 2003). Posiblemente los textiles se utilizaron para mantener húmeda la pieza y protegerla durante el secado, y los bejucos sirvieron como base para dar estabilidad a la vasija durante su elaboración y para lograr un terminado muy característico de este tipo de piezas (véase figura 4.23).



Figura 4.23 Canastos para "cargar café" En la actualidad, este tipo de canastos son corrientemente utilizados por los campesinos en el cañón del río Porce. Entre los embera su elaboración es tradicional; los utilizan para cargar, colgados en la cabeza y sostenidos en la espalda, de la misma forma en que se representa en las vasijas cerámicas tempranas denominadas canasteros (Vasco, 1987; Cardal e y Herrera, 1994; Cardale, 1999). Fuente: fotografía tomadade Herrera (2008, anexo fotográfico).

La cestería embera es tal vez la más variada y rica entre todas las sociedades indígenas en Colombia. Consiste fundamentalmente de recipientes, de canastos, aunque hay algunos otros tipos de tejidos fabricados con elementos de origen vegetal: venteadores o chinás (pepenas), ‘juguetes’ relacionados con animales tales como la pata de tigre (imamajiru) y el cangrejo (sikoe), coladores o cedazos para guarapo y robamuchachas (uerahuahimbari) [...] Ocasionalmente, cuando están desgranando frísol, los niños tejen “estrellitas” con cuatro vainas dobladas por la mitad (Vasco, 1987: 96).

La escala de la explotación de las fuentes salinas en el valle del Aburrá aún debe ser corroborada y definida. La información con que se cuenta solo permite tener certeza sobre los últimos mil años, época en que los habitantes del valle contaban con la sal que se producía de manera intensiva en territorios que hoy corresponden a Sopetrán y Santa Fe de Antioquia, pero sobre todo con la de Murgía (hoy Heliconia), como lo atestiguan con toda claridad las crónicas de conquista:

En este pueblo de Mungia y en otro que ha por nombre Cenufata hallamos otras fuentes que nacían junto a unas sierras cerca de los ríos; y del agua de aquellas fuentes hacían tanta cantidad de sal que vimos las casas casi llenas, hechas muchas formas de sal, ni más ni menos que panes de azúcar. Y esta salla llevaban por el valle[...] de Aburrá a las provincias que están al oriente, las cuales no han sido vistas ni descubiertas por los españoles hasta agora. Y con esta sal son ricos en extremo estos indios (Cieza de León, 1984 [1536-1542]: 172-173).

Dado que no contamos con evidencias de un acceso diferencial o controlado a estos recursos, lo que muy de seguro se dio en el pasado fue un aprovechamiento múltiple de los recursos, incluida la sal, y dependiendo de las necesidades y posibilidades, se utilizaba uno u otro sitio. Según las observaciones del ingeniero Enrique White, a mediados del siglo XIX, todavía era posible identificar, en las cercanías a las fuentes de sal, “las huellas de caminos que a ellas van a parar concéntricamente” (Trimborn, 1949: 184).

Una de las características más importantes de los ojos de agua salada es que se trata de lugares a los que permanentemente y en forma estacional llegan los animales. Es claro que los indígenas reconocían y aprovechaban sus características y costumbres; lo que no sabemos es la manera como lo interpretaban y cómo interactuaban con todo ello. Sin embargo, a juzgar por los vestigios, la sal y los lugares de donde se obtenía, tendrían una importancia que va mucho más allá de la racionalidad económica o utilidad inmediata; se trataría de lugares con significado cosmogónico, a los que habría que proteger y llegar estacionalmente.

Arcilla

Los alfareros fueron los primeros que descubriern que la tierra es algo más que simple tierra laborable. El ceramista como creador de una obra o demiurgo dispone de la experiencia de que la tierra que da frutos puede ser también materia prima pam nuevas conformaciones, en especial para la producción de recipientes básicos de arcilla, a los que luego en talleres y hornos, se concede forma, es decir [...] pureza de los contornos unida a la estabilidad

Peter Sloterdijk *Esferas I*, (2003: 40-41).

Las arcillas que utilizaron los antiguos habitantes del valle del Aburrá provienen, la mayoría de las veces, de la gigantesca formación rocosa denominada batolito antioqueño, cuyos afloramientos gastados y ablandados por la acción de los elementos naturales les proporcionaron abundantes arcillas de buena calidad, para la elaboración de recipientes, figurinas e instrumentos. Muy posiblemente se privilegió el uso de estas arcillas porque no se hacía necesario agregarle otros elementos para mejorar su calidad plástica, a diferencia de lo que sucede con arcillas provenientes de otro tipo de roca.

El Batolito Antioqueño cubre un área de 7800 km², sin incluir los cuerpos satélites separados del cuerpo principal por rocas metamórficas. Es un cuerpo elongado trapezoidal, con su dimensión mayor norte sur y alcanza 110 km y un ancho máximo de 80 km a lo largo de la línea férrea entre Medellín y Puerto Berrío. [...] Una de las características fundamentales del Batolito Antioqueño es su homogeneidad litológica, donde cerca del 92% de él está constituido por tonalitas-granodioritas que difieren poco de un lugar a otro tanto en dirección norte sur como este este. Estas rocas constituyen la facies denominada normal. Dos facies petrográficas subordinadas, una félsica y otra gabroide, han sido reconocidas. [...] Mineralógicamente está constituida por cuarzo, feldespato, hornblenda y biotita que varía su contenido entre valores relativamente próximos; como minerales de alteración, clorita, epidota y calcita. El cuarzo se presenta en cristales anhedrales dispersos y como relleno intersticial entre plagioclasa; ocasionalmente, muestra extinción ondulatoria (González y Londoño, s.f.).

Los investigadores relacionados con el proyecto hidroeléctrico (Parce II y III) reportan la existencia de una gran producción cerámica sorprendentemente antigua, bien elaborada y desconocida hasta el momento en la región. La denominaron Cancana, por haberse reconocido por primera vez en la vereda que lleva este nombre.

El análisis radiométrico de 13 muestras de carbón vegetal estrechamente asociadas a fragmentos cerámicos, sitúa la incorporación de la cerámica en el registro arqueológico del valle medio del Porce, hacia los comienzos del sexto milenio antes del presente.

La fecha más antigua procede del nivel 4 del yacimiento 045 (Beta 114677, 5000 ± 70), mientras que otra contemporánea de 4970 ± 50 procede del yacimiento 107 a 60 cm de profundidad de la estructura vertical 2 (Beta 104141). Diez dataciones adicionales todas asociadas a niveles en los que la cerámica se encuentra en bajas cantidades oscilan entre 4670 y 4230 antes del presente (Castillo et al., 2002: 483).

Lo que señalan las evidencias encontradas hasta el momento es que los más antiguos alfareros seleccionaron y prepararon cuidadosamente la materia prima necesaria para la elaboración de recipientes de paredes muy delgadas (con grosores que van desde los 2 hasta los 6 mm), y superficies muy lisas de aspecto mate. Antes de que estuvieran por completo secos, fueron sumergidos en arcilla más o menos diluida, con el fin de pulir y homogeneizar aún más su superficie externa. Los recipientes tan meticulosamente elaborados fueron, además, perfectamente quemados (véanse figuras 4.24-4.26).

Figura 4.24 Representaciones antropomorfas en cerámica temprana. En el conjunto cerámico denominado Cancana se reporta el hallazgo de seis pequeñas figuras, que llaman la atención sobre la representación de ideas estéticas o religiosas.
(Castillo, 1998: 49).
Fuente: Colección Museo de Antioquia.





Figura 4.25 Cerámica Cancana

Este tipo de recipientes (cuencos muy pequeños) corresponde aproximadamente al 70% de los fragmentos localizados por los investigadores (Grisales, 1996; Castillo, 1992; Pino y Forero, 2003; Otero y Santos, 2006).

Fuente: Laboratorio de Arqueología, Universidad de Antioquia, colección de Referencia.

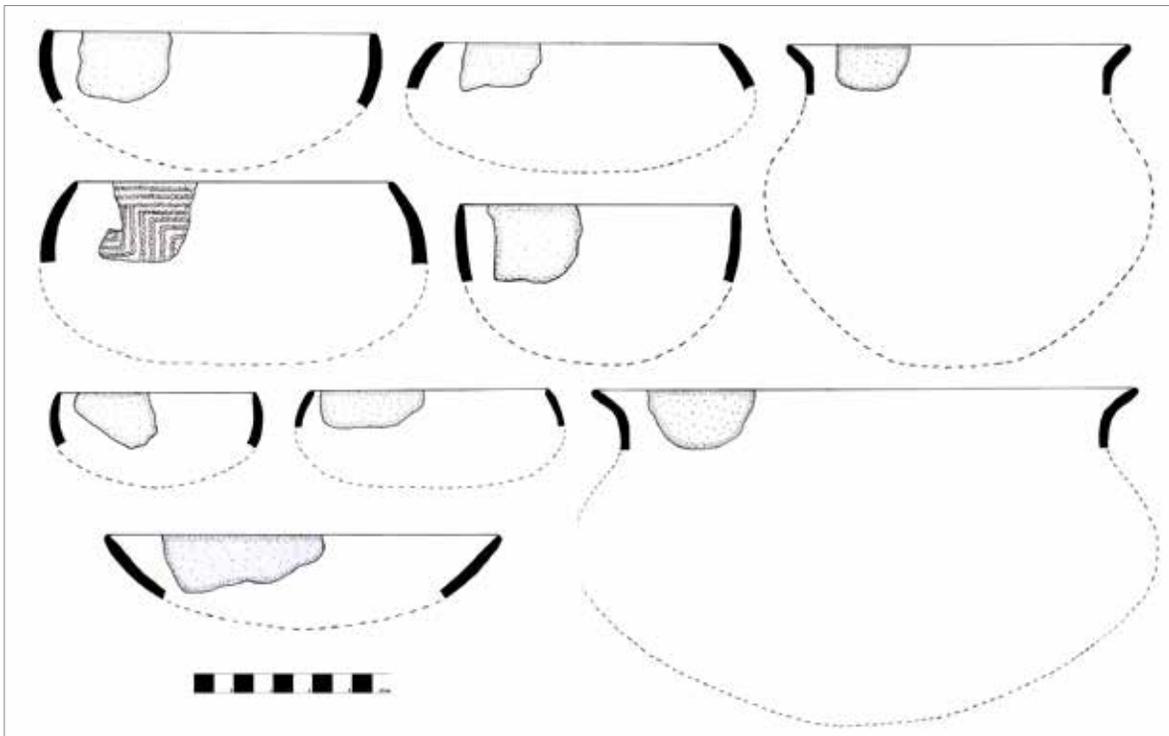


Figura 4.26 Reconstrucción gráfica, a partir de fragmentos, de los recipientes más característicos del estilo Cancana. Fuente: ilustración Liliana Isabel Gómez (2009).

Infortunadamente, en estos lugares no se localizaron las tumbas de los alfareros que, hace alrededor de seis mil años, dominaban la arcilla y el oficio de hacer cerámica. Sin embargo, contamos con información que nos permite pensar que estos alfareros dotaron las arcillas y la cerámica de significados y funciones que si bien no logramos comprender en su vital importancia, sí llaman la atención sobre usos y funciones que van más allá de los aspectos meramente utilitarios. No sobra recalcar que tales funciones y significados se mantienen a lo largo de toda la secuencia temporal conocida, como lo evidencia la cuidadosa y compleja forma en que se enterraron vasijas completas y fragmentos.

Durante la investigación realizada en el marco de la construcción del proyecto hidroeléctrico Porce II fue registrada una extensa terraza, localizada entre las quebradas Guayabito y Cancana. Las distintas áreas investigadas fueron denominadas Yacimientos 107, 110 y 131 (Castillo et al., 2002). En ella se encontró no solo la cerámica más temprana situada en el valle, sino también evidencias de lo que los investigadores consideran fue un gran centro de producción cerámica, que abastecía las demandas de los grupos que ocupaban el área; “la cerámica no se está produciendo únicamente para abastecer necesidades domésticas pues los recipientes no señalan su utilización en funciones utilitarias” (531). Los hallazgos que les permitieron hacer esta afirmación son miles de fragmentos cerámicos (incluidas algunas figuras antropomorfas y zoomorfas), rocas de muy diversos tamaños, artefactos líticos (placas de moler fragmentadas y enteras), desechos de talla (sobre todo de cuarzo), huesos de animales, carbón, arcillas y capas de tierra negra, depositados de manera paulatina en pozos cuya profundidad va desde los 2,30 hasta los 3,50 m. Dos de ellos están claramente separados por un tabique de 20 cm de grosor.

Aunque no contamos con descripciones detalladas ni fotografías, resulta claro que los materiales fueron dispuestos para mantener los pozos, de modo tal que con las piedras más pequeñas se crearon especies de paredes. El pozo denominado Estructura vertical3 fue llenado formando pequeños depósitos en sus paredes “oquedades”, reforzadas con tierra negra, arcillas rojas, piedra, cerámica y artefactos líticos (48-60). Dado que no hay indicios de que en los pozos se depositaran vasijas completas, es dable pensar que a los antiguos habitantes de esta parte del valle les preocupó la adecuada disposición de los desechos que generabasu rotura. El lapso temporal que evidencian las fechas, de mil años (entre 4970 y 3920 ± 50), pudiera muy bien explicar la gran cantidad de fragmentos localizados —más de cien mil—, pero deja interrogantes acerca del conjunto total de objetos enterrados, sobre el sitio mismo en el que se construyeron los depósitos y en lo que se refiere al lugar o lugares donde se elaboraron los recipientes. No se reportan evidencias que permitan pensar que la terraza fue utilizada como sitio de vivienda, que la cerámica se haya producido allí mismo, ni la forma en que fueron empleados los recipientes antes de romperse.

Sin embargo, lo que interesa subrayar es que hacia el año cuatro mil antes del presente, el uso de vasijas cerámicas era corriente y que mil años después, su elaboración rebasaría las necesidades de la familia y la localidad. Una importante cantidad de dataciones ha permitido establecer que alrededor de 800 años antes de Cristo y por lo menos 400 después, en todo el valle del río Aburrá se realizaba cerámica de muy alta calidad, cuyas formas, motivos y funciones no solo eran compartidas en el valle, sino que se extendería lejos de sus fronteras, conformando un gran conjunto conocido entre los investigadores como los estilos Ferrería y Marrón Inciso. Sin embargo, a nuestro juicio, las cronologías establecidas y las formas excepcionales que estos estilos presentan en el valle, obligan a redefinir las clasificaciones iniciales, a pensar en los modos de producción y circulación, pero sobre todo, a examinar los contenidos históricos y sociales que se les atribuyen (véanse figuras 4.27-4.42).



Figura 4.27 Recipientes localizados en la Reserva Ecológica La Morena, municipio de Envigado (Yacimiento 2, entierro 2). Interesa señalar que estas vasijas presentan, mezcladas, características típicas de los estilos cerámicos Ferrería y Marrón Inciso, poniendo en entredicho la secuencia cronológica definida hasta el momento por los investigadores (Santos, 2010).

Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado.

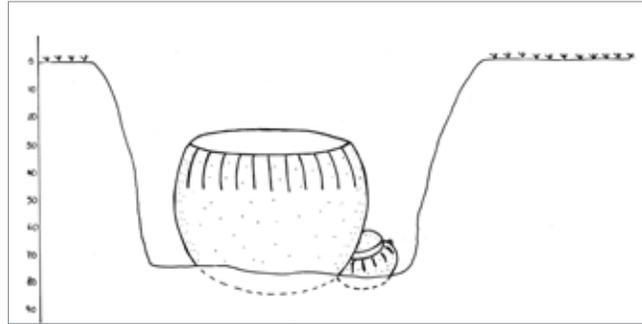


Figura 4.28 Reconstrucción gráfica y fotografía de vasijas localizadas en La Morena (Yacimiento 1, entierro 1), a 35 cm de profundidad, colocadas sobre lajas de piedra. La vasija grande se enterró sobre lajas de piedra, con el borde recortado; contenía tierra y un cuarzo blanco de 8 x 3 cm (Santos, 2010). Un entierro similar: una vasija enorme (más de 120 cm de diámetro medio), “acuñada” por una más pequeña, fue localizado en el cerro El Volador (véase en Santos y Otero, 1996).

Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado.

Fotografía de Jorge Iván Yepes Vil lada (2009), ilustración Liliana Isabel Gómez (2010).

Figura 4.29 Vasija pequeña correspondiente al entierro 1 del Yacimiento 1 (La Morena, Envigado). Se encontró parcialmente llena de tierra negra. Obsérvense la forma lobulada y las líneas de pintura negra sobre el cuello a modo de “espina de pescado”, características del estilo Marrón Inciso. La datación de su contenido reportó una fecha de 3180 ± 40 años antes del presente; se trata de una de las fechas más tempranas asociada a la cerámica en esta parte del valle (Santos, 2010).

Fuente: Colección Museo Casa de la Cultura Miguel Uribe Restrepo, municipio de Envigado.





Figura 4.30 Plato utilizado como tapa de una urna Localizada al costado oriental de la Clínica Las Vegas (barrio El Poblado, Medellín), durante la reciente construcción del puente de la calle 4 sur. Platos similares han sido hallados en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas, y al interior de grandes acumulaciones de piedra denominadas organales, en los municipios de Titiribí y Venecia (G. Botero, 1963; Arcila, 1969; Botero, 2002; Aristizábal, 2002).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Fotografía de Pablo Aristizábal Espinoza (2011).



Figura 431 Cuenco localizado en predios de la Escuela Alfonso López, barrio Villa Hermosa (Medellín). Se trata de un recipiente preciosamente elaborado; de forma hemisférica, con apenas 13 cm de altura, fue completamente cubierto por engobe rojo; presenta incisiones y pintura blanca. Las franjas acanaladas tienen anchos alternados de 4,5 y 2 cm. En las franjas más gruesas se trazaron líneas intermitentes ligeramente oblicuas. Cada una de las franjas de menor tamaño termina en una protuberancia, a manera de botón; quince en total resaltan la quilla que marca el cuerpo del recipiente. El borde plano también fue pintado con líneas blancas, interrumpidas por cuatro dibujos que semejan círculos concéntricos cortados (Arcila, 1977: 138-140 y 179).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 002691.



Figura 4.32 Cuenco zoomorfo Relativamente pequeño (diámetro de boca, 16 cm y 5 cm de profundidad), se reporta como procedente de Medellín. Presenta superficies bruñidas muy brillantes tanto en el exterior como en el interior; fue engobado para darle un color rojo oscuro (marrón), la cara, las patas y la cola que forman el animal se realizaron con elementos sobrepuestos a manera de asas equidistantes. La cabeza tiene, a modo de ojos, dos pequeños orificios (Arcila, 1977: 110-115).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003316.

Figura 4.33 Cuenco localizado en el barrio El Poblado (Medellín). Presenta incisiones pintadas de blanco sobre engobe rojo. Fue repujado sobre la línea del diámetro mayor, formando salientes a las que se les realizaron tres incisiones punteadas longitudinales; obsérvese la pintura de puntos sobre el borde (Arcila, 1977: 150 y 177).

Cuencos similares han sido reportados en la Estación de La Tasajera, municipio de Girardota, y en la vereda Indro, del municipio de Santa Fe de Antioquia.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 002643.



Figura 4.34 Cuenco acorazonado procedente del barrio Simón Bolívar (Medellín). Localizado junto con dos ollas grandes enterradas a 150 cm de profundidad, una de las cuales contenía restos óseos. Obsérvese que uno de los extremos, sobre el borde, tiene dos orificios y dos protuberancias, a manera de asas apenas insinuadas.

Recipientes similares fueron depositados en los organales de Titiribí y Venecia (Arcila, 1977: 133-135 y 145; 1969; Botero, 2000; 2002).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 006224.



Figura 4.35 Cuenco utilizado como tapa de urna funeraria. Lugar de procedencia, barrio La Floresta (Medellín). Altura, 9,5 cm; diámetro máximo, 26,9 cm; grosor de pasta, 7 mm. El borde orientado hacia adentro (invertido) presenta incisiones acanaladas verticales rellenas con pasta blanca (Arcila, 1977: 104).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 001523.



Figura 4.36 Cuenco lobulado, pintado y con incisiones rellenas con pasta blanca. Lugar de procedencia, La Tasajera, municipio de Girardota (Rivera, Betancur y Quintero, 1997).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.





Figura 4.37 Recipiente reportado como procedente de Medellín El coleccionista Leocadio María Arango describe este recipiente como: “Taza fina del color de ladrillo y forma amelonada, con los cascós muy iguales, barnizada interiormente de negro, alto 9 y 1/2 cm” (1905: 55).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003736.

Figura 4.38 Pese a tener un solo espacio interno, sugiere la superposición de dos vasijas independientes. Lugar de procedencia: El Poblado (Medellín). Diámetro de boca, 12 cm; altura total, 25 cm. En el catálogo de Leocadio María Arango, esta vasija corresponde al número 533 y se describe como: “Olla fina de boca ancha, compuesta de dos cuerpos, el superior adornado con una faja de botones pequeños y el inferior con cascós prominentes y con grabados” (Leocadio Arango, 1905: 52; Arcila, 1977). Interesa señalar que un recipiente ligeramente más pequeño que este, forma parte de la colección del Museo del Oro en Bogotá con código de registro C00504, se reporta como claramente asociado a la orfebrería denominada Quimbaya Clásica (Uribe Villegas, 2005: 78).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003754.





Figura 4.39 Vasija esférica de cuello corto y estrecho. Se trata de un ejemplar único en el registro arqueológico del valle. Con borde evertido de labio horizontal, superficie alisada, bruñida y engobada con el mismo color de la pasta. Sobre el cuello y la parte superior del cuerpo presenta tres líneas onduladas, limitadas arriba y abajo por líneas de punteado rectangular. A partir de la base del cuello se desprenden tres fajas equidistantes, de siete líneas onduladas (Arcila, 1977: 149, 177).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 2644.



Figura 4.40 Volante de huso. Reportado como procedente del cerro El Volador, resultado de un hallazgo fortuito, forma parte de un conjunto de aproximadamente doce volantes. De ellos, solo dos presentan similitudes con los encontrados en Guayabal. A pesar de la incertidumbre de su procedencia, interesa mencionarlo porque comparte características similares con otras piezas localizadas en el valle.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Figura 4.41 Volante de huso procedente del sector de Bellavista, en el municipio de Bello.
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.



Figura 4.42 Mano de mortero Proveniente de la vereda Mazo, corregimiento de Santa Elena, Medellín.
Fuente: Museo Universitario Universidad de Antioquia, Colecciones de Referencia.

Aunque asociadas al estilo Marrón Inciso, tres formas de vasijas halladas son muy escasas en el valle: los mocasines —denominados así por considerarse que se trata de recipientes en forma de “zapato”, copas y alcarrazas — forma en que se denominan recipientes con doble vertedera y asa puente— (véanse figuras 4.43-4.47).

Figura 4.43 Mocasin.

Lugar de procedencia, Envigado (Arcila, 1977: 118 y 124). Se trata de un recipiente en forma de ave acurrucada. A pesar de haberse desprendido la cabeza, su identificación es plenamente posible debido al perfecto modelado de sus alas, lo cual confirmaría la idea de que se trata de la representación de patos, muy abundantes en el momento de la llegada de los conquistadores españoles: “Aconteció en esta provincia a algunos españoles yendo por fruta y caza de aves [...]” (Sardela, 1993 [1541]: 288).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 001276.



Figura 4.44 Mocasin localizado en la ciudad de Medellín. Obsérvense los delicados lóbulos que están a lado y lado del cuerpo de la vasija, los cuales pudieran ser interpretados como alas. Las incisiones y acanaladuras cruzadas en forma de X alrededor del borde son uno de los motivos más recurrentes en la cerámica del valle del Aburrá (Arcila, 1977: 116). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 009848.



Figura 4.45 Copa. Localizada en la cuenca de la quebrada La Miel, municipio de Caldas. Obsérvese que si bien tiene las características típicas de la cerámica Marrón Inciso, se trata de una pieza única en el registro arqueológico del valle. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 001267.

Figura 4.46 Fragmento de alcarraza localizado al ser removidos por una retroexcavadora, en los predios de la parcelación Piedra Blanca, al filo del escarpe del extremo suroriental del altiplano de Santa Elena.

Formaba parte de lo que se identificó como un enterramiento en el que se depositó además de abundante cerámica de distintos tipos, instrumentos líticos de distintos tamaños y núcleos de chert, granofioritas y cuarzo; asociados a una fecha de 1610 +/- 30 años antes del presente (Beta - 385280).

Fuente: Colecciones de Referencia Museo Universitario Universidad de Antioquia.



La calidad de la cerámica *Marrón Inciso* ha hecho pensar que fue realizada por “especialistas”, es decir por personas dedicadas únicamente a este oficio, lo cual, para algunos investigadores tendría implicaciones sociales y económicas que afectarían el conjunto social completo, en tanto que el mantenimiento de estos alfareros estaría a cargo de otras personas en calidad de asalariados, vasallos e incluso esclavos. También se ha propuesto que más allá de la existencia de trabajadores especializados, la producción cerámica tuvo como finalidad el comercio o el intercambio (Santos Vecino, 1998, 2003). En apoyo de esta idea está el hecho de la amplia dispersión que tienen algunos tipos de vasijas, y la relación iconográfica que fue tempranamente reconocida entre este “estilo” y las producciones orfebres tempranas del suroccidente colombiano (Bruhns, 1969; véase figura 4-47).

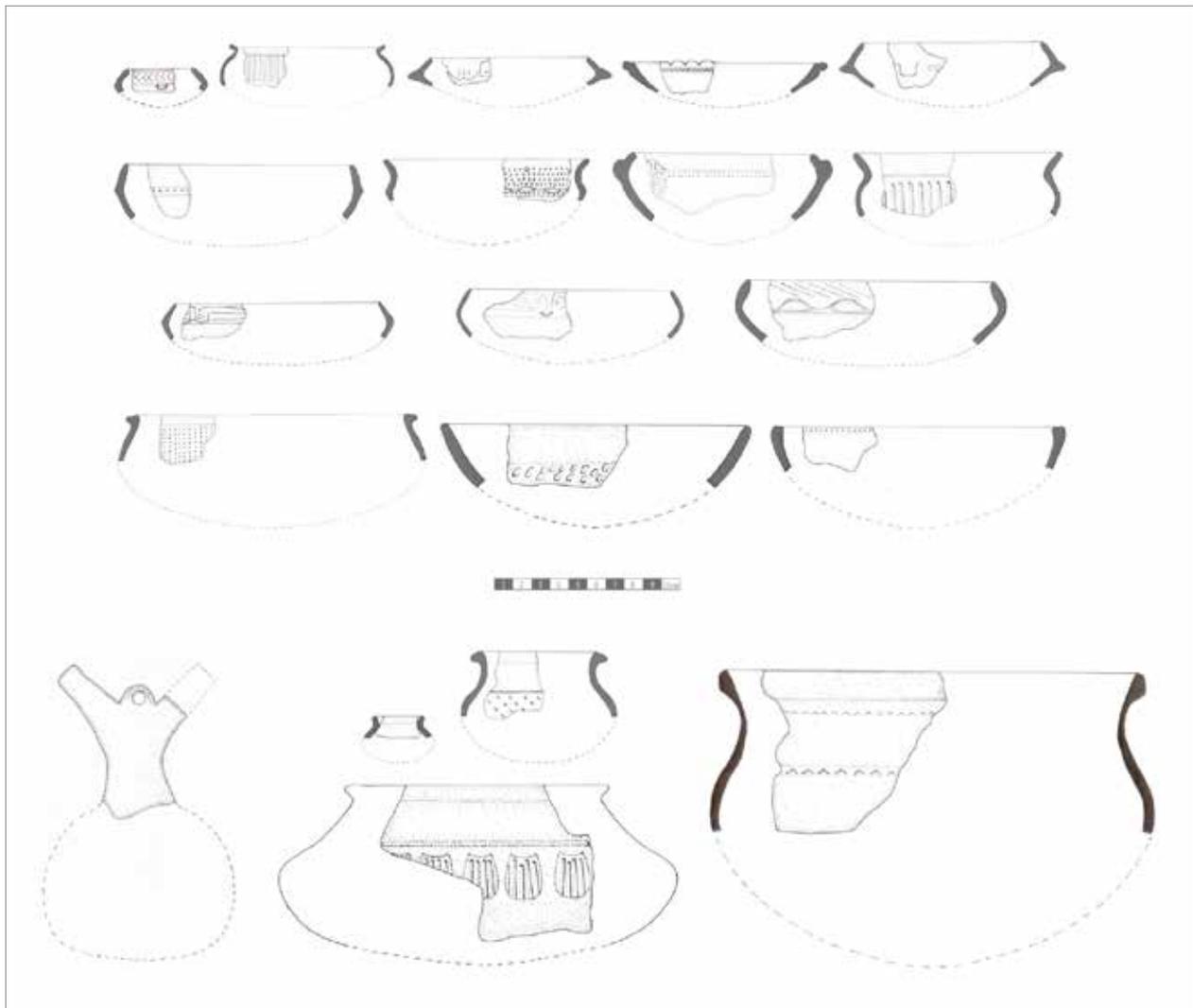


Figura 4.47. Reconstrucción gráfica de parte de las vasijas localizadas en cercanías de la quebrada La Veta, municipio de Guarne, en el extremo nororiental del altiplano de Santa Elena. Por tratarse de un contexto removido por actividades agrícolas, no se logró establecer la forma en que se realizaron los enterramientos de cerámica e instrumentos líticos. De muestras de carbón tomadas en la base y en la mitad del suelo negro, las dataciones obtenidas son: 1860 +/- 60 BP (Beta - 264622) y 1450 +/- 30 BP (Beta - 385279) fechas plenamente correspondientes con la cronología del Marrón Inciso en Antioquia.

Fuente: gráfica tomada de Botero (2017, 110).

Lo “tardío” en el valle del Aburrá se asocia no solo con tumbas de pozo con cámara lateral, sino también con un tipo de cerámica, más burda, de formas y acabados más simples e incluso de menor tamaño. Se vincula, además, con un conjunto de piezas consideradas foráneas, y bien sea que se trate de elementos producidos localmente o traídos, representarían modos de vida diferentes, nuevas gentes llegadas al valle del Aburrá desde el suroccidente colombiano. Los arqueólogos han precisado este evento, estableciendo una relación estilística con el denominado complejo Cauca Medio y Caldas, datado entre los 800 y 1200 años antes del presente, con tipos de vasijas bien definidos y recurrentemente reportados en los departamentos de Caldas, Risaralda, Quindío y nororiente del Valle (Bruhns, 1990; Cardale, 1999). Otro tipo de vasijas consideradas “tardías” presentan características que remiten aún más al sur, hasta llegar al departamento del Cauca (véanse figuras 4.48-4.55).

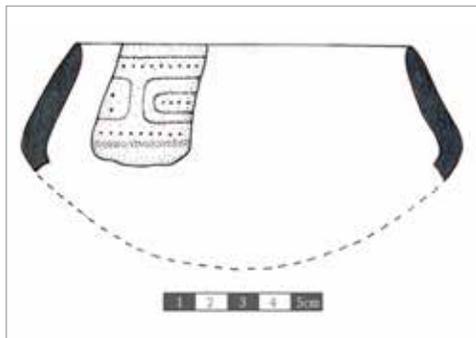


Figura 4.48 Reconstrucción gráfica a partir de un fragmento cerámico localizado en el cerro El Volador.

Se trata de un cuenco aquillado, con engobe rojo e incisiones formando figuras geométricas, típicas del llamado *complejo Cauca Medio*. Este tipo de recipiente es relativamente común en el registro arqueológico del valle del Aburrá.

Fuente: Museo Universitario Universidad de Antioquia, Colección de Referencia. Ilustración Liliana Isabel Gómez (2008).

Figura 4.49 Urna cineraria con tapa. Reportada como procedente de Machado, municipio de Copacabana. Interesa señalar que se trata de una forma de enterramiento temprana, en vasijas relativamente pequeñas y burdas, es decir, con características asociadas a lo tardío.

Se cree que el orificio en la vasija que su utilizó como tapa, se hizo con el objeto de inutilizar, “matar” el recipiente. En Antioquia y otros lugares de Colombia es corriente encontrar recipientes con este tipo de agujeros.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 002885 y 002886.





Figura 4.50 Copa reportada como procedente de Medellín. Se trata de una pieza pintada en el interior y en el exterior con la técnica de la cera perdida, con líneas negras circundantes que forman cuatro triángulos equidistantes bajo la superficie del borde; dos franjas de color rojo se superponen a la pintura negra. En opinión de Arcila, “esta pieza es quizás del arte quimbaya decadente en su dispersión por territorio antioqueño” (1977: 105, 108 y 115). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 004251.

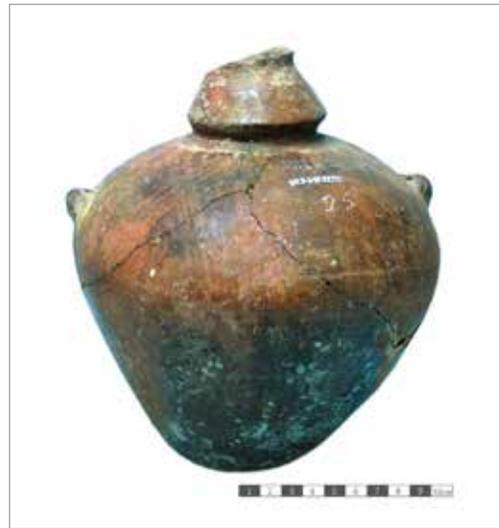
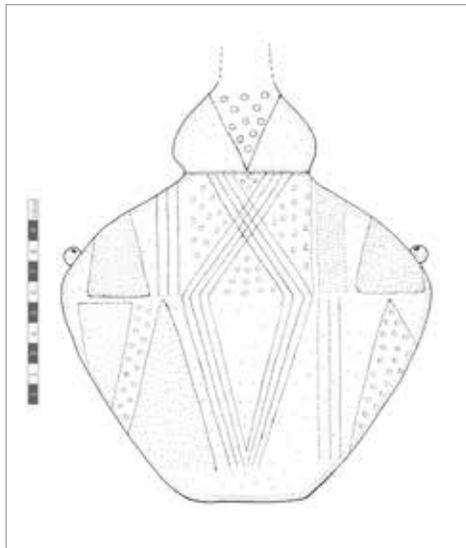


Figura 4.51 Recipiente reportado como procedente de Medellín. A pesar del deterioro que presenta la pintura, se observan líneas verticales y oblicuas que se entrecruzan formando figuras romboidales y fajas de líneas horizontales sobre el mayor diámetro. Podría haber sido usada como poporo o recipiente para guardar la cal con que se mezclan las hojas de coca, para activar sus componentes. Graciliano Arcila se refiere a ella como: “Atípica en el valle ya que su decoración a la cera perdida es típica de la zona quimbaya, cuyo centro de dispersión se halla en Quindío y Valle del Cauca; en este caso solamente hace parte de lo que hemos dado en llamar Complejo Antioqueño. Esta pieza parece un reflejo de intercambio comercial” (1977: 101-104). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003316. Ilustración Liliana Isabel Gómez (2009).



Figura 4.52 Volante de huso.

Reportado como procedente de Medellín, presenta la iconografía típica de volantes reseñados en el departamento del Quindío (Rodríguez y Jaramillo, 1993).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 013231.

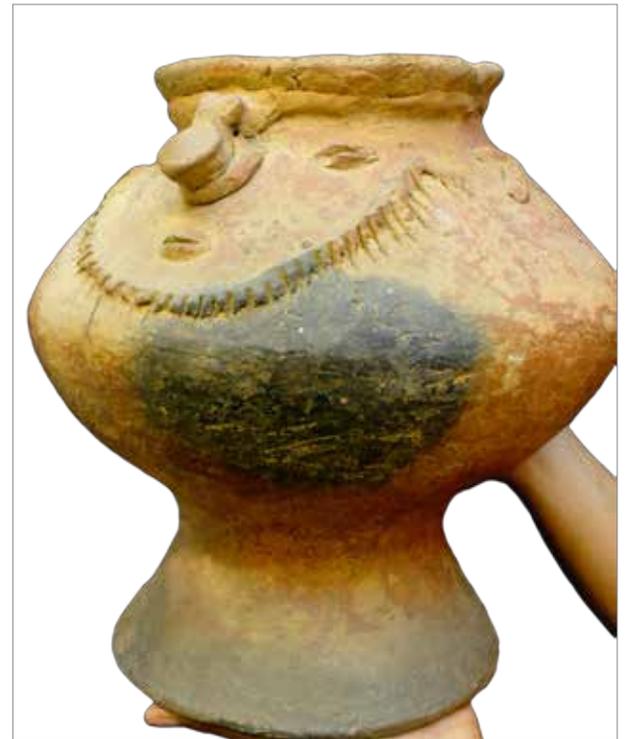


Figura 4.53 Recipiente registrado como procedente de la “región de Guayabal”, en Medellín

Se trata de una pieza con características únicas en el registro del valle del Aburrá, pero corriente en la cerámica prehispánica del Suroccidente colombiano —Huila, Cauca y del Valle del Cauca— (Arcila, 1977; piezas prácticamente idénticas se relacionan con lo “Corinto-Cauca” (Chavez y Rodriguez, 1992).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 001821.

Figura 4.54 Recipiente denominado como “Cántaro” por Graciliano Arcila Vélez (1977). Registrado como procedente del municipio de La Estrella (Pueblo Viejo). Al igual que el anterior, se trata recipientes característicos en el registro arqueológico del departamento de Cauca (Chves y Rodríguez, 1992).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 006517.

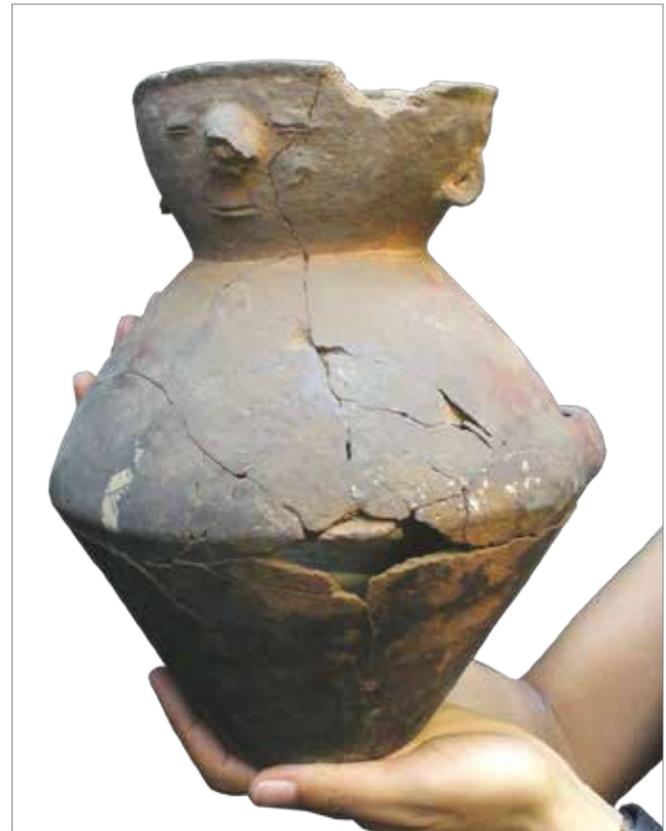


Figura 4.55 “Cántaro” aquillado con base plana y asas. Registrado como procedente de Medellín, resulta un recipiente único en el registro arqueológico del valle del Aburrá.

Con las mismas características se encuentran reportados asociados a la “Cultura Buga”, en el departamento del Valle del Cauca (Rodríguez, 1989: 84).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 003757.



Las mujeres se dedican a la fabricación de esteras, canastos y cestos muy variados. Las indias son excelentes alfareras, y en sus manos toma el barro figuras muy caprichosas. Seleccionan bien el material y cuecen sus vasijas con tanto tiento, que duran muchos años a pesar del uso continuo. Utilizan también para ollas las cáscaras de coco, a las cuales le dan la misma forma que a una olla de barro. En su alfarería no conocen otro instrumento que sus hábiles manos, con las cuales sacan tan airosos sus artefactos que pueden competir con los que salen de los mejores tornos. Las redes de pescar, hamacas, bolsas, etc., generalmente las construyen los hombres con fibras de plantas textiles como fique, pita, guascas. Algunos indios sobresalen en la fabricación del veneno, cuyos ingredientes no son conocidos de la mayor parte. Es de tanta virtud su veneno, que lo guardan indefinidamente en unos calabacines en el zarzo del bohío, para hacer uso de él, que suele ser principalmente en la caza (fray Severino de Santa Teresa, *Los indios catíos, los indios cunas. Ensayo etnográfico de dos razas de indios de la América española*, 1959: 131-132).

A pesar de la reiterada mención del período tardío y las múltiples asociaciones que sobre él realizan los investigadores, es importante resaltar que, además de algunos tipos cerámicos característicos, el único rasgo cierto asociable a este período es la forma de enterramiento (entierros directos en tumbas profundas); por lo demás, no se cuenta con mayor información sobre los últimos 1.300 años de la ocupación prehispánica del valle.

Quizás lo que pasó fue que la mayor presión demográfica (evidenciada en la mayor producción cerámica) generó diferentes énfasis en las actividades y la producción de alimentos se hizo prioritaria en detrimento de otras prácticas; en este sentido, lo funcional primó sobre lo estético. Un normal crecimiento poblacional depende en mayor medida de la disponibilidad de suelos fértiles y cambios climáticos; cambios bruscos o escasez pudieran generar tensiones y dificultades, que deben ser resueltas de manera inmediata para evitar el colapso o disturbios entre la población, y resulta necesario considerar que la construcción de tumbas en los filos y las cuchillas sin duda libera espacios para la agricultura.

La cantidad de piezas “foráneas” es tan poca, que no permite suponer que llegaron como resultado de una invasión de gentes y ni siquiera de comercio. Nos inclinamos a pensar que, más bien, puede tratarse de objetos traídos como parte del equipaje de viajeros nativos o extranjeros. Considerando los caminos existentes, viajar a lugares distantes pudo haber sido una actividad corriente y tener múltiples propósitos. Por el momento, lo que resulta claro es que este tipo de objetos no tuvo incidencia tecnológica ni formal en los conjuntos cerámicos locales.

¿Quiénes eran y dónde trabajaban los alfareros del valle del Aburrá? Acerca de ello tenemos muy poca información; sin embargo, un análisis detallado de cada una de las piezas y la comparación de los distintos conjuntos de los que se dispone, revelan que si bien es cierta la homogeneidad en formas y motivos, al observar el detalle de la factura de la cerámica es posible afirmar que se trata de producciones realizadas localmente.

Además de que es constante la presencia de ejemplares únicos, no existen evidencias de producción en serie. El registro etnográfico muestra que solo de manera excepcional una sola persona se encargaría de todos los procesos que involucra la producción cerámica; la quema, por ejemplo, involucra la participación de distintas personas, no necesariamente especialistas. Asimismo, cortar la madera es una actividad sustancialmente distinta a la de buscar la arcilla, escoger el mejor modo y lugar para elaborar las piezas, o cuidar que ellas se sequen de la mejor forma.

Traer la arcilla de un determinado lugar puede ser en últimas, un asunto de comodidad inmediata (está más cerca), o ser una exigencia irreducible a conceptos ergonómicos, si se busca un tipo específico de color o calidad. Dependiendo del lugar, la profundidad y el tamaño del yacimiento, localizarla y extraerla pudiera exigir gran cantidad de esfuerzo y resultar peligroso, por lo cual no resulta descabellado pensar que tal actividad podría involucrar a muy distintas personas.

La preparación de las pastas bien pudo haberse realizado en el interior de las viviendas, por lo cual moler, colar, amasar y, en general, preparar la arcilla pudieran ser actividades compartidas, de la misma manera en que se involucran las personas para preparar los alimentos, asear la casa, etc. y, según el uso que quisiera darse a la pieza, involucrar el trabajo específico de alguno de sus miembros y la opinión de todo el grupo familiar.

El hecho de que se observen piezas exquisitamente terminadas, relacionadas con vasijas irregulares de acabados burdos, ha sido interpretado como producto de la evolución tecnológica; sin embargo, considerando los contextos y las fechas obtenidas, estas diferencias pudieran señalar distintas destrezas e intereses de los alfareros. Algunos artífices pudieron ser muy hábiles y otros no; los viejos, por ejemplo, con escasa capacidad visual, jóvenes o niños que apenas comienzan a producir sus propios utensilios, pudieron realizar objetos que luego fueron depositados en las tumbas de sus padres, o conservados entre el menaje cotidiano.

La especialización, entendida como una actividad única que pudiera desembocar en trabajo asalariado o forzado, parece no tener correlato en América. Entre los pueblos indígenas que sobrevivieron a la conquista española, quienes son más hábiles o conocen más no desarrollan relaciones de dependencia o dominación con los otros miembros de su familia o de la comunidad, aun si son muy respetados; se trata de personas que realizan

todas las demás labores necesarias a su existencia: cultivar, tejer, cocinar y tener todas las emociones y pasiones humanas que reconocemos en nosotros mismos.

Sobre el vínculo de la cerámica con otras actividades, incluyendo la cocción o almacenamiento de alimentos, se tiene poca información, ello no solo en razón de que los más claros contextos investigados están relacionados con tumbas y enterramientos de huesos, sino también porque muy seguramente en las cocinas antiguas fue preponderante la presencia de recipientes elaborados en calabazo, guadua, balso, madera, etc. Resulta muy significativo que totumas o calabazas hayan sido reproducidos en recipientes realizados con arcilla y oro (véanse figuras 4.56-4.68).



Figura 4.56 Calabazos, totumos, higüeras o mates.
Este tipo de recipientes aún son utilizados por los indígenas embera para guardar el veneno con que impregnan las flechas que disparan con cerbatana.
Fuente: tenencia personal.



Figura 4.57 Poporos con figuras femeninas repujadas en ambos lados . Localizados en el municipio de Finlandia (Quindío), el recipiente de la izquierda mide 27,5 cm de altura, y la parte más ancha 15,8 cm. Forman parte del llamado *Tesoro Quimbaya* donado a la reina María Cristina Habsburgo-Lorena, en el año 1892, con motivo de la conmemoración del IV Centenario del Descubrimiento de América. El total de objetos de oro entregados fueron: 17 poporos, 6 cascos, 1 corona, 3 recipientes, 31 orejeras, 8 alfileres, 21 narigueras, 11 cuentas de collar, 5 cascabeles, 9 pasadores de collar, 8 colgantes (un cascabel semiglobular, un colgante en forma de rana y otro en forma de lagartija) y 2 instrumentos musicales (Restrepo Tirado, 1929 [1892]; Pérez de Barradas, 1966; Gamboa, 2002). Fuente: Colección Museo de América (Madrid). Fotografía tomada de Restrepo Tirado (1929 [1892]: 101).

Figura 4.58 Poporo de forma antropomorfa.
 Altura, 27 cm. Obsérvese la posición de las manos y la expresión del rostro, típicas de lo que se considera el estilo Quimbaya Clásico. Posiblemente los elementos que tenía en sus manos fueron realizados en madera o, como opina Ernesto Restrepo Tirado (1929 [1892]), llevaban “haces de plumas” que se descompusieron con el paso del tiempo. Fuente: Colección Museo de América (Madrid). Fotografía tomada de Restrepo Tirado ([1892]1929: 429).





Figura 4.59 Poporo con forma de calabaza. Elaborado por fundición a la cera perdida, con núcleo, en una aleación con cobre conocida como tumbaga, y que no solo necesita menor temperatura para fundirse, sino que le proporciona un color rojizo al parecer muy apreciado por los orfebres. Altura, 11 cm; diámetro mayor, 9,5 cm. Un recipiente prácticamente idéntico hace parte del llamado *Tesoro Químbaya*.

Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá), código de registro 000338. Fotografía tomada de Uribe Villegas (2005: 77).

Pero indudablemente fue en la parte del Darién, vecina al Golfo de Draba y en el Atrato, donde la industria de decorar totumos había alcanzado, a la llegada de los europeos, el máximo desarrollo. Un gran conocedor del área se expresa así: “Y los vasos preciosos de las higüeras se hallaron en el Darién y en el Golfo de Uraba con sus asideros o asas de oro en estas higüeras y estas tan lindas que sin duda ni reproche se podía dar de beber con las tales higüeras a cualquier rey poderoso y estas venían por aquel río grande de Sant J oan, que entra al Golfo de Urabá por vía de comercio” (Oviedo y Valdés, 1958, 1, 252). A Cartagena se llevaban a vender totumas pintadas de betún a principios del siglo XVII (Simon, 1953, viii, 81, 83). [...] Según el mencionado dato de Oviedo y Valdés, la cuenca del Atrato parece haber sido un centro importante de cultivo y beneficio del totuma. Nordeskiold menciona “calabazos” bellamente decorados entre los cuna del Darién y del Chóco que se usan solamente para fines ceremoniales y religiosos, mientras que para los menesteres cotidianos bastan recipientes de arcilla o los mismos calabazos pero sin decorar (Nordeskiold: JSAP, 1929, xxi, 141-148). En la parte alta del Atrato hay un río llamado “Sandó” que quiere decir río totuma o de las totumas (Brisson, 1895, 152 citado por Patiño, 1977: 227).

Oro

El oro es, sin duda, el metal más abundante en el departamento de Antioquia.

La ramificación de la cordillera de los Andes que penetra en el territorio antioqueño, subdividiéndose luego en numerosos ramales, hace que este suelo sea quebrado y montuoso en sumo grado. Los terrenos primitivos que rompieron estas montañas en su levantamiento, y las enormes masas eruptivas que las componen, están atravesados en todas partes por filones auríferos. En los valles más o menos estrechos, sinuosos y profundos, cruzados en todas direcciones por ríos, riachuelos y arroyos, descansan los depósitos aluviales de oro, bajo capas de arenas, arcillas, cascajo y conglomerados, cuyo espesor y disposición es muy variable; cuando no se halla el oro en las mismas arenas superficiales. [...]. Así es que la minería ha sido siempre, es y será por mucho tiempo su principal industria. El viajero que cruza el Departamento en todas direcciones encuentra doquiera vestigios de trabajos antiguos de minas: el hombre ha atormentado allí sin descanso las entrañas de la tierra en busca del precioso metal, y hasta en las selvas más remotas y desiertas ha dejado señales de su laborioso afán (Vicente Restrepo, *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia* 1952 [1871]: 63).

El río Aburrá corre encajado en una ruptura del batolito antioqueño. A su paso, la fuerza del agua lo orada y erosiona, transportando en su corriente gran cantidad de materiales, incluido el oro, que se van desgastando y haciendo más finos a medida que avanza. Su caudal aumenta considerablemente, al recibir las aguas de ríos y quebradas que en él desembocan, entre ellos, los provenientes de los afloramientos auríferos de los altiplanos de Santa Rosa de Osos y Santa Elena. Desde la desembocadura del río Grande, el valle comienza a perder altura y a medida que la fuerza de arrastre del agua disminuye, se van acumulando los materiales más finos, gravas y arenas, entre los cuales se encuentra gran cantidad de oro, en los meandros y en las zonas de inundación. Así, los depósitos formados a lo largo del río Porce y el Nechí y en algunas de sus quebradas afluentes, conforman una de las regiones auríferas más ricas del país, y no se exageró al afirmar que las arenas del Porce eran verdaderamente de oro (J. M. Restrepo, 2007 [1849]; V. Restrepo, 1952 [1871]; Uribe Ángel, 2006 [1885]; Monsalve y Vera, 1995).

El registro etnográfico colombiano revela la relación recíproca entre el oro y el sol. El erudito etnógrafo y arqueólogo Gerardo Reichel-Dolmatoff encuentra que la relación de los indígenas con el oro se da no con -ni por- sus cualidades físicas, sino en tanto se reconoce su “energía”. En la Sierra Nevada de Santa Marta, por ejemplo, los indígenas “asolean” las piezas de oro prehispánicas que han logrado conservar, con el fin de renovar y purificar el oro:

En ciertas fechas del año, cuando el sol se encuentra en determinada posición, se procede en un sitio muy sagrado, a celebrar el ritual de “asolear el oro”. Aquellos objetos, junto con cuentas de collar de cornalina y cristal de roca, se depositan sobre platos rituales hechos de cestería y estos se colocan luego cerca a un templo, donde permanecen por algún tiempo expuestos a los rayos del sol. Se cree de esta manera que el oro asimila nuevas fuerzas fertilizadoras, se purifica y renueva su resplandor. Al mismo tiempo manifiestan que el sol se encuentra complacido pues es una ofrenda que nutre su poder benéfico. [...] (Gerardo Reichel-Dolmatoff, *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro* 2000: 18, 22).

Durante el verano o en épocas de sequía, cuando el agua de ríos y quebradas baja, es posible ver el brillo y el color inconfundible del oro, y colectado puro en forma de granos o arena, sin necesidad de mayor trabajo o herramientas. Los reportes de los gUAQUEROS señalan con claridad una de las técnicas utilizadas:

Cuando encontraban oro muy menudo y con el ánimo de no desperdiciarlo[...] liban envolviendo en arcilla plástica y cuando lo creían conveniente o lo necesitaban, desleían la arcilla y separaban el oro. En muchos sepulcros se han encontrado bolas de éstas [...] (Luis Arango, *Recuerdos de la gUAQUERÍA en el Quindío*, 1924, citado en: Pérez de Barradas, 1966: vol. 1, 48).

Si las aguas del río son tranquilas y poco profundas, el oro se busca entre las arenas, separando de los materiales más gruesos, para lo cual se utilizan bateas de madera o arcilla. Para extraer el oro del lecho de ríos y quebradas se construyeron diques o trincheras, utilizando piedras y ramas, no solo con el fin de reducir la fuerza de la corriente, sino también para crear pozos más o menos profundos en los cuales los zambullidores pudiesen buscar el metal (West, 1972; Nisser, [1834] 1990; Espinosa y Duque, 1993). Dada la abundancia, la recolección del oro pudo darse en muy pequeña escala y de forma más o menos fortuita; sin embargo, el hecho de que los actuales descendientes de los indígenas (“aindiados”) en el cañón del Cauca, separen el oro utilizando plantas nativas, revela que antes de la llegada de los españoles (y la introducción del mercurio) se conocían técnicas e insumos necesarios para separar el oro e intensificar su explotación:

Para esto los orobajeños (gente de Orobajo), vereda de Sabanalarga sobre el río Cauca] utilizan un macerado de hojas de Cedro Playero (Pseudo Samanea Gachapele) que en otras regiones llaman Iguá, Tobacco o Cedro Amarillo. Este macerado al provocar la separación total reemplaza los métodos de amalgamación y cianuración que utilizan en muchos lugares los mineros artesanales, en el Nechí y el bajo Cauca. La utilización de esta planta en la fase final del lavado del oro, provoca el rompimiento de la tensión superficial del agua y la precipitación de las partículas de oro por su mayor peso (Espinosa y Duque, 1993: 67).

Durante el invierno, los ríos y las quebradas no solo se tornan peligrosos, sino que arrastran los materiales más livianos, así que si se requiere el metal, es necesario buscar vetas entre las rocas o explotar los depósitos localizados más arriba del nivel del agua, es decir, en las antiguas terrazas aluviales. Estas terrazas, formadas con los sedimentos acumulados durante miles, quizás millones de años, son ricas en oro; pero su explotación implica no solo excavar -en épocas prehispánicas las excavaciones al parecer no superaron los 10 m de profundidad-, sino también conducir el agua necesaria para “lavar” el oro y extraerlo. En no pocas ocasiones, el agua se condujo a través de canales de guadua o madera, a lo largo de kilómetros de distancia; en los casos más extremos, las quebradas mismas se desviaron. Sin embargo, no fue extraño que solo se utilizaran las aguas lluvia; éstas, recogidas y conducidas desde sitios altos, alcanzarían la fuerza necesaria para facilitar la labor de los mineros.

La obtención del oro es solo parte del proceso. La calidad del oro como materia prima está referida a su perdurabilidad, color, brillo, maleabilidad y peso. Muy seguramente, tras siglos de observación, experimentación y aprendizaje, se logró fundir y controlar la transformación del metal. Por último, no debemos olvidarlo: el oro y el cuarzo se encuentran íntimamente relacionados; el oro se halla con frecuencia en filones denominados por los geólogos hidrotermales de cuarzo y oro (Pino, 1998: 34).

Contrario a la producción de sal o cerámica, la manipulación de metales, la orfebrería, exige la experiencia de especialistas para prácticamente todos los procedimientos que implica su transformación y la producción de objetos, y si bien se desconoce el largo proceso que llevó a ello, los objetos que han logrado llegar hasta nosotros evidencian que, desde hace aproximadamente 1.500 años, artistas orfebres dominaban las técnicas necesarias para la realización de recipientes, en los que representaron figuras humanas, animales y vegetales; elaboraban, con perfección, adornos personales: coronas, cascos, máscaras, narigueras, orejeras, collares, colgantes, cascabeles, pectorales, bastones, alfileres, e instrumentos como agujas, anzuelos, cinceles, depiladores, trompetas, silbatos, ganchos de propulsor y remates para bastones (Uribe Villegas, 1988, 2005, 2006; véanse figuras 4.60-4.66).

Preciosos objetos popularmente reconocidos como Quimbaya Clásico habrían sido producidos a lo largo de 900 años (300 años antes de Cristo y 600 después). Han sido localizados en Antioquia, Quindío, Caldas, Risaralda y el Valle del Cauca, y si bien la mayor cantidad de hallazgos parecen corresponder a Antioquia, en los ejes que marcan los ríos Cauca y Magdalena, por tratarse de hallazgos fortuitos, se desconoce si fueron depositados en tumbas o en otro tipo de contexto (Lleras, 2007).



Figura 4.60 Recipiente en forma de totuma.

Posiblemente utilizado para guardar cal. Obsérvese el perfecto ajuste entre el cuerpo y la tapa. Localizado en Puerto Nare (Antioquia). Altura, 29,3 cm; diámetro mayor, 13 cm. De acuerdo con los reportes, el ajuar completo del que hacía parte este recipiente estaba conformado por tres cascotes, tres diademas, tres recipientes para cal, cuatro cuellos de recipiente y dos “totumas” con tapa, lo cual hace pensar a los investigadores que se trataba de las ofrendas funerarias de varios personajes que hubieran sido enterrados en la misma tumba (Uribe Villegas, 2007: 262).

Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá), código de registro 032857. Fotografía tomada de Uribe Villegas (2005: 759).

Figura 4.61 Poporo reportado como procedente de Tarazá (Antioquia). Altura, 24,5 cm; diámetro mayor, 7,2 cm. Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá), código de registro 033160. Fotografía tomada de Uribe Villegas (2005: 76).





Figura 4.62 Cuenta de collar (3,5 cm de largo y 2,4 de ancho mayor).

Localizada en el cerro El Volador (Medellín), parece representar una "mariapalitos" (Mantis religiosa). Elaborada por fundición a la cera perdida, encontrada en una urna cineraria. Cuentas prácticamente idénticas han sido reportadas en la cuenca media del río Cauca, haciendo parte del llamado *Tesoro Quimbaya*, y en tumbas de pozo con cámara lateral asociadas a cerámica Marrón Inciso en la parte alta del río La Miel, en el departamento de Caldas (Santos y Otero, 1996: 13-14, 34, 39; Castaño, 1988).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia.

Figura 4.63 Recipiente conocido como "poporo quimbaya".

Reportado a mediados del siglo XIX como localizado en la Loma de Pajarito, entre Yarumal, Campamento y Angostura (Antioquia).

Mide 23,5 cm de altura y 11,4 cm de diámetro de boca.

Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá), código de registro 000015. Fotografía tomada de Uribe Vil legas (2005: 72).





Figura 4.64 Máscara funeraria. Obsérvense los ojos semicerrados, típicos de la orfebrería denominada Quimbaya Clásica.

Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá) Fotografía tomada de Pérez de Barradas (1966: vol. 1, 48).

Figura 4.65 Figurinas de oro con características típicas de la orfebrería denominada Quimbaya Clásica. Pudiera tratarse de dos de las siete figurillas reportadas por Agustín Codazzi (1853) y Liborio Zerda (1883), localizadas al nordeste de Antioquia (¿Yarurnal? ¿Neira?). Recipientes muy posiblemente poporos, de 17 cm de altura, perfectamente soldados y pulidos. Las descripciones que se hicieron de ellas enfatizaron en la descripción de las diferencias físicas y los adornos que presentaba cada uno de las figuras, llama la atención su desnudes, los objetos que portan y el que se representaron sentadas en banquitos (Zerda, 1972 [1883]: tomo 1, 48-51; 61-63).

Fuente: Colección Museo del Oro (Bogotá). Fotografía tomada de Pérez de Barradas (1966: 54, vol. 1).



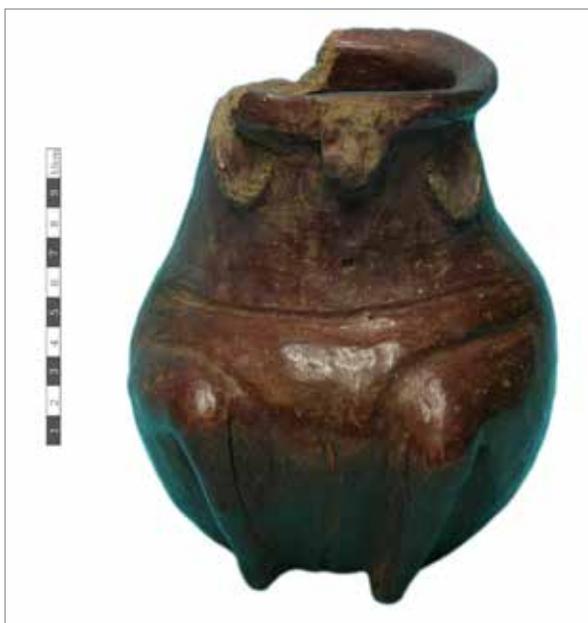


Figura 4.66 Urna localizada en el barrio Villa Hermosa (Escuela Alfonso López) de la ciudad de Medellín, Depositada en un pozo de 60 cm de diámetro y 80 cm de profundidad, contenía pequeños fragmentos de huesos largos calcinados; al parecer no se enterró con otro tipo de vasijas (Arcila, 1977: 133- 135, 145). La representación de mujeres pariendo, sentadas en banquitos o "duhos" asociados al trabajo de los chamanes y con el sexo muy marcado, es preponderante en vasijas de este estilo e indicaría la importancia y la valoración de su capacidad de reproducción y transformación (Pineda, 1994). Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 002686.

El análisis de importantes colecciones de la cerámica elaborada durante este mismo período ha permitido establecer la recurrente presencia de la figura humana, en particular la femenina, y el gusto por la representación de frutos (calabazas y totumos), y de animales (insectos, caracoles, aves). Una de sus características es la redondez de las formas, la tersura y brillo de las superficies. Adornos y recipientes fueron elaborados por fundición, o vaciado, a la cera perdida, en tanto que cascos y coronas se realizaron a partir de láminas martilladas y repujadas (Uribe Villegas, 2007: 256-257).

Aquellos artífices se fijaban mucho al fabricar las piezas en el aspecto y colorido que debían darles para hacerlas agradables a la vista y sabían sacar partido de los diversos matices que presenta el oro nativo en sus múltiples aleaciones con la plata y el oro ligado con el cobre en diversas proporciones: el amarillo brillante propio del oro de 22 quilates; el amarillo pálido ligeramente verdoso que distingue al de baja ley; el rojizo suave de ciertas aleaciones cobrizas, con la serie de tonos intermedios [...] Hay objetos que verdaderamente confunden al observador; por mucho que trabaje la imaginación no es posible comprender cómo podrían aquellos bárbaros, sin conocer los reactivos químicos, sin hileras etc., jugar con el oro como con una masa plástica, formar esas cuentecitas minúsculas que parecen gotitas de oro soldadas unas a otras; hacer objetos de oro de distinta liga, sin que se note el menor indicio de soldadura; fabricar alambres tan bien estirados y pulidos. Manipulaban el noble metal con una maestría que no alcanzaron a igualar las naciones más adelantadas de América (Restrepo Tirado, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada* 1929 [1892]: 104-105).

Pero al igual que para los ceramistas, no tenemos información sobre el entorno social en que trabajaban los orfebres. Interesa resaltar que la mayoría de los instrumentos asociados a la orfebrería encontrados en tumbas, contienen poco o nada de oro. Hallazgos dispersos entre los desechos domésticos en la hacienda Malagana, en el Valle del Cauca, y en Tumaco, y el tamaño de los objetos asociados a su fundición, sugieren que el oro no siempre se trabajaba en talleres especializados (Sáenz et al., 2007: 365; véase figura 4.67).



Figura 4.67 Hornillo para la fundición del oro, (Huaira o guaira en quechua).

Registrado como procedente del municipio de Caldas, en Antioquia (sitio La Aguacatala Cano). Fue elaborado para soportar el crisol y recibir aire de manera constante. Obsérvese a la derecha la saliente en forma de cilindro, en ella se introducían tubos de caña o guadua para soplar, avivar y mantener el fuego hasta lograr la temperatura necesaria para fundir los metales.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 013424.

Si bien existe amplia información sobre la circulación del oro como materia prima en muy largas distancias, el oro de Antioquia habría llegado hasta el territorio muisca en el altiplano cundiboyacense, las Antillas y Centroamérica (Szaszdi, 1983). Es importante tener en cuenta que, en el ámbito regional, no era necesario el intercambio del oro como materia prima, dada su abundancia y disponibilidad; lo que bien pudo darse fue el intercambio de piezas elaboradas, como lo sugiere la amplia dispersión que tuvieron al norte de Colombia y en Centroamérica algunos objetos interpretados como moneda, reconocidos entre los especialistas como colgantes o darienes (Pérez de Barradas, 1966; Falchetti, 1993), y la corriente circulación de iconografías y objetos en todo sentido emblemáticos e impercederos (Sánchez, 2003). Sin embargo, a pesar de todas las evidencias, la manera tan arraigada como nosotros asociamos el oro a la riqueza y el poder político, no solo determinó la destrucción física y social de las sociedades aborígenes, sino que también continúa permeando la observación, el análisis y la valoración de los instrumentos relacionados con la metalurgia.

Como sucedió con la cerámica, lograda la maestría tecnológica, llegó un momento en que las formas y la factura de los objetos de oro se simplificaron. Los productos orfebres se tornaron menos elaborados y cambió la utilidad de los objetos realizados. Aparecen en mayor cantidad adornos personales: aplicaciones para textiles, pectorales, narigueras, brazaletes, cuentas de collar, cascabeles, colgantes con formas de animal, etc. (Uribe Villegas, 2007: 256-257)

Este cambio ha sido interpretado como un cambio de estilo, tardío, asociado en ocasiones a gentes distintas y, en todo caso, en términos teóricos, a la aparición de sociedades jerarquizadas, en las que en la figura de jefes y caciques se concentra el poder y la riqueza. Desde otra perspectiva, se hace necesario revisar nuestras ideas de abundancia, riqueza y complejidad, relacionadas con los hallazgos y contextos investigados.

Una mirada atenta sobre los pequeños instrumentos de piedra con superficies pulidas, recurrentemente interpretados como pulidores de cerámica, pudiera revelar cinceles, martillos, buriles y machacadores para trabajar el oro. Asimismo, habría que reconsiderar el hallazgo de fragmentos de pequeños recipientes blancuzcos y muy burdos (de haber sido elaborados con caolín, pudieran ser crisoles) y estar evidenciando que el trabajo orfebre fue mucho más generalizado de lo que hasta el momento se ha considerado.

La perfección y la complejidad técnica desplegada en la elaboración de recipientes y objetos claramente asociados al consumo de coca y a animales míticos, necesarios en contextos rituales, permiten pensar que los antiguos orfebres pudieron haber sido al mismo tiempo chamanes, es decir, personas relacionadas de manera íntima con la naturaleza, capaces de interpretarla en sus más diversos niveles; demiurgos no solo entrenados para

curar las enfermedades, sino también capaces de transformar los elementos mediante técnicas originales y complejas. Las evidencias indican que muchas de estas personas pudieron haber sido mujeres —a juzgar por los hallazgos ya descritos, fundamentalmente mujeres—.

Contrario al estereotipo popular, los llamados “brujos” o “hechiceros” de los indios, son por lo general, individuos muy inteligentes que desempeñan múltiples funciones importantes dentro de sus sociedades. Son curanderos, rezanderos y dirigen los rituales del ciclo vital del individuo; son especialistas en genealogías, en recitaciones mitológicas, en bailes y cantos y, por lo general reúnen en sus personas a varias de estas funciones aunque puede haber especialistas. El chaman es muchas veces astuto político y, como gran conocedor de la naturaleza, influye sobre la toma de decisiones en el campo de la conservación de recursos. Es muy importante su función mediadora en el caso de conflictos sociales, así como su papel en el alivio de problemas psicológicos individuales. Pero ante todo es un mediador entre este mundo y el mundo sobrenatural. Por cierto, siempre y en todas partes del mundo, ha existido una relación estrecha entre el chamanismo y el arte y en algunas tribus el chaman sigue siendo un artista o un artesano consumado (Gerardo Reichel-Dolmatoff, *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro* 2000: 24).

Cuando los españoles entraron al valle del Aburrá, consideraron que sus habitantes eran “pobres”: vieron poco oro y los compararon con los pobladores que habían encontrado al sur, en Pozo, Arma y Caramanta, donde, dicen, los indígenas fueron a su encuentro, prácticamente vestidos con oro y quienes, según sus relatos, les llevaron abundantes presentes también de oro. Cuando los españoles ingresaron por primera vez al valle, fueron atacados por los indígenas con flechas y piedras, y a pesar de que se quedaron quince días en el valle, al parecer no recibieron regalos:

[...] y son yndios pobres que tienen poco oro y son grandes labradores y tienen mucha ropa en mucho de comer ansy de carne como de frutas porque tienen grandes arboledas y están en aquel valle que es ancho e viçioso. Son belicosos en la guerra y pelean con diferentes armas questotros porque tienen estóricas con que tyrán sus tyraderas que son unos dardos delgados que los echan con tanta furia como una xara [...] (Jorge Robledo, *Relación de Anserma*, [1541] 1993: 351).

La pobreza, entendida a partir de la cantidad de objetos de oro que se encuentran en el valle del Aburrá, es ampliamente conocida y comentada entre los guaqueros y parece ser

corroborada por la investigación arqueológica. Los reportes confiables apenas reportan algunas narigueras, pulseras y cuentas de collar (véase figura 4.59). Sin embargo, la ausencia . de objetos de oro es inversamente proporcional a la abundancia de recipientes cerámicos que, sin duda, fueron contemporáneos a los orfebres. Además de las formas, el realismo, las superficies lisas y brillantes, se agrega un elemento funcional determinante: “tanto los recipientes de cerámica como de orfebrería fueron empleados como urnas para guardar las cenizas de los muertos ” (Uribe Villegas, 2005: 65).

Una de las piezas de oro que dan una alta idea del arte de joyería en Antioquia [...] Es un ídolo que lleva en las manos una varilla con una sarta de hojas de oro cuadradas semejantes a las mantas cuadradas pequeñas que las indias tejían para cubrirse los hombros y el vientre [...] Aparentemente no se encuentra unión en las diferentes partes de algunos objetos, pero depende esto de que perfeccionaban su obra con el pulimento de objetos de oro por el frote con arena cuarzosa que ocultaba las uniones, o con raspadores hechos con piedra lidiana y de obsidiana vidriosa[...] Terminaban el pulimento con pulidores de madera dura o de fragmentos de cuarcita, de ágata o cornerina, de sílex resinosa y de serpentina verde, redondeados por el frote de las aguas en el lecho de los ríos y quebradas; estos instrumentos también se han encontrado en los sepulcros al lado de sus joyas, el uso de estas piedras o pulidores se ha conservado tradicionalmente para pulir cerámicas o locerías en los pueblos de Ráquira, Natá, etc., que heredaron esta industria de sus antepasados (Liborio Zerda, *El Dorado* [1883] 1972: tomo 1, 48-51; 11-63).

Figura 4.68 Poporo que forma parte del llamado *Tesoro Quimbaya* desenterrado por gUAQUEROS en el año 1890 en el sitio de la Soledad, (corregimiento de Cartago al Norte del departamento del Valle del Cauca). Fue donado por el presidente de la República a la reina de España en el año 1892

El tamaño de estos recipientes fluctúa entre los 15 y 30 cm de altura (Gamboa Hinestrosa, 2002, 2020).

Fuente: Colección Museo de América (Madrid).
Fotografía tomada de Restrepo Tirado (1929 [1892]: 41).



Piedras grabadas

En el valle del río Aburrá, al igual que en otros lugares del departamento de Antioquia, se localizan, en muy distintos contextos geográficos, rocas que fueron grabadas, “dibujadas”, formando conjuntos o aisladas, que han sido reconocidas por los especialistas como petroglifos. En general, se trata de grandes rocas que no fueron movidas ni acondicionadas, pero que fueron escogidas para grabar sobre su superficie elementos geométricos y figuras de hombres y animales, a veces dibujados con gran realismo, a veces de manera tremendamente estilizada y abstracta.

Específicamente en el valle, contamos con el reporte de por lo menos una docena de rocas grabadas, sobre las cuales infortunadamente sabemos muy poco. Los primeros petroglifos que llamaron la atención de los investigadores fueron reportados en el año 1954, localizados sobre la margen izquierda del río Aburrá, en el ángulo que forma con la desembocadura de la quebrada Doña María, en predios de lo que hoy se reconoce como el barrio El Rosario, del municipio de Itagüí. Allí se registró la existencia de cinco grandes rocas cercanas entre sí y de manera profusa grabadas con espirales, círculos, semicírculos, rombos, cuadrados, triángulos y figuras que semejan seres humanos y animales (Arcila, 1970) (véanse figuras 4.68-4.73).

Las rocas escogidas para grabar se encuentran a media ladera y son producto de un antiguo derrumbe proveniente del gran cerro Manzanillo.

Parece que en el plan general de los dibujos, no hubo la determinación de individualizar un motivo, o mejor definir un tema, sino la de establecer la configuración armónica de las líneas como expresión simbólica de un mensaje o por lo menos la expresión de una emoción estética.

No son los dibujos la expresión de arte figurativo naturalista, sino que posiblemente se trata de signos mnemónicos que imprime categoría social a la persona que los ejecuta. La roca marcada con el número siete (plancha 3) [...] tiene un motivo destacado que se define claramente como sigmático y que preocupó en gran manera a los grabadores de la roca del Valle de Aburrá

[...]. La roca número cinco tiene rasgos de haber sido intensamente grabada con otros temas, de los que solamente pueden descubrirse las huellas de un primate estilizado [...] (Arcila, 1977: 189).

Desde el momento de su reporte y hasta la fecha, las rocas localizadas en la cuenca de la quebrada Doña María no solo han sido afectadas por agentes naturales como la lluvia, el

sol, el viento, la vegetación circundante y la contaminación atmosférica, sino que también han sido prácticamente destruidas por el inclemente proceso de urbanización. Miles de curiosos las han raspado, restregado y pintado una y otra vez, han sido regrabadas, dinamitadas y movidas; en los alrededores se ha excavado en busca de oro y han sido utilizadas como patio de juegos e incluso han servido como asiento de construcciones (véase figura 4. 68). En la actualidad, si bien los lugareños reportan la existencia de otros petroglifos, en el lugar solo es posible identificar dos rocas, con fragmentos tenuemente perceptibles de sus antiguos grabados (Martínez y Polo, 2006; Molina Valencia, 2021).

El tema icnográfico que el investigador Arcila reporta como de sigma, son especies de eses (S) que se repiten, estiran, abren o cierran. Aparece repetidamente no solo en los petroglifos, sino también en los volantes de huso y en las manifestaciones orfebres más tempranas, lo cual nos permite suponer que existieron relaciones culturales y quizás temporales, entre los alfareros, orfebres y grabadores de roca que dejaron sus huellas en el valle del Aburrá.

Los elementos espiralados o sigmas, están presentes no solo en recipientes considerados como poporos, sino que, además, se repiten en gran cantidad de objetos realizados en oro (Plazas y Falchetti, 1985, 1986; Uribe Villegas, 2005), y aunque aún no se cuenta con elementos que posibiliten entender su significado, este hecho permite pensar que se trata de una iconografía con referentes específicos, posiblemente asociados al agua o a un tipo de planta (¿coca?, ¿algodón?). En otro extremo del valle del Aburrá, los investigadores que realizaron el reconocimiento previo a la construcción del embalse Porce II reportaron la existencia de cuatro rocas grabadas, localizadas en la vereda El Encanto, corregimiento La Cancana, en el municipio de Amalfi. Las fotografías publicadas de dos de estas rocas proporcionaron información sobre su alta visibilidad, relativo aislamiento y sobre la profusión y diversidad de los dibujos realizados en ellas (Castillo, 1992, 1998) (véanse figuras 4. 69-4. 71).

A partir de los reportes realizados por los arqueólogos, las autoridades de los municipios ribereños al Porce se han interesado por estos vestigios, lo cual ha permitido evidenciar la existencia de más rocas grabadas y el reconocimiento de otro tipo de rocas y espacios marcados por ellas, a los cuales, si bien invariablemente están referidos a historias de “antigua”, o de los “indios”, se les atribuyen poderes mágicos. En la actualidad el reconocimiento de estos hitos no responden a las exigencias o lógicas político administrativas; ellos articulan y significan el territorio y la geografía de sus habitantes. No es mera casualidad que sea justamente en un lugar denominado *El Encanto* donde se concentran estas rocas, y no solo en una, sino en ambas riberas del río (información personal suministrada por el investigador Carlos Mario Herrera, mayo de 2008; Álvarez Zapata, 2020; véanse figuras 4.72-4.77).



Figura 4.69 Rocas grabadas localizadas en el municipio de Itagüí, aspecto que presentaban en el año 1954. Si bien en términos de conservación no es recomendable, los grabados fueron resaltados con tiza por el investigador, para aumentar la visibilidad del conjunto. Los grabados realizados en las rocas no son fácilmente perceptibles y su visibilidad depende no solo de la concentración con que se observe, sino también de la luz y de la posición del observador.

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Fotografía de Graciliano Arcila (1954).



Figura 4.70 Petroglifos localizados en el municipio de Itagüí, barrio El Rosario. Obsérvece el aspecto que presentaban en el año 1991. Los dibujos fueron resaltados con tiza para aumentar la visibilidad del conjunto.
Fuente: Fotografías tomadas de Martínez y Polo (2006, anexo fotográfico).



Figura 4.71 Detalle sobre petroglifo localizado en el municipio de Itagüí. A esta figura, Arcila la denominó sigma o sigmática, y la consideró un motivo que “preocupó en gran manera a los grabadores de la roca del Valle de Aburrá” (Arcila, 1970, 1977).
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Fotografía de Graciliano Arcila (1954).



Figura 4.72 Petroglifos localizados en cercanías de la escuela de la vereda El Encanto, corregimiento La Cancana, municipio de Amalfi. Obsérvese que los motivos que se repiten están formados por líneas ondulantes espirales y círculos concéntricos.

Fuente: tomada de Herrera (2008, anexo fotográfico).



Figura 4.73 Detalles sobre los petroglifos localizados en el municipio de Amalfi. Obsérvense las variaciones de un mismo motivo asociados al “sigma” mesoamericano y al “trieskel” celta.

Fuente: tomadas de Herrera (2008, anexo fotográfico).

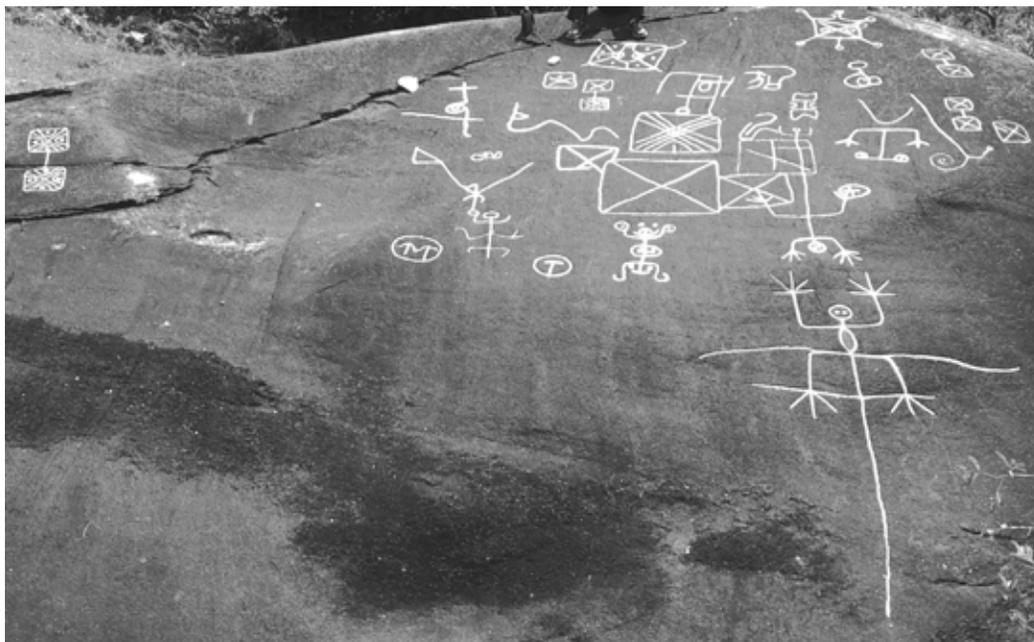


Figura 4.74 Petroglifo localizado en la vereda El Encanto, corregimiento La Cancana, municipio de Amalfi.

Los motivos formados por figuras cuadrangulares, que en ocasiones se dividen, a su vez, en cuatro partes, han sido reportados en petroglifos de Yolombó río Nus vertiente del Magdalena (Correa, 1997; Ruiz Pérez, 2017) y en Támesis, en donde, además, se presentan acompañados de figuras antropomorfas muy similares (Arcila, 1956; Castillo, 1998; Zapata y Tobón, 1998).



Fuente: tomada de Herrera (2008, anexo fotográfico).

Figura 4.75 Petroglifo localizado en la vereda Santa Elena, sitio El Chaquiro, municipio de Gómez Plata. Fotografía tomada en 1999; a la fecha, no es posible reconocer los grabados realizados en esta roca. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Tomada de Martínez y Polo (2006, anexo fotográfico).



Figura 4.76 “Cueva del indio”, localizada en la vereda El Indio, en el municipio de Gómez Plata. Se trata de lo que en otros lugares del departamento se denomina organal u organeros, para referirse a grandes acumulaciones de roca, las cuales al sobreponerse forman naturalmente espacios, “nichos” o “salones” en los que se depositaron vasijas de gran calidad e instrumentos líticos. La importancia de estos lugares en tiempos prehispánicos está fuera de dudas. Allí se dejaron no solo ofrendas, sino también muy posiblemente urnas funerarias y, al decir de los lugareños, grandes cantidades de oro (Arcila, 1969; Botero, 2002; Aristizábal, 2002; Noreña y Palacio, 2007).

Fuente: tomada de Herrera (2008, anexo fotográfico).



Figura 4.77 Sitio El Encanto, corregimiento de La Estrella, vereda Santa Elena, municipio de Gómez Plata. Desde este lugar se domina visualmente gran parte del valle del río Porce. Para los actuales habitantes, las grandes rocas localizadas en este sitio fueron animales que los indios convirtieron en piedra. Se cree que una de ellas fue el galápago de la mítica María del Pardo, personaje trascendente en la memoria oral de los pueblos del cañón del río Cauca, a quien se considera concubina del diablo, constructora de iglesias y guardiana de tesoros y lugares encantados (Herrera, 2005). Fuente: tomada de Herrera (2008, anexo fotográfico).

Otras rocas grabadas reportadas en el valle son: una ampliamente visible en la vereda Buga, en el municipio de Barbosa, y dos muy poco visibles en la vereda de San Andrés, del municipio de Girardota. Es evidente que las rocas grabadas representan temas, artistas y muy probablemente tiempos distintos. Sin embargo, también lo es que tienen elementos iconográficos que las emparentan y extienden, hasta donde se sabe, al territorio comprendido entre el río Cauca y el río Magdalena (Arcila, 1956; Correa et al., 1996; Correa, 1997).

Si bien la información con que se cuenta no permite establecer los espacios o tipos de roca preferentes, ni la relación entre ellas y su entorno, la investigación adelantada en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas ha mostrado la constante concentración de obras en piedra (muros, plataformas, canales, etc.) en estrellas fluviales, es decir, en los lugares donde confluyen dos o más hilos de agua. Esto plantea la pertinencia de investigar si la presencia de los petroglifos puede asociarse a este tipo de lugares. Sin duda, ello proporcionaría algunas claves sobre la significación o función de estas rocas.

Una posibilidad que parece más plausible es que podría tratarse, igualmente, de artistas, pero ya no en función de la expresión de sentimientos o ideas personales, sino encargados de narrar la historia y mantener la memoria colectiva. El aparente caos en el que están inmersas estas rocas -entre muchas otras que al parecer no fueron tocadas-, su dispersión y aislamiento podrían estar indicando los lugares de origen de personajes, elementos e ideas, o en donde sucedieron los acontecimientos primordiales que se representaron en las rocas; o más aún, que debido a la presencia de estas rocas, se siguieron sucediendo. En cualquier caso, es de tener en cuenta que en este tipo de contextos se expresa con especial énfasis la fuerza de una naturaleza, capaz de mover masas de roca gigantescas y de arrojarlas muy lejos de su lugar de origen, o al contrario, capaz de poner grandes rocas sobre los filos más altos de las montañas. Se trataría, entonces, de la utilización de formas narrativas con las que se pusieron de presente acontecimientos vitales a la memoria mítica e histórica de los antiguos pobladores.

Otra posibilidad que es necesario considerar es que se trate de una forma de marcar espacios de encuentro, en una escala que si bien podría ser local, también podría tener alcance regional, como se ha propuesto para explicar los grabados de las inmensas rocas de Aipe en el Huila o de Pandi en Cundinamarca, las cuales, por estar localizadas en cruces de caminos, se han interpretado como lugares de intercambio al que llegarían personas de muy distintas sociedades y desde lugares remotos (V. Restrepo, 1895).

Es importante tener en cuenta que si bien originalmente los motivos grabados fueron mucho más visibles de lo que son ahora, e incluso que pudieron haber estado pintados de colores llamativos: negro, rojo, amarillo y blanco, tal y como lo estuvieron las estatuas de

San Agustín en el departamento de Huila (Bateman, 2011), su real visibilidad no depende tanto de que pueda ser observada desde la distancia ni directa ni físicamente, sino del conocimiento que se tenga de su existencia.

La común percepción de que se trata de vestigios dispersos, inconexos, carentes de función y significado, se deriva, sin duda, de los pocos y pobres registros realizados. Muy seguramente existieron y quizás aún existan otras rocas grabadas en el valle. Lo que resulta paradójico es que, a pesar de su tamaño, dureza y de la gran curiosidad que suscitan, son uno de los vestigios del poblamiento antiguo menos investigado y que más rápidamente se destruye.

Es necesario subrayar que, desde épocas muy tempranas, prácticamente todos los vestigios relacionados con los antiguos pobladores están marcados, de una u otra manera, por la presencia de rocas provenientes no solo de los lugares cercanos, sino incluso muy distantes. Rocas y piedras fueron no solo transportadas y usadas de tal manera que hacen insoslayable su presencia y obligan a pensar no solo en los aspectos prácticos, sino también en asuntos de orden cosmogónico. En los entierros sirvieron de piso o recubrimiento, de tapa, de puerta o demarcación; también se incluyeron como parte del ajuar funerario en forma de instrumentos, desechos de talla, cantos rodados, placas de moler, etc., colocadas alrededor o bajo el cráneo, sobre la pelvis y en las extremidades de los difuntos. Además de haber sido utilizadas como soporte para plasmar ideas que rebasan el orden práctico, rocas de diferentes tamaños fueron utilizadas para acentuar la naturaleza y hacer perdurables espacios que pudieron haberse abordado de modos menos complejos y costosos, en términos del tiempo de trabajo en ellas invertido (véase figuras 4. 78-4. 79).

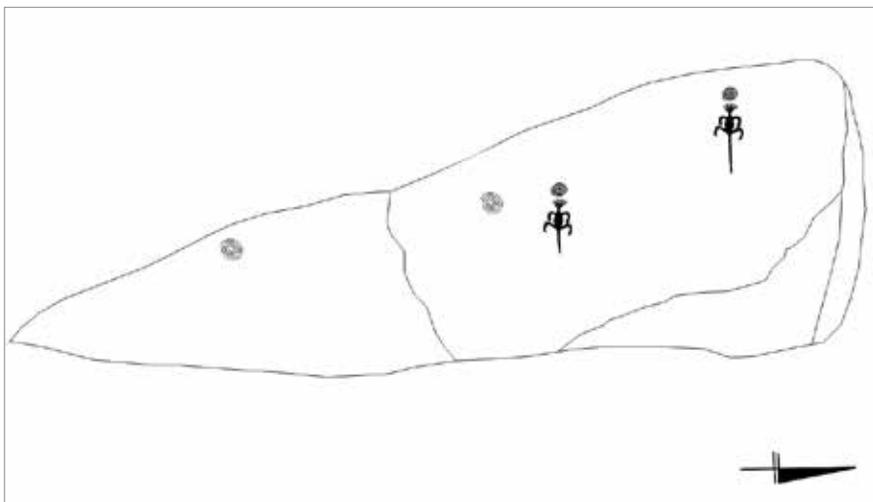


Figura 4.78 Reconstrucción gráfica de la disposición de los grabados en la superficie de la roca localizada en la vereda Buga, municipio de Barbosa (de 7 m de largo × 3 m de alto). Los grabados han sido interpretados como la representación de soles, matas de maíz y chamanes (Correa et al., 1996). Es importante anotar que justo al lado de esta roca se construyó un camino que se considera antiguo. En la actualidad, los grabados son prácticamente imperceptibles. Fuente: tomada de Martínez y Polo (2006, fichas de registro anexas).

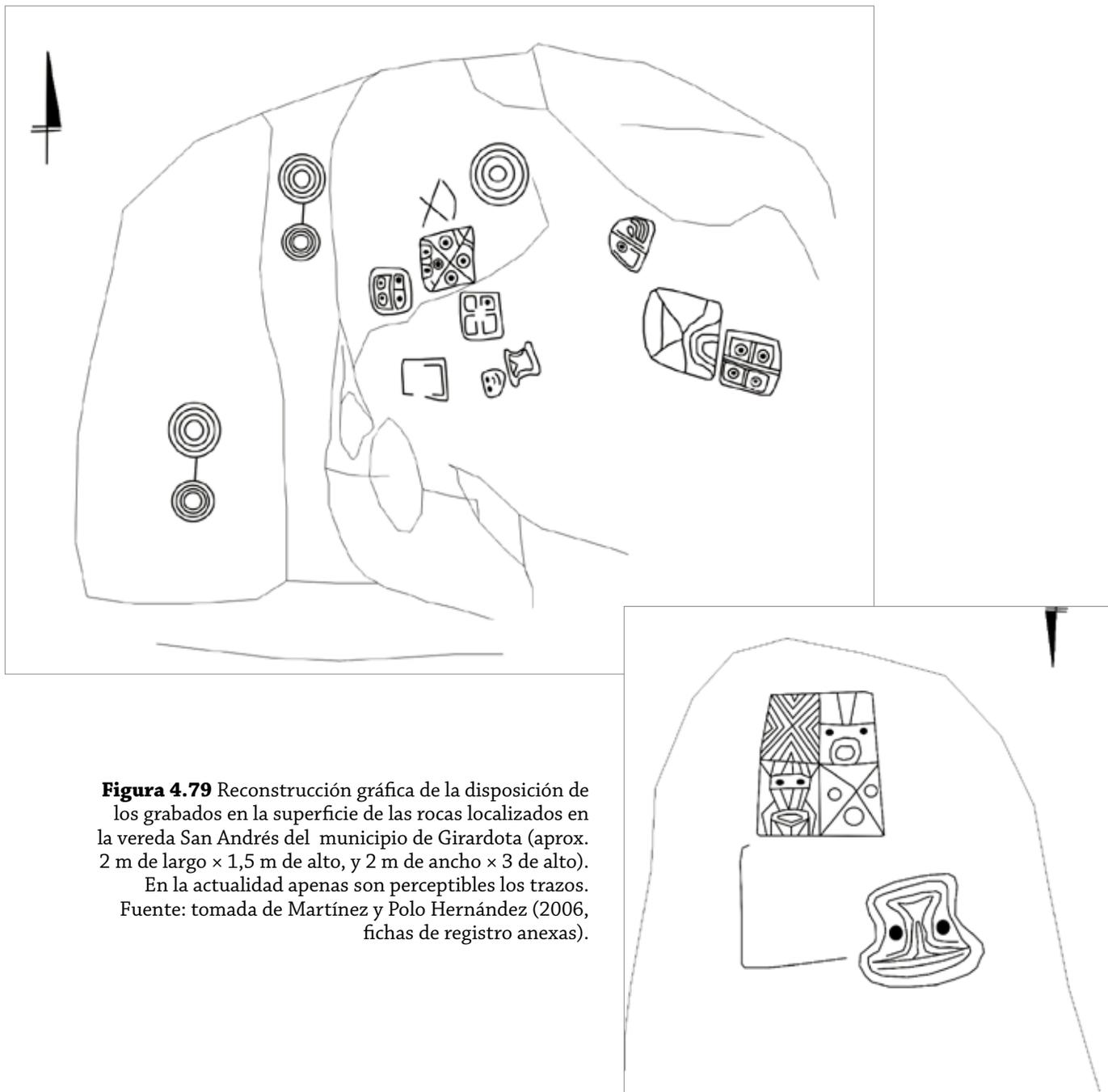


Figura 4.79 Reconstrucción gráfica de la disposición de los grabados en la superficie de las rocas localizados en la vereda San Andrés del municipio de Girardota (aprox. 2 m de largo \times 1,5 m de alto, y 2 m de ancho \times 3 de alto).

En la actualidad apenas son perceptibles los trazos.

Fuente: tomada de Martínez y Polo Hernández (2006, fichas de registro anexas).

5. Huellas de ingenieros y agricultores

La investigación realizada en el valle del Aburrá, y en Antioquia, ha logrado registrar numerosos vestigios que permiten de alguna manera conocer el nivel que alcanzaron la arquitectura y la ingeniería en el pasado prehispánico. Los suelos y las rocas se combinaron de muy distintas maneras, fueron transportados, cortados, excavados, nivelados y mezclados, para crear, acondicionar y optimizar el uso de los espacios. La intensa transformación del paisaje se evidencia no solo en la existencia de estructuras artificiales de muy diverso tipo, sino también en la alteración de la estratigrafía y la vegetación.

Una diversidad de elementos artificiales del paisaje se encuentra en la información, asociada a un origen que implica a “los antiguos habitantes de este continente”. Algunos de estos tienen una referencia explícita que los liga con la “antigüedad inmemorial”, y otros se asocian a ella mediante el análisis de su contexto, los sitios donde se ubican, las fechas en que se refieren o el registro arqueológico contemporáneo.

Como referentes espaciales conocidos y útiles a las necesidades de los negociantes y propietarios de tierras, se encuentran, a lo largo y ancho de la región, abundantes “sepulturas”, varios “bolcanes” y algunos “rodeos”. Ubicados en sitios específicos se registran “un asiento de casa que se manifiesta ser de los antiguos”, “un estanque de los yndios antiguos naturales” y “un terraplén de los indios antiguos”. Otra información señala un “alterón de tierra negra” y un “alterón”. También se tienen referencias de una quebrada de nombre “puente de piedra”, cuyos contextos espaciales y temporales, sugieren un origen anterior al colonial (Lucas Guingue, *Prospección arqueológica en el documento histórico escrito: Valle de Aburrá y oriente antioqueño*, 1999: 208).

Camino

Para los constructores y transeúntes, los caminos son como las manos y los pies, permiten ir, venir y alcanzar aquello que necesitan para vivir.

Una densa red de caminos comunica el valle en todas direcciones. Observarla con algún detenimiento hace evidente que no todas las vías responden a la lógica, ni a las necesidades, ni a las técnicas constructivas conocidas o usadas por nosotros. La mayoría de ellos presenta extensos tramos empedrados o con señales de haberlo sido, y muchos no son posibles de transitar en carro y ni siquiera en mula. No son pocos los que suben la pendiente en línea recta, y sin posibilitar descanso, atraviesan por los filos extensas zonas

montañosas, sin que sea factible establecer hacia qué lugares se dirigen, mientras otros llevan a lugares desiertos o no usados por nosotros. Paradójicamente, son estos caminos, considerados muy mal hechos en todos los sentidos e incomprensibles para la gran mayoría de personas, los que aún articulan las zonas rurales del valle y del departamento.

La pregunta que surge de inmediato es: ¿quién pudo haber construido tal tipo de caminos, difíciles, ásperos, fragosos, incluso para las mulas, pero tan exigentes en términos constructivos? La investigación realizada hasta el momento ha permitido proponer una jerarquía temporal y técnica de estos caminos, que aunque incipiente, evidencia que esta red tiene un origen prehispánico, que fue por ella que circularon los conquistadores y que, pese a la retórica oficial y a las dificultades de adaptación que tuvieron las gentes cuyo ideal era transportarse en caballo o en carretas, permitió y articuló el poblamiento colonial y republicano (Arciniegas, 1995; Vélez y Botero, 1997; Botero y Vélez, 1997; Vélez, 1999a y 1999b; Botero, 2005, 2006, 2007, 2008b).

Desde la provincia de Arma hasta la de Çenufana habra xx leguas y desde Çenufana a Aburrá puede aver seys, en todo este camino hay grandes edifiçios de caminos hechos a mano e grandes por las syerras e medias laderas que en el Cuzco no los ay mayores [...] (Robledo, [1541] 1993: 350).

Actualmente percibimos los caminos como áreas limpias que se ven trazadas como líneas en el paisaje. Muchas de ellas, producto del tránsito continuo, apenas son perceptibles a quienes las usan o conocen. En general delgadas, podrán ser rectas o zigzagueantes, dependiendo de las necesidades y capacidades físicas de quienes las transitan. Las vías más modernas se visualizan como sólidas estructuras, rectas anchas, pavimentadas, señalizadas y construidas de tal manera que determinan su circulación y en su entorno hasta varios kilómetros a la redonda; es el caso de nuestras autopistas. Entre estos dos tipos de líneas es posible visualizar muchas formas de marcas, que si bien no se imponen como las autopistas, son perfectamente visibles a cualquier tipo de observador y transeúnte -aunque su uso y tiempo de construcción sea difícil de determinar-. La observación de esas líneas en el paisaje nos permite entender que un camino es en realidad la sumatoria de muchos otros. La percepción de importancia, distancia y linealidad depende de la ubicación espacial y de las necesidades de quienes lo transiten o lo observen, lo cual en principio nos obliga a definir con más cuidado los “centros” y las “periferias” a partir de las que pensamos el territorio.

Si bien es a partir de conocer las características constructivas y los materiales utilizados que es posible establecer las jerarquías y la temporalidad de un camino, no debe olvidarse que, independientemente de la jerarquía que le asignemos, es en el momento de definir y hacer el trazado donde se pone en práctica el conocimiento alcanzado sobre el territorio, la topografía, los suelos, la estratigrafía, la dinámica del agua y las técnicas necesarias

para la orientación, la excavación, la nivelación y la protección de las vías. Todos estos asuntos, sin duda, están implícitos en las vías realizadas por los antiguos pobladores, quienes debieron efectuar múltiples reconocimientos, diseños previos y un plan de construcción tal que asegurara, como aseguró, la continuidad, la utilidad y la coherencia de la obra (véanse figuras 5.1-5-5.9).



Figura 5.1 Camino sobre la ladera oriental del Valle de Aburrá
A este camino se refiere Pedro Cieza de León, el cronista que acompañó al conquistador Jorge Robledo en su paso por el valle del Aburrá, como un “camino antiguo muy grande”. Obsérvese la delicada curva y el peralte, a la altura de los 2.350 msnm (Vélez y Botero, 1997). Fotografía tomada en 2002.



Figura 5.2 El Boquerón (corregimiento de San Cristóbal, municipio de Medellín)
 Como su nombre lo indica, es el lugar más bajo y conveniente para, desde el valle del Aburra, cruzar
 la cordillera hacia el occidente y llegar a la cuenca del río Cauca.
 Fotografía tomada en 2005.



Figura 5.3 Tramo del antiguo camino que cruzaba El Boquerón
 Este camino fue reconocido durante la Colonia y buena parte de
 la República como Camino del Virrey, Camino Real a Occidente,
 o simplemente como Camino de Occidente.
 Fotografía tomada en 2005.



Figura 5.4 Tramo de camino que desde La Estrella conduce a Heliconia
Los caminos que tuvieron mayor importancia durante la Colonia, es decir, aquellos constantemente recorridos por recuas de mulas, se encuentran hoy prácticamente intransitables.
Fuente: fotografía Sofia Botero (2002).



Figura 5.5 Detalle sobre el camino que desde Envigado conduce a El Retiro. En ocasiones, el único rastro que queda de la banca empedrada son líneas de rocas atravesadas, en línea recta o diagonal, ligeramente salidas, las cuales forman pequeños muros de contención que vencen y distribuyen la fuerza del agua, razón por la cual muy seguramente los colonos dejaron y quizá protegieron este tipo de elementos, a pesar de que, para facilitar el tránsito de los animales, fue una práctica común levantar los empedrados.
Fotografía tomada en 2005.



Figura 5.6 Camino de Chivos, sobre la ladera oriental del Valle de Aburrá (municipio de Medellín)
 Obsérvese que el corte para hacer el camino se realizó a media ladera sobre el contrafuerte rocoso de la montaña. En el punto más estrecho la banca se consolidó con un muro de contención. A lo largo de los tramos conservados se observan canales superficiales y subterráneos para derivar las aguas de escorrentía y proteger la banca.
 Fotografía tomada en 2005.

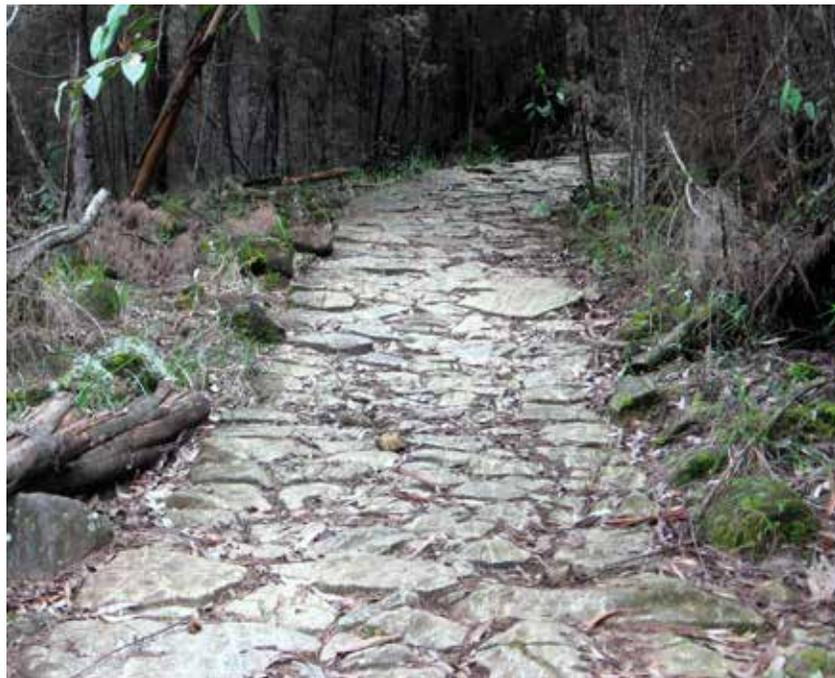


Figura 5.7 Camino de Tirabuzón, sobre la ladera oriental del Valle de Aburrá (municipio de Medellín). Transcurre paralelo al denominado camino de Chivos, en el tramo que corre por la cuchilla. Para conservar la banca en los tramos que sigue la fuerte pendiente, las piedras se dispusieron de tal forma que controlan y quitan fuerza a las aguas de escorrentía.
Fotografía tomada en 2005.



Figura 5.8 Camino que desde Niquía conduce a San Pedro. Tramo del camino que sube por el cerro Quitasol en el municipio de Bello. Obsérvese la disposición de las piedras sobre la banca, formando canales y cunetas que redistribuyen las aguas de escorrentía.
Fotografía tomada en 2005.

Modernos manuales con los que se forman ingenieros especialistas en caminos, señalan con claridad algunos de los problemas a los que se enfrentan las personas que se encargan de hacer una vía. El ingeniero proyectista de obras de drenaje o drenajista deberá tener además de los conocimientos especiales y la experiencia en caminos los siguientes conocimientos:

Conocimientos hidráulicos, deberá conocer perfectamente las leyes de la hidráulica para el estudio del escurrimiento crítico, para el cálculo de gastos, etc. Deberá saber la forma como se investigan, registran y presuponen los datos para precipitaciones pluviales.

Deberá además tener conocimiento sobre el comportamiento de los suelos para poder drenarlos [...] el cuidado en el estudio no solo es aplicable a cruce de grandes ríos sino para cualquier obra de drenaje por pequeña que sea, pues el drenaje menor es el que regula la vida del camino y el que a la larga da el índice de la economía de él. El peor enemigo de la vida de un camino es el agua. [...]

El estudio del drenaje es difícil pues tanto las áreas de las cuencas como los escurrideros no son fáciles de localizar y son indefinidos en cuanto a sus dimensiones. [...]

Los puntos obligados motivados por el drenaje, los constituyen generalmente los puentes grandes, ya que en la mayoría de los casos el resto del drenaje queda supeditado al proyecto integral del camino, tomando en consideración que un cruce no es sino un accidente del camino y no un factor básico en el proyecto del mismo. Un buen camino no es aquel que tiene buenos cruces, tiene alineamiento tanto vertical como horizontal; un camino que se sujeta a ligar una serie de cruces aunque éstos estén excelentemente escogidos, será un camino mal proyectado.

[...] Se trata de evitar que el agua llegue al camino por medio de obras que lo protejan y el otro es el que trata de eliminar el agua que inevitablemente llega al camino, por medio de estructuras especiales (Etcharren, 1972: 228-303).

Resulta evidente que quienes pensaron, diseñaron y construyeron los caminos en tiempos prehispánicos conocían las características del suelo, el comportamiento de los drenajes y los recursos existentes, y si bien en algunas ocasiones el aprovechamiento de los recursos locales implicó un menor esfuerzo constructivo, no se escatimó trabajo para proteger la banca del camino. Las dificultades del terreno y la escasez de materiales no fueron factores que condicionaron la escogencia de la ruta ni la continuidad del trazado.

Es necesario considerar que se trata de una red que mantuvo, a lo largo de su construcción, elementos técnicos y estéticos que la caracterizan y que, hasta donde sabemos, fue solo a comienzos de la República que comenzaron a superponerse elementos constructivos nuevos sobre los antiguos trazados. Durante la Colonia, las acciones que se efectuaron sobre los caminos fueron fundamentalmente de “limpieza”, la cual implicó más que el levantamiento de derrumbes, el retiro de los empedrados para proteger los cascos de las mulas y facilitar su tránsito, y la “apertura”, es decir, el ensanchamiento de las líneas, realizada también con el fin de permitir el paso de dos mulas al momento de encontrarse en sentido contrario (Botero, 2005).

Es importante tener en cuenta que, solo excepcionalmente, la aparición de nuevos caminos significa la destrucción de los antiguos. Los caminos viejos dejan de ser usados, cambian los sitios de interés y la escala del tránsito, pero la huella ya trazada permanece. Lo que en realidad se presenta es la utilización simultánea de todas las vías existentes y es esta simultaneidad lo que hace difícil pensar en el origen de las distintas vías.

En un primer momento, luego del repetido tránsito siguiendo el rastro de los animales, pudieron haberse abierto, en forma paulatina, líneas estrechas y relativamente cortas, para lo cual bastaría el trabajo conjunto de las personas más directamente necesitadas de llegar a sitios específicos, el bosque o el río, por ejemplo, y donde no es necesaria la dirección de especialistas. Sin embargo, si bien esto pudo funcionar durante mucho tiempo, no necesariamente conduce a la construcción de un entramado de caminos, al menos no con las características del que encontramos en el valle.

Esta red implica imperativos de movilidad mayores, voluntad organizativa y esfuerzos, que rebasan las necesidades y posibilidades de comunidades asentadas en los lugares de mayor productividad y oferta alimenticia; en otras palabras, debió existir una organización social tal que hiciera posible la construcción de esa extensa y compleja red vial. La construcción de un camino no es un asunto que pueda afrontarse de manera individual -ello lo revela con creces la documentación colonial-; menos aún, con caminos que cubren largas distancias y que exigieron resolver dificultades de gran complejidad técnica, dada la quebrada topografía de la región, a los que además se dotó de múltiples obras para su mantenimiento.

El hecho de que existan caminos construidos a costa de gran cantidad de cuidadoso trabajo en lugares que hoy consideramos de poca o ninguna importancia, obliga a pensar en una lógica de poblamiento y de significación diferente a la nuestra. Sin duda comunicaron sitios cuya importancia no conocemos. Resulta evidente que a lo largo de su trazado se acondicionaron espacios para el descanso o “tambos”; es muy posible que atravesaran lugares de aprovisionamiento, observación y, necesariamente, espacios considerados, por

alguna razón, sagrados. El reconocimiento de estos sitios exigirá en el futuro no solo juiciosas investigaciones arqueológicas, sino también análisis más detallados sobre la geografía y los elementos constructivos diferencialmente aplicados. Quizás conocer esto nos permita, además, superar de algún modo nuestra ignorancia sobre la organización social que hizo posible esta intrincada y extensa red.

[...] e nunca pudo hallar poblado, sino fueron ciertos bohíos como a manera de ventas; e estaba aquí un bohío e a dos leguas otro, e en cada uno había sembrado su comida de maíz e yuca, e halló muy grandes acequias de agua hechas a mano; e como vio que no hallaba poblado, volvió donde estaba el Capitán e le dio razón de lo que había hallado y el capitán tomó ciertos naturales de aquella provincia e cada uno por sí e les pregunto con las lenguas por el valle de Arví o otra gran poblazon del valle nunca le supiero(n) decir cosa cierta más de lo que le dieron por memoria más de cinquenta pueblos y entrellos muchas provincias e al tiempo que les dezía nos llevasen a ellos desativa(n) e no savía(n) lo qual nuestro señor fue servido [...] (Sardela, [1541] 1993: 289-290).

Otro hecho que debe ser considerado es que los grandes circuitos de intercambio documentados, por definición, implican, a su vez, múltiples lugares con muy distintos recursos susceptibles de ser intercambiados. Sin duda, los transeúntes de los grandes caminos que desde el centro del valle conducían al oriente, antes de arribar al territorio muisca, llegaban al Magdalena y encontraban una abundancia sin parangón de recursos ofrecidos por el río y propios de tierras cálidas. El oro, la sal y muy seguramente otros productos, podrían ser intercambiados por frutas, maderas, pescado fresco y seco, carne y pieles de manatí, caimanes, babillas, plumas, etc., productos posiblemente muy estimados y que justificarían por completo la construcción de caminos como los que encontramos.

Hay en este valle de Aburrá muchas llanadas; la tierra es muy fértil y algunos ríos pasan por ella. Adelante se vio un camino antiguo muy grande y otros por donde contratan con las naciones que están al oriente que son muchas y grandes; las cuales sabemos que las hay más por fama que por haberlo visto (Cieza de León, [1541] 1984: 120).

En territorio muisca tal vez se buscaban mantas, esmeraldas; quizás coca. Y desde la sabana, bajar y llegar al río Meta y por él al Orinoco, no presenta mayores dificultades. En realidad es plenamente factible y bastante rápido ir por los caminos de tierra y agua que aún existen. El mantenimiento de una gran red de intercambio no solo sería posible, sino también una práctica cotidiana, si la circulación de objetos se realizaba de mano en mano.

Y cuenta Altamirano que “vinieron todo el día los caciques a visitar al gobernador, cierto gente muy buena vestida de muy buenas y galanas camisetas pintadas de labores y colores de Algodón al uso del Piru. Y todos traían caracurias de oro muy fino y subido en las narices y patenas en los pechos, y aguilillas de oro y otras joyas de mucho valor [...] los indios de esta población de Cararo daban a entender [...] que aquel oro era de la tierra adentro donde había grandes poblaciones de gente vestida, de mucha razón y muy rica (Szaszdi, 1983: 62).

Por último, no podemos olvidar que los conquistadores españoles llegaron al valle del Aburra por el sur y el noroccidente, desde lugares ampliamente marcados por el registro cerámico ya presentado.

Vallados y huertas en el valle

A todo lo largo y ancho del valle se reporta la existencia de distintos tipos de construcciones comúnmente conocidos en la región como vallados. Con este nombre se designan, con frecuencia, muros que tienen en promedio 80 cm de ancho y 100 cm de alto, y largo muy variable (de menos de tres hasta cientos de metros), que se observan paralelos a las pendientes o atravesados en los potreros, y que aunque con funciones indeterminadas, han sido interpretados por los actuales habitantes como linderos entre propiedades o como barreras para proteger, de los animales, predios y cultivos. También se designa como vallados obras en piedra cuya funcionalidad es clara: muros de contención, acequias, canales de drenaje, etc., y aunque no se han realizado investigaciones dirigidas a describir y caracterizar estas estructuras, en general los investigadores tienden a asociarlas con la minería colonial o con marcas de propiedad republicanas. Sin embargo, los habitantes locales las relacionan con épocas más remotas, con los indígenas de antes de la llegada de los conquistadores (véanse figuras 5.11-5.14).

Los vallados se encuentran sobre las laderas y sobre terrazas del río, pudiéndose distinguir unos de otros por el tamaño y tipo de piedra; en el primer caso podrían corresponder con divisorias o límites entre propiedades, mientras que en el segundo, por su ubicación y el tipo de piedra aluvial del que están hechos sugiere una estrecha relación con la actividad minera antigua. En la tradición oral local se considera que tales estructuras son una evidencia de la minería practicada por los indios o por “antiguas”, quienes a diferencia de los mineros más recientes, extraían los cantos del área donde se trabajaba y los disponían ordenadamente para proteger los taludes de posibles derrumbes (Castillo et al., 2002: 612).

Otras estructuras a las que se da el nombre de vallados son los muros con que se recubrieron los cauces de las quebradas, los cuales han sido comúnmente relacionados con la minería aluvial colonial e interpretados como producto de la limpieza y la adecuación necesaria para la extracción del oro (véanse figuras 5.10-5.14).



Figura 5.10 Camino de Tirabuzón, bajando del altiplano de Santa Elena
Con frecuencia, se han identificado como vallados a los muros relativamente alejados de la banca de los caminos empedrados. Por tratarse de una característica de este tipo de caminos, es posible pensar que constituyen restos de las paredes de refugios para los viajeros (tambos); infortunadamente no contamos con información que permita afirmarlo. Fotografía tomada en 2005.



Figura 5.11 Vallados localizados en el corregimiento de Santa Elena (Medellín).
Se trata de muros de contención que definen y protegen aterrazamientos que fueron utilizados como
asientos de casas durante el período colonial y republicano.
Fotografía tomada en 1999.



Figura 5.12 Muros de contención en el cerro Pan de Azúcar (Medellín).
Los arqueólogos identificaron muros con 1 m de altura y 60 cm de ancho en promedio.
Se localizaron aislados o conformando conjuntos que formaban 2, 4, 6 y 9 superficies contiguas,
escalonadas a lo largo de la pendiente.
Fuente: fotografías tomadas de Cardona (2002: 60).



Figura 5.13 Conjunto de vallados localizados en la vertiente de la quebrada El Atravesado, municipio de Envigado. Estas construcciones parecen corresponder a las obras para el represamiento y la conducción de agua. Algunos de los muros alcanzan los 3 m de altura. Obsérvese la forma en que se superponen los muros; en la base de algunos de ellos se dejaron pequeños pasos de agua.

Fotografía tomada en 2006.

Otras estructuras a las que se da el nombre de vallados son los muros con que se recubrieron los cauces de las quebradas, los cuales han sido comúnmente relacionados con la minería aluvial colonial e interpretados como producto de la limpieza y la adecuación necesaria para la extracción del oro.

El oro depositado junto con gravas y sedimentos arenosos y arcillosos, por el transporte de las corrientes de agua, fue extraído de los lechos de las corrientes en zonas de meandros y en la orilla de las terrazas aluviales, cavando entre la grava depositada en éstas, para luego ser lavadas con una batea, a través de la cual se separa el oro de otros sedimentos. A menudo, y sobre todo en valles estrechos, el aprovechamiento del oro presente en los sedimentos activos (cauces) hacía necesario que los materiales gruesos que se extraían del lecho fueran depositados ordenadamente sobre las orillas, generando obras a manera de muros o canalizaciones, las cuales acompañan por tramos los cauces de las quebradas intervenidas. Durante la colonia los “mazamorreros” o pequeños mineros con frecuencia empleaban fundamentalmente las técnicas del “cavado” y “la batea” para aprovechar el oro corrido, por requerir muy poca inversión previa (Obregón, Cardona y Gómez, 2003: 79).

A pesar de estas afirmaciones, aún es necesario considerar el cuidado con que se construyeron los muros en los cauces de las quebradas, el cual implicó, entre otras cosas, escoger y traer materiales de lugares distantes a los cursos de agua. El hecho de que se hayan construido estos muros también en cauces estrechos y profundos, lleva a considerar que ellos suponen una función y estética propia, que obviamente rebasa la lógica de la extracción minera. Es necesario registrar, además, el dramático contraste que presentan estos muros, comparados con los *cargueros*, producto de la minería colonial y republicana, la cual dejó extensos lugares completamente destruidos, caracterizados por erráticas y deleznales acumulaciones de piedra, cascajo y arena (véanse figuras 5.14-5.16).

Figura 5.14 Cuenca de la quebrada El Rosario, corregimiento de Santa Elena
Fuente: tomada de Obregón, Cardona y Gómez (2004, anexo fotográfico).



Figura 5.15 Quebrada El Salado, corregimiento de Santa Elena. Este tipo de muros se realizó con piedras de muy distinto tamaño; recubre el canal hasta la orilla y presentan, en algunos casos, hiladas de piedras sumergidas.
Fuente: tomada de Obregón, Cardona y Gómez (2004, anexo fotográfico).



Figura 5.16 Quebrada Piedras Blancas, corregimiento de Santa Elena, Medellín. Obsérvese el recubrimiento que tiene la pared del cauce, aún visible en muchos tramos de ella y sus afluentes en la parte alta de su cuenca. Fotografía tomada en 2006.

Dado que se trata de estructuras en las que la solidez y la estabilidad es determinante, el permanente hallazgo de vallados, caminos, puentes y paredes recubiertas con piedra ha llevado a pensar en ellas meramente como material de construcción y se tiende a señalar solo el sentido funcional de estos vestigios; sin embargo, en muchas ocasiones el resultado de esas adecuaciones, además de estructural, pareciera ser simbólico e ideológico, en tanto la mayor cantidad de esfuerzo se hizo con el fin de recrear y acentuar la naturaleza.

El cauce de quebradas muy estables, la de la quebrada Piedras Blancas, por ejemplo, fue recurrentemente recubierto por piedras, sin que sea clara la funcionalidad o utilidad de ello, y si bien la mayoría de las veces se revistieron estas paredes con rocas extraídas de afloramientos cercanos, en no pocas ocasiones se trajeron de lugares lejanos a las corrientes de agua. ¿Se trata de marcas que señalan la importancia de los sitios en los que se encuentran? ¿O la importancia de los sitios a los que conducen? En todo caso, el resultado técnico y estético todavía es impresionante.

Algo similar sucede con los caminos empedrados. La necesidad de mantener un camino que se recorre a pie puede asegurarse con la continuidad del tránsito y en todo caso su funcionalidad no exige que la banca sea empedrada; esta, incluso, pudiera dificultar el paso y lastimar al caminante. Sin embargo, es corriente la presencia de rocas cuidadosamente escogidas, traídas, recortadas, colocadas y niveladas, a lo largo de kilómetros, en gran cantidad de caminos construidos antes de la llegada de los conquistadores. Es importante subrayar, además, que se trata de caminos estrechamente relacionados con construcciones ajenas a la lógica y las necesidades españolas (véase figura 5.17).

Figura 5.17 “Corrales”
Cerro Quitasol, municipio de Bello
Fuente: fotografía de Juan Carlos
Orrego Arizmendi (2012).



Evidencias de un manejo intensivo del suelo y su enriquecimiento mediante la mezcla de tierras con distintas calidades, adición de cenizas y materia orgánica, son fácilmente observables, y si bien no han sido registradas de manera sistemática, dan clara muestra de la magnitud de las transformaciones realizadas, a más que ofrecen información sobre la densidad del poblamiento y las técnicas utilizadas. Entre ellas, llama poderosamente la atención la “creación” de suelos útiles para la agricultura en lugares y en condiciones que rompen los esquemas de utilización conocidos en la actualidad por nosotros.

Uno de los rasgos más sobresalientes en el paisaje de la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas corresponde a espacios cerrados, claramente delimitados por muros o paredes que se elevan y resaltan sobre el terreno, alcanzando alturas que oscilan entre 1 y 2 m. Estos son reconocidos por los lugareños como huertas, y han sido registrados por los investigadores como *campos circundados* (Botero y Vélez, 1997) y como *campos en terraza* (Cardona, 2002).

La construcción de las paredes que definen estas estructuras se realizó por corte y lleno. El terreno se cortó perpendicularmente, y sobre el perímetro resultante se superpusieron los materiales excavados, de tal manera que el suelo agrícola se puso en las partes externas de los muros, formando una especie de caja, en cuyo interior se depositaron los materiales provenientes de los horizontes más profundos. Al hacer el corte para marcar las paredes circundantes, se formó un callejón que facilitó la circulación alrededor del campo, estableciendo de manera tajante los límites del terreno.

En el suelo negro colocado hacia el exterior, crecen raíces, líquenes y musgos, los cuales amarran el suelo que cubre las paredes, logrando su consolidación y conservación. Aún es posible observar tramos empedrados de estas paredes y, aunque no es posible establecer si la totalidad de ellas estaban empedradas, lo que se observa en la actualidad permite suponer que se reforzaron los muros de las partes más inclinadas, con el fin de impedir su erosión. Se destaca, sin embargo, que para cubrir estas paredes se utilizaron, casi exclusivamente, cuarzos —piedras blancas—.

Toda esta actividad constructiva dio como resultado la configuración en el paisaje de espacios nítidamente definidos. Literalmente se formaron pequeñas mesetas, polígonos irregulares que se destacan con claridad sobre terreno y, aunque al parecer no se privilegió una localización particular para definir los terrenos, un buen número de ellos se encuentra a media ladera, lo que hace pensar que la excavación y las paredes resultantes, pudieran haber sido hechas con el fin de contener y drenar las aguas de escorrentía, protegiendo así los terrenos delimitados.

El análisis de fotografías aéreas tomadas en el año 1945 permitió ubicar y hacer el levantamiento cartográfico de más de 1.300 campos circundados. La sumatoria de las áreas demarcadas por muros posibilitó establecer un área afectación de aproximadamente 600 ha; la sumatoria de sus perímetros evidenció que la construcción de sus paredes obligó al levantamiento e intervención de suelos en una línea de poco más de 350 km. En la actualidad, el acelerado proceso de urbanización y la introducción de caballos, vacas y cerdos, obliga a la destrucción de las paredes para aplanar los terrenos (Botero, 1999: 290-294; véase figura 5.18 y 5-19).



Figura 5.18 Campo circundado.
Obsérvese la altura de las paredes y la distancia del cause de la quebrada Piedras Blancas
Fotografía tomada en 2009.

La secuencia de intervención y transformación de los bosques, evidenciada en los elementos fósiles analizados en la laguna de Guarne, sugiere que hace aproximadamente 3 mil años se inició la construcción de los campos circundados, y si bien su funcionalidad no es del todo clara, las fechas obtenidas permiten suponer que el mayor auge constructivo pudo darse 100 años antes de Cristo, hasta 550 después y sin duda fueron reutilizados por los colonos españoles para asentar sus casas, y como “huertas” por los campesinos republicanos. Las dataciones asociadas a este tipo de construcciones son: 2.900 ± 70 , 1.770 ± 50 , 1.390 ± 60 , 1.360 ± 50 , 850 ± 60 , 450 ± 60 y 330 ± 60 años antes del presente (Botero, 1999).

En el futuro, se hace indispensable ampliar el área de observación para poder sostener que, efectivamente, este tipo de estructuras solo se construyeron en la región ya trabajada del altiplano. Además, deben aclararse las razones por las cuales se construyeron los campos circundados, en un espacio geográfico que, comparado con los templados y fértiles valles del Aburrá y el Rionegro, resultan marcadamente fríos y pobres. ¿Una muy alta densidad de población obligó a la utilización intensiva de todos los espacios disponibles? ¿O se trata de una utilización cuya racionalidad es extraeconómica y su implementación corresponde a prácticas culturales e incluso estéticas, frente a las cuales nuestra racionalidad y herramientas de estudio son inapropiadas e insuficientes?

Asimismo, de ninguna manera es posible descartar la posibilidad de que en el pasado se diera una apropiación específica y planificada de los distintos escenarios geográficos y, más aún, una significación diferencial de esos espacios. No es posible minimizar el hecho de que sea justamente la cuenca de la quebrada Piedras Blancas la que marca la divisoria de aguas entre el río Cauca y el Magdalena, y que sea allí donde se concentra gran cantidad de elementos que establecen, a nuestro juicio, su carácter excepcional (Botero, 2012).

Esfuerzos constructivos diferentes se observaron en el municipio de Itagüí, a una altura de 2.070 msnm, en predios de la finca El Atravesado (denominada así en razón del “vallado” que atraviesa longitudinalmente gran parte del lugar), sobre el extremo suroeste de la cuchilla del cerro Manzanillo. Allí se reporta la existencia de un suelo negro sepultado en un área que se calcula puede ser superior a los 20 mil m², y que parece corresponder a lo que en los documentos coloniales se denominó “alterón” y “alterón de tierra negra” (Guingue, 1999).

El espesor y la distribución de este suelo no se corresponden con la estratigrafía natural del lugar. Los estudios de suelos y de polen evidenciaron la significativa presencia de elementos típicos de humedales (13%) y un número alto de esporas de hongos, generalmente asociados a materia orgánica en descomposición, elementos que remiten a pensar que se trataría de suelos formados, o por lo menos enriquecidos con sedimentos

provenientes de los humedales de las partes más bajas. Se trata de un suelo enriquecido y utilizado de manera intensiva en actividades agrícolas hace aproximadamente dos mil años (Martínez, Botero y Acevedo, 1999, 2000a y b; Botero y Martínez, 2002).

Las evidencias sugieren que en el sitio El Atravesado era un campo de cultivo con algunas viviendas probablemente pequeñas cercanas a él. El sitio El Cacique al parecer corresponde a un sitio de residencia de mayor tamaño, donde se desarrollaban actividades de tipo social.

La información arqueológica de esta prospección registra muy pocas evidencias materiales para épocas tardías. Se registraron cuatro yacimientos arqueológicos en el sitio El Atravesado o El Sillar, los cuales reportaron contextos alterados; sin embargo, el análisis deja en evidencia, primero, la ocupación tardía de grupos humanos en el cerro Manzanillo, al parecer no corresponde al período prehispánico, sino que coincide con grupos que estaban ocupando esta región en pleno período colonial y, segundo, que el tipo de asentamiento que podría caracterizar esta ocupación corresponde a pequeñas áreas cercanas a las fuentes de agua, probablemente con una distribución espacial dispersa, que sugiere una racionalización del espacio en virtud de la capacidad de carga sobre el ambiente. [...]

En el sitio El Cacique se obtuvieron tres fechas de carbono 14 asociadas con material cerámico Ferrería. Estas fechas son contemporáneas con la fecha asociada a la cerámica Marrón Inciso del sitio El Atravesado. Una de ellas, 1.940 ± 50 antes del presente, está asociada a un rasgo encontrado en el sondeo 80 que contenía la parte superior de una vasija subglobular de borde altamente evertido [...]. Las otras dos fechas se obtuvieron en los estratos I (1.920 ± 60 antes del presente) y II (2.010 ± 70 antes del presente) del sondeo 82, el cual contenía solo material cerámico Ferrería (Martínez, Botero y Acevedo, 1999: 121, 126).

Una “aldea” y un vaso silbante

Volviendo al lugar donde se comenzó a escribir este texto, es necesario explicar por qué resultó tan absolutamente conmovedor no poder impedir su destrucción y hoy —en junio de 2021— tratar de señalar la importancia de un objeto sin duda liminal, síntesis de múltiples relaciones sociales, con el que sin lugar a dudas se marcó y significó un territorio que, desde que los españoles lo atravesaron en 1541 y no vieron nada, se perdió completamente para nosotros.

En el año 2002, la excavación de aproximadamente 800 m² realizada en los predios en donde se construyó la Ciudadela Suramérica, en jurisdicción de los municipios de Itagüí y La Estrella, al suroccidente del Valle de Aburrá, reveló la existencia de lo que su investigador consideró una aldea, por haber encontrado allí las huellas correspondientes a “seis unidades de vivienda circulares simétricas”, alrededor de las cuales se excavaron canales para el control y la conducción de las aguas de escorrentía (véase figura 5.20).

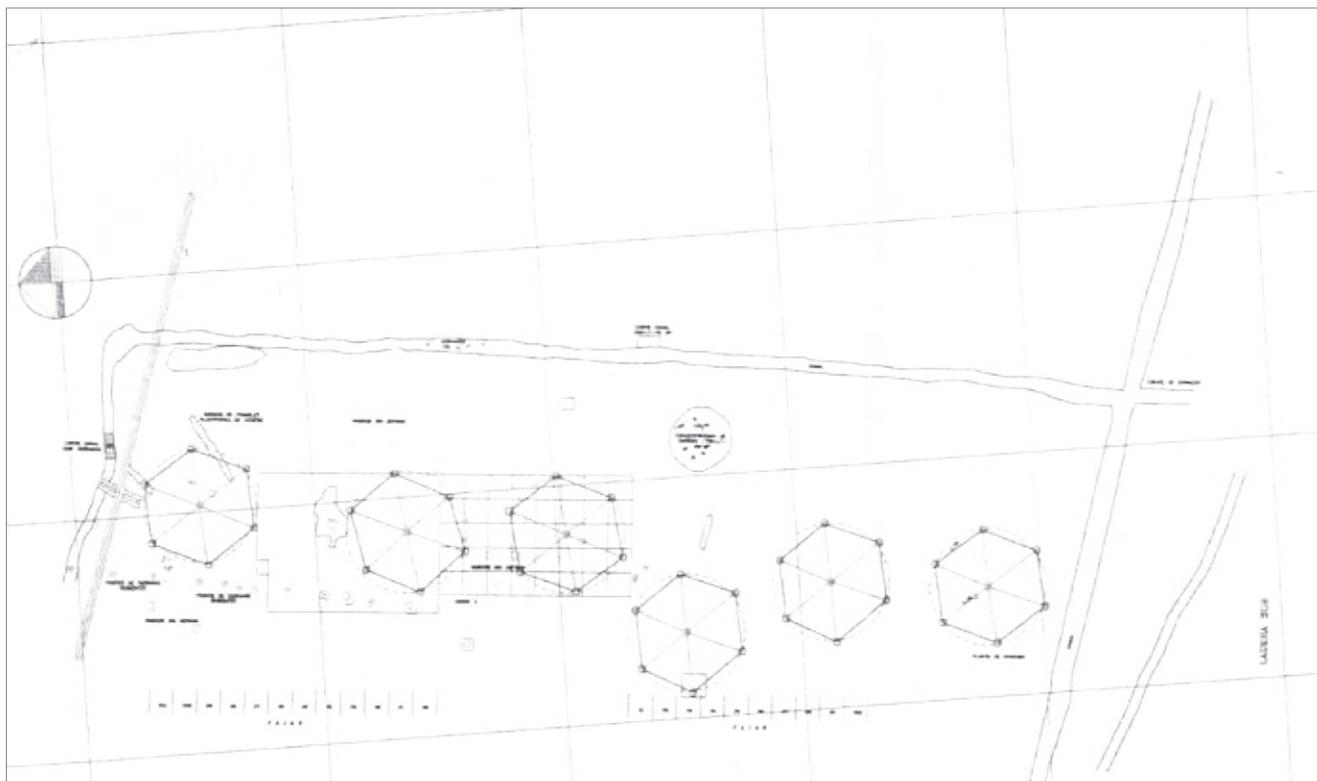


Figura 5.20 Reconstrucción gráfica del entramado que formaban las huellas de poste en los predios de la hacienda El Ranchito (municipio de La Estrella). La total simetría del conjunto es posible observarla al colocar una regla siguiendo las líneas que forman los hexágonos en cualquier dirección.

Fuente: ilustración tomada de Acevedo (2003: 75).

Las cavidades donde fueron enterrados los postes también guardan regularidad, pues todas tienen la misma profundidad, son completamente rectas y conservan el mismo diámetro hasta el final. Estas características, junto a la apariencia de la planta, dan la idea que cada unidad de vivienda fuera un bohío redondo, paredes rectas y techo cónico con

alero alto o proyectado hacia el piso buscando mejor protección frente a las condiciones ambientales (Acevedo, 2003: 74).

Localizada en la parte superior de una amplia terraza aluvial, la topografía del terreno es en general plana, aunque presenta pendientes con desniveles hasta de 15 m, asociados a los cauces de tres quebradas importantes: la Calle Negra, que marca el límite norte del lote sobre el que se construyó el conjunto urbanístico; la quebrada Aguas Negras, también conocida como Los Yarumos, que cruza el lote de occidente a oriente en sentido paralelo a la actual vía, y la quebrada Cascajosa o Sumicol, que baja desde la cuchilla de El Romeral, en dirección occidente-oriente y que a la altura de la Ciudadela cambia su rumbo hacia el sur hasta llegar al río. En este último tramo la quebrada corre por un estrecho valle que corta una amplia terraza conformada, a su vez, por dos aterrazamientos alargados que terminan sobre la llanura aluvial. Sobre uno de ellos se localizó la mayor parte del entramado hexagonal al que nos estamos refiriendo (Acevedo, 2003).

Con el avance de la construcción del proyecto urbanístico se hizo evidente que las seis unidades de vivienda, reconocidas en un primer momento, en realidad hicieron parte de un conjunto mucho mayor, nuevamente identificado a partir de la localización de las huellas que dejaron los postes estructurantes. Al podrirse la madera de los postes, quedó en el suelo su huella, pudiéndose observar sobre la capa de suelo amarilla círculos oscuros, que en este caso presentaban regularmente 30 cm de diámetro y 40 cm de profundidad. Considerando la altura del suelo negro original, los postes pudieron haber sido enterrados hasta 60 cm en profundidad. Así, sobre un área que se calcula superior a los 25 mil m², fue posible observar con claridad no solo un perfecto entramado de líneas formadas por puntos con igual distancia entre sí, sino también líneas de canales periféricos con los que al parecer se abastecía de agua el conjunto, al tiempo que lo protegía de las aguas de escorrentía.

Al observar estas huellas con detenimiento y unir los puntos, se hizo posible establecer que estos señalan hexágonos regulares, con lados sistemáticamente marcados cada 2,47 m, formando líneas entrecruzadas completamente rectas, de más de 80 m de largo. Cuando se mira de manera aislada uno de los hexágonos y al considerarlo como una unidad específica del conjunto, se hizo evidente que cada uno de ellos estaba constituido por seis postes laterales y un poste central, lo cual acentuaba la idea de que lo observado era una unidad de vivienda, una casa. Para su investigador, este sistema constituye un sistema modular de construcción, cuya ventaja estribaba en que siempre estará operando sobre medidas iguales y cualquiera de los postes puede ser tomado como poste central de una vivienda (Acevedo, 2007: 68).

Dado que lo que se observaba sobre el terreno era un entramado de puntos completamente simétrico, que no evidenciaba ninguna irregularidad en la orientación o el tamaño, y que se desconoce el punto a partir del cual se articuló la posición de los postes, se hace necesario un esfuerzo de abstracción y modelación para visualizar de alguna manera la forma como pudo funcionar este gran conjunto arquitectónico.

Considerando que cada uno de los hexágonos marcados correspondió a una unidad constructiva utilizada como una casa, el tamaño de cada una de ellas sería de alrededor de 26 m², espacio suficiente para albergar una familia compuesta por un padre, una madre y sus hijos, pero que resultaría insuficiente si la parentela directamente relacionada fuera mayor e incluyera abuelos o tíos, y si las actividades que se realizasen en su interior fueran diferentes a las de reposar y cocinar. Esto llevó a explorar distintas maneras en que podrían haberse relacionado estas unidades para formar conjuntos más grandes de parientes y vecinos interrelacionados (véase figura 5.21).

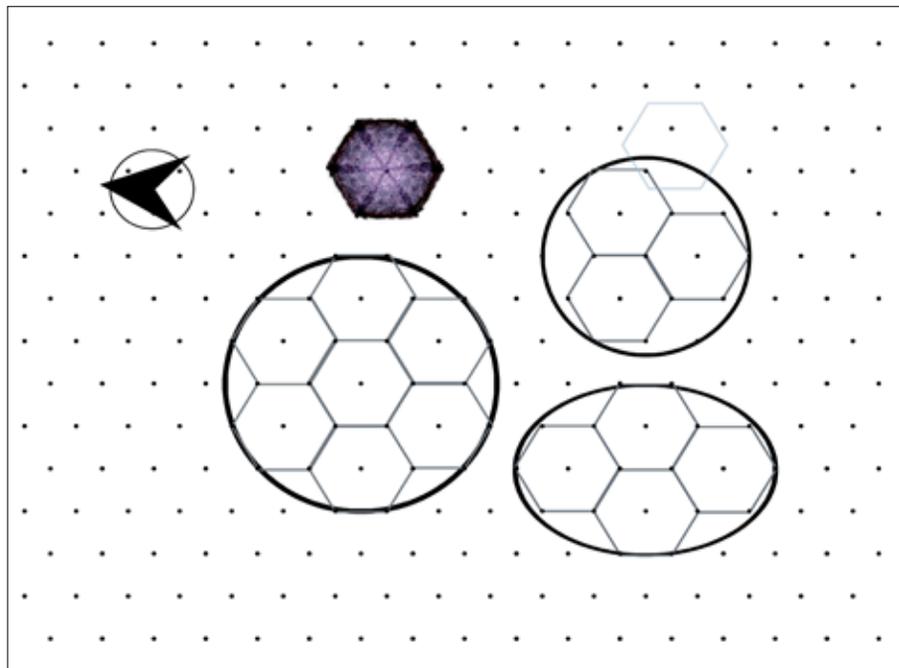


Figura 5.21 Modelos de organización de posibles conjuntos habitacionales en la “aldea”. Cada uno de los puntos negros señala una huella de poste, tal y como se observaron en terreno. Obsérvece la diversidad de agrupamientos que es posible definir, permitiendo la plena circulación entre cada uno de espacios definidos.

El menor número de posibilidades se da si las habitaciones solo tienen una puerta y se garantiza la completa circulación al interior del conjunto; es decir, cualquier persona podría ir a cualquier parte desde el lugar que estuviera, sin necesidad de dar rodeos o encontrar barreras. El ejercicio reveló con claridad que la mejor comunicación visual entre las habitaciones la ofrece el espacio vacío / patio en forma de hexágono, constituido por tres y hasta cinco casas construidas de manera contigua, con los accesos orientados hacia un mismo punto. Si la comunicación visual y física entre habitaciones no fuera un elemento primordial, encontraríamos mayor variabilidad en la composición, pero siempre estaría determinada por el número y orientación de los accesos.

Cualquiera de las posibilidades de organización de un conjunto tan grande y compacto debió tomar en consideración la ubicación y orientación del lugar e implicar el manejo sistemático de las basuras y desechos, como parecen mostrarlo las evidencias excavadas. Al igual que en el Porce (Yacimiento 107), se construyó una fosa en la que se depositaron fragmentos de vasijas y gran cantidad de elementos líticos (Acevedo, 2003: 14). De esta fosa fue recuperado un buen número de instrumentos líticos: yunques, placas y manos de moler, relativamente pequeños, modificados por uso; artefactos pulidos (hachas, manos de moler y maceradores), esferas y un cincel. Se localizaron, también, numerosos fragmentos de cantos rodados sin huellas de uso, posiblemente transportados desde las quebradas cercanas.

Al interior del conjunto se localizaron, además de la urna de seis patas ya presentada, pequeñas fosas en las que se depositaron vasijas, algunas con huesos carbonizados; pero la mayoría, al parecer, solo contenían tierra y pequeños fragmentos de piedra (véanse figuras 3.24 y 3.25). Una de las características del conjunto cerámico de este lugar es la presencia de impresiones textiles en las paredes internas y externas, siendo más frecuentes en ollas, cazuelas y platos. Los negativos del entramado y la urdimbre, plasmados en la cerámica, dejan percibir tejidos ralos, elaborados con hilos o fibras gruesas, relacionados con telas burdas o cestería (Acevedo, 2003: 166-172; sobre las impresiones textiles en recipientes cerámicos véase Piazzini y González (2017).

Dada la simultaneidad y la perfecta simetría que evidenciaban las huellas de postes sobre el terreno, y la dificultad que daría el manejo diferencial de techos y paredes, no es de descartar que las huellas no correspondan a una aldea (permanentemente habitada), sino a un campamento (utilizado por temporadas, estacionalmente), que por una u otra razón debía responder a múltiples y cambiantes necesidades (Botero y Gómez, 2010). Sin embargo, también caben otras muchas posibilidades. ¿Por qué no? Pudo ser, asimismo, la obra de un artista, imponiendo sobre el paisaje un conjunto de luces y sombras, llamando la atención sobre formas de ver el cielo y la tierra.

Pudiera también tratarse de la construcción impuesta por un tirano cuya funcionalidad no fuera otra que la de marcar su huella personal y poderío, y que estuviéramos frente a los restos del palacio de un loco, en una época turbulenta. Pudiera tratarse del modo que escogió un maestro para enseñar una geometría que se consideró importante, quizás hasta sagrada, replicando las formas más diminutas que tienen los cuarzos; o más simplemente, pudo haberse tratado de constructores que copiaron la geometría y la versatilidad de los panales; de este modo resaltaría, además, la importancia de un producto que sin lugar a dudas fue inmensamente apreciado por los antiguos pobladores: la miel.

En algunas poblaciones, como Titiribí, en el punto denominado Pilos, hasta Sitio Viejo, los indígenas tenían extensos guamales, en los cuales se veían todas las variedades conocidas de guamas y en los alrededores de éstos, miles de colmenas de abejas domésticas, como en Betoma y Posigüeica, con el objeto de que los insectos, aprovechándose del néctar de las flores, hicieran una miel más perfumada y agradable, que los indígenas extraían en épocas de verano y en la menguante, sin perjudicar el enjambre. Pedro Simón dice que en la provincia de Santa Marta había valles que tenían hasta ochenta mil colmenas para poblaciones de mil casas (Montoya y Flórez, 1922: 568).

Sea como fuere, se trata de un gran conjunto, muy seguramente realizado con fines específicos, y hasta donde sabemos, excepcionales, y aunque no contamos con otra información, sin duda su construcción exigió el mismo tipo de planificación y diseño que se usó para construir lo que hoy se considera una “ciudadela”, lo cual no deja ser paradójico y sorprendente.

El sitio donde se localizó el vaso silbante coincide exactamente en el espacio definido para levantar la torre 66, justo en la divisoria de aguas que fluyen hacia el Cauca y el Nechí, en cercanía a los nacimientos de los ríos Choco y Dolores y Pajarito, límite natural que demarca la jurisdicción político administrativa de los municipios Santa Rosa de Osos, Yarumal y Angostura.

A una altura de 2779 msnm, en la clasificación de las zonas de vida utilizada por ecólogos y geógrafos la vegetación que cubriría la cima correspondería a la de un bosque pluvial Montano (bp-M) cuyas condiciones de temperatura, humedad, neblina y viento, explican la ausencia de evidencias relacionadas con usos humanos permanentes. Actualmente “la vegetación arbórea ha desaparecido y queda solamente una cubierta raquílica de arbustos, hierbas y helechos sobre un suelo erosionado y empobrecido” (Callejas e Idárraga, 2011. 280); en la zona se observan grandes parches de pastizales, sembrados para mantener

la industria lechera que se desarrolla en la región. En términos geológicos, el sitio hace parte del bloque colinado separado por escarpes erosivos denominado Llanos de Cuivá—El Chaquiro, al norte del altiplano de Santa Rosa de Osos (Arias y González, 2007, 97, 99 véase figura 5.22-5.23).



Figura 5.22. Vista de la topografía de Yarumal.

Fuente: fotografía tomada de: https://es.wikipedia.org/wiki/Yarumal#/media/Archivo:Vista_de_la_Geograf%C3%ADa_de_Yarumal.JPG (2009).

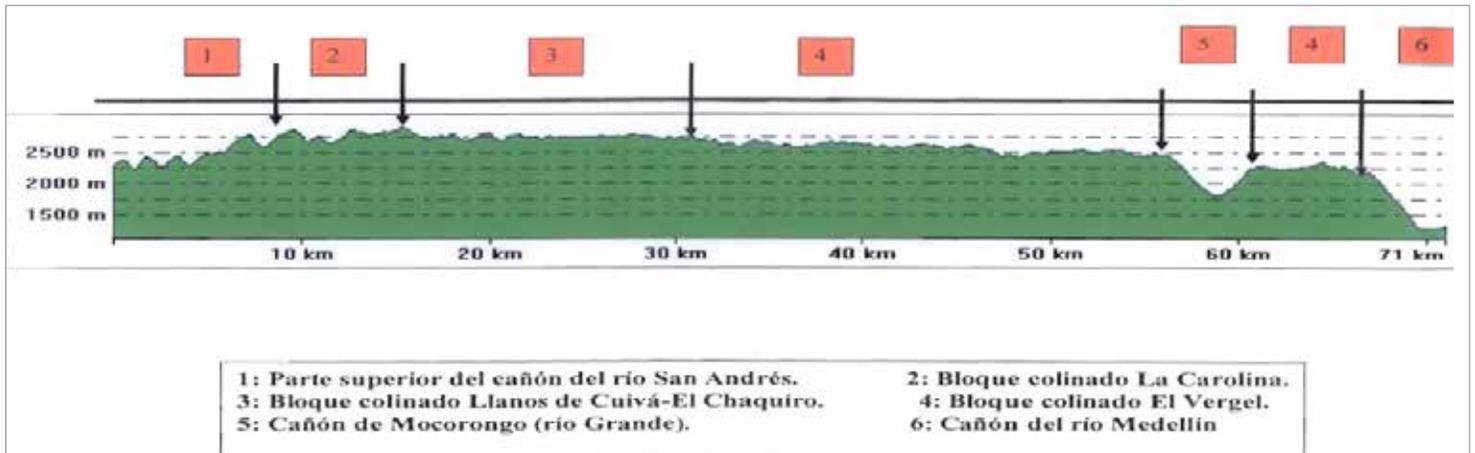


Figura 5.22 Corte longitudinal en el eje del corredero convexo oriental del Altiplano de Santa Rosa de Osos. Obsérvese que corresponde a una franja de 70 kms de largo y entre 12 y 20 kms de ancho. Al extremo noroeste el corredor lo interrumpe abruptamente el cañón del río San Andrés que desemboca directamente en el Cauca; al suroeste lo interrumpe el cañón del río Mocarongo que vierte al río Grande y el cañón del río Medellín (Arias et al., 2006, 59). Fuente: ilustración tomada de Arias et al. (2006, 62).

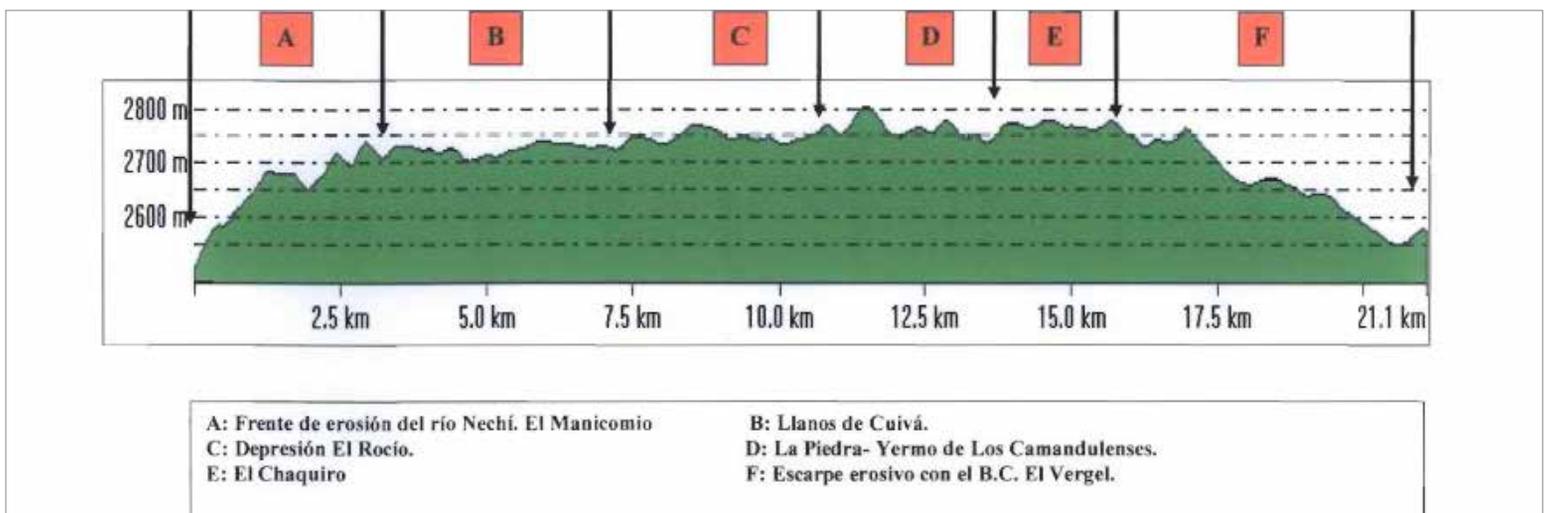


Figura 5.23 Corte topográfico del Bloque Colinado Llanos de Cuivá—El Chaquiro. Obsérvese que corresponde a una cima plana de 5-7 kms de ancha, con pendientes suaves de entre 2° y 5° y que, el punto de construcción de la torre 66 corresponde al punto más alto del bloque (Arias et al., 2006: 59). Fuente: ilustración tomada de Arias et al. (2006: 93).

Lógicamente determinados por el acceso más eficiente al embalse del Río Grande, este tipo de información sin duda, fue juiciosamente considerada por los ingenieros encargados de la construcción de la línea de transmisión eléctrica. En tiempos prehispánicos, al noroccidente de una cima plana se escogió un lugar específico —exactamente el mismo en que se construyó la torre—, un área de apenas 30 m² para realizar enterramientos de fragmentos cerámicos, vasijas con huesos humanos cremados, un vaso silbante zoo-antropomorfo y dos concentraciones de carbón que señalan la quema de elementos que no fue posible identificar; la consolidación y pegado de los fragmentos permitió reconstruir 7 recipientes asociados al estilo Marrón Inciso y un vaso silbante (Ortiz Cano et al. (2015, 145-153; 240-277; véase figura 5.24-5.36).

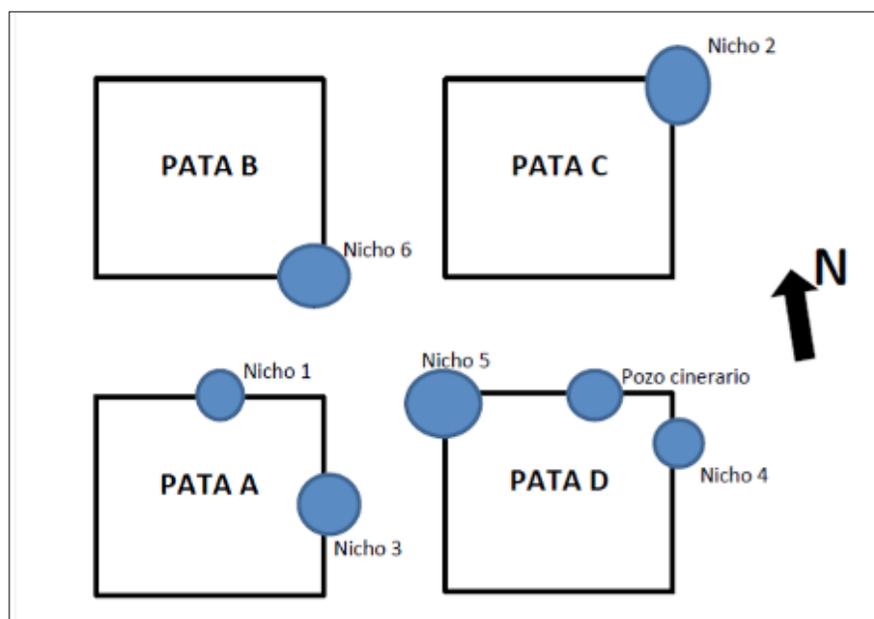


Figura 5. 24 Ubicación de los hallazgos arqueológicos, con respecto a las patas de la torre 66.
Fuente: ilustración tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015: 145).

Para realizar los entierros se excavaron pozos verticales al final de los cuales se abrió una cámara pequeña, un nicho en el que se depositaron a distintas alturas, lo que se consideran ofrendas. Las dataciones realizadas señalan que el lugar se usó para hacer los enterramientos durante un lapso de tiempo aproximado de 110 años; la altura, la localización y el contenido, señalan sin duda acontecimientos diferentes, cuya significación desafortunadamente se nos escapa.

En el nicho 1 fueron depositadas dos vasijas, urnas cuya forma y decoración es corriente en lo que hoy corresponde al Área Metropolitana del Valle de Aburrá, es posible inferir que se enterraron enteras, pero que por el peso y la humedad del suelo, colapsaron (véase figuras 5.25 y 5.26).

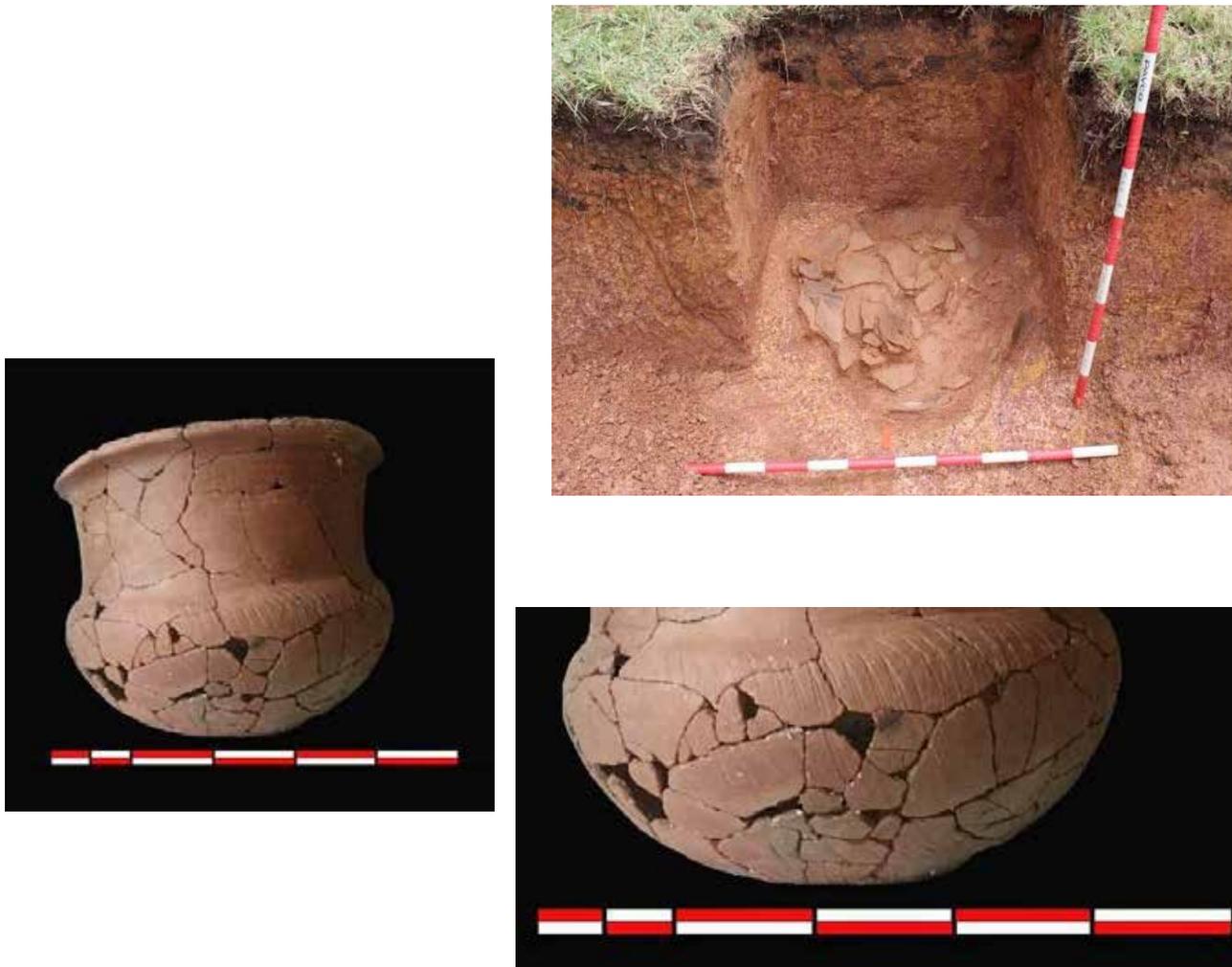


Figura 5. 25 Nicho 1. Detalles del lugar excavado y urna restaurada por los arqueólogos.
Fuente: fotografías tomadas de Ortiz Cano et al. (2015: 241-242).



Figura 5. 26 Nicho 1.Urna 2 restaurada por los arqueólogos.
Fuente: fotografías tomadas de Ortiz Cano et al. (2015: 241-242).

En el Nicho 2 a una profundidad de 1.65 m, fue colocado boca abajo completo, un cuenco acorazonado con dos perforaciones. No se identificó ningún otro tipo de contenido asociado a este nicho (véase figura 5.27).



Figura 5.27 Cuenco acorazonado encontrado en el Nicho 2, nótese que se trata de recipientes en todo similares a los localizados en el sitio El Rnchito en el municipio de La Estrella y en el cerro El Volador en la ciudad de Medellín (véase figuras 3.5 y 4.34).

Fuente: fotografía tomada (Ortiz Cano et al. (2015, 242).

En el pozo de acceso al Nicho 3, a 1.25 m de profundidad se encontró una concentración de fragmentos cerámicos que permitieron reconstruir dos urnas, restos óseos humanos y abundante carbón cuyo análisis permitió establecer una fecha de 1570 ± 30 años antes del presente (Beta 415015; véase figuras 5.28 y 5.29).



Figura 5.28 Detalle sobre el perfil de la excavación del pozo de acceso al Nicho 3.

Fuente fotografía tomada de Ortiz Cano et al. (2015, 148)

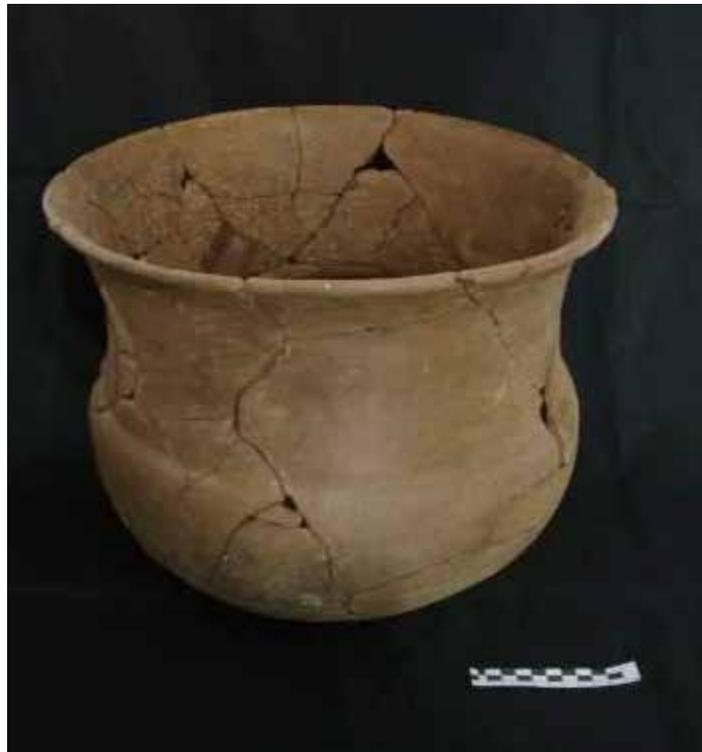


Figura 5.29 Urnas reconstruidas a partir de los fragmentos cerámicos localizados en el pozo de acceso al nicho 3, a 125 cm de profundidad. Se trata de vasijas subglobulares de cuello cilíndrico y bordes evertidos; alrededor del cuerpo presentan incisiones profundas redondeadas formando líneas largas dobles que finalizan en punta. La urna de la derecha conserva una capa homogénea de engobe color marrón (10R 4/6 de la Tabla Munsell). Fuente: fotografías tomada de Ortiz Cano et al. (2015, 148; 241-242).

En el pozo de acceso al nicho 4, a una profundidad de 35 cm se localizó una concentración de carbón y a 1,30 m una concentración de fragmentos cerámicos entre los que inmediatamente fueron visibles el asa puente típica de las alcarrazas, una cabeza pintada y una urna subglobular similar a las localizadas en el nicho 1 (véase figuras 5.30-5.33).



Figura 5.30 Detalle sobre la forma del hallazgo de la cerámica y la cabeza recuperada durante la excavación del nicho 4. Fuente: fotografía tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015, 148).



Figura 5.31 Nicho 4. Urna subglobular restaurada, presenta borde evertido biselado y cuello largo alisado; en la parte inferior presenta incisiones profundas formando líneas largas, decoración típica del estilo Marrón Inciso denominada por los especialistas *espina de pez*.
Fuente: fotografías tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015, 241-242.)



Figura 5.32 Vaso silbante restaurado. Fue encontrado completamente fragmentado y no se halló ningún rastro de la parte superior de la segunda cámara. Relativamente pequeño (14 cm de alto, 8.8 cm de ancho en su parte media y 19.4 cm de largo) resulta fácil de transportar y manipular.

Fuente: fotografías tomadas de Ortiz Cano *et al.* (2015, 246, 247).

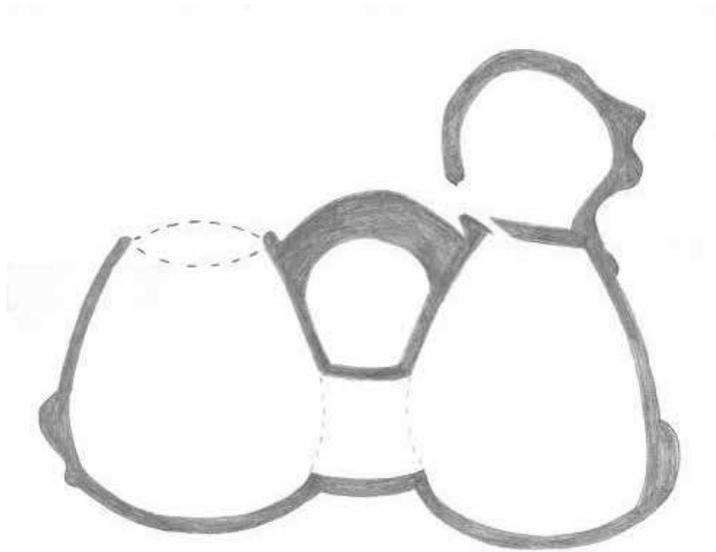


Figura 5.33 Reconstrucción gráfica de la distribución de la pintura roja y negra con que se marco el cuerpo del vaso silbante. Obsérvese en el esquina del interior del recipiente, la relación entre los orificios que se presentan entre el cuello y la cabeza.
Fuente: Ilustraciones tomadas de Ortiz Cano *et al.* (2015, 246).

El Nicho 5 fue localizado a una profundidad de 2.45 m. Contenía gran cantidad de carbón, fragmentos cerámicos y restos óseos humanos; fragmentos de cráneo, vertebras, costillas, falanges y mandíbula, permitieron establecer que se trataba de entierro de solo un individuo, asociado a una fecha de 1550 ± 30 años antes del presente (Beta 415016; véase figura 5.34).



Figura 5.34 Aspecto al final de la excavación del nicho 5. Fuente: fotografía tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015, 152).

Localizado entre los nichos 4 y 5 fue identificado un “pozo cinerario”, en razón de que a una profundidad de 1, 22 m, solo se encontró una pequeña concentración de carbón (véase figuras 5.35).



Figura 5.35 Detalles sobre el perfil y el piso del pozo cinerario. Fuente: fotografías tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015, 153).

El nicho 6 fue localizado también a una profundidad de 2.45 m; para cerrarlo usaron dos lajas de piedra (granodiorita) una que fueron colocadas a 195 cm de profundidad de 1,95 m. El nicho contenía abundante carbón y restos óseos humanos cremados entre los que fue posible identificar a dos individuos (un adulto joven y un infante), pero es posible que fueran más. El análisis de una muestra del carbón colectado permitió establecer una fecha de 1660 ± 30 años antes del presente (Beta 415017; véase figura 5.36).



Figura 5.36 Detalle sobre la forma en que se presenta la concentración de carbón al final de la excavación del nicho 6. Fuente: fotografía tomada de Ortiz Cano *et al.* (2015, 152).

La prospección intensiva realizada mediante pozos de sondeo cada 5 metros en la totalidad de la cima plana, permitió recuperar elementos arqueológicos diagnósticos (fragmentos de borde) que permitieron la reconstrucción gráfica de 24 vasijas globulares (ollas) y 7 cuencos, todos con características típicas del estilo Marrón Inciso, sin ninguna otra información asociada a ellas.

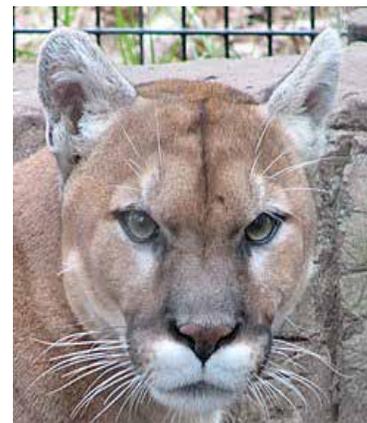
El vaso silbante localizado durante la construcción de la torre 66 de la *Línea de Transmisión Eléctrica A 110 Kv Rio Grande-Yarumal I*, está conformado por dos cámaras, que representan figuras que pudieran ser gemelas de un animal sentado, con la cabeza levantada y los ojos cerrados (véase figura 5.36) El número de dedos 4 bien marcados, y la forma de las orejas indican que se trata de un felino, la disposición de la pintura de la

cara y el cuerpo permiten relacionarlo con un Puma concolor (en Wikipedia registrado como *puma colombiano*), también pudiera ser un *Eira Barbara*, especie de hurón bien registrado entre la fauna actual del altiplano cundiboyacense en donde todavía se conoce con el nombre de Taira (véase figura 5.37 y 5.38).



Figura 5.37 Vaso silbante restaurado. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Fotografía de Hernán Arboleda Echeverri (2016).

Figura 5.38 *Puma concolor bangsi* (Merriam, 1901), llamado «puma colombiano».
 Obsérvese la característica línea de color que se le forma en la frente.
 Fuente: https://es.wikipedia.org/wiki/Puma_concolor_concolor; véase también: <https://colombia.inaturalist.org/taxa/42007-Puma-concolor>.



En Colombia los vasos silbantes están bien documentados en la cuenca del río Calima (Cardale de Schrimpff, 1986; Bray, y Herrera Ángel, 1990; Bruhns 1990; Cardale de Schrimpff, y Herrera Ángel, 1994). “Lo Calima” está asociado a una cronología con fechas que irían de los 3.600 hasta los 900 años antes del presente. Las piezas más similares a la encontrada en Antioquia se ubican en el periodo intermedio denominado “Yotoco” (véase https://www.youtube.com/watch?v=cCyDn_PbeWk). Resulta igualmente importante resaltar que, el gesto, sereno y adusto, la forma de los ojos y la posición de las patas, lleva de inmediato a pensar en algunas de las estatuillas de oro típicas de lo Quimbaya (Gamboa Hinestrosa, 2020; véase figura 5-38).



Figura 5.38 Poporo que forma parte del llamado *Tesoro Quimbaya* desenterrado por gaudereros en el año 1890 en el sitio de La Soledad, en el corregimiento de Cartago al Norte del departamento del Valle del Cauca. Fuente: Colección Museo de América (Madrid). Detalle tomado sobre vitrina de exposición.

Obsérvese el detalle del vaso que ofrece la fotografía de Hernán Arboleda Echeverri (2016).



Sí la forma de las cámaras fueran gemelas, se trataría de un instrumento cuyo sonido solo se produciría por la ondulación del movimiento y la velocidad con la que circula el agua entre las cámaras. La forma del entierro, indica que lo que se enterró fueron fragmentos, es decir la cabeza que falta puede haberse quitado o roto en el sitio del ensamble con anterioridad (véase figura 5-39); lo cual no necesariamente la habría dejado inútil en términos de sonido; en Perú son corrientes vasijas silbantes con una de las cámaras abiertas.



Figura 5.39 Uno o varios orificios distribuidos de forma plenamente visible o difíciles de detectar, colocados en distintas partes de los vasos silbantes, sirven para modular la entrada y salida del aire que produce el sonido cuando se produce por insuflación. En este caso, la amplitud del orificio podría corresponder a un orificio de digitación que se cierra y abre parcialmente o, coincidir con el lugar donde se habría colocado un silbato para enriquecer las tonalidades del sonido (Rodens y Sánchez (2014). Desafortunadamente, en este caso se trata de posibilidades imposibles de corroborar por medio de radiografías o experimentación. Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia. Detalle sobre fotografía de Hernán Arboleda Echeverri (2016).

En Colombia los vasos silbantes están bien documentados en la cuenca del río Calima (Cardale de Schrimppff, 1986; Bray, y Herrera Ángel, 1990; Bruhns 1990; Cardale de Schrimppff, y Herrera Ángel, 1994. En internet es posible encontrar asociados al Museo del Oro y al Museo Casa Marques de San Jorge, esfuerzos recientes de divulgación demostrando su capacidad sonora. Con cronologías que no son distantes de las que se conocen en Colombia, en Ecuador este tipo de recipientes se denominan *botellas silbato*, se relacionan a “cultura” Chorrera reconocida por una antigüedad de más de 3000 años antes del presente.

Las *vasijas silbadoras* en Perú son emblemáticas, se relacionan fundamentalmente con las denominadas culturas Nazca, Vicos y Mochica (<https://www.youtube.com/watch?v=4edA14RlkZQ>). Muy recientemente han sido publicados trabajos sobre este tipo de piezas localizadas en la zona Maya y central de México (Pérez de Arce, 2004; Sánchez y Rodens, 2014; Chirinos, 2019; Sánchez Santiago, 2020; véase también: <https://newmedia.ufm.edu/video/vasijas-silbadoras-de-mesoamerica/>).

Los estudios sobre sus características y propiedades sonoras aún son incipientes, pero sin duda es un campo de investigación que debe ser desarrollado incluyendo la experimentación con las alcarrazas a las que no se les ha reconocido propiedades sonoras pero que, sin duda pueden tenerlas; ello explicaría su tamaño y por supuesto su recurrencia y localización. Es evidente que los artistas-maestros alfareros, conocían experimentaron, crearon jugaron con esas propiedades y que en ellas donde reside su significación y “utilidad”.

Las vasijas silbadoras conforman un tipo especial de instrumento musical característico de las culturas prehispánicas. La singularidad de estos instrumentos radica en la forma de producir sonido a partir de un impulso hidráulico y a través de un mecanismo que no es visible desde el exterior de la vasija. Estos instrumentos aerófonos aparecen en el registro arqueológico de Mesoamérica hacia el preclásico medio, principalmente en regiones como Oaxaca y el área maya, y desaparecen al momento de la Conquista (Gonzalo Sánchez Santiago, *Las vasijas silbadoras del preclásico en Oaxaca*, 2020, 1).

Al considerar los contextos y las dataciones relacionadas con alcarrazas y el vaso silbante que se han mencionado en este texto, resulta claro que se enterraron fragmentadas, en lugares con una amplitud visual excepcional. El lapso temporal que marcan las fechas, permite pensar que, de algún modo, están emparentadas, que las trajeron o las hicieron aquí y enterraron personas que conocían su funcionamiento, sus usos e importancia.

Los análisis de rayos X y microscópicos que hoy es plenamente posible hacer de la pintura y las arcillas, permitirían comparar y tener mayores elementos sobre las técnicas de elaboración de los vasos silbantes y de las alcarrazas sobre los que se tiene información confiable del lugar su lugar de procedencia y, a través de ello, sobre el tipo de relaciones que tenían las sociedades de las que formaron parte sus artífices.

El origen, de este tipo de piezas es un asunto sin resolver, los datos cronológicos han permitido proponer hipótesis evolutivas, rutas y causas de dispersión posibles. Al iniciar la década de los 90, el hallazgo de “dos alcarrazas llama en Tierradentro” le permitió a Gnecco y Martínez (1992), plantear con claridad las discrepancias interpretativas (“posturas antitéticas”), entre quienes consideran que existe una “homogeneidad cultural en todo el suroccidente durante, por lo menos mil años” y quienes consideran “las similitudes como epifenómenos de estructuras políticas complejas”.

Las alcarrazas que dieron pie a esta discusión fueron localizadas a 150 km de lo que se consideró “su zona de origen”, los investigadores que registran el hallazgo, desechan la posibilidad de que se tratara de producciones locales e interpretaron el hallazgo como evidencia de un comercio “inter-élites” es decir, “piezas que circularon a nivel de elites de distintos cacicazgos como íconos de alianzas existentes entre ellas”; con estos objetos los caciques obtendrían los “medios de legitimación necesarios para consolidarse como sociedades complejas incipientes” (Gnecco y Martínez, 1993: 180).

En respuesta a estos planteamientos, Cardale y Herrera (1994), llamaron la atención no solo sobre la falta de señales de forma, cantidad, diversidad y contexto en que deberían encontrarse objetos que puedan considerarse exclusivos de un grupo social de “élite”, asociados a los enterramientos en donde se incluyeron las alcarrazas. Además, señalan algo que parecían ignorar los dos investigadores, la existencia de “caminos anchos y rectos de esta época”, registrados por Marianne Cardale de Schrimppff (1996), algunos de los cuales considero como “autopistas”. Un exhaustivo análisis sobre la “variabilidad fúnebre como expresión del cambio social en la población prehispánica del valle geográfico del río Cauca entre el 1200 a.C. y el 700 d.C.”; le permitió a la arqueóloga Sonia Blanco en 2011 concluir que:

La mayor parte de las evidencias encontradas como ofrendas funerarias a excepción de las máscaras, alcarrazas y algunos cuencos representan la vida doméstica de estas sociedades y hacen parte de la “cotidianidad de la muerte” reflejada en los rituales fúnebres. [...]

Pese a estas evidencias, considero que la jerarquía social manifiesta en los patrones fúnebres estudiados, no es muy marcada y puede estar encubierta por factores sociales, ideológicos y políticos que son imprescindibles de abordar bajo otras perspectivas de análisis (Blanco, 2011: 189; 192).

En Antioquia, no se han suscitado, o por lo menos no están registradas, este tipo de discusiones, las cosas se dan por sentadas, sin duda esto tiene que ver con el número de piezas de este tipo que se conocen en la región. Entre los miles de piezas cerámicas que conforman las colecciones del Museo de la Universidad de Antioquia, se encuentran 4 alcarrazas; dos de ellas son procedentes del departamento de Caldas y dos provenientes de los municipios de Ituango al noroccidente y a Olaya en el centro del departamento de Antioquia (véase figuras 5.40-5.43).



Figura 5.40 Alcarrazas procedentes del departamento de Caldas, arriba a la izquierda proviene de municipio de Aguadas (19 cm. de alto x 15.2 cm ancho) y Riosucio (17.8 cm. x 12.5 cm, 4 patas).

Las composiciones geométricas que las cubren son recurrentes en los volantes de uso muy abundantes en la región del Cauca Medio, asociadas a lo quimbaya tardío (Rodríguez, 1989; Rodríguez y Restrepo, 1993).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, códigos de registro 3764 y 3765.



Figura 5.41 Alcarraza zoomorfa (18,7 cm. x 16,0 cm) registrada, como precedente del municipio de Olaya, municipio localizado en el centro del departamento de Antioquia, se considera que el personaje adosado a la pieza (¿sentado?), es un mono y que presenta los rasgos estilísticos característicos de la cerámica Marrón Inciso y de la orfebrería Clásica Quimbaya (Santos, 2006, 126).

Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, Fondo Miguel Eusebio Barrientos.



Figura 5. 42 Alcarraza con cuatro patas (2.1 cm de alto y 17.2 cm de ancho). Registrada como procedente de Ituango al noroccidente del departamento. Obsérvese la simetría y composición de las líneas que marcan el cuerpo y el cuello; fue descrita por Leocadio Arango Cano como “esférica y muy fina”. Presenta manchas de cocción relativamente grandes.
Fuente: Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, código de registro 3763.

A propósito de la alcarraza procedente de Ituango, resulta importante destacar la nota conmemorativa de la creación del Museo del Oro, que presentó en línea la Revista Credencial Historia el 21 abril de 2021, titulada *La colección del Museo del Oro del Banco de la República en el siglo XXI*, escrita por María Alicia Uribe y Héctor García; entre las piezas cerámicas que salvaguarda el Museo del Oro, se refieren a una pieza de forma que sintetiza con toda claridad, un estado del arte sobre lo Marrón Inciso, y permite subrayar la existencia de un tipo de relaciones —que a estas alturas ya debe ser claro—, no cabe en los esquemas, en las casillas que hemos construido para entender las formas, el tiempo, el espacio en los que se consolidó el mundo prehispánico en esta parte del país:

[...] Entre estas piezas se destaca una alcarraza (imagen 12) del complejo cerámico Marrón Inciso, muy poco representado en la colección y cuyo estudio es esencial para comprender la cultura material de las sociedades que produjeron la orfebrería del estilo Quimbaya Temprano (véase figura 4.43).



Figura 4.43 Alcarraza (16,6 x 14,5 cm).

Hace parte de una colección particular originaria de Manizales, estaba conformada por 61 objetos de cerámica y 6 de piedra, fue ingresada al Museo del Oro en 2013 por su excelente estado de conservación, lo cual que permite su adecuada investigación y exhibición.

Fuente: fotografía tomada de: <https://www.revistacredencial.com/historia/temas/la-coleccion-del-museo-del-oro-del-banco-de-la-republica-en-el-siglo-xxi-abril-de-2021>; C13600 © Clark M. Rodríguez / Museo del Oro del Banco de la República

Epílogo o claves para releer y reescribir este texto

Desde una perspectiva particular, lo que se acaba de hacer es proponer una síntesis que se considera necesaria para reconocer la magnitud de los vestigios con los que se cuenta. El lector no debe perder de vista que aún es necesario desarrollar programas de investigación que evidencien, describan y analicen detalladamente el registro arqueológico, que persiste pese al saqueo y a la acelerada urbanización. Aquellos son una herramienta única para bordar la posibilidad de conocer los procesos del poblamiento más antiguos a lo largo del valle del río Aburrá y las características de sus relaciones con los valles del Cauca y el Magdalena..

De manera inmediata, lo ideal sería que los investigadores aquí mencionados vuelvan a sus notas de campo, revisen, precisen y discutan la forma en que aquí se presentan los datos, pero también que recompongan el detalle de las partes más pequeñas que conforman el todo que aquí se pretendió dibujar. En el futuro, nuestro propio trabajo se esforzará por concentrarse y redefinir la perspectiva, enfocando no solo el detalle sobre los distintos planos geográficos, sino también sobre las preguntas y las problemáticas que quedaron esbozadas.

Desde una perspectiva más amplia, es necesario considerar que si bien la investigación arqueológica se ha preocupado por identificar el “origen” tanto de las gentes como de los distintos desarrollos tecnológicos alcanzados, y de verificar la secuencia evolutiva que se piensa sucede a lo largo de la historia de todas las sociedades, es deseable que ello no sea más una preocupación central que determine la investigación y la escritura de quienes, finalmente, definen la importancia de los hallazgos; entre otras razones porque muy posiblemente no existe un único o definido origen para ninguna cosa referida a los seres humanos. En general, lo que vemos antiguo y nuevo es el resultado de procesos que involucran gran cantidad de variables y, en general, muchas generaciones de individuos distintos y distantes en el tiempo, tremendamente móviles y capaces de aprender y de adaptarse a los cambios que de manera permanente les imponen la sociedad y el medio ambiente, y capaces de imponerse, innovar y de explicar lógicamente lo que sucede a su alrededor.

El mayor interés deberá ser conocer más eso que conocemos menos: los grupos humanos que poblaron este valle antes de la llegada de los conquistadores, los contextos, la naturaleza, las construcciones, los objetos, las relaciones entre objetos, las marcas en el suelo y en el paisaje, vestigios y huellas de la gente que construyó, utilizó y desechó “ese persistente testimonio monumental de su existencia y de su conducta” (Chang, 1976: 65). Debe interesar tanto a la comunidad como a los individuos. Resulta claro, entonces, que es a través de ellos que tendremos acceso a las sociedades que nos antecedieron.

Es necesario asumir que las transformaciones son inherentes a quienes habitamos el planeta Tierra. Los seres humanos cambiamos constantemente a lo largo de la vida; esto es lo que permite responder y sobrevivir a las dinámicas de la naturaleza, y a las características y las necesidades de las sociedades bajo las que nos hemos organizado, vivido, desarrollado y mantenido a lo largo del tiempo.

Es igualmente importante considerar que si el cambio no es catastrófico, tiende a parecer imperceptible y a asimilarse a las transformaciones que exige y tiene la naturaleza. Los muy dinámicos ciclos que impone el clima a la agricultura, por ejemplo, son prácticamente imperceptibles, pero afectan de manera dramática y determinan todos y cada uno de los aspectos que involucra la vida de una sociedad. Es importante recordar que si bien de los alimentos que produjeron y disfrutaron las antiguas gentes apenas si tenemos fragmentos microscópicos, aún en la actualidad nosotros mismos consumimos gran parte de los frutos y las plantas mantenidos, traídos y transformados por ellos, en un proceso que involucró miles de años y cambios revolucionarios.

Si se cambia lentamente, los elementos más importantes para la vida de las personas tienden a permanecer, a mezclarse con las novedades. Lo que es posible observar en el registro arqueológico es una gran variabilidad, superposición de formas de hacer y mezcla de objetos. La diferencia podría apreciarse en la cantidad, más de unos que de otros, cada cierto tiempo; el problema es que no resulta tan evidente el cambio ni su importancia. En todo caso, lo diferente no necesariamente es excluyente.

“Nuestra postura actual, tan interiormente vinculada a la sucesión de acontecimientos, nos impide valorar el verdadero alcance de estas transformaciones [...]” (Manzini, 1992: 71).

Evidentemente, el tipo de relaciones sociales que se establece al interior de un mismo grupo y con grupos diversos, es un asunto completamente diferente y está determinado por variables de distinto orden. Estos vínculos pueden definirse y mantenerse al interior de una unidad familiar, al tiempo que pueden ser afectados por las efímeras dinámicas derivadas del capricho de un líder ambicioso e ignorante; o ser tan firmes y duraderos como los que se basan en preceptos filosóficos o religiosos. En todo caso, estas relaciones están afectadas de manera directa por el acceso a los recursos alimenticios, las necesidades espirituales y las expectativas políticas de la población, de lo cual apenas si hay rastro en el registro arqueológico.

A pesar de lo que escribieron los conquistadores españoles, en el valle del río Aburrá, hasta el momento, no se han encontrado evidencias de cambios abruptos, como los que podrían derivarse de desastres naturales, o de la guerra entre grupos rivales o de una invasión o destrucción violenta, a excepción de la guerra desatada por los españoles en el siglo XVI, la cual dejó huellas claras de una destrucción masiva y cambios radicales tanto en los utensilios como en la organización sociopolítica indígena.

Desde la provincia de Arma hasta la de Çenufana [...] todo esto perdydo y destruydo e no ay yndio que sepa dezir cómo ha sydo ni de que se a despoblado por lo que se puede pensar que los a despoblado las grandes guerras que avido entre los naturales (Robledo, [1541] 1993: 351).

Entender la cultura como el conjunto de relaciones y normas que regulan la existencia social, y no como cosas que se quitan o se cambian a necesidad o capricho de los individuos, por muy poderosos que se consideren, exige mirar los objetos como productos de esas relaciones; pensarlos en el proceso de su creación y elaboración, y en los circuitos de su uso y circulación. Contrario a lo que se tiende a creer, no necesariamente todas las actividades responden a patrones de diseño y fabricación rígidos o preestablecidos. Los procesos de aprendizaje y de enseñanza, al igual que los procesos creativos, involucran la idiosincrasia y la personalidad de los individuos.

El cambio de utensilios producido por innovaciones tecnológicas o modas que pueden alcanzar gran popularidad, e incluso significar transformaciones sustanciales en la consecución de materias primas o en la producción de alimentos u otros bienes vitales

a la existencia física, no necesariamente involucra el reemplazo de los instrumentos más viejos, y menos aun la sustitución de ideas o practicas relacionadas con aspectos ideológicos o explicaciones cosmogónicas; por el contrario, pudieran fortalecer los elementos básicos y primigenios de la ideología. En nuestro caso, el cristianismo o las ideas evolucionistas son buenos ejemplos de la forma en que persisten las ideas.

Es particularmente pertinente comprender la relación que, en la formación del ambiente artificial se instaura entre lo nuevo y lo viejo, entre la continuidad y el cambio: lo “nuevo” es nuevo porque introduce componentes que antes no existían, pero también y sobre todo, porque modifica y organiza lo existente. Subvalorar uno de estos dos aspectos puede llevar a dos tipos opuestos de error: El primero consiste en cruzar un ambiente profundamente transformado sin reconocer la novedad (en el fondo buena parte de aquello que se observa, en sentido estricto existe ya desde hace mucho tiempo) y, de este modo, en adoptar criterios de lectura inadecuados para comprenderlo. En el segundo tipo de error, por el contrario, induce a enormes simplificaciones: pensar que lo nuevo puede ser radical, que puede presentarse como negación, como eliminación de todo aquello que lo ha precedido. [...] De este modo, tal actividad se presenta como un incansable trabajo sobre estructuras físicas y socioculturales producidas hasta entonces por la historia y que en definitiva, son la “verdadera materia” que se constituye en un nuevo ambiente artificial (Manzini, 1992: 26-27).

La popular interpretación e identificación de cambios sociales a partir de la identificación de “objetos suntuosos” debe ser reconsiderada. ¿Qué es, cómo se ve un objeto “suntuoso”? Sin duda, lo primero que necesitamos definir es qué es lo que así consideramos. Lo segundo es no perder de vista que puede ser de muchas maneras y, lo tercero, es que, sin duda, el “valor” de un objeto está relacionado más con su carga simbólica que con sus señales visibles. Muy posiblemente lo que se presenta o representa, es decir, lo que se pretende hacer visible, es justo lo que nosotros no podemos ver —lo simbólico—. Los objetos remiten a ello, pero de ninguna manera lo reemplaza. Así, el oro, por ejemplo, podría solo adquirir valor por su asociación con el sol, y este podría cambiar si el sol deja de ser un referente cosmogónico; pero no si escasea o se agota el metal, puesto que podría ser sustituido por cualquier otro elemento al que se le asocie: colores, flores, piedras, el amanecer, etc.

Otro asunto es a quién pertenecen ese tipo de objetos —la propiedad— y la importancia que adquiere quien los posee —“prestigio”, “estatus”—. Tradicionalmente, los investigadores, sin definir los límites ni contenidos de los conceptos con los que trabajan, y sin interesarse por el proceso creativo, ni por el creador, han establecido una separación tajante entre quienes elaboran y entre quienes poseen, asumiendo sin más que quien trabaja no es quien *posee*, llevando de manera mecánica hacia el pasado el reflejo de los valores e historia de nuestra propia sociedad, lo cual si bien metodológicamente puede ser útil como hipótesis, no se puede confundir ni, asumir como si se tratará de la “verdad” o la “realidad”.

Es evidente que no contamos con la información suficiente para establecer la posición social o jerarquía de los distintos objetos y personas; pero es necesario tener en cuenta que dada la escasez, el contexto de los hallazgos y el tiempo transcurrido, cada una de las piezas y construcciones que logran llegar hasta nosotros resultan excepcionales, suntuosas, si se quiere.

Los motivos que se plasmaron en los recipientes, comúnmente considerados como “decoraciones”, pudieran ser mucho más que eso. Resulta sorprendente que la gran mayoría de ellos se mantuvo a lo largo de cientos de años, sin que, hasta donde sabemos, se presentaran cambios. A más de la representación naturalista de hombres, mujeres y frutos, y su preferencia por las formas redondeadas, los antiguos pobladores también tuvieron marcada predilección por el trazado de líneas rectas. En muy distintos recipientes se dibujaron, repujaron o excavaron formas lineales cruzadas, paralelas, simples, compuestas, cortas, largas, continuas, discontinuas, gruesas, delgadas, pero siempre manejando elementos rectilíneos que muy pocas veces se curvaron y prácticamente nunca tomaron formas geométricas específicas, reflejando a nuestro juicio fuertes tradiciones culturales y técnicas que es necesario identificar en su asociación directa e indirecta con los demás aspectos que determinaron su producción.

Un hecho debe tomar relevancia: la importancia cosmogónica de los recipientes cerámicos. Ella, por supuesto, está marcada en su utilización como urnas funerarias, pero también en la persistencia de sus formas e iconografía, su reutilización, transformación y disposición en el registro arqueológico. Lo que para nosotros es basura, de ninguna manera puede ser endilgado a las gentes del pasado, menos aún cuando lo que encontramos son sitios

específicos, *tiesteros*, en los que se depositaron ordenadamente miles de fragmentos, muchos de ellos con signos de haber sido recortados, retrabajados, reutilizados. Las “tapas” deben ser rastreadas y descritas con mayor cuidado; sin duda, su visibilidad nos permite, no cerrar, sino más bien abrir, un universo que hasta el momento no hemos considerado.

Es claro que las ideas tienen un reflejo fractal con los objetos. Múltiples referencias etnográficas señalan que las interpretaciones que funcionan en el nivel más grande, también lo hacen en el más pequeño. Así, la casa se organiza como se considera es el orden del universo, y si una vasija resultara ser como una casa para los muertos, ella misma garantizaría el orden cosmogónico necesario a los difuntos. Un mismo elemento puede tener asociaciones múltiples, pero en general todas ellas estarían referidas a un ordenamiento más amplio. Sin importar la escala, siempre estarán “amarradas” a él.

Un recipiente es un útero, o por lo menos como un útero, y el instrumento que se introduce en él puede ser un pene o representar uno, y utilizar el recipiente puede considerarse un acto fecundador, etc.; sin embargo, será solo dependiendo del momento en que ello suceda (durante un ritual o durante un juego), que adquirirá mayor densidad o reconocimiento. Por ello, teóricamente, una completa descripción de contextos antiguos permitiría tener acceso o por lo menos construir un conocimiento cercano no solo sobre su permanencia en el tiempo y las formas de las cosas en el pasado, sino también sobre sus representaciones e incluso sus significados, e ir en contravía de la fragmentación en que se presentan los vestigios arqueológicos, y agregar piezas a un “rompecabezas” que se considera posible de armar, identificar y comprender.

A pesar de que la naturaleza es para nosotros un asunto ajeno, difícil de abordar y de imaginar en condiciones distintas a las que tiene en la actualidad, su presencia debe cobrar relevancia en el análisis académico y en nuestra percepción cotidiana. Durante miles de años y hasta hoy, la ciencia, el arte y la vida de las sociedades humanas dependieron de la persistente observación de sus ciclos, fenómenos y relaciones. Sabemos que las sociedades indígenas desarrollaron, sobre su entorno, prácticas e interpretaciones que fueron mucho más allá de su mera utilización. Ello necesariamente debe ser considerado.

Me resulta imposible enumerar mis encuentros por orden cronológico, pues no soy historiador. [...] Cuando uno se remonta tan lejos en la vida, todos los incidentes parecen haber ocurrido simultáneamente, de acuerdo con una perspectiva bien organizada: los objetos más distantes se perciben estrechamente agrupados. No puedo sino abordarlos colectivamente, en la medida que un hecho me lleva a otro del mismo grupo. Claro que los primeros fueron los surrealistas, con quienes tuve una relación más estrecha (Man Ray, *Autorretrato*, 2004: 311).

Referencias bibliográficas

- Aceituno Bocanegra, Francisco Javier. 2017, "Ocupaciones tempranas y modos de vida arcaicos en las regiones de Antioquia", *Catálogo Región Andina. Los Rostros de Antioquia*, Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Extensión, Museo Universitario, Medellín pp. 10-39.
- Acevedo, Jorge, 2003, *Aldea y sistema de canales del siglo III d. C. en el Valle de Aburrá. Plan de manejo arqueológico "El Ranchito"*, Medellín, Predios del Sur S. A.
- , 2007, *Proyecto urbanístico Ciudadela Suramérica: documento resumen Plan de manejo arqueológico "El Ranchito"*, Medellín, Predios del Sur S. A.
- Ángel, Iván Rodrigo, Hincapié, John Alberto y Yepes, Jorge Iván, 1997, "Panorama prehispánico del cerro El Volador: visión arqueológica", trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Arango Cano, Leocadio, 1905, *El museo de D. Leocadio*, Medellín, Academia Antioqueña de Historia.
- Arango Cano, Luis, 1924, *Recuerdos de la gaaquería en el Quindío* tomos 1 y 2, Bogotá, Cromos, Luis Arango & Compañía.
- Arcila, Graciliano, 1956, "Estudio preliminar de la cultura rupestre en Antioquia: Támesis", *Boletín del Instituto de Antropología*, Medellín, vol. 2, núm. 5, pp. 5-22.
- , 1969, "Introducción al estudio arqueológico de Titiribíes y Sinifanaes. Antioquia. Colombia", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 3, núm. 11, pp. 13-43.
- , 1970, "Los petroglifos de Itagüi", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 3, 12, pp. 185-193.
- , 1975, "Tricentenario de Medellín. Arqueología del Valle de Aburrá", *Revista Universidad de Antioquia*, Medellín, vol. 50, núm. 194, pp. 193-204.
- , 1977, *Introducción a la arqueología del Valle de Aburrá*, Medellín, Universidad de Antioquia, Museo Universitario Universidad de Antioquia.
- Arciniegas, Germán, 1995, "Camino reales: caminos del mar, caminos en tierra", en: *Camino Reales de Colombia*, Bogotá, Fondo FEN, pp. 19-31.
- Ardila, Gerardo *et al.*, 1998, "Prospección arqueológica del Valle del Riachón y de un área del cañón del río Porce, noroeste de Antioquia, Colombia", informe final, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín.

- Álvarez Zapata, Dayana, *La tierra de El Encanto. Monografía narrativa e ilustrada sobre el patrimonio de las veredas Santa Elena y Caldera en Gómez Plata, la tierra encantada por María del Pardo*, Instituto de Cultura y Patrimonio de Antioquia ICPA, Medellín.
- Arias López, Alberto y Gonzáles Santamaría, Hernán, 2007, "Morfología del Altiplano de Santa Rosa de Osos (ASRO)", *Boletín de Geología*, Vol. 29, núm. 1, Bucaramanga, Universidad Industrial de Santander, pp. 95-102.
- Arias López, Parra, Luis Norberto, Cabrera, Kenneth Roy, Gonzáles Santamaría, Luis Hernán, 2006, *Cartografía del relieve en el altiplano de Santa Rosa de Osos*, Documento de trabajo disponible en línea en el Repositorio de la Universidad Nacional de Colombia, (unal.edu.co).
- Aristizábal Espinosa, Pablo, 2002, "Prospección arqueológica en los alrededores de Cerro Tusa, municipio de Venecia, Antioquia", trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- , 2011, *Programa de arqueología preventiva. Puente de la calle 4 sur, Medellín*. Informe final, Consorcio Puente Calle 4, Secretaría de Obras Públicas Alcaldía de Medellín, Medellín.
- , 2014. Rescate arqueológico de hallazgo fortuito. Tumba de pozo con vámara lateral sitio La Colinita - Guayabal. Empresas Públicas de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Alcaldía de Medellín, Medellín.
- , 2015. *Los Aburráes: Tras los rastros de nuestros ancestros*. Colección Cultura y Patrimonio, Empresas Públicas de Medellín, Secretaría de Cultura Ciudadana, Alcaldía de Medellín, Medellín.
- Blanco, Sonia, 2011, *La variabilidad fúnebre como expresión del cambio social en la población prehispánica del valle geográfico del río Cauca entre el 1200 a.C. y el 700 d.C.*, Tesis de maestría, Universidad Nacional de Colombia Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Antropología Cali, Colombia.
- Bateman Vargas, Catalina, 2011, *Liderazgo y color en los monumentos funerarios prehispánicos del sur del alto Magdalena, Colombia*, Bogotá: Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República.
- Bermúdez, Mario, 1997, "Los grupos portadores del estilo cerámico tardío en el centro del departamento de Antioquia", *Boletín de Antropología*, Medellín: Universidad de Antioquia, vol. 11, núm. 27, pp. 187-201.
- Botero, Gerardo, 1963, "Contribución al conocimiento de la geología de la zona central de Antioquia", *Anales Facultad de Minas*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, núm. 57, pp. 20-33.

- Botero, Silvia y Martínez, Luz Helena, 2002, "Ocupaciones tempranas en el Valle de Aburrá, sitio La Blanquita", informe final, Corporación GAIA, Fondo Mixto, Promoción Cultura y Artes, Antioquia, Medellín.
- Botero Páez, Sofía, 1999, "Gente Antigua, piedras blancas, campos circundados. Vestigios arqueológicos en el altiplano de Santa Elena (Antioquia-Colombia)", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 13, núm. 30, pp. 287-305.
- , 2002, "Entre rocas, espacios sagrados. Actividad humana antigua en los organales de Titiribí", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 16, núm. 33, pp. 77-99.
- , 2003, "La nación de entre los tres ríos, o ensayos de relectura sobre fuentes documentales", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, Edición Especial, pp. 185-219.
- , 2004, "De los hehexicos a los catios en la provincia de Antioquia", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 18, núm. 35, pp. 15-50.
- , 2005, *Caminos ásperos y fragosos para los caballos. Apuntes para la historia de los caminos en Antioquia*, Medellín, Comité para el Desarrollo de la Investigación (CODI), Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia.
- , 2006, "Elementos para leer un palimpsesto: indígenas, caminos, piedras, mulas y caballos en Colombia", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 20, núm. 37, pp. 265-287.
- , 2007, *Registro y caracterización de la red de caminos antiguos en el departamento de Antioquia. Palimpsestos: caminos y mapas*. Informe final de investigación, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Medellín.
- , 2008a, "Anotaciones al margen de la teoría y la práctica de una arqueología marginal y marginada, realizada sobre espacios geográficos invisibles. Estudio de caso: Antioquia, Colombia", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 22, núm. 39, pp. 207-249.
- , 2008b, *Vestigios de una red vial antigua en el valle del río Aburrá*, Medellín, Área Metropolitana del Valle de Aburrá, Corporación Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia).
- , 2012, "Cuestiones alrededor del tiempo y el espacio. Muros y canales en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia, Colombia)", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 26, núm. 43, pp. 157-191.

- , 2017, “Historia y arqueología en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas”, *Catálogo Región Andina. Los Rostros de Antioquia*, Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Extensión, Museo Universitario, Medellín pp. 85-114.
- Botero Páez, Sofía y Gómez Londoño, Liliana, 2010, “Arqueología de lo doméstico en Colombia”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 24, núm. 41, pp. 242-282.
- Botero, Sofía et al., 2009, *Investigación arqueológica Núcleo Chorro Clarín Zona Norte del Parque Regional Arví, síntesis final*”, realizada mediante el contrato núm. 11902, firmado entre la Caja de Compensación Familiar de Antioquia (Comfama) y la Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas, CISH, Medellín.
- Botero, Sofía y Vélez, Norberto, 1995, “Algunas consideraciones sobre el registro cerámico arqueológico en Antioquia”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 9, núm. 25, pp. 100-118.
- , 1997, “Piedras Blancas: transformación y construcción del espacio. Investigación arqueológica en la cuenca de la quebrada Piedras Blancas. Informe de prospección”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 11, núm. 27, pp. 124-167.
- Botero Páez, Sofía; Druc, Isabelle C.; Brooks, William E. y Montoya Granda, Edisson (2017). “Arcilla y cultura: nuevos y viejos datos sobre la cerámica prehispánica en la cuenca alta de la quebrada Piedras Blancas (Antioquia-Colombia)”. *Boletín de Antropología*, Universidad de Antioquia, Medellín, vol. 30, núm. 54, pp. 224-251
- Boussingault, Jean Baptiste, 1985, *Memorias. Tomo IV: 1824-1830. Recorrido por los Llanos, cordilleras andinas, Antioquia, Valle y Chocó*. Bogotá, Banco de la República.
- Bray, Warwick Bray y Herrera Ángel, Leonor, 1990, *Culturas de Calima*, Bogotá, Banco Popular, Fondo de Promoción de la Cultura, Serie Arte de la Tierra.
- Bruhns, Karen Olsen, 1969, “Stylistic Affinities between the Quimbaya Gold Style and a Little-Known Ceramic Style of the Middle Cauca Valley, Colombia”. *Ñawpa Pacha: Journal of Andean Archaeology*, N.º 7-8, pp: 65-83, <http://www.jstor.org/stable/27977587>.
- , 1990, *Las culturas prehispánicas del Cauca Medio*, Bogotá, Banco Popular, Fondo de Promoción de la Cultura, Serie Arte de la Tierra.
- Cadavid Giraldo, Nora, 1997, *Estudio sobre el origen de las fuentes de agua salada en Antioquia*, tesis de Maestría, Universidad EAFIT, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.

- Callejas Posada, Ricardo e Idárraga Piedrahíta, Álvaro (eds), 2011, *Flora de Antioquia Catálogo de las plantas vasculares Volumen I Introducción*, Programa Expedición Antioquia-2103. Series Biodiversidad y Recursos Naturales. Universidad de Antioquia, Missouri Botanical Garden & Oficina de planeación departamental de la gobernación de Antioquia. Editorial D´Vinni, Bogotá, Colombia.
- Cardale de Schrimppff, Marianne 1986, “La cultura llama resultados recientes”, *Boletín de Arqueología Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales*, Bogotá: Banco República año 1, No 3 pp. 35-48.
- , 1996, *Caminos prehispánicos en Calima : el estudio de caminos precolombinos de la cuenca del alto río Calima, Cordillera Occidental, Valle del Cauca*, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Fundación Procalima, Bogotá.
- , 1999, “Ritos y ceremonia en Malagana, Corregimiento de El Bolo, Palmira, Valle del Cauca”, *Boletín de Arqueología*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, vol. 14, núm. 3, pp. 3-107.
- Cardale de Schrimppff, Marianne y Herrera Ángel, Leonor, 1994, “Dos alcarrazas llama en Tierradentro: anotaciones a una nota”, *Boletín Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la República, núm. 37, pp. 107-111.
- Cardona, Luis Carlos, 2002, “Prospección arqueológica en el cerro Pan de Azúcar, área periurbana de la ciudad de Medellín, Colombia”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 16, núm. 33, pp. 54-76.
- , 2007, *Del arcaico a la colonia. Construcción del paisaje y cambio social en el Porce medio. Estudio arqueológico en el marco de la construcción de las obras principales del proyecto hidroeléctrico Porce III. Contrato 29990427815*, informe final, tomo 1, Universidad de Antioquia, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Empresas Públicas de Medellín, Medellín.
- Cardona, Luis Carlos y Montoya, Santiago, 2008, “Prácticas funerarias prehispánicas como expresiones territoriales en el Porce Medio durante los desarrollos regionales, siglo I a siglo XVI d. C.”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 22, núm. 39, pp. 250-270.
- Castaño, Carlos, 1988, “Reporte de un yacimiento arqueológico ‘Quimbaya clásico’ en el valle del Magdalena: contribución al conocimiento de un contexto regional”, *Boletín del Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la República, núm. 20, pp. 3-11.
- Castillo Espitia, Neyla, 1984, *Investigaciones de un complejo funerario en el municipio de Sopetrán, departamento de Antioquia*, informe de investigación, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales, Banco de la República, Bogotá.

- , 1988, “Complejos arqueológicos y grupos étnicos del siglo XVI en el Occidente de Antioquia”, *Boletín Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la República, núm. 20, pp. 16-34.
- , 1992, *Territorio y cultura de los antiguos pobladores del Porce Medio. Arqueología de rescate en el área de influencia del proyecto Porce II*, Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia. Medellín.
- , 1995, “Reconocimiento arqueológico en el valle de Aburrá”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 9, núm. 25, pp. 49-90.
- , 1996, “Las culturas indígenas prehispánicas”, en: Jorge Orlando Melo, ed., *Historia de Medellín*, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, tomo I, pp. 44-55.
- , 1998, *Los antiguos pobladores del valle medio del río Porce: aproximación inicial desde el estudio arqueológico del proyecto Porce II*, Medellín, Empresas Públicas de Medellín, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia.
- , 2006, “Herencia milenaria y orden sagrado. Dos ejemplos en el arte precolombino en Antioquia”, en: *Artes Plásticas en Antioquia Biblioteca Virtual de Antioquia*. Instituto para el Desarrollo de Antioquia IDEA, Medellín. www.antioquiadigital.com, www.viztaz.com.co
- Castillo, Neyla et al., 2002, *Entre el bosque y el río: 10.000 años de historia en el valle medio del río Porce, Medellín*, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín.
- Castillo, Neyla y Aceituno, Javier, 2006, “El bosque domesticado, el bosque cultivado: un proceso milenario en el valle medio del río Porce en el noroccidente colombiano”, *Latin American Antiquity, Society for American Archaeology*, vol. 17, núm. 4, pp. 561-578.
- Castillo, Neyla y Martínez, Luz Elena, 1992, *Territorio y cultura de los antiguos pobladores del Porce Medio. Arqueología de rescate en el área de influencia del proyecto Porce II*. Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia. Medellín.
- Castillo, Neyla y Múnera, Luis Carlos, 1994, Proyecto de arqueología de rescate Porce II. Segunda etapa de excavaciones. Centro de Investigaciones de la Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Antioquia, Empresas Públicas de Medellín, Medellín, 172 p. más anexos.
- Castro, Gonzalo, 1998, *Prospección y valoración del patrimonio arqueológico en el corregimiento de Pueblo Viejo, municipio de La Estrella*, informe de investigación, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Programa de Poblamiento, Impactos y Dinámicas Territoriales, Medellín.

- , 1999, *Investigaciones arqueológicas en la Cuenca Alta de la Quebrada Piedras Blancas. Corregimiento de Santa Elena*, informe final, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Programa de Poblamiento, Impactos y Dinámicas Territoriales, Medellín.
- Cieza de León, Pedro [1536-1555], 1984, *La crónica del Perú*. Primera parte, introducción y notas de Manuel Ballesteros Gaibrois, Madrid, Manuel Ballesteros.
- Chang, K. C., 1976, *Nuevas perspectivas en arqueología*, Madrid, Alianza.
- Chaves Mendoza, por Álvaro y Rodríguez, Carlos Armando, 1992, *San Agustín, Tierradentro y Corinto - Cauca*, Bogotá, Banco Popular, Fondo de Promoción de la Cultura, Serie Arte de la Tierra.
- Chirinos Cubillas, Verónica, 2019, *El asa estribo en la cerámica prehispánica de América: Una aproximación a los estudios comparativos de las regiones andina y mesoamericana*, Ciudad de México, Universidad Nacional Autónoma de México Programa de Posgrado en Historia del Arte.
- Choperena Tous, Luis Carlos, 2018. "Perforaciones inadvertidas o huellas de antiguas restauraciones en cerámicas arqueológicas del Caribe colombiano". *Boletín Museo del Oro*, 58, Bogotá: Banco de la República, pp. 154-188.
- Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), 2001, *Plan Maestro Parque Regional Arví*, 4 tomos, Medellín, Unión Temporal Fundación Natura, Holos Ltda.
- Correa Arango, Elvia Inés, 1997, "Arqueología de rescate sí... pero no. A propósito de un debate en arqueología", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 11, núm. 27, pp. 168-186.
- , 2000, *Poblamiento, marcas territoriales y estructuras en la cuenca media de la quebrada Santa Elena*, informe final, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.
- , 2006, *Plan Maestro del Área de Reserva del Occidente del Valle de Aburrá (AROVA)*, informe final, Corantioquia-Unión Temporal Universidad de Antioquia, Holos Ltda., Fundación Natura, Componente arqueología, Medellín, tomo 2.
- Correa Arango, Elvia Inés et al., 1996, *Programa de arqueología de Rescate. Proyecto línea troncal del gasoducto Sebastopol-Medellín*, informe final, 3 vols., Transmetano, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia, Medellín.

- Diez Ramírez, Juan Pablo, 2009, *Manejo y usos del espacio prehispánico, municipio de Itagüí, Corregimiento El Manzanillo, Vereda Loma de los Zuleta (anteriormente Rincón Santo)*, trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín, 269 p.
- Escuela Técnica Superior de Ingenieros de Montes, s. f., [en línea], disponible en: <http://www2.montes.upm.es/Dptos/DptoSilvopascicultura/Edafologia/aplicaciones/GUIA%20MINERALES/Fichas/cuarzo.html>
- Espinal, Luis Sigifredo, 1992, *Geografía ecológica de Antioquia, zonas de vida*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Agropecuarias.
- Espinosa, Iván y Duque, Marcela, 1993, “Minería y metalurgia en Antioquia prehispánica”, en: *El Marrón Inciso de Antioquia*, Medellín, Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia, pp. 59-77.
- Etcharren Gutiérrez, René, 1972, *Manual de caminos vecinales*, México, Buenos Aires, Centro Regional de Ayuda, Técnica, Agencia para el Desarrollo Internacional (AID).
- Falchetti, Ana María, 1993, “La tierra del oro y el cobre: parentesco e intercambio entre comunidades orfebres del norte de Colombia y áreas relacionadas”, *Boletín Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la Republica, núm. 34-35, pp. 3-75.
- Gamboa Hinestrosa, Pablo, 2002, *El tesoro de los quimbayas. Historia identidad y patrimonio*, Bogotá, Planeta.
- , 2020, *Las metamorfosis del oro. El tesoro de los quimbayas*, Bogotá, Taurus.
- Garcilaso de la Vega, Inca, [1609] 1985, *Comentarios reales de los incas*, tomo 1, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Godoy Toro, Andrés (2019). *Geoarqueología de sitio en la cordillera central de los andes colombianos. Estudio de caso en el municipio de Sabaneta, Antioquia*. Tesis de Maestría Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Minas, Departamento de Geociencias y Medio Ambiente Medellín.
- González, Humberto y Londoño, Ana Cristina, s. f., *Catálogo de las unidades lito estratigráficas de Colombia. Cretácico. Batolito Antioqueño, (K2ta) Cordillera Central - departamento de Antioquia*, [en línea], disponible en: http://ssiglims.igac.gov.co/ssigl/geoportal_de_colombia/galeria/ICDE/INGEOMINAS/Unidades%20Litoestratigraficas/Batolito_Antioque.pdf, consulta: junio de 2021.
- Grisales Ramírez, Natalia, 1996, *Informe sobre la cerámica temprana del Yacimiento 021, ubicado en el valle medio del río Porce*, trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.

- Guingue Valencia, Lucas, 1999, "Prospección arqueológica en el documento histórico escrito: Valle de Aburrá y oriente antioqueño", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 13, núm. 30, pp. 179-220.
- Hermelin, Michel, 1993, "El origen y el entorno natural del Valle de Aburrá", en: *Memorias del Seminario: "Una mirada al Valle de Aburrá"*, Medellín, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín, Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana, Alcaldía de Medellín, pp. 23-45.
- , 1996, "Geología y paisaje", en: Jorge Orlando Melo, ed., *Historia de Medellín*, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, tomo 1, pp. 3-15.
- Herrera Correa, Carlos Mario, 2005, "Narrativas y lógicas de una memoria mestiza", *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 19, núm. 36, pp. 33-60.
- , 2008, *Valores y representaciones de la cultura ambiental en municipios de la influencia del sector eléctrico y de la jurisdicción de Corantioquia: Amalfi, Belmira, Caracolí, Carolina del Príncipe, Cisneros, Entrerriós, Gómez Plata, Maceo, Puerto Nare, Yolombó*, informe final de investigación, Departamento de Educación Ambiental Universidad de Antioquia, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.
- Jaramillo, Roberto Luis, 1996, "De poblado de Aburrá a Villa de Medellín", en: Melo Jorge Orlando, ed., *Historia de Medellín*, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, tomo 1. pp. 106-120.
- Lema Vélez, Luz Amparo, 1993, *Estructuras formales y gráficas de los volantes de huso quimbaya. Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia*, informe de investigación, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- , 1996, *Tejiendo la historia del hilado en Antioquia prehispánica. Contextualización histórica y cultural de la colección de volantes de huso de Antioquia del Museo Universitario de la Universidad de Antioquia*, trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Lleras Pérez, Roberto, 2007, "La metalurgia prehispánica en el norte de Suramérica: una visión de conjunto", en: *Metalurgia en la América Antigua. Teoría, arqueología, simbología y tecnología de los metales prehispánicos*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), pp. 129-159.
- Marín, Ángel, Rodrigo Hincapié y Yepes, Jorge Iván, 1997, *Panorama prehispánico del cerro El Volador: visión arqueológica*, trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.

- Martínez, Luz Helena, 1997, *Ampliación de la segunda calzada troncal occidental entre Niquía y el Hatillo. Estudio de impacto ambiental, componente arqueológico*, Gobernación de Antioquia, Medellín.
- , 1999, *Desarrollo vial del Aburrá Norte. Informe de prospección arqueológica*, Hatovial S. A., Corporación GAIA, Medellín.
- Martínez, Luz Elena et al., 2006, *Plan de manejo arqueológico. Proyecto Doble Calzada Niquía - El Hatillo. Desarrollo vial del Aburrá Norte, Área Metropolitana*, Corporación GAIA, Medellín.
- Martínez, Luz Helena, Botero, Silvia y Acevedo, Jorge, 1999, *Prospección arqueológica en los ecosistemas estratégicos del Valle de Aburrá, vereda Manzanillo, Itagüí*. Informe final”, Medellín, Programa de Poblamiento, Impacto y Dinámicas Territoriales, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Corporación GAIA.
- , 2000a, *Localización y contextualización de los asentamientos Aburráes*. Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Programa de Poblamiento, Impactos y Dinámicas Territoriales, Medellín, 190 p.
- , 2000b, *Sitio arqueológico La Blanquita*, Medellín, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Programa de Poblamiento, Impactos y Dinámicas Territoriales.
- Martínez, Luz Elena y Polo Hernández, Huber, 2006, *Identificación y caracterización del patrimonio rupestre asociado a las áreas naturales de la jurisdicción de Corantioquia*, informe final, Programa de Poblamiento, Impacto y Dinámicas Territoriales, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Corporación GAIA, Medellín.
- Manzini, Ezio, 1992, *Artefactos. Hacia una ecología del ambiente artificial*, Madrid, Celeste Ediciones y Experimenta Ediciones de Diseño.
- , 1938, *Apuntes sobre arqueología 1 y 2*, [en línea], disponible en: http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/43/43_1495047047.pdf; http://biblioteca-virtual-antioquia.udea.edu.co/pdf/43/43_1319157318.pdf
- Molina Zapata, Mateo, 2021, *Propuesta de un Plan de Manejo Arqueológico para la recuperación espacial y apropiación social del Parque de los petroglifos localizado en el municipio de Itagüí (Antioquia-Colombia)*, Trabajo de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Monsalve, Óscar Darío y Vera, Fanny, 1995, *Las arenas del Porce son verdaderamente de oro*, trabajo de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.

- Montoya y Flórez, Juan Bautista, 1922, "Titiribíes y Sinifanaes", *Repertorio Histórico de la Academia Antioqueña*, Medellín, año 4, núms. 5-8, pp. 535-594.
- Nisser, Pedro, [1834] 1990, *La minería en la Nueva Granada*, Bogotá, Colección Bibliográfica del Banco de la República.
- Noreña, Sandra y Palacio, Lorena, 2007, "Arqueología: ¿patrimonio de la comunidad?" *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 21, núm. 38, pp. 292-311.
- Obregón, Mauricio, Luis Carlos Cardona y Liliana Gómez, 2004, *Ocupación y cambio social en territorios del Parque Regional Arví*, informe final de investigación, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.
- Obregón, Mauricio, Agudelo, Alejandra y Hernández, Marco Fidel, 1998, *Acercamiento arqueológico a sitios prehispánicos alrededor de una fuente salina. Corregimiento de Santa Rita, municipio de Andes*, monografía de grado, Universidad de Antioquia, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.
- Obregón, Mauricio, Cardona, Luis Carlos y Gómez, Liliana, 2003, *Vivienda, producción minera y élites entre los siglos XVII y XIX en la cuenca alta de la quebrada El Rosario*, informe final de investigación, Programa de Poblamiento, Impacto y Dinámicas Territoriales, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.
- Ochoa, Marjori, 1998, *Análisis y clasificación cerámica de un sitio de explotación de sal. Mazo, Corregimiento de Santa Elena, Antioquia, Medellín*, monografía de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia.
- Ortiz, Santiago, 1989, *La minería de la sal en Antioquia*, tesis de grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Ortiz Cano, Alejandro; Henao Ríos, Juan Esteban; Zarama Rúales, Hugo; Montoya Agudelo, Santiago, 2015, *Proyecto Línea Transmisión Eléctrica A 110 Kv Rio Grande-Yarumal II Monitoreo Arqueológico*, Informe final, Empresas Públicas de Medellín, Constructora Instelec, Arqueológicas S.A.S, Medellín.
- Otero, Helda, 1992, "Dos períodos de la historia prehispánica de Jericó, departamento de Antioquia", *Boletín FIAN*, Bogotá, Banco de la República, vol. 7, núm. 2, 65 p.
- , 2007, *Áreas de potencial arqueológico en el municipio de Envigado. Informe Final Contrato 453-2006*, municipio de Envigado, Secretaría de Planeación, Envigado, Antioquia.

- Otero, Helda y Santos, Gustavo, 2006, *Las ocupaciones prehispánicas del cañón del río Porce. Prospección, rescate y monitoreo arqueológico. Proyecto hidroeléctrico Porce III. Obras de infraestructura. Contrato 030417922*, informe final, 3 vols., Subgerencia Proyectos Generación Empresas Públicas de Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia, Medellín.
- Piazzini Suárez, Carlo Emilio y González Arango, Isabel Cristina, 2017, “Tejidos arqueológicos del occidente de Colombia: una aproximación a partir de huellas impresas sobre cerámica”, *Catálogo Región Andina. Los Rostros de Antioquia*, Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Extensión, Museo Universitario, Medellín pp. 117-150.
- Patiño, Víctor Manuel, 1977, *Aspectos históricos sobre los recursos naturales y las plantas útiles de Colombia*, Bogotá, Ministerio Colombiano de Cultura, Andes.
- Pérez de Barradas, José, [1954-1966] 1966, *Orfebrería prehispánica de Colombia. Estilo quimbaya y otros textos*, 2 vols., Madrid, Talleres Gráficos Jura.
- Pérez de Arce, José, 2004, “Análisis de las cualidades sonoras de las botellas silbadoras prehispánicas de Los Andes”, *Boletín del Museo Chileno de Arte Precolombino*, Santiago de Chile núm. 9, pp. 9-33.
- Pérez Figueroa, Cesar, 1993, “Los ecosistemas del Valle de Aburrá, pasado, presente y futuro”, *Memorias del seminario: Una mirada al Valle de Aburrá, Medellín, Universidad Nacional de Colombia sede Medellín*, Biblioteca Pública Piloto, Consejería Presidencial para Medellín y su Área Metropolitana, Alcaldía de Medellín, pp. 65-104.
- , 1996, “El paisaje del Valle de Aburrá y su alteración por la acción humana”, en: Melo Jorge Orlando, ed., *Historia de Medellín*, Bogotá, Compañía Suramericana de Seguros, tomo 1, pp. 17-45.
- Pérez Ríos, Julián de Jesús, 2012, “‘Los indígenas no saben más que tejer canastros’. Despojo sobre las tierras del resguardo de Cañasgordas, al noroccidente de Colombia (1886-1920)”. En: *Boletín de Antropología*. Universidad de Antioquia, Vol. 26 N.o 43, Medellín, pp. 11-41.
- Pineda, Camacho Roberto, 1994, “Los bancos taumaturgos”, *Boletín del Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la República, núm. 36, pp. 3-41.
- Pino, Salazar Jorge, 1998, *Pensamiento, gesto e instrumento: el proceso tecnológico. Transformación del cuarzo en un sitio del holoceno temprano en el valle medio del río Porce, Antioquia, Colombia*, trabajo de Grado, Departamento de Antropología, Universidad de Antioquia, Medellín.
- Pino, Salazar Jorge y Forero, Juan Carlos, 2003, *Refugio de piedra. Ocupación humana y entorno natural en las cavernas del río Alicante, Maceo, Puerto Berrío (Antioquia)*, informe final de investigación, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia), Medellín.

- Plazas, Clemencia y Falchetti, Ana María, 1985, "Orfebrería prehispánica en Colombia", *Boletín Museo del Oro, Bogotá*, Banco de la República, núm. 1.
- , 1986, "Patrones culturales en la orfebrería prehispánica de Colombia", en: *Memorias del 450 Congreso Internacional de Americanistas*, Bogotá, Universidad de Los Andes, pp. 201-246.
- Quintero Vallejo, E., Benavides, A.M., Moreno, N., Gonzalez Caro, S. (ed.). (2018). *Bosques Andinos, estado actual y retos para su conservación en Antioquia*. Medellín, Colombia: Fundación Jardín Botánico de Medellín Joaquín Antonio Uribe, Programa Bosques Andinos (COSUDE).
- Ramírez, 2006, "El hombre milenario de Envigado", *El Mundo*, domingo 5 de marzo, pp. 1 y 4B disponible en: <http://www.elmundo.com/portal/resultados/>
- Ray, Man, 2004, *Autorretrato*, Barcelona, Alba.
- Diccionario de la Lengua Española*, 22.a ed., [en línea], disponible en: <http://www.rae.es/drae/>
- Reichel-Dolmatoff, Gerardo, 2000, *Orfebrería y chamanismo, un estudio iconográfico del Museo del Oro*. 1.a reimp., Bogotá, Colina.
- Restrepo, Alonso, 1944, *Meditaciones biológicas sobre la muerte*, Medellín, Bedout.
- Restrepo Tirado, Ernesto, [1892] 1929, *Ensayo etnográfico y arqueológico de la provincia de los quimbayas en el Nuevo Reino de Granada*, Sierpes, Sevilla, España, Imprenta y librería de Eulogio de las Heras.
- Restrepo, José Manuel [1849], 2007, *Ensayo sobre la geografía: producciones, industria y población de la provincia de Antioquia en el Nuevo Reino de Granada*, Medellín, Universidad EAFIT.
- Restrepo, Juan Camilo, 1997, *Inventario y caracterización de los ojos de agua sal en el Centro de Antioquia*, Medellín, Corporación Autónoma Regional del Centro de Antioquia (Corantioquia).
- , 2004, *Caracterización de los ojos de agua sal del centro de Antioquia y su relación con la avifauna*, tesis de Maestría en Bosques y Conservación Ambiental, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín, Facultad de Ciencias Agropecuarias, Medellín.
- Restrepo, Vicente, [1871] 1952, *Estudio sobre las minas de oro y plata de Colombia*, Bogotá, Banco de la República.
- , 1895, *Los chibchas antes de la conquista española*, Bogotá, Imprenta de la luz.
- Rivera Escobar, Sergio, Betancur, Pompilio y Quintero, Óscar, 1997, *Monitoreo arqueológico de la línea troncal del gasoducto Sebastopol*, Medellín, informe final, Transmetano, Medellín.

- Robledo, Jorge, [1541] 1993, "Relación de Anserma", en: Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones y visitas a los Andes. Siglo XVI*, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, Colcultura, Tercer Mundo Editores S. A., vol. 4, pp. 335-356.
- Rodens, Vanessa y Sánchez, Gonzalo, 2014, "Aerofonos mayas prehispánicos con mecanismo acústico poco conocido", en: Zalaquett, Najera y Sotelo (eds) *Entramados sonoros de tradición mesoamericana. Identidades, imágenes y contextos*, Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 51-70,
- Rodríguez, Carlos Armando, 1989. "La Población Prehispánica del Valle medio del río Cauca entre los siglos VII-XVI dC (Culturas Guabas y Buga)" *Boletín del Museo del Oro*, No, 24, Bogotá pp. 73-89.
- Rodríguez Ruiz, Carlos Armando y Jaramillo Restrepo, Yolanda, 1993, *Lo cotidiano y lo simbólico en el arte geométrico prehispánico del valle medio del río Cauca 1000-1300 d. C.*, Cali, Instituto Vallecaucano de Investigaciones Científicas INCIVA, 230 p.
- Ruiz Pérez, Juan David, 2017, *Espacio y petroglifos en el Valle del Río Nus (Yolombó-Antioquia) nuevos datos para una interpretación*, Trabajo de Grado, Universidad de Antioquia, Medellín, Colombia.
- Saffray, Charles [1876], 1970, "La provincia de Antioquia", en: *Viajeros extranjeros en Colombia, siglo XIX*. Cali, Carvajal, pp. 171-193.
- Sáenz, Juanita et al., 2007, "Tras las huellas de los orfebres: herramientas para la metalurgia de las sociedades tempranas del Valle del Cauca", en: *Metalurgia en la América Antigua. Teoría, arqueología, simbología y tecnología de los metales prehispánicos*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológica Nacionales Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), pp. 363-408.
- Sánchez Cabra, Efraín, 2003, "El Museo del Oro", *Boletín Cultural y Bibliográfico*, Bogotá, Banco de la República, vol. 40, núm. 64, pp. 2-48.
- Sánchez Santiago, Gonzalo, 2020 "Las vasijas silbadoras del preclásico en Oaxaca" *Ancient Mesoamerica*, Published online by Cambridge University Press pp. 1-17.
- Santos Gómez, David E., 2006, "Los tesoros de la Bello-Hatillo", *El Colombiano*, [en línea], disponible en: http://www.elcolombiano.com/BancoConocimiento/L/los_tesoros_de_la_bello_atillo/los_tesoros_de_la_bello_atillo.asp
- Santos Vecino, Gustavo, 1986, "Investigaciones arqueológicas en el oriente antioqueño. El sitio de los Salados", *Boletín de Antropología*, Universidad de Antioquia, vol. 6, núm. 20. Medellín, pp. 45-80.

- , 1993, “Una población prehispánica representada por el estilo cerámico Marrón Inciso”, en: *El Marrón Inciso en Antioquia*, Medellín, Colección Museo Universitario Universidad de Antioquia 190 años, pp. 39-55.
- , 1995, “El Volador las viviendas de los muertos”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 9, núm. 25, pp. 45-80.
- , 1998, “La cerámica Marrón Inciso de Antioquia. Contexto histórico y sociocultural”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 12, núm. 29, pp. 128-147.
- , 2003, “Arqueología de Antioquia, balance y síntesis regional”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, Edición Especial, pp. 71-123.
- , 2006, *Una tumba de cancel en el valle de Aburrá. Prospección y rescate arqueológico del área de la urbanización Álamos del Escobero, municipio de Envigado*, Envigado, Vértice Ingeniería, Secretaría de educación para la Cultura del municipio de Envigado, Sección Archivo Histórico,
- , 2008a, “Una tumba de cancel en el valle de Aburrá: implicaciones ideológicas de la interacción interregional”, en: Luis Gonzalo Jaramillo, comp., *Aguas arriba y aguas abajo. Arqueología en las márgenes del río Cauca, curso medio*, Bogotá, Universidad de los Andes, Cesó, Departamento de Antropología, pp. 91- 115.
- , 2008b, *Memorias del seminario: Ocupaciones en el holoceno temprano y medio en el área intermedia*, Envigado, Secretaría de Educación para la Cultura, Dirección de Cultura, Archivo Histórico, municipio de Envigado.
- , 2010, *Diez mil años de ocupaciones humanas en Envigado (Antioquia). El Sitio La Morena. Envigado*. Envigado, Alcaldía de Envigado, Secretaría de Educación para la Cultura, Dirección de Cultura, Archivo Histórico de Envigado.
- , 2013. *Una tumba-vivienda en Envigado. Salvamento arqueológico en el Alto de las flores. Envigado (Antioquia, Colombia)*. Secretaría de Educación para la Cultura. Municipio de Envigado. Informe sin publicar.
- , 2015. *Una tumba vivienda en el Alto de las Flores*, cartilla, Secretaría de Educación y Cultura, Alcaldía de Envigado.
- , 2017, “Las prácticas funerarias prehispánicas de la región central de Antioquia”, *Catálogo Región Andina. Los Rostros de Antioquia*, Universidad de Antioquia, Vicerrectoría de Extensión, Museo Universitario, Medellín pp. 41-83.
- Santos, Gustavo y Otero, Helda, 1996, *El Volador: una ventana al pasado del Valle de Aburrá. Informe final segunda y tercera fase de investigación*, Secretaría de Educación y Cultura de Medellín, Centro de Investigaciones Sociales y Humanas (CISH), Universidad de Antioquia, Medellín.

- Sardela, Juan Bautista, [1541] 1993, "Relación de lo que subcedió al Magnífico Señor Capitán Jorge Robledo", en: Hermes Tovar Pinzón, *Relaciones y visitas a los Andes. Siglo XVI*, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, Colcultura, Tercer Mundo Editores S. A., pp. 263-331.
- Schenck, Friedrich von, 1953, *Viajes por Antioquia en el año de 1880*, Bogotá, Publicaciones del Banco de la República, Archivo de la Economía Nacional, Imprenta del Banco de la República.
- Sennett, Richard, 2003, *Carne y piedra. El cuerpo y la ciudad en la civilización occidental*, 2.a reimp., Madrid, Alianza, 445 p.
- , 2009, *El artesano*, Barcelona, Anagrama.
- Severino de Santa Teresa, Fray, 1959, *Los indios catíos, los indios cunas. Ensayo etnográfico de dos razas de indios de la América española*, Medellín, Imprenta Departamental, Colección Autores Antioqueños, volumen 7.
- Silvestre, Francisco [1782-1785], 1988, *Relación de la provincia de Antioquia, transcripción, introducción y notas de David J. Robinson*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Colección especial, vol. 4.
- Sloterdijk, Peter, 2003, *Esferas I*, Madrid, Siruela.
- Szaszdi, Nagy Adam, 1983, "Corrientes del comercio prehispánico, metales, piedras preciosas y obsidianas", *Cuadernos Prehispánicos*, Valladolid, Seminario Americanista de la Universidad Casa de Colón, núm. 10, pp. 5-127.
- Tabares Sanmartín, Dionalver, 2009, *Corporación Universitaria Adventista - UNAC. Gestión del patrimonio arqueológico: intervención del yacimiento La Castellana, Medellín*, Grupo de Investigación en Arqueología de Colombia (Arqueocolombia).
- Trimborn, Hermann, 1949, *Señorío y barbarie en el Valle del Cauca. Estudio sobre la antigua civilización Quimbaya y grupos afines al oeste de Colombia*, Madrid, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Instituto Gonzalo Fernández de Oviedo.
- Tovar Pinzón, Hermes, 1993-1995, *Relaciones y visitas a los Andes. S. XVI*, Bogotá, Colcultura e Instituto de Cultura Hispánica, Colección de Historia de la Biblioteca Nacional.
- , 1993, "Colombia: lo diverso, lo múltiple y la magnitud dispersa", en: *Relaciones y visitas a los Andes. Siglo XVI*, Bogotá, Instituto de Cultura Hispánica, Colcultura, Tercer Mundo Editores S. A., pp. 17-71.
- Uribe Ángel, Manuel, [1885] 2006, *Geografía general y compendio histórico del estado de Antioquia en Colombia*, edición facsimilar de la obra original editada en la Imprenta de Víctor Goupy y Jourdan, París, Medellín, Imprenta Departamental de Antioquia.

- , [1885] 1985, *Geografía general del Estado de Antioquia en Colombia*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura del departamento de Antioquia.
- Uribe Villegas, María Alicia, 1988, “Introducción a la orfebrería de San Pedro de Urabá, una región del noroccidente colombiano”, *Boletín del Museo del Oro*, Bogotá, Banco de la República, núm. 20, pp. 35-53.
- , 2005, “Mujeres, calabazos, brillo y tumbaga. Símbolos de vida y transformación en la orfebrería quimbaya temprana”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 19, núm. 36, pp. 61-93.
- , 2006, “Mujeres, calabazos y coca en la iconografía quimbaya. Un estudio iconográfico de Antioquia y el Cauca Medio”, *Artes Plásticas en Antioquia*, Medellín, Biblioteca Virtual de Antioquia, Instituto para el Desarrollo de Antioquia IDEA, versión digital Viztaz.
- , 2007, “Orfebrería, ideología y poder en el Cauca Medio; una mirada diacrónica a la metalurgia de las sociedades prehispánicas del centro occidente colombiano”, en: *Metalurgia en la América Antigua. Teoría, arqueología, simbología y tecnología de los metales prehispánicos*, Bogotá, Fundación de Investigaciones Arqueológicas Nacionales Banco de la República, Instituto Francés de Estudios Andinos (IFEA), pp. 247-280.
- Uribe Villegas, María Alicia y García Botero, Héctor, 2021, “La colección del Museo del oro del Banco de la República en el siglo XXI”, <https://www.revistacredencial.com/historia/temas/la-coleccion-del-museo-del-oro-del-banco-de-la-republica-en-el-siglo-xxi>.
- Vasco Uribe, Luis Guillermo, 1987, *Semejantes a los dioses. Cerámica y cestería embera-chamí*, Bogotá, Centro Editorial Universidad Nacional de Colombia.
- Vásquez de Espinosa, Antonio, Fray, [1628-1629] 1969, *Compendio y descripción de las Indias Occidentales (1628-1629)*. Madrid, Atlas.
- Vélez, Norberto y Botero, Sofía, 1997, *La búsqueda del Valle de Arví y descubrimiento de los valles de Aburrá y Rionegro por el capitán Jorge Robledo*, Medellín, Comisión Asesora para la Cultura del Concejo de Medellín.
- Vélez Escobar, Norberto, 1999a, “Camino antiguos del Medellín sin carreteras”, *Territorio Cultural*, Medellín, Secretaría de Educación y Cultura de Antioquia, Dirección de Cultura, núm. 2, pp. 65-70.
- , 1999b, “El pueblo Aburrá de Guayabal en 1541”, *Boletín de Antropología*, Medellín, Universidad de Antioquia, vol. 13, núm. 30, pp. 221-240.

- West, Robert, 1972, *La minería de aluvión en Colombia durante el período colonial*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, Imprenta Nacional.
- Wheller, sir Mortimer, 1981, *Arqueología de campo*. México, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Zapata Rendón, Isabel Cristina y Tobón Tamayo, Alejandrino, 1998, *Los petroglifos de Támesis*, tesis de grado, Universidad de Antioquia, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Medellín.
- Zerda, Liborio, [1883] 1972, *El Dorado*, 2 t., Bogotá, Biblioteca Banco Popular.



**HUELLAS DE ANTIGUOS POBLADORES
DEL VALLE DEL RÍO ABURRÁ
PIEDRAS, ARCILLA, ORO, SAL Y CAMINOS**